IVETTE CHARDIS



EL INDECENTE HIGHLANDER DE ROSE MARY


EL
INDECENTE
HIGHLANDER DE
ROSE MARY

El Indecente Highlander De Rose Mary.

© 2026, Ivette Chardis. Primera edición.
Corrección: Marian Viladrich
Portada y maquetación: Silvia V.M.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

NOTA DE LA AUTORA

Cuando una puerta se cierra, una ventana se abre. Me encanta cómo suena esta frase porque así es como veo la vida: llena de oportunidades que nunca sabes de qué forma van a llegar.

Como le sucede a Rose Mary, la sirvienta descreída y malhablada de *lady* Susan; la que estuvo al lado de *lady* Kat cuando buscaba dejar de ser la chica invisible; la mejor amiga de Abby Crown, tanto que incluso espió por ella. Y ahora Rose Mary quiere dejar de ser ese personaje secundario para disfrutar de su propia vida.

Este es el libro que cierra el círculo de la serie *Las indecentes*, pero, como todo círculo, no tiene principio ni final. Cada una de las novelas puede leerse de forma independiente o bien una detrás de otra.

Confieso que he llorado al escribir la historia de Rose Mary, porque sí, ella creyó que su vida siempre sería monótona y aburrida, que sus puertas estaban cerradas, pero pronto descubrió que existía una ventana con vistas a un castillo escocés.

Espero que tú también encuentres tantas ventanas abiertas como historias quedan por contar.

Feliz lectura.
Ivette Chardis.

CAPÍTULO 1

Londres, octubre de 1817

El salón de baile estaba lleno de personas que sabían quiénes eran.

Las damas vestidas de seda danzaban con caballeros de levitas oscuras. Hablaban de caballos, opera y cotilleos varios con la confianza de aquellos que habían nacido para ser escuchados.

Rose Mary no era una de esas personas.

De pie junto a una de las columnas del gran salón, observaba el desfile de abanicos, sonrisas y reverencias con la misma sensación que había tenido desde que llegó a Londres.

Como si estuviera ocupando un lugar que no le pertenecía.

—Si sigues mirando así a la gente, terminarán pensando que planeas robar la cubertería de plata —dijo divertida Kat, la marquesa de Pembroke, que estaba a su lado.

Rose Mary giró la cabeza.

—¿Lo he hecho otra vez?

—Es la misma expresión que tenías cuando intentaste aprender a distinguir entre un vino francés y uno italiano —contestó Kat abanicándose con ahínco. Había candelabros por doquier y el calor que emanaba de las velas era insoportable.

—Estoy más nerviosa que entonces, y no creo que este sea mi lugar. —Sin querer, se mordió el labio.

—Es normal que tengas estos sentimientos. —*Lady* Susan se acercó hacia ella con una copa en la mano—. Hemos viajado desde Woolriver hasta Londres para apoyar a Abby y no se nos ocurre otra cosa que pasar nuestra primera noche en un baile. Yo lo encuentro igual de decepcionante —susurró su señora.

Porque sí, a pesar de que *lady* Susan se empeñara en que la tratara diferente, como si fueran amigas en igualdad de condiciones, ella siempre sería su señora.

Llevaba tres años a su servicio y había pasado de ser la criada para todo a su dama de compañía. Estaba muy agradecida por el empeño de *lady* Susan en convertirla en una señorita con sus clases y consejos, sin embargo, no había sido consciente del alcance de aquello hasta salir de su pueblo natal y viajar a Londres.

Esa fiesta era la primera a la que acudía en su vida y la incomodidad iba creciendo al mismo paso que las horas. Se ajustó el escote e intentó llegar hasta su espalda para rascarse un punto indeterminado que le picaba horrores.

—Si te sirve de consuelo, en estos momentos Abby está en casa del vizconde de Essex jugando a las cartas, por lo que no debes sufrir. —Kat posó una mano sobre la suya, impidiendo que siguiera con su despliegue de extraños movimientos para aplacar la comezón que le provocaba el vestido de corte imperio.

—Mañana le daremos la sorpresa y acudiremos a una sesión de su propio club. ¡Estoy tan orgullosa de ella! —exclamó *lady* Susan.

—¡Pero no es un club de damas! Es el club de lavanderas de la ribera de Southwark —criticó Rose Mary.

Se había intercambiado alguna que otra carta con Abby desde su ausencia y sabía que su amiga había reclutado a sus antiguas compañeras de profesión para crear un nuevo club de mujeres. Y Rose Mary tenía sentimientos encontrados. Le era difícil imaginar que en la ciudad se creara algo igual de genuino como lo que existía en Woolriver. Y por otro lado, le sorprendía la procedencia de sus integrantes. En un mundo de fantasía no sería algo importante, pero la realidad era bien distinta.

—¿Qué más da que sean lavanderas? Lo esencial es que nuestro mensaje llegue al mayor número de mujeres —replicó de nuevo su señora.

—Pareces la esposa de un párroco —se burló Kat.

—Tengo una misión y una palabra que difundir, aunque se trate de una fe muy distinta.

—¡Por favor, *miladies*! No hablen de estas cosas con tanto descaro, y menos en una fiesta. Si alguien nos oye podrían pensar que somos adoradores del diablo. Ya muchos nos han puesto ese sobrenombre —se escandalizó Rose Mary.

—Mi fe no es más que la confianza en mí y en todas las mujeres. Por eso Caroline creó el club y…

—¿Se sabe algo de *lady* Bessborough? —la interrumpió Kat.

—Se dice que ha vuelto a la India.

Rose Mary se mordió el labio inferior. *Lady* Bessborough, Caroline para las damas del club, había sido la primera presidenta antes de pasarle el testigo a *lady* Susan. La recordaba bien: una dama de pies a cabeza y, pese a sus excentricidades, nunca traspasó la barrera como lo hacía su señora. Eso del club se les había ido de las manos.

Empezó siendo una reunión agradable entre damas para tomar el té y organizar actos benéficos. Ayudaban a mujeres en situación de desamparo a salir hacia adelante y luego, sin percatarse, empezaron a ayudarse a sí mismas.

La experiencia de Rose Mary le había dejado claro que el dinero no impedía a las damas tener sus propios miedos. La desgracia las perseguía igual. Muchas tenían matrimonios arreglados que las habían envuelto en una infelicidad constante. El club de damas de Woolriver las impulsaba a darse cuenta de que el placer y la dicha no eran solo cosa de uno —el marido—, sino que podía ser de ambos. La mayoría encontraron liberación en esa idea, incluida *lady* Susan.

Más tarde, cuando su señora se convirtió en presidenta, las cosas se mezclaron tanto que las damas pasaron a ser un grupo variopinto de distintas clases sociales que se tuteaban y aunaban fuerzas.

Rose Mary entendía aquella necesidad: vivían en un mundo inhóspito donde la única salida para las muchachas no era otra que casarse con un buen partido o intentar trabajar en una casa respetable, como le había sucedido a ella.

Lo que no contaba era con que su señora la utilizaría para espiar, mentir e instruir a mujeres casadas sobre el matrimonio

cuando Rose Mary todavía era soltera y virgen. Los grabados del libro indio de l*ady* Susan, con posturas inimaginables, ayudaron en esa tarea. Muchas se habían desmayado al verlas por primera vez, aunque no ella.

Kat señaló el salón con el abanico.

—¡Alegra esa cara! Estás en Londres, en el corazón de la temporada social. Deberías parecer un poco más impresionada.

Rose Mary dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Lo estoy.

El salón era deslumbrante.

Candelabros de cristal colgaban del techo como constelaciones doradas y la música del cuarteto flotaba en el aire, mezclándose con perfumes caros y el suave roce de las telas. Pero, incluso allí, rodeada de aquel lujo, Rose Mary tenía la misma sensación que había percibido toda su vida: no pertenecer.

En Woolriver había sido demasiado criada para ser una señorita.

En Londres sospechaba que sería demasiado poca señorita para ser elegida por algún caballero.

Y lo que estaba entre dos mundos rara vez encontraba un lugar cómodo en ninguno.

—Deja de fruncir el ceño. ¿Todavía piensas en Abby? —insistió *lady* Susan.

Rose Mary asintió consternada. Se había olvidado de su mejor amiga. Abby había huido de Woolriver para salvar a su madre, que había sido encerrada en Bedlam, el manicomio más grande y peligroso de Londres. La habían acusado de envenenar a su marido y estaba a la espera de juicio. El Club de Damas de Woolriver no había dudado en apoyarla en ese desempeño. Creía que la encontraría atormentada y desvalida, sin embargo, Abby era dura, tal vez incluso más que ella, y se las había apañado para ser invitada en la casa de un vizconde.

Rose Mary bajó la vista y suspiró. ¿Cuándo le tocaría en gracia un *lord* que la salvara de ser el conejito de indias de *lady* Susan?

—Ella está bien —la consoló Kat—. Mira a tu alrededor: tienes a todos los caballeros a tus pies.

Otra mentira piadosa; ninguno de ellos se había detenido a mirarla.

Levantó la vista, dispuesta a pasar su primer baile escoltada por dos damas casadas con historias para nada convencionales. Lo único que quería era encontrar un hogar propio, un hombre que no le diera mucho trabajo, y un estatus social suficiente como para no tener que volver a ser criada ni dama de compañía. No estaba preparada para ser la sombra de nadie.

Se percató de que, al otro lado del salón, se encontraba un grupo de hombres con faldas a cuadros, y, en medio de los fracs negros, parecían llegados de otro mundo. Y uno de ellos, el más atractivo a su parecer, no dejaba de observarla, como si intentara descifrar algo.

Rose Mary sintió un ligero calor subirle por el cuello, y apartó la vista.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kat.

Dudó un instante antes de hablar.

—Hay un caballero que no deja de mirarme.

Kat levantó el abanico con interés inmediato.

—¿Alto?

—Sí.

—¿Cabello oscuro?

Rose Mary volvió a girar la cabeza hacia el hombre, que seguía allí en la misma postura.

—Sí.

Kat dejó escapar una pequeña risa.

—Has hecho bien en apartar la vista. Son un grupo de *highlanders* que no hacen más que armar una gran algarabía allí donde van. Según mi marido, mejor no tropezar con ellos.

—¿Por qué? ¿Tan peligrosos son? —preguntó Rose Mary, asustada.

—Son escoceses, querida, y ya sabes la mala fama que les precede.

No, Rose Mary no sabía nada de ellos, solo que procedían de tierras al norte y que eran muy grandes, de piernas y brazos

musculosos y ojos penetrantes, como el desconocido que venía hacia ella.

Rose Mary inspiró una gran bocanada de aire para retenerlo en sus pulmones al mismo tiempo que aquel tipo se acercaba. *Lady* Susan y la marquesa de Pembroke abrieron sus bocas igual de estupefactas que ella. Cuando llegó a su altura, le sonrió y sus blancos dientes alineados y los hoyuelos de sus mejillas la hipnotizaron.

—¿Me permite? —le dijo con una voz grave que le erizó el vello de los brazos—. Necesito algo fuerte que llevarme al gaznate.

—Lo siento. —Rose Mary se sonrojó al comprobar que estaba parada delante de la mesa de las bebidas. Se apartó sin dejar de mirarlo hasta que Kat y *lady* Susan le dieron un codazo a la vez.

—¿Gaznate? ¿Qué ha querido decir? —susurró su señora.

—No lo sé, debe ser alguna jerga de su tierra —devolvió el murmullo la marquesa.

—Se refiere a la garganta; es decir, que está muerto de sed —aclaró Rose Mary.

—Así es. —El extraño se giró con una copa en la mano, la miró de arriba a abajo y pareció penetrar sus pensamientos. Le temblaron las piernas, aunque se sabía segura entre las dos damas casadas. Ellas no la dejarían caer.

El desconocido inclinó la cabeza a modo de saludo y se dirigió de nuevo hacia su grupo.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó Rose Mary con la respiración entrecortada.

—Una señorita evita este tipo de comentarios —la instruyó *lady* Susan.

—¡Déjale un poco de espacio! —exclamó Kat—. Además, un hombre así no se fijaría nunca en nuestra Rose Mary.

—¿Y eso? —contestó ella ofendida.

—Demasiado salvaje, y nosotras queremos un caballero para ti —habló su señora.

Rose Mary se mordió el labio, manía que adquirió de niña. Por muy agradecida que estuviera a aquellas damas, nunca les había

dado el permiso para decidir por ella. ¿Y si ya no quería un *lord* inglés?

Negó con la cabeza.

Debía de dejar de soñar despierta como siempre. Nadie le había solicitado un baile, ni siquiera ese gigante que, por alguna razón, estaba rodeado de féminas. Y él, al parecer, ya se había decantado por una. Lo vio encaminarse con la espalda recta hacia el centro del salón, mientras sujetaba la mano de una estúpida damisela de brazos lánguidos.

CAPÍTULO 2

La música del salón llegaba amortiguada hasta el corredor donde Keir Fergus MacFie había decidido refugiarse unos instantes de las voces inglesas, que parecían solaparse unas sobre otras. El aire olía a cera, tabaco y dinero, una mezcla que en Londres podría ser natural y que, sin embargo, le recordaba que se encontraba muy lejos del viento de Glenmora.

Se había acercado hacia aquel rincón en busca de bebida y un momento de calma. En su lugar encontró a una joven que hablaba con una franqueza poco habitual entre las damas inglesas. Recordaba todavía el brillo curioso de sus ojos cuando él mencionó su gaznate reseco. La palabra salió de su boca como algo cotidiano y ella, lejos de escandalizarse, levantó una ceja y esbozó una media sonrisa divertida, como si aquello fuera lo más normal del mundo. Keir recorrió su figura con una mirada rápida, casi instintiva: la caída sencilla del vestido, la postura erguida, la forma de sus caderas, el escote y esa mirada divertida. Estaba flanqueada por la marquesa de Pembroke, que hacía poco le había sido presentada junto a su marido, el futuro duque de Grenville. Al otro lado de la joven se encontraba *lady* Susan, la hija del conde de Desmond, y esposa del terrateniente y comerciante Henry Hall, cuya fortuna se comentaba incluso en Escocia. La muchacha se mantenía en un discreto segundo plano entre aquellas damas, pero se la notaba integrada en el pequeño círculo. Keir entendió entonces que la conversación que había escuchado junto a la mesa de bebidas no fue más que un accidente. Una joven protegida por dos de las mujeres más influyentes no era terreno en el que un *laird* endeudado de las Highlands tuviera mucho que hacer.

Apuró el *brandy* que se sirvió y regresó al centro del salón, donde el calor de los candelabros y el murmullo de las conversaciones envolvían la estancia en una marea que lo aturullaba. Apenas había dado dos pasos cuando la barba pelirroja de Roy Murray apareció entre la multitud. El hijo del viejo compañero de armas de su padre tenía la misma sonrisa amplia que recordaba de la infancia, aunque los años habían añadido a su expresión un halo de seriedad y pragmatismo, tanto que eso lo llevó a convertirse en su consejero más fiable.

—Ahí estás —dijo Roy inclinándose hacia él con la familiaridad de quien había cabalgado a su lado desde que ambos podían sostener una espada—. Estábamos empezando a pensar que alguna dama inglesa te había raptado.

Keir soltó un bufido.

Apoyado contra la repisa de una chimenea, estaba su medio hermano. Aran MacFie tenía los mismos ojos grises que Keir, aunque su mirada poseía una ligereza que él nunca había logrado dominar del todo. Más joven, más alto quizá de lo conveniente y con el cabello oscuro cayendo sin disciplina sobre la frente. Aran contemplaba a su alrededor como quien examina una feria de caballos. Su origen bastardo nunca había sido un secreto en Glenmora, pero tampoco una vergüenza.

—Las damas inglesas aguardan ser cortejadas, no al revés —murmuró Aran—. Observan, comparan y esperan que seas tú quien se ofrezca voluntario.

Keir siguió la dirección de su mirada. Muy próximos a ellos, un pequeño grupo de jóvenes no paraban de sonreírles. Llevaban vestidos claros y abrían y cerraban sus abanicos con maestría. Sus madres se mantenían a una prudente distancia, pero lo bastante cerca como para intervenir si era necesario.

Gruñó

—No he venido a Londres a exhibirme.

Roy dejó escapar una carcajada.

—No, claro que no. Has venido a salvar Glenmora —respondió —. Y para eso, querido amigo mío, quizá debas empezar por aceptar

que en este salón hay más damas que pueden ayudarte que en todas las colinas de las Highlands.

—Hermano, a mí tampoco me gusta esta situación. La culpa es de ese maldito Seger Hamilton —añadió Aran.

El rostro de ese malnacido apareció en la mente de Keir. El hombre había visitado Glenmora unos meses antes con la típica cortesía inglesa y unos documentos que arruinarían lo poco que les quedaba si él no hubiera aceptado buscar una esposa inglesa. Hamilton representaba a un consorcio financiero londinense vinculado a los intereses comerciales del imperio. Recorrió el valle con mirada tranquila y anotó cifras mientras hablaba de rendimientos y garantías como si las familias que vivían en sus tierras fueran números.

—Ese acreedor inglés volverá —continuó Roy—. Y la próxima vez vendrá con con una legión de guardias, si no acatas sus órdenes.

Keir sintió que el recuerdo del viento de Glenmora atravesaba el salón con una ráfaga invisible. Sus dedos se cerraron en un puño.

—Lo sé.

Aran se apartó del fuego con una sonrisa que parecía demasiado relajada para la gravedad de la conversación.

—Entonces quizá deberías considerar a esas jóvenes que te miran por tu encanto escocés. Algunas de ellas tienen padres muy ricos —dijo señalando con la barbilla hacia el grupo que no cesaba de observarlos.

Keir siguió la mirada de su hermano. Una de las muchachas bajó los ojos con rapidez cuando sus miradas se cruzaron. Otra fingió contemplar a las parejas que danzaban mientras dejaba entrever su carnet de baile.

Una punzada de orgullo herido lo atravesó. La idea de casarse para salvar Glenmora había sido pronunciada con demasiada ligereza en los últimos meses, como si la supervivencia de una familia pudiera resolverse con un contrato social.

A Keir le había tocado vivir unos años convulsos. Un *laird* podía ser dueño de una tierra desde hacía siglos y, aún así, perderla por una deuda firmada en Londres. Su padre había solicitado dinero

prestado para mantener Glenmora cuando los precios del ganado cayeron tras el final de las guerras napoleónicas. A su muerte, el préstamo quedó ligado al Estado y a los acreedores como Seger Hamilton. Este exigió garantías que el valle por sí solo ya no bastaba para ofrecer. Un matrimonio con una heredera inglesa no era solo una cuestión de dote; significaba introducir en la propiedad capital fresco y, sobre todo, respetabilidad financiera ante los bancos londinenses. Si Keir se unía a una familia rica, los acreedores aceptarían renegociar la deuda o retrasar su ejecución. Sin esa garantía, Hamilton tenía autoridad legal para solicitar ante los tribunales la venta parcial de las tierras o su reorganización para cubrir el préstamo. En términos simples, el futuro de Glenmora dependía menos de las colinas que Keir podía ver desde su castillo que de las fortunas que se movían con discreción en los salones de Londres.

—No me entusiasma la idea de que mi matrimonio sea un intercambio de bienes —murmuró tras pensarlo.

Roy inclinó la cabeza hacia él, con esa paciencia que había heredado de su padre. —No te confundas: así ha sido generación tras generación. Nos casamos entre clanes para salvaguardar las tierras.

—¡Pero estoy traicionando a mi sangre! —Keir se pasó la mano por su cabello negro y se oyeron algunos suspiros de jóvenes doncellas que lo contrariaron.

Los ojos de Aran brillaron con malicia.

—Si invitas a bailar a una de esas damas como corresponde, te prometo que después iremos a un lugar mucho más interesante.

Keir lo miró con desconfianza.

—¿Cuál?

Su hermano respondió con lentitud, como si la espera mereciera la pena.

—La casa del vizconde de Essex.

El nombre bastó. Keir había oído hablar de aquel lugar: una casa respetable durante el día, y por la noche un salón de apuestas donde se mezclaban nobles, aventureros y jugadores con demasiada fortuna o demasiado poco sentido común.

Roy levantó su vaso en un gesto conciliador.

—Una sola danza, y luego te llevaremos a conocer el verdadero Londres.

Keir volvió a mirar hacia el grupo de jóvenes. El salón brillaba con la luz dorada de los candelabros, las notas del violín flotaban sobre el murmullo de las conversaciones y las madres observaban desde la distancia con esa paciencia que ningún hombre prudente debería subestimar.

El peso de Glenmora se acomodó sobre sus hombros.

—Una sola —murmuró al fin.

Y, mientras avanzaba hacia las damas inglesas que aguardaban sus movimientos, pensó en los ojos de la desconocida junto a la mesa de bebidas.

CAPÍTULO 3

El carruaje se detuvo frente a la casa del vizconde de Essex con un leve crujido de ruedas sobre la grava húmeda. Rose Mary fue la última en descender. Apoyó la mano en el escalón, levantó la vista y por un instante dejó de respirar.

El palacete era una declaración de poder, con columnas de mármol que se elevaban hasta un frontón solemne y enmarcaban una puerta negra brillante.

Rose Mary pensó en Woolriver. En las fachadas de piedra, en la madera oscurecida por la lluvia, en las gallinas cruzando los caminos de tierra. Y lo echó de menos.

—No pongas esa cara —murmuró Kat a su lado, con una media sonrisa—. Te prometo que dentro no muerden.

Rose Mary dejó escapar una breve risa. La marquesa había acertado al pensar que aquel lujo la intimidaba más de lo que admitía. No tuvo tiempo de darle más vueltas a esa extraña sensación. *Lady* Susan ya avanzaba con paso decidido por el pasillo, arrastrándola tras ella. Entraron en un salón más acogedor que el resto y la criada anunció sus nombres. De inmediato identificó a Abby. Su amiga estaba sentada junto a otras mujeres, se levantó sorprendida con los ojos húmedos y una expresión tan incrédula que durante un segundo Rose Mary temió haber cometido una imprudencia.

Abby cruzó la estancia en tres zancadas y se lanzó a abrazarlas.

—¡No puedo creerlo! —exclamó entre risas y lágrimas—. ¿Qué hacéis aquí?

—Salvarte, como es lógico—respondió Kat con una inclinación teatral.

Rose Mary percibió el calor del abrazo de Abby. Había pasado mucho tiempo. Demasiado.

Desde el otro lado de la estancia, unas señoras las observaban patidifusas. Rose Mary comprendió que eran las lavanderas de Southwark, y más al comprobar sus manos curtidas y la postura alerta, parecían no saber si estaban presenciando una reunión respetable o el inicio de un motín.

—¿Quiénes son estas damas? —murmuró una de ellas.

Abby se volvió, aún con una sonrisa temblorosa.

—Antiguas compañeras de conspiraciones. Miembros del Club de Damas de Woolriver, las originales.

Rose Mary vio cómo las lavanderas se inclinaban con respeto excesivo.

Lady Susan reaccionó de inmediato.

—Por favor, nada de ceremonias —dijo, ayudando a una de ellas a levantarse—. Durante las reuniones del club, todas somos iguales.

Rose Mary observó la escena con una mezcla de orgullo y una leve punzada de ironía.

En la aristocracia inglesa, aquella frase era casi un acto revolucionario.

Intercambiaron saludos, recomendaciones, recetas y, lo más importante, lo que había descubierto Rose Mary haciéndose pasar por quien no era en la mansión de los Crown en Woolriver, con la intención de descubrir algún trapo sucio del hermano de Abby, quien se había empeñado en hacerles la vida imposible.

Era tan experta en simular ser una criada, una señorita respetable y hasta una dama que se le había olvidado quién era ella en realidad. Aquel viaje a Londres había sido una bendición, porque, aparte de dar consuelo y apoyar a Abby para rescatar a su madre, le serviría para descubrir lo que el mundo tenía preparado para ella. Se negaba a ser durante el resto de su vida la sombra de *lady* Susan o la amiga de clase baja de la marquesa de Pembroke.

La vizcondesa viuda de Essex se acercó hasta ellas atraída por la algarabía del momento y, pese a que estaban rodeadas de desconocidas, *lady* Susan creyó oportuno terminar la visita con uno de los rituales más ancestrales del club. Antes de que nadie pudiera

impedirlo, su señora comenzó a entonar la vieja canción de Woolriver.

—¡Somos mujeres de aire!

Kat respondió de inmediato.

—¡Somos mujeres de tierra!

Rose Mary sintió la melodía subirle por la garganta, aunque se sentía incómoda. Nunca se sabía quién las podría traicionar y denunciar. Seguro que las arrestarían por adorar al diablo cuando solo se estaban autoafirmando.

—¡Somos mujeres de agua!

Abby, que ya se sabía de memoria la canción, cerró el círculo.

—¡Somos mujeres de fuego!

El murmullo se transformó en coro, entrelazaron sus manos, y las risas se mezclaron con el canto.

Rose Mary vio a las lavanderas unirse primero con timidez, luego con entusiasmo.

—¡Somos hijas, madres, esposas! ¡Soy tú, eres yo!
¡Somos historia, somos futuro!

La sala elegante del vizconde de Essex vibró con una energía mágica que todas sintieron en sus corazones. Rose Mary pensó que Londres nunca había escuchado algo así. Y mientras giraban en aquel pequeño baile improvisado, la unión y la fuerza de las mujeres la emocionó. No estaban solas. ¿Pero era eso más importante que sus ansias de aventura y libertad?

La tarde terminó entre conversaciones, planes y promesas.

Cuando el reloj anunció la hora de retirarse, *lady* Susan y la marquesa comenzaron a hablar de regresar a sus respectivos hogares en Londres, los cuales pisaban solo lo necesario. Rose Mary permaneció unos segundos en silencio. Observó a Abby: la tensión en sus hombros, el cansancio oculto tras la sonrisa y también la paz momentánea que aquel encuentro le había traído.

—Tal vez… —dijo con suavidad— podría quedarme aquí hasta que salga el juicio de la señora Crown.

El rostro de Abby se iluminó

—¡Eso sería maravilloso!

Rose Mary mantuvo el tono tranquilo, casi casual.

—Si la vizcondesa no tiene inconveniente, claro.

Miró hacia la vizcondesa viuda de Essex, que observaba la escena con gravedad.

—Mi amiga tiene mucho que afrontar —continuó— y me gustaría ser el puntal que necesita en estos momentos. —No habló del apremio que tenía ella misma de salir de la protección de *lady* Susan, no porque no la considerara una buena persona, al contrario, era su salvadora, pero eso la había empezado a asfixiar.

La vizcondesa la miró de arriba a abajo.

—Creo que esta casa puede soportar una mujer más.

Rose Mary inclinó la cabeza.

Y por primera vez advirtió que había encontrado un pequeño espacio donde nadie esperaba nada de ella. Todavía.

Durmió en la misma habitación asignada para Abby en el ala interior del palacete. Era ostentosa, como todo lo que había en aquella casa: una cama de madera con el cabezal dorado, una colcha bordada con flores llamativas y un escritorio donde alguien había dejado una jarra de agua fresca.

Rose Mary recorrió el cuarto despacio, pasando la yema de los dedos por el respaldo de la silla, por el marco de la ventana, por la tela suave de la cortina. Londres seguía resultando extraño. Y, sin embargo, quedarse allí le producía una sensación inesperada de libertad. Nadie la observaba con la atención constante de *lady* Susan, ni la interrogaba con las miradas sagaces de Kat. Ambas lo hacían por su bien, se habían erigido en sus protectoras, pero le era imposible ser ella misma con tantos ojos preocupados por su reputación. El palacete del vizconde de Essex era un lugar intermedio. Un pequeño refugio antes de tomar la decisión que le rondaba por la cabeza desde hacía días: ¿debería volver a Woolriver?

CAPÍTULO 4

Las mañanas se sucedieron con las idas y venidas al despacho del abogado de Abby. Su amiga regresaba siempre con el ceño fruncido, cargada de documentos y de promesas vacías. Por las tardes recibían la visita de *lady* Susan y de la marquesa de Pembroke, que llegaban con noticias, consejos y con la firme determinación de no dejar que Abby se hundiera.

Las noches eran otra historia. Cenaban juntas, lejos del resto de la casa. La mesa del tocador se llenaba de platos sencillos y velas que lanzaban sombras temblorosas sobre las paredes. Intentaban mantener una conversación frívola sin entrar en los detalles escabrosos de la detención en Bedlam de la madre de Abby, en cómo se sentiría o en lo que pasaría si no lograban ganar el juicio. Aunque intentaban llenar esos silencios, era inevitable que les llegara el ruido de la planta inferior. Carcajadas. Dados golpeando la mesa. Copas de cristal chocando. Voces que celebraban la fortuna o la maldecían.

Rose Mary levantaba la cabeza cada vez.

—¿Qué demonios ocurre ahí abajo?

Abby fingía no escuchar.

—Nada que deba interesarte.

Pero una noche una criada mencionó que *lord* Essex permitía ciertas distracciones en la planta principal y que hacía bien en no salir de la habitación porque el peligro acechaba en cada rincón. Esa advertencia, en lugar de provocar terror en Rose Mary, encendió su radar aventurero. Insistió para que Abby le contara la verdad: ¿qué era aquel palacete?, ¿dónde se había metido? Entonces ató cabos.

—¿Un salón de apuestas clandestino? —susurró Rose Mary con los ojos brillantes.

Abby no levantó la vista del plato.

—Londres está lleno de ellos.

—Y yo estoy llena de curiosidad —replicó entusiasmada.

Durante varias noches insistió en formar parte de esa algarabía que escuchaba, pero al ser la integrante del club más joven, Abby se negó; temía la reacción de su señora. No quería ser la culpable de su decadencia, como si las lecciones que impartía *lady* Susan con su libro repleto de figuras obscenas no le hubiera colmado la cabeza de pájaros con miembros abultados.

—Nunca he salido de Woolriver y, ahora que por fin veo Londres, ¿debo pasarme el viaje encerrada en una habitación? —protestó una de esas noches, cansada e indignada.

Abby apagó la vela con la intención de acostarse.

—No es para tanto.

Pero el ruido continuaba. Risas de mujeres, carcajadas de hombres, gritos de victoria. Aquella noche el jaleo era mayor y el sueño se volvió imposible.

Rose Mary se incorporó en la cama y susurró hacia la oscuridad:

—Solo una miradita rápida.

Abby suspiró.

—De acuerdo, pero intentaremos pasar desapercibidas.

Rose Mary sonrió en la penumbra.

—Yo siempre paso desapercibida.

Su amiga no respondió. Ambas sabían que aquello no era del todo cierto.

Bajaron por la escalera cogidas del brazo, envueltas en unos bonitos vestidos que Abby había podido comprar con sus ganancias en el juego. La casa parecía distinta a aquella hora: más viva, más desordenada. El ruido crecía con cada peldaño.

Cuando llegaron al umbral del salón, el bullicio las envolvió como una ola.

La sala estaba atestada de humo, risas y el brillo de las monedas sobre las mesas. Rose Mary observó a una mujer con un vestido verde luminoso y la cara llena de pecas que se paseaba por las mesas recogiendo las monedas y anotando algo en un cuaderno. Le maravilló el respeto que transmitía y cómo los hombres se

apartaban a su paso. Era Adeline, la amiga de Abby, la que había organizado la sesión del club la tarde en que ella, Kat y *lady* Susan la sorprendieron. Vivía allí y se ganaba el pan con un empleo que muchos hombres hubieran querido. Le fascinaba aquella mujer.

Sin embargo, lo que dejó sin aliento a Rose Mary fue el grupo de tres hombres del norte que dominaba el centro de la sala. Altos, de anchos hombros, blusas abiertas y, encima de ellos, un tartán de cuadros verdes y anaranjados sujeto con un broche de plata. La desconcertó la falda —que más tarde supo que se llamaba *kilt*—, de la misma tonalidad del tartán. Y no porque los hombres vistieran de esa manera tan estrafalaria, fueron más bien sus piernas fibrosas, proporcionadas y musculosas, que provocaron que se atragantara con su propia saliva.

Rose Mary ahogó una exclamación.

—Madre del amor hermoso…

Ya los había visto la primera noche que llegó a Londres, en el que se convirtió en su primer baile y, por como se estaban desarrollando los acontecimientos, tal vez el último. Aun así, el corazón volvió a bombearle deprisa, en especial al recordar a uno de ellos y su rostro salvaje. El mismo que acababa de ganar una partida de cartas.

Abby no se giró cuando oyó una voz tras su espalda.

—Por fin nos honras con tu presencia.

Era el famoso *lord* Essex, que saludaba a su amiga, pero apenas lo escuchó. Ni tampoco el resto de la conversación. Siguió contemplando al grupo de *highlanders*, la forma en que reían y ocupaban el espacio.

El de los ojos de lobo, grises y profundos, levantó la cabeza del tapete verde y durante un segundo sus miradas se cruzaron.

El aire alrededor de Rose Mary se volvió más denso.

Desvió la vista con rapidez.

—Vamos —dijo Abby—. Te enseñaré a jugar.

Rose Mary sonrió, recuperando su ligereza habitual.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Al menos tendré algo interesante que contar a mis futuros nietos sobre mi viaje a Londres.

Mientras avanzaban hacia la mesa de juego, Rose Mary no podía saber que aquella noche no sería una simple anécdota. Sería el comienzo de algo mucho más complicado, y mucho más peligroso para su corazón.

CAPÍTULO 5

El salón de juegos de *lord* Essex era tal y como Keir se había imaginado. El humo de las velas se mezclaba con el del tabaco, el olor áspero del *whisky* flotaba entre los comensales y los dados golpeaban la madera con una obstinación que recordaba al ruido de las piedras arrastradas por los riachuelos de las Highlands.

Keir Fergus MacFie dejó caer otra moneda sobre la mesa.

Había ganado aquella partida y la anterior, pero el triunfo tenía un sabor plano y algo aburrido.

—Si sigues así, terminarás llevándote media casa de Essex —dijo su hermano Aran, apoyado contra la silla.

Keir recogió los dados sin mirarlo.

—No creo que el vizconde me lo agradezca

—Tampoco creo que este sea nuestro mayor problema —intervino Roy desde el otro lado.

Keir lo miró de reojo antes de lanzar de nuevo. Sabía a lo que se refería.

—Una esposa. Ya —contestó con fastidio. Y, como si fuera una premonición, los dados fallaron en su contra.

Roy asintió.

—Una heredera, si es posible.

Keir dejó escapar una risa corta, sin humor.

—Qué conversación tan estimulante, como si las mujeres ricas estuvieran esperando en fila para casarse con un *highlander* lleno de deudas.

Abandonó aquel juego, impaciente por retarse a sí mismo con las cartas.

—No seas tan pesimista. Has tenido oportunidades —replicó Aran con sonrisa pícara, aludiendo a la visita que habían hecho hacía

muy poco a una heredera de gran fortuna.

Recordaba que no era muy agraciada, pero Keir se hubiera conformado con su carácter silencioso; mejor eso, que tener una esposa todo el día con la queja en la boca.

Le mencionó el estado de Glenmora con una franqueza que quizá había sido excesiva para una primera cita, aunque él tenía la intención de que fuera la última, dado que estaba dispuesto a pedir su mano. Ella giró la cabeza hacia su padre con pavor y este reaccionó como lo hubiera hecho cualquier progenitor.

—Mi hija merece una unión más segura —lo despidió sin muchos miramientos y deseándole una feliz vuelta a Glenmora lo antes posible.

Al mañana siguiente medio Londres le retiraba sus invitaciones a los bailes de temporada por cuestiones de logística.

Keir había entendido, muy a su pesar, que tener tierras no era una garantía.

—Ya lo intenté —murmuró después de un gran silencio.

Sus dos compañeros no volvieron a mencionar el tema por el momento. Seguro que lo tantearían cuando se encontrara más ebrio.

El problema era que el tiempo en Londres se le estaba agotando. Y con él, la posibilidad de salvar las tierras que habían pertenecido a su familia durante generaciones.

Keir tomó el vaso y bebió un trago largo de *whisky*. El líquido ardió en su garganta, lo cual le vino muy bien para desterrar funestos pensamientos.

En ese preciso instante la vio entrar en el salón. Fue como si estuviera soñando despierto entre la niebla y la lluvia de Glenmora, aunque sabía que se trataba del humo del tabaco de los presentes y la neblina que tenía en su cabeza de tanto alcohol.

Se agarraba al brazo de otra dama, y enseguida la recordó. Era la muchacha del baile, aquella que no había dado un paso atrás cuando la examinó de arriba abajo con su típica mirada evaluadora, la que su hermana Skye decía que utilizaba para intimidar al enemigo.

Le pareció divertida la manera en que se debatía entre avanzar o retroceder. Se notaba que no era su ambiente.

Keir la observó con mayor detenimiento mientras recogía sus ganancias y Aran lo relevaba.

Llevaba un vestido sencillo, de un color discreto, sin los adornos exagerados que solían exhibir las hijas de las grandes fortunas. La tela caía con una naturalidad que no intentaba impresionar a nadie y, aun así, tenía un porte elegante. Le sorprendió que una dama tan refinada entendiera la palabra *gaznate.* Se le escapó una leve sonrisa al rememorar como sus acompañantes habían fruncido el ceño, incapaces de decidir si aquel término era una grosería o una rareza escocesa. Se percató de la ausencia de la marquesa de Pembroke y de *lady* Susan, la esposa de Henry Hall, al que tal vez le interesase invertir en Glenmora.

Asumió que aquella joven era su protegida. Lo que no se preguntó era por qué la habían dejado sola. Bueno, en realidad, le acompañaba otra dama que recibía toda la atención de *lord* Essex y que la tenía medio abandonada. ¿Sería esa su oportunidad?

—¿Qué ocurre? —preguntó Roy, que no perdía detalle de sus gestos.

Keir levantó la mano para que detuviera su parloteo, acostumbrado a dar órdenes.

Ella parecía buscar algo y, cuando sus ojos se encontraron con los de Keir, él supo que no había sido por casualidad. La chica no bajó la mirada, sino que la sostuvo unos segundos. No había desafío ni miedo en su expresión; más bien era un brillo de curiosidad que infló su ego.

Keir sintió una pequeña sacudida en el pecho.

—Ve —habló Roy, que había estado observando la reacción de ambos.

—Solo voy a saludar —dijo.

Roy soltó una carcajada.

—Como si fuera tan natural hablar con una dama sin haber sido presentado.

—Ella es la que se ha puesto en peligro. No estamos en un baile y no veo a ninguna chaperona a su lado.

Keir esquivó las mesas y los lacayos con bandejas de licores.

Cuanto más se acercaba, más evidente se hacía algo que en la distancia había pasado desapercibido: la joven no estaba demasiado cómoda allí, aunque tampoco parecía dispuesta a marcharse. Observaba el lugar con una mezcla de fascinación y cautela que Keir encontró encantadora. Cuando llegó frente a ella, se inclinó ceremonioso.

—Creo recordar que bailamos juntos. — Era mentira, pero quería romper el hielo. Ponerla a prueba.

Ella lo contempló con atención. Durante un segundo Keir pensó que tal vez se había equivocado. Sin embargo, la sonrisa apareció poco después y no fue discreta, al contrario: por unos segundos hizo sombra a la luz dorada de las velas.

—Yo solo recuerdo que tenía el gaznate seco.

Keir se rio con ella.

—Y así era.

El ruido de la sala continuaba a su alrededor, aunque en ese pequeño espacio parecía haberse vuelto más lejano.

—No esperaba encontrarla aquí —dijo él.

Ella giró la cabeza de un lado a otro.

—Yo a usted sí.

Keir soltó otra sonora carcajada, tan ruidosa que los invitados los miraron a ambos con cierto interés. Ella se ruborizó.

—Permítame presentarme correctamente —habló él para evitar que huyera—. Keir Fergus MacFie, *laird* de Glenmora.

Ella abrió los ojos, parecía fascinada. La reacción que esperaba.

—Señorita Rose Mary Miller. —Hizo una laxa reverencia.

—¿Juega usted, señorita Miller?

Rose Mary ojeó la mesa a su izquierda donde un grupo de taimados ingleses se retaban en una partida a las cartas.

—Todavía no.

Keir apoyó una mano en el respaldo de la silla vacía junto a ella.

—Podría enseñarle —le dijo sin apartar sus ojos de los de ella, claros y tan expresivos que casi se perdió en ellos.

Rose Mary le sostuvo la mirada más tiempo de lo necesario. Y al instante Keir dedujo que sería fácil conquistarla. Cruzó los dedos tras su espalda. Muy pronto tendría entre sus brazos a una mujer que no

se amedrentaría ante su presencia, y el dinero de su protector salvaría a Glenmora. Solo era cuestión de jugar con sus encantos y de que ella no se diera cuenta de sus intenciones.

CAPÍTULO 6

La mesa de juego estaba cerca de una de las chimeneas y el calor del fuego ascendía con una suavidad engañosa, como si aquel rincón del salón fuese un refugio respetable en lugar de una casa donde corrían el *whisky*, las apuestas y las historias que nadie contaría a la luz del día.

Rose Mary tomó asiento despacio. El respaldo de la silla crujió bajo su peso y durante un instante tuvo la sensación absurda de que todo el salón observaba aquel gesto. No era cierto, por supuesto. Los hombres gritaban sobre los dados, las monedas tintineaban encima de las mesas y el aire estaba tan cargado de humo que casi podía saborearse.

Aun así, la atención de Keir Fergus MacFie pesaba como una mano invisible apoyada en su espalda.

—Primera lección —dijo él con una calma que contrastaba con el ruido del salón—: no mire las cartas como si fueran culpables de algo.

Rose Mary bajó la vista hacia su mano.

—¿Y cómo se supone que debería mirarlas?

—Como si le debieran dinero.

La respuesta le arrancó una risa antes de que pudiera evitarlo. El sonido la sorprendió hasta a ella.

Keir la observó con una expresión tranquila. Sus ojos, de un gris que parecía más hipnótico a la luz del fuego, no se apartaron de su rostro.

Rose Mary sintió un calor extraño. No sabía si era por la cercanía de la chimenea o por aquella mirada demasiado tiempo sostenida.

Decidió concentrarse en las cartas.

—Debo advertirle de que nunca he jugado a nada más arriesgado que una partida con *lady* Susan en su casa de Woolriver —dijo mientras las ordenaba con torpeza.

—Entonces Londres está a punto de mejorar su educación.

Ella respiró hondo.

Durante unos minutos ninguno habló. Rose Mary era consciente de su presencia con una claridad casi incómoda. De la anchura de sus hombros cuando se inclinaba sobre la mesa. De la forma en que su voz, baja y grave, parecía abrirse paso entre el ruido sin necesidad de elevarse. De la cercanía inesperada de su brazo cada vez que señalaba una jugada.

Aquello no era tan sencillo ignorarlo, algo que le hubiera aconsejado con fervor su señora.

—Tiene usted una forma muy particular de enseñar. Hasta ahora no he ganado ni un penique —murmuró ella.

Una sombra de sonrisa apareció en los labios de Keir.

—Es parte del proceso.

Rose Mary dejó caer una moneda sobre la mesa con una pequeña determinación.

—Espero que también exista la parte en la que empiezo a ganar.

—Eso depende de su talento.

Los jugadores que hasta el momento habían aceptado a Rose Mary en la partida negaron con la cabeza, hartos de los cuchicheos de la pareja. Abandonaron uno a uno.

—¡Así es imposible jugar en condiciones! —exclamó el último antes de levantarse y huir.

—¿Es porque he ganado esta ronda? —preguntó de manera irónica Rose Mary.

—Porque es demasiado bella para esos mequetrefes —contestó el escocés ocupando un lugar en la mesa y convirtiéndose en su contrincante.

—Creía que era usted más original a la hora de cortejar a una dama —se quejó ella.

—Cierto, le pido disculpas ante mi rudimentario halago. —Keir se llevó una mano al pecho.

—Aceptadas quedan. Ahora es el momento de demostrarme cómo se gana, *laird* Macfie. —Rose Mary le sonrió traviesa.

Él alzó una ceja y ella temió que su descaro lo espantara.

—Yo ya he ganado demasiado esta noche —contestó al fin Keir.

La respuesta no fue del agrado de Rose Mary. Había algo en aquella frase que no terminaba de encajar con el tono ligero de la conversación. Tomó un pequeño sorbo de un vaso de *whisky* que agarró al vuelo de uno de los lacayos. El líquido ardió en su garganta y le hizo fruncir el ceño.

Keir lo notó.

—No es una bebida a la que está acostumbrada.

—Eso está claro —dijo mientras tosía.

El comentario arrancó otra encantadora sonrisa al escocés.

Rose Mary apoyó el vaso en la mesa y le preguntó lo que bullía en su lengua desde que lo vio por primera vez.

—¿Qué hace un *laird* de las Highlands pasando las noches en una sala de juegos clandestina de Londres?

—Buscando una esposa.

Fue tan directo que Rose Mary volvió a toser para simular la sorpresa.

—Vaya. Eso explica su expresión en el baile.

Keir levantó la mirada hacia ella.

—¿A qué se refiere?

—Parecía tan incómodo que pensé que lo habían obligado.

Una risa breve escapó de él.

—Algo parecido.

El silencio que siguió fue distinto. Rose Mary, nerviosa, jugó con el borde de la carta entre sus dedos.

—¿La encontró?

Keir sostuvo su mirada. Había en sus ojos una franqueza que desarmaba.

—No.

La palabra cayó con la misma simplicidad con la que había pronunciado la anterior.

Rose Mary asintió con lentitud.

—Londres puede ser exigente con esas cosas.

—Lo he notado.

Keir observó sus manos y se relamió los labios, algo que no pasó desapercibido para Rose Mary, que tiraba una carta tras otra olvidando las reglas del juego.

—¿Y usted? —dijo el escocés con voz grave.

La pregunta era sencilla, pero su mirada no tenía nada de simple.

—¿Yo qué? —se sobresaltó Rose Mary.

—¿Qué busca en Londres?

La imagen de lo que anhelaba apareció en su mente con una claridad que la desconcertó: «Un lugar donde ser yo misma», pensó. Pero decirlo en voz alta resultaba demasiado vulnerable, así que se permitió una pequeña ironía.

—Algo bastante menos complicado que una heredera.

Keir siguió buceando en su mirada, como si fuera capaz de adivinar sus pensamientos.

Rose Mary apoyó los codos en la mesa con un gesto casi inconsciente.

—Un lugar al que pertenecer. —La frase le salió en un susurro.

Keir no respondió enseguida. Su atención seguía siendo tranquila y a la vez peligrosa.

—Eso también puede ser difícil de encontrar —contestó al fin.

Continuaron observándose en silencio, leyendo entre líneas, buscándose no solo con los ojos, también con el alma ebria de *whisky*.

Ella fue la primera en romper el silencio.

—Su turno —dijo señalando las cartas.

Pero su mano se movió al mismo tiempo que la de él y sus dedos se rozaron. El contacto fue breve, accidental. Un pequeño estremecimiento recorrió los brazos de Rose Mary y su piel despertó de repente. Retiró la mano con rapidez.

—Perdón.

—No es necesario.

Keir tampoco parecía muy dispuesto a apartarse.

Rose Mary se concentró de nuevo en las cartas con una atención que habría impresionado a cualquier maestro de juego.

Pero ya no pensaba solo en la partida. La verdad era que en ningún momento de esa noche lo había hecho. Y tuvo la inquietante sospecha de que él tampoco.

CAPÍTULO 7

La última noche en Londres llegó sin que Keir Fergus MacFie tuviera muy claro en qué momento había decidido volver a la sala de juegos de *lord* Essex.

Había pasado el día recorriendo Hyde Park, donde la aristocracia paseaba para ser vista con la esperanza de encontrar a una candidata apta. A esas alturas se hubiera conformado con cualquiera con un poco de dinero capaz de aplacar a los bancos ingleses. Pero durante esa mañana le perseguía la incómoda sensación de que cada hora que transcurría lo acercaba un poco más al momento de regresar a Glenmora con las manos vacías. Estaba claro que a ellas les agradaba, pero no a sus padres, y más cuando conocían el destino de sus hijas. Glenmora era su hogar, donde se había criado. Allí era feliz, aunque entendía que para una flor inglesa sería un desierto y no creía que se acostumbrara a su viento, que, según decía la leyenda, volvía locos a los que la tierra no aceptaba.

Cuando entró en el salón de juegos del vizconde, el ruido lo envolvió como siempre: risas altas, monedas sobre la madera, el olor áspero del *whisky* mezclado con humo de tabaco y velas que chisporroteaban. Esta vez no trató de sumarse a la algarabía. Ya había vaciado una botella en la habitación en la que se alojaba. Aran y Roy le habían intentado convencer para que asistiera a un baile, al que habían conseguido que lo aceptaran, pero acabó desechando el plan. Los dejó a ellos como representantes de Glenmora.

La sala estaba llena de gente, pero él no intentó encontrar una silla vacía y jugarse todo cuanto le quedaba. Se sorprendió a sí mismo buscando un rostro. Y cuando lo vio, comprendió que quizá aquella había sido la única razón para volver.

Rose Mary estaba sentada en la misma mesa de la noche anterior, con una copa frente a ella y las cartas entre los dedos. La luz de la chimenea caía sobre su perfil y hacía brillar un mechón castaño que se había escapado de su peinado.

Keir se detuvo un instante antes de acercarse, aunque tampoco le dio mucho tiempo para observarla. Ella pareció sentirlo y desvió la mirada hacia él.

—Pensé que había ganado suficiente dinero como para retirarse —le dijo con una sonrisa tímida.

—Y yo que usted ya habría aprendido lo suficiente como para no necesitar profesor. —Keir le señaló una jugada que había pasado por alto.

Rose Mary dejó las cartas sobre el tapete verde.

—He descubierto que aprender puede ser más entretenido que ganar.

Macfie tomó la silla frente a ella cuando uno de los jugadores decidió abandonar y probar suerte con los dados.

—Eso depende de lo que esté en juego.

Durante unos segundos ninguno habló.

El salón rugía a su alrededor, pero allí, en ese pequeño círculo de luz, todo parecía ir más despacio.

Rose Mary levantó una copa que tenía a su izquierda y bebió.

Keir observó el gesto. Había un brillo distinto en sus ojos esa noche.

—¿Cuántas copas lleva? —preguntó él.

—No las suficientes como para perder la dignidad.

—Eso es tranquilizador.

Ella lo miró de nuevo con esa sonrisa que parecía retarlo.

—¿Y usted?

Keir levantó la mano para que un lacayo le sirviera un vaso.

—Las suficientes como para no preocuparme por el mañana.

Rose Mary apoyó el codo en la mesa.

—¿Qué es lo que le preocupa?

Keir la examinó primero antes de hablar. No sabía si sincerarse o solo seguir con el galanteo.

—Hoy es mi última noche y me voy tal como vine, sin nada —dijo al fin, incapaz de callar por más tiempo lo que lo atormentaba. El alcohol ayudaba bastante a que uno se sintiera más libre y, por lo tanto, más sincero.

Rose Mary levantó la mirada. En sus ojos esta vez sí había cierto asombro.

—También es la mía, antes de volver a Woolriver.

—¿Y eso le pesa por algún motivo? —preguntó Keir, que no quedó indiferente a la tristeza que emanaba la joven.

—Pensé que a estas alturas ya me habría decidido.

Por la manera en que ella intentaba restar importancia a la frase, y sobre todo por las quejas de los otros jugadores en la mesa, decidió terminar aquella conversación fuera de los oídos indiscretos. Se levantó y le tendió la mano con cortesía.

—Venga.

Rose Mary agrandó los ojos.

—¿A dónde?

—A tomar el aire.

—¿En medio de una partida?

—Está perdiendo.

Rose Mary lo miró con la sospecha divertida de quien sabe que está a punto de hacer algo imprudente, pero tomó su mano. No temblaba ni tampoco languidecía entre la suya. Era firme, y supo que estaba ante una mujer con las ideas claras.

**

El jardín del palacete de *lord* Essex permanecía en silencio. El ruido de la sala llegaba amortiguado desde el interior. La noche de Londres se mantenía fresca y el aire húmedo olía a tierra y a hojas.

Rose Mary respiró hondo.

—Esto es mucho más civilizado que ese salón.

Keir apoyó una mano en la barandilla de piedra.

—Las Highlands son todavía mejores.

—¿Ah, sí?

—Mucho viento. Mucho silencio. Y casi no se juega a las cartas.

Rose Mary se acercó un poco más.

El *whisky* había dejado un calor agradable en el cuerpo de Keir y aceptó el avance de la muchacha como algo natural. Aunque ambos sabían que, si los encontraban allí a solas, sería el fin de la reputación de Rose Mary y tal vez Keir debería jugarse la vida en un duelo.

—Es usted un pésimo anfitrión. Me está vendiendo Escocia como si fuera un convento —comentó ella divertida.

Keir sonrió.

—En realidad las apuestas que se hacen en Glenmora son más peligrosas que los dados o las cartas.

Durante un momento se quedaron callados.

La luz que salía por las ventanas del palacio iluminaba el jardín. Keir fue muy consciente de la cercanía de Rose Mary. De su estatura justa debajo del mentón. De la forma en que su voz parecía más sensual al aire libre.

—¿Ha encontrado a la esposa que buscaba? —dijo ella con un tono suave, casi en un susurro.

Keir ladeó la cabeza.

—De momento, no.

Rose Mary lo observó con curiosidad.

—¿Y qué cualidades necesita esa dama?

Keir pensó un segundo. El *whisky* hacía que las ideas resultaran más sencillas de lo habitual.

—Una dote considerable.

Rose Mary levantó un dedo.

—Eso no es una cualidad.

—Tiene razón.

—Continúe.

Keir la miró de otra forma. Ya no era una presa a la que conseguir a la desesperada. Quería impresionarla.

—Que no se asuste demasiado con el viento.

Rose Mary dejó escapar una carcajada.

—Eso es muy específico.

—Las Highlands no son para gente delicada.

Ella cruzó los brazos con fingida solemnidad.

—Entonces debo confesarle algo terrible.

Keir arqueó una ceja.

—¿Sí?

—No tengo dote.

Keir inclinó la cabeza como si evaluara la noticia con gran gravedad.

—Eso complica las negociaciones.

Rose Mary suspiró con dramatismo exagerado.

—¡Y yo que pensaba pedirle matrimonio esta misma noche!

Keir no sabía qué pasaba con aquella joven, pero siempre le sacaba una carcajada.

El sonido provocó un estruendo en el jardín, asustando a los pájaros y las ardillas.

—Qué lástima.

—Trágico —respondió ella y apoyó su mano también en la barandilla de piedra, muy cerca de la suya—. Además —añadió—, yo busco algo distinto.

Keir respiró hondo. No esperaba esa respuesta.

—¿Qué?

Rose Mary tardó un momento en responder.

—Un lugar.

Keir no dijo nada. Ella continuó, más ligera:

—Uno donde no tenga que explicar quién soy cada vez que entro en una habitación.

Keir observó el perfil de Rose Mary. Se sorprendió al pensar que era bonita y que no le importaría tenerla cada noche calentando su cama.

—Entonces creo que nuestros problemas se han resuelto —siguió él divertido por el juego que se había interpuesto entre ellos.

—¿Por qué? Nada ha cambiado desde hace cinco minutos.

—Yo necesito una esposa inglesa y usted necesita un lugar. —El *whisky* hacía que la idea pareciera más razonable de lo que era.

Rose Mary no apartó la vista de sus ojos y Keir la mantuvo, incapaz de retirarla. Se sentía cómodo en esa situación.

—Eso suena conveniente para los dos. —Rose Mary hipó. Seguro que había tomado más que un par de copas.

—Podríamos resolverlo toda esta misma noche —dijo Keir encogiéndose de hombros y sopesando el riesgo. Rose Mary le había indicado que no tenía dote, pero estaba seguro de que su protector, Henry Hall, no la dejaría en la estacada y, aunque no era una familia aristocrática, los bancos ingleses aceptarían el dinero de una de las familias más acaudaladas de Londres.

Rose Mary bajó la cabeza con las mejillas sonrosadas.

—¿Así, sin más?

Keir asintió.

—Muy escocés por su parte —replicó ella. Parecía enfadada, sin embargo, en ningún momento había hecho el intento de escapar de aquella locura.

—¿Lo considera una mala idea? —insistió el *laird*.

Los ojos de Rose Mary se iluminaron.

—Es una idea excelente si uno ha bebido lo suficiente. Y creo que yo lo he hecho. La cena de despedida de Abby ha sido agotadora. No he parado de tomar vino para paliar mi desventura. Todos los de la mesa estaban prometidos o casados, excepto yo. Todos encauzando sus vidas…

Keir sonrió.

—Eso explica por qué sus ojos brillan con tanta intensidad.

Rose Mary soltó una risa. El sonido flotó en el jardín como el aleteo de un pájaro.

Durante un segundo ninguno se movió. La distancia entre ellos era pequeña. No tanto como para tocarse, pero sí lo suficiente como para notar la respiración del otro en el aire frío.

Rose Mary volvió a hipar.

—Mañana esta conversación será absurda.

—Es lo más probable —contestó él. Podría ser su única salvación, aunque nunca la obligaría a aceptarlo.

—Y usted se irá sin lo que ha venido a buscar.

—Casi seguro.

—Y yo seguiré sin un futuro.

Keir asintió.

—Tal vez.

Rose Mary levantó la cabeza y volvió a clavar su mirada en la de él. Había algo distinto en su expresión. Era una mezcla de tristeza y alegría. Lo mismo que le atravesaba a él: la conciencia de que había momentos dichosos como aquellos solo por el simple hecho de saber que no iban a durar.

—Bueno —dijo ella—, al menos hemos descubierto que hay solución para nuestros problemas, aunque sea absurda e imposible.

—Sí —murmuró Keir.

Juntaron las yemas de los dedos hipnotizados por el lento movimiento de sus extremidades. Ninguno de los dos dio el paso atrás que habría devuelto la noche a su tamaño normal.

CAPÍTULO 8

Rose Mary despertó con la sensación de que el mundo estaba del revés.

La cabeza le pesaba demasiado y el terciopelo bajo su mejilla no pertenecía a ninguna de las camas respetables en las que había dormido durante toda su vida. Abrió los ojos con cautela. La luz del amanecer se colaba entre las cortinas pesadas. Por un segundo pensó que aún estaba en su habitación en Woolriver, que el día comenzaba como siempre y que la cocinera estaría abajo preparando el té.

Notó el calor. Alguien respiraba en su nuca, y no, no era Abby, a no ser que por la noche le hubiera nacido un tercer brazo, fuerte y musculoso como el que le rodeaba la cintura.

Su mente tardó un instante más en comprender lo que su cuerpo ya había registrado. Rose Mary levantó la cabeza. El movimiento fue lo bastante brusco como para que el mundo girara de nuevo. Debajo de su brazo, de hecho, debajo de su medio cuerpo, había un hombre. Aunque no era uno cualquiera. Alto, incluso tumbado. Hombros anchos, piel tostada por un sol que no era propio de Londres. La camisa abierta revelaba el inicio de un pecho firme que subía y bajaba con una tranquilidad irritante. Y el tartán. Rose Mary se cubrió la boca asustada. Las imágenes de la noche anterior comenzaron a regresar como piezas sueltas de un rompecabezas. El salón de juegos. Las risas. El vino que había mezclado con el *whisky*.

El jardín. Las bromas sobre matrimonio. Y, luego, un vacío bastante sospechoso. Se llevó una mano a la sien.

—Oh, Dios bendito…

El hombre se movió apenas bajo su brazo, pero no despertó.

Rose Mary permaneció muy quieta. Durante un instante contempló la escena alarmada. Si alguien entraba en ese momento moriría de vergüenza antes de poder explicarse.

Como si el universo hubiese considerado la idea entretenida, la puerta se abrió. Rose Mary cerró los ojos con rapidez

—¡La he encontrado!

La voz de *lord* Essex resonó en la habitación. Su tono era demasiado alegre para la tragedia que se avecinaba.

Rose Mary levantó la cabeza justo a tiempo para ver cómo media docena de personas se detenían en el umbral. Volvió a bajarla de inmediato y se hizo la dormida. El silencio se extendió de golpe, incluso las tablas del suelo parecieron contener el aliento. *Lady* Susan fue la primera en reaccionar.

—¡Oh!

No gritó ni tampoco se desmayó, como había temido Rose Mary, que abrió solo un ojo para examinar la situación: Abby estaba blanca como la pared y Kat tenía la expresión de quien acaba de presenciar algo escandaloso pero interesante.

La vizcondesa viuda de Essex levantó una ceja con el entusiasmo de quien disfruta de un buen drama.

—Esto —dijo— supera todas mis expectativas.

Rose Mary observó por el rabillo del ojo como el hombre se desperazaba con lentitud. Contemplaba el techo y a Rose Mary para terminar con la mirada puesta en el grupo de espectadores.

—¿Alguien podría explicarme por qué hay tanta gente en mi dormitorio? —dijo con voz grave, todavía cargada de sueño.

—¡Su dormitorio! —exclamó la vizcondesa viuda con deleite—. Se encuentra usted en los aposentos privados del vizconde de Essex.

Rose Mary sintió que el calor subía desde su cuello hasta las orejas. Se incorporó como si despertada en aquel mismo instante.

—¿Qué… qué ocurre? —intentó simular extrañeza.

Lady Susan se enfureció.

—Lo que ocurre, querida, es que acabas de arruinar tu reputación antes del desayuno.

Kat bajó la voz.

—Lo más prudente sería encubrir este malentendido.

—¿Encubrirlo? —dijo *lady* Susan—. ¡A estas alturas necesitaríamos tapar la boca a medio Londres!

—Rose Mary, por favor, dime que esto no es lo que parece —dijo Abby preocupada.

Ella se frotó la sien.

—Yo… recuerdo que bebimos en la sala de juegos. Luego alguien me retó y… —miró al hombre— y nada más.

El escocés se incorporó, ruborizado por primera vez.

—Eso mismo iba a decir.

Lady Susan suspiró, teatral.

—La desgracia compartida no resta culpa, señor.

—Algo podremos hacer —intervino de nuevo Kat.

Susan se rascó la barbilla sin quitar ojo a la pareja.

—Deberíamos reunir al club de damas de manera urgente y discutir el caso.

De pronto, alguien soltó un grito ahogado.

—¡Por el cielo, mirad su mano!

Todas giraron sus cabezas hacia el dedo de Rose Mary. Llevaba un anillo dorado, grabado con un escudo celta. El *laird* también.

Un silencio sepulcral llenó la sala. La viuda fue la primera en reaccionar.

—Bueno, al menos el matrimonio reparará el escándalo.

Rose Mary abrió los ojos, horrorizada.

—¿Matrimonio?

Lord Essex se aclaró la garganta. Acababa de recoger del suelo un papel.

—Según lo que pone aquí, el desposorio es oficial. Firmaron anoche.

—¿Firmamos? —preguntó Rose Mary, boquiabierta.

El escocés asintió con una sonrisa torcida.

—Parece que sí, *milady*. Y ahora recuerdo que fue con mucho entusiasmo.

Abby se llevó una mano al rostro.

—¡Dios mío! ¿Y usted quién es, caballero?

El hombre se levantó, ajustándose el cinturón de cuero que sostenía su falda.

—Keir Fergus MacFie, *laird* de Glenmora. —Hizo una reverencia tan natural que incluso *lady* Susan pareció impresionada—. Y, por lo visto, esposo de esta encantadora dama.

Rose Mary balbuceó algo ininteligible y señaló detrás del grupo, que la observaba con interés. Todos se giraron para contemplar a un hombre de barba pelirroja y expresión risueña.

—¡Por fin has encontrado una dama inglesa como esposa, Keir! A ver si sobrevive al viento de Glenmora. Que haga las maletas cuanto antes. Debemos partir enseguida —exclamó.

Rose Mary, aún aturdida, se puso la mano sobre la frente, como si fuera una alucinación por la fiebre, y miró a Keir con los ojos abiertos y las pestañas temblorosas.

—¡No voy a ir con usted a ningún sitio!

—No se preocupe, esposa mía. En Glenmora sopla el viento, pero no tan fuerte como para marchitar a una flor inglesa —le dijo el highlander a su oído con una voz grave que logró que no se sostuviera de pie y tuviera que sentarse de nuevo en el diván donde la habían sorprendido las damas del club.

El caos estalló: *lady* Susan exigió discreción, Kat inspeccionó el documento y Rose Mary tuvo la sensación muy clara de que su vida acababa de torcerse de una forma demasiado inconveniente.

Una cosa era fantasear un futuro con un *laird* escocés y otra era vivirlo en sus carnes. Miró a *lady* Susan rogándole ayuda en silencio, convencida de que ella repararía esa situación, pero el gesto que le devolvió su señora no fue tranquilizador.

CAPÍTULO 9

Lady Susan estaba más escandalizada por el matrimonio de Keir y Rose Mary que la propia novia. Obligó a la pareja a trasladarse de inmediato a la mansión que poseía en Londres.

Keir no puso objeción, dado que le interesaba negociar la cuestión de la dote con aquella familia. Aran y Roy lo esperaban en la puerta con el carruaje que habían alquilado para volver a Glenmora. No era tan salvaje como para que su mujer viajara a lomos de un caballo durante días.

Las paredes del despacho del señor Hall estaban forradas de madera y olía a polvo, tal vez, del que se amontonaba en los libros que llenaban una estantería a su espalda.

Al otro lado del escritorio, Henry Hall lo invitó a sentarse, aunque no le ofreció nada para beber, y esa falta de cortesía lo intranquilizó.

—Bien —dijo al fin el anfitrión, con una exagerada calma—, entiendo que la situación exige que despejemos ciertas dudas.

Keir no respondió de inmediato. Sentía aún en la piel el eco de la escena en el palacete de *lord* Essex al ser descubierto junto a Rose Mary hacía apenas unas horas. No había podido procesar lo ocurrido ni detenerse a pensar en la ceremonia celebrada al amanecer con un párroco necesitado de oro de una iglesia al sur de Londres. Solo tenía en mente a su esposa. Sí, en esos momentos contaba con una, y era lo que buscaba al llegar a la ciudad, sin embargo, la palabra le resultaba áspera, como si no hubiera terminado de asentarse en su boca.

—¿Han consumado el matrimonio? —preguntó a bocajarro el señor Hall.

Keir le sostuvo la mirada. Durante un instante, le resultó casi admirable aquella franqueza sin pudor, esa manera inglesa de reducir lo íntimo a un asunto administrativo.

Pensó en Rose Mary. En la rigidez de sus hombros cuando la puerta del despacho se cerró ante ella. La imaginó en una alcoba de aquella esplendorosa mansión, consolada por *lady* Susan y la marquesa de Pembroke. Sin embargo, ella no tendría que estar avergonzada. Recordaba bien el sí de Rose Mary en el altar de esa iglesia desvencijada, su sonrisa, el hipo constante que le atenazó aquella noche, y luego cómo regresaron a celebrarlo con más *whisky* al palacete de *lord* Essex, y al final cayeron rendidos en el diván. No habían consumado, ni siquiera lo había intentado. Si la poseía sería en condiciones, estando ella serena, capaz de recordar las mil travesuras que haría con su cuerpo.

Mintió a su interlocutor.

—Sí. —Ni siquiera tembló al decirlo; se jugaba Glenmora en aquello.

Henry Hall lo observó con detenimiento, quizás intentando encontrar una fisura en su tono, una vacilación que deshiciera el nudo legal que los unía.

Keir se levantó y se reclinó sobre la mesa para intimidarlo.

—Puede que dentro de unos meses nazca el nuevo heredero de los MacFie.

Henry carraspeó.

—Entonces no creo que haya posibilidad de revocar el matrimonio. No me gustaría que Rossie se convirtiera en una de esas madres solteras descarriadas.

El silencio que siguió fue incómodo.

Keir volvió a su asiento y se limitó a asentir.

—En ese caso —añadió Henry—, debemos pensar en lo práctico.

Abrió un cajón y sacó una botella de *brandy* y dos copas. A Keir le sobrevino una arcada. No estaba preparado para más alcohol. Todavía no. De igual modo, aceptó la hospitalidad dado que era el preludio para el pacto que esperaba, y nunca se negaba una copa cuando se empezaban las negociaciones.

—Deseo regresar a Glenmora hoy mismo junto a mi esposa —dijo Keir, adelantándose a Henry.

El otro hombre entrecerró los ojos e hizo una leve inclinación de la cabeza.

—Eso no será necesario.

La respuesta llegó con una suavidad que, lejos de apaciguar, tensó aún más el ambiente.

—Pueden acompañarnos a Woolriver. Tendrán una casa adecuada. *Lady* Susan podrá supervisar la adaptación de Rossie y usted dispondrá de todo lo necesario mientras se resuelven ciertos asuntos.

Keir se dio cuenta de que aquello era una manera elegante de mantenerlos dentro de un círculo donde todo podía ser observado, corregido y, si era preciso, deshecho.

Sintió el calor subirle por el cuello, lento, como una advertencia.

—No.

Era un tipo de pocas palabras, y en esos momentos no era necesario añadir nada más. Seguro que Roy le hubiera contradicho y atormentado con que debía mostrarse más amable y conservador para conseguir sus intereses.

—Quizá no me ha entendido —contestó Henry sin moverse.

—Le he entendido perfectamente. —Keir colocó las dos manos en su cinturón—. Soy el *laird* de Glenmora. Es allí donde vive mi gente. Es allí donde vivirá mi esposa.

El aire se convirtió en un fino hilo a punto de romperse.

Por un instante, Keir tuvo la impresión de que Henry Hall lo contemplaba como a una anomalía que debía ser encajada en algún sistema que no estaba diseñado para él, y no como un igual.

—Glenmora —repitió Henry, con una leve exhalación—. Las Highlands no son un entorno sencillo para una joven como Rossie.

El nombre de ella, pronunciado con esa familiaridad, provocó en Keir una incomodidad inesperada. Saber que aquel tipo la conocía como él tal vez no lo haría nunca lo irritó.

—Deje de llamarla así. Ella ya no es una niña. Es Rose Mary MacFier ahora. No la trate como si no supiera dónde pisa —

respondió, más seco de lo que había previsto—. Vivirá bajo su techo, no en una jaula.

Henry Hall parecía divertido ante aquella salida de tono.

—¿Es consciente de que no tiene dote? —dijo al fin.

El señor Hall lo pronunció como un hecho. Otro más en una larga lista que parecía definir la posición de Rose Mary en el mundo.

—Si ha sido lo bastante buena para estar al lado de su esposa durante años, debería serlo también para ser respetada y atendida en el momento en que ella decida elegir su camino. Y parece que es ahora —habló Keir no muy convencido de su argumento.

Los dos hombres se retaron con la mirada. Keir no sabía en cuánta estima podría tener el señor Hall a Rose Mary. Se arriesgó al encerrarse en el despacho con él, como la noche anterior al casarse por desesperación.

Henry Hall desvió la vista hacia el fuego. Keir realizó un gesto de triunfo: había ganado la batalla de miradas. Esa fue una de las primeras lecciones que su padre le enseñó de niño. «Si quieres hacerte respetar —le dijo—, nunca apartes los ojos de tu adversario».

Henry bebió con calma, saboreó el líquido en el paladar y se tomó su tiempo antes de hablar.

—Está bien. Le proporcionaré una dote a Rose Mary. Reducida, eso sí.

Keir no respondió de inmediato. Él no necesitaba algo pequeño, sino el lote completo. Esperó.

—La otra mitad —continuó Henry— dependerá de lo que ocurra después.

Keir mantuvo su rostro inescrutable, a la espera de la estocada.

—Un año —agregó el señor Hall—. Si dentro de ese tiempo, cuando vayamos a Glenmora, veo que Rose Mary es feliz, recibirá el resto.

Keir no esperaba ese resultado. Estaba dispuesto a rebatirle y lograr que le entregara la cantidad completa en ese momento. Sin embargo, había jugado la baza emocional. La felicidad era muy escasa en Glenmora, al menos desde que sus padres fallecieron y las deudas se comían literalmente la tierra.

—La conozco desde niña —continuó Henry, y por primera vez su voz perdió algo de esa rectitud impostada—. Es más fuerte de lo que parece. Pero no creo que usted comprenda del todo lo que le está pidiendo.

Keir evocó el viento de Escocia, la piedra húmeda, las noches en las que el silencio acompañaba a la soledad. Pensó en Rose Mary, en la manera en que había sostenido la compostura cuando fue descubierta acostada en el diván con un desconocido.

No respondió a la duda implícita. No le debía a aquel hombre una defensa de su mundo.

—Acepto —dijo, convencido de que podría lograr que Seger Hamilton, el acreedor que le hacía la vida imposible, se conformara con la promesa de una gran dote de uno de los mayores comerciantes e inversores de Inglaterra.

No era lo que quería, pero tampoco lo consideraba una derrota. Habría otras batallas, más silenciosas tal vez, que aún no habían comenzado. Y, de algún modo, supo que no tendrían que ver con Henry Hall, ni con Londres, ni siquiera con la dote. Todo giraba alrededor de la mujer que lo esperaba al otro lado de la puerta.

Su esposa.

Keir notó que aquella palabra había perdido la aspereza inicial y empezaba a teñirse de esperanza.

CAPÍTULO 10

La puerta se cerró de golpe a unos milímetros de la nariz de Rose Mary, justo cuando pretendía acceder al despacho del señor Hall junto a su flamante y desconocido esposo. Apretó los puños y los alzó al aire. ¿Iban a negociar su futuro sin estar ella presente?

Las damas del club de Woolriver, con *lady* Susan a la cabeza, seguida de Kat y Abby, se aproximaron a ella con la intención de consolarla. Se dirigieron hacia el vestidor donde su señora guardaba los trajes que utilizaba en Londres. Uno a uno fueron amontonándolos sobre la cama. El de muselina de color crema, destinado a las fiestas. El azul más sobrio, para las visitas. Varios guantes de cuero marrón, imprescindibles durante el viaje. Y, doblado con más cuidado que el resto, el chal que había pertenecido a la madre de Abby.

Rose Mary alisó una arruga inexistente en la tela con la palma de la mano. Hacía rato que había perdido el hilo de la conversación, atenta a un posible alboroto en la planta de abajo.

—Te enviaremos el resto en cuanto lleguemos a Woolriver. No tiene sentido que cargues con todo ahora —dijo *lady* Susan antes de salir de la estancia.

Una criada entró con sigilo e indicó que requerían de su presencia.

La marquesa de Pembroke alzó la voz con una alegría impostada, para que la ausencia de la señora Hall no fuera tan evidente.

—Llévate prendas de abrigo, son las más necesarias. Tengo entendido que el clima allí no es indulgente.

Rose Mary esbozó media sonrisa.

—No hace falta —respondió, después de colocar las prendas dentro de un baúl—. Ya encargaré lo que necesite.

Era la esposa de un *laird*: seguro que no sufriría por falta de vestimenta. La idea de su nueva posición volvía una y otra vez y le obligaba a enderezar la espalda sin darse cuenta.

—Escocia no es Londres —añadió Kat, con una suavidad que no escondía del todo el aviso—. Y Glenmora…

Se detuvo un instante, como si midiera hasta dónde podía llegar.

—No te muerdas la lengua, dilo —la retó Rose Mary, sorprendida por la cautela.

—No es un lugar cómodo. —La marquesa dejó escapar un suspiro—. He oído cosas —confesó bajando la voz como si las paredes pudieran guardar secretos—. Las tierras son ásperas y los inviernos interminables. Además, la gente no te recibe con los brazos abiertos.

—Y también hay brujas —añadió Abby—. Dicen que en las Highlands son veneradas.

Rose Mary emitió una sonora carcajada.

—En ese caso, no estaré tan fuera de lugar. Las damas del club de Woolriver ya tienen algo de eso.

El comentario provocó una breve distensión. Abby negó con la cabeza, divertida, y la marquesa permitió que su gesto se suavizara.

Había pasado una media hora cuando *lady* Susan volvió con expresión preocupada. La miraba con lástima, un sentimiento que parecía compartido con el resto de sus amigas.

Su señora se acercó a ella con la excusa de ayudarla a cerrar el baúl.

—Ven conmigo un momento —le dijo en un susurro.

Salieron de la habitación y se dirigieron hacia un pequeño gabinete contiguo. Se miraron a los ojos y Rose Mary comprendió que algo malo sucedía.

—He hablado con Henry —dijo *lady* Susan.

Ella percibió la tensión en su estómago.

—Habrá una dote —continuó—. No todo lo que habría deseado ofrecerte, pero será suficiente.

—¡No sé qué decir! ¡No lo esperaba! —Rose Mary se emocionó. Había sido demasiado crítica con *lady* Susan. Creía que solo la mantenía a su lado para que hiciera el trabajo sucio: le llevaba la casa, se encargaba de su ropa, hasta de los niños. Aunque esa vez se habían quedado en Woolriver a cargo de una niñera contratada solo para ese viaje y para que ellas no tuvieran que estar tan pendientes de las travesuras de los mellizos.

—Es mi deber como presidenta del club. —*Lady* Susan la agarró de las manos y se mantuvo firme.

Rose Mary sonrió con timidez. Tal vez sí que hubiera ofrecido una dote a cualquier dama del club que se encontrara en su posición. Aun así, se sintió agradecida por el detalle, y mucho menos tensa. Ya no se presentaría en su nueva casa con las manos vacías.

—Como te decía, es una cantidad pequeña para empezar, y el resto dependerá del tiempo. De cómo se desarrollen las cosas —continuó su señora.

Rose Mary frunció el ceño.

—¿Cómo que el resto? ¿Es que las dotes se pagan a plazos?

Lady Susan rio.

—Siempre con tus salidas… Ahora que vas a ser la señora de la casa debes cuidar eso.

—Pero, Susan —ya no le daba pudor llamarla por el nombre de pila; fue ella quien insistió durante los años a su servicio—, no has contestado. ¿Acaso Keir ha puesto alguna pega?

A *lady* Susan se le escaparon las lágrimas.

—Henry empezó la reunión convencida de anular vuestro matrimonio. ¡Así no es como se hacen las cosas, al menos no en Inglaterra! Sin embargo, dado que este ha sido consumado, no hay posibilidad de anularlo.

El aire pareció quedarse suspendido entre ambas.

Rose Mary no respondió de inmediato. El calor le subió desde el pecho hasta la garganta, lento, irritante. Pese al alcohol que bebió durante la noche anterior, recordaba a la perfección la sucesión de los acontecimientos. Se habían prometido el uno al otro una relación respetuosa en la que cada cual conseguiría lo que buscaba, ni más ni menos. Y, para celebrarlo, vaciaron las botellas del gabinete

privado de *lord* Essex hasta quedarse dormidos. No consumaron el matrimonio y, sin embargo, Keir mintió. No supo si tomarse eso como un halago, dado que significaba que la quería a su lado sin importar las consecuencias, o como un desafío. Le pareció que aquello era una línea roja que le advertía de algo que no supo descifrar del todo bien en esos instantes.

Lady Susan no dejaba de observarla a la espera de que dijera cualquier cosa que pudiera dar marcha atrás y cambiar su destino. Se encontraba ante una encrucijada: la vedad y la lealtad a su marido, tiraban en direcciones opuestas. Abrió la boca dispuesta a emitir un sonido, pero no le salió nada. Como si se hubiera quedado sin voz.

Y, de pronto, Keir Fergus MacFie ocupó el umbral sin necesidad de anunciarse. No alzó la voz. No hizo ningún gesto que pudiera considerarse impropio. Sin embargo, su presencia las alteró.

—Esposa, nos marchamos de inmediato. Estoy deseando mostrarle el castillo de Glenmora, donde residiremos.

En ese instante, la dote, la conversación, la incomodidad que le tensaba el estómago quedaron en un segundo plano. ¿Había dicho castillo? ¿Ella, una criada, hija de un simple capataz, señora de un castillo?

Se deshizo de las manos de *lady* Susan, que aún la tenían sujeta, y asintió. Se dirigió de nuevo al vestidor y dio órdenes a los lacayos para que bajaran el baúl al carruaje que los esperaba fuera. En su mente apareció la imagen de un prado verde y un castillo de tres puntas con grandes ventanales por lo que la luz dorada del amanecer entraba a raudales.

—¿Por qué esa sonrisa? — le susurró Abby al oído mientras bajaban por las escaleras hasta la entrada—. ¿Ya estás pensando en la segunda noche de bodas?

—¡No seas bruta! —le contestó Rose Mary con el brillo en los ojos.

—Me siento más tranquila sabiendo que te vas por voluntad propia y que no has sido forzada a ello —dijo Kat irrumpiendo en la conversación.

—¡Por supuesto! —Rose Mary enderezó la espalda sin comentar nada más. No anhelaba compartir el acuerdo al que habían llegado Keir y ella con sus amigas. Aunque, pensándolo mejor, entre las risas y el *whisky* había quedado algo diluido.

Ya en el recibidor, con el abrigo, el sombrero y los guantes puestos, Abby fue la primera en abrazarla. Acto seguido la marquesa hizo lo mismo y, por último, *lady* Susan. Las tres se sumieron en sollozos, unos de alegría y otros de tristeza. Rose Mary no sabía muy bien por qué lloraba, una mezcla de sentimientos se le enredaban en el vientre.

—Te echaremos mucho de menos —sollozó Abby.

—Rose Mary, escríbenos a menudo —solicitó Kat.

—Vendremos a verte en cuanto podamos —sentenció *lady* Susan para que nadie pudiera contradecirla.

Keir, impaciente, le ofreció el brazo, que ella tomó por inercia. La separó de las damas], que no paraban de darle consejos de última hora. La dureza de su bíceps la sorprendió, pero no provocó que olvidara con tanta facilidad la mentira y aquella dote con condiciones tan peculiares. Aunque solo estaba casada desde hacía menos de veinticuatro horas, debía de tener una seria conversación con su marido antes de llegar a Glenmora.

CAPÍTULO 11

El interior del carruaje se había vuelto más estrecho a medida que avanzaban las horas, como si la madera se contrajera con cada milla que la alejaba de Londres. Rose Mary había perdido la noción exacta del tiempo, pero no la del cuerpo: la espalda rígida, las piernas entumecidas, el cuello inclinado en un ángulo que ya no sabía corregir sin dolor.

El traqueteo constante no le permitía descansar. Frente a ella, el equipaje ocupaba más espacio del que le habría correspondido a una persona.

Fuera, los cascos de los caballos marcaban un compás distinto. Más libre y firme.

Roy, el amigo pelirrojo de Keir, conducía el carruaje. Él y su hermano Aran lo escoltaban.

De pronto, el traqueteo de las ruedas cambió de ritmo, más lento y con más perturbaciones. Había pasado un buen rato mareada por el zarandeo y las piernas entumecidas cuando el vehículo se detuvo. El silencio fue tan repentino que le resultó extraño.

Rose Mary se incorporó como pudo, apartando la cortina de la ventana. La oscuridad la sobresaltó. Aun así, distinguió unos espesos árboles a la izquierda del camino.

Abrió la puerta con cierta torpeza y descendió.

El aire le golpeó el rostro, frío, con un olor que no sabía nombrar del todo: tierra húmeda y a madera.

—¿Hemos llegado? —preguntó, sin ocultar la esperanza.

Nadie respondió de inmediato.

Contempló cómo Aran reunía ramas con una eficacia que excluía cualquier conversación innecesaria. Roy desmontó del pescante del

carruaje con movimientos rápidos, casi impacientes.

Keir se acercó.

—No. Pasaremos la noche aquí —dijo con sequedad.

La frase no contenía disculpa. Ni siquiera una explicación.

Rose Mary miró alrededor y solo vio hierba, árboles, un claro apenas definido por el barro removido y el rumor de animales arrastrándose por la maleza. Nada que se pareciera a una posada.

—¿Estamos en la parte trasera de los establos? ¿Por dónde accedo para ir a mi habitación?

Los tres hombres detuvieron sus movimientos y la miraron estupefactos para acto seguido romper el silencio con sonoras carcajadas.

—*Milady*, este va a ser su cuarto —se burló su marido deslizando el pie por la hierba y trazando un cuadrado imaginario. En su interior tiró una manta.

Aran ya había conseguido encender un tímido fuego que empujaba la oscuridad hacia los bordes.

A Rose Mary le recorrió un escalofrío.

—¡No voy a dormir con tres extraños en medio del bosque!

Keir la evaluó más tiempo del necesario mientras ella permanecía de pie incapaz de entender cuál era la causa de que no pasaran la noche en una posada como lo haría cualquier caballero. Enseguida se dio cuenta de que no estaba ante caballeros, sino ante *highlanders*, y más cuando Roy, que había desaparecido, regresó con un conejo al que había atrapado. Lo despellejó ayudado por Aran. Rose Mary, como toda criada, no era ajena a esa clase de situaciones, pero estaba indignada. Creía que al casarse con un *laird* su vida daría un cambio y, sin embargo, se seguía sintiendo parte de la plebe.

—Si tanto le escandaliza dormir a mi lado puede utilizar el carruaje, estará más resguardada —añadió Keir mientras aviva el fuego a la espera de cocinar al animal.

Rose Mary volvió la vista hacia el interior. Pensó en las horas anteriores en las que había pasado dentro, entumecida. En la rigidez que aún no había abandonado su cuerpo.

—Allí no puedo estirar las piernas. Además, deja de hablarme con tanto usted por aquí y por allá. Soy Rose Mary y estamos casados. Somos familia.

Los tres hombres dejaron sus quehaceres de golpe, la observaron de arriba a abajo y luego se sonrieron entre ellos.

—Está bien, Rose Mary —dijo Keir con una media sonrisa tan encantadora que hizo que sus piernas se doblegaran. Para disimular, se sentó en el suelo junto a ellos—. Este es el bastardo de Aran y este el pesado de Roy.

Ambos hombres inclinaron la cabeza. Todo aquello no podría salir bien: habían empezado la casa por el tejado y se había casado antes de ser presentada como Dios manda. Se dio cuenta de que ya no la trataban como una señorita, y el cambio empezó cuando aceptó ser parte de aquella locura.

Durante unos minutos, permaneció junto al fuego en silencio, observando cómo ellos se movían con una naturalidad que no necesitaba coordinación explícita. Se pasaban objetos sin mirarse y hablaban en un idioma que no comprendía —el gaélico, supuso—, con una cadencia más áspera y rápida.

Comieron el conejo cuando, tras un largo rato sobre las brasas, la carne estuvo por fin en su punto. Después la noche terminó de asentarse a su alrededor, y los hombres extendieron sus mantas para dormir. Rose Mary miró el carruaje. Se levantó para aproximarse. A medida que se alejaba del fuego, la oscuridad parecía envolverla hacia un mundo gélido sin retorno. Respiró hondo y, con una determinación más visceral que razonada dio un paso en dirección contraria. Al girarse el único que todavía seguía despierto, pendiente de ella, era Keir.

—Si no te importa, dormiré con vosotros —comentó sin atreverse a sostener la mirada fija del *laird*—. Hace frío.

—Lo sé, no es a lo que estás acostumbrada—contestó él, esperándola.

Rose Mary dejó escapar una leve exhalación, que podría haber sido una risa si hubiera tenido más paciencia.

—No creo que nada de esto lo sea.

Keir señaló, con un gesto breve, el espacio de hierba junto a él.

—Acércate más.

Rose Mary dudó un instante.

—Estaré bien —contestó.

Se alejó unos pasos de Keir, lo suficiente como para no tocarse, pero lo bastante cerca como para que pudiera socorrerla si un animal la atacaba.

El suelo estaba duro. La humedad se filtraba a través de la tela de su vestido. Se tumbó con torpeza, intentando encontrar una posición que no resultara del todo insoportable.

No lo consiguió. Cerró los ojos. Se concentró en el chapurreo de los troncos al arder y en el sonido del viento moviendo las hojas. Estaba a punto de quedarse dormida cuando escuchó un crujido, leve pero cercano. Rose Mary abrió los ojos. El corazón le golpeó el pecho con demasiada rapidez. Otro sonido, esa vez más claro. Pensó en las lecciones del club, pero ninguna de ellas hablaba de yacer con su esposo en mitad de un bosque solitario y ser asaltada por una alimaña.

—¿Qué ha sido eso? —La pregunta salió más cobarde de lo que habría querido.

Keir alzó la vista hacia ella. El fuego iluminaba su rostro de forma irregular, marcando sombras que lo hacían parecer aún más salvaje. Y no supo quién era más peligroso, si él o la idea de un roedor atacándola.

—¿Qué ha sido qué?

—Ahí —señaló hacia la oscuridad—. Algo se ha movido.

Keir parecía divertido con su nerviosismo. La observó como siempre hacía, como si estuviera a punto de comérsela.

—El bosque —dijo al fin.

Rose Mary sintió subirle por el cuello un calor distinto al de un momento antes.

—Muy gracioso.

—No pretendía serlo. —La luz vacilante de las llamas iluminó los hoyuelos traviesos de Keir.

—Puedes quedarte ahí o bien… —añadió con una calma que resultaba irritante mientras señalaba el espacio a su lado.

Rose Mary miró el lugar. Luego a él. Negó con la cabeza, pero escuchó otro de esos extraños ruidos así que se incorporó y, sin dignidad alguna, cruzó la distancia que había establecido antes, y se sentó junto a Keir. Él le dio la espalda, dispuesto a seguir durmiendo. Ella hizo lo mismo y, aunque el roce de su cercanía la reconfortó, tuvo la sensación de que, en ese nuevo mundo donde ella se había metido, él no iba a facilitarle el camino.

CAPÍTULO 12

El amanecer llegó en capas: primero el frío, más nítido, y luego una luz gris que se filtraba entre los árboles. Keir abrió los ojos antes de moverse, como hacía siempre, y reconoció el terreno. El fuego era ya un resto tibio, el bosque despertaba y el canto de los pájaros se volvía más intenso a medida que el sol ascendía. Y entonces notó el peso. Bajó la vista, y descubrió a Rose Mary, que dormía a su lado, demasiado cerca para alguien que la noche anterior había defendido su distancia como si fuera una cuestión de honor. Su cuerpo, rígido incluso en el sueño, parecía resistirse al frío. Una mano descansaba cerca de su pecho, apenas apoyada, como si aún dormida midiera lo que podía permitirse o no.

A Keir se le escapó una sonrisa que intentó matar antes de que Roy y Aran se fijaran en ella. Demasiado tarde.

—Vaya, vaya… —La voz de Aran llegó desde el otro lado de las cenizas, con una claridad que no pretendía ser discreta—. La dama inglesa ha encontrado el camino hasta tu lecho.

Roy dejó escapar una risa.

—Y bien rápido, además.

Keir no apartó la mirada de Rose Mary.

—Hablad más bajo. La despertaréis.

Aran arqueó una ceja, divertido.

—¿Desde cuándo eres tan cortés?

—Ha pasado una mala noche —se justificó Keir, y comprendió que aquello había sonado incluso peor.

—A tu lado seguro —comentó Roy.

La risa fue más abierta esta vez.

Keir alzó la vista hacia ellos, lo justo para que estos enmudecieran ante su desafío.

—Si seguís hablando —dijo con una calma que no necesitaba elevarse—, os encargaréis vosotros de recoger la mierda del establo en cuanto lleguemos a Glenmora.

Eso no hizo más que empeorar la situación. Aran y Roy empezaron a realizar movimientos obscenos solo para irritarlo.

—Seguro que anoche no la dejaste descansar —añadió Aran.

Keir no respondió. Miró de nuevo a Rose Mary y la observó un segundo más de lo necesario. Luego, con una naturalidad que no era del todo inocente, deslizó un brazo por su espalda y otro bajo sus rodillas. La levantó. No pesaba mucho. Rose Mary no se despertó de inmediato, su cuerpo reaccionó antes que su conciencia y se acomodó en sus brazos.

—Míralo —susurró Roy—. Todo un caballero.

—No lo estropees —añadió Aran—. Está aprendiendo.

Keir no los miró.

Caminó hacia el carruaje con pasos firmes, esquivando las raíces y la tierra irregular sin esfuerzo aparente. Ella abrió los ojos y en su rostro apareció la confusión.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz arrastraba el sueño, pero la tensión ya estaba allí.

Keir no se detuvo.

—Llevarte donde deberías haber dormido desde el principio.

Rose Mary se removió en sus brazos, intentando incorporarse.

—¡Bájame!

No era una petición. Y a Keir Macfie nadie le daba órdenes.

—Aún no —le contestó.

—¡He dicho que me bajes!

Keir se detuvo, la agarró con más fuerza para que ella no se pudiera escapar y se sumergió en sus ojos castaños.

—No. —Quería dejar claro quien mandaba en aquella relación.

Rose Mary abrió la boca.

—¡No tienes derecho a hacer esto! —dijo ella, con energía.

Keir sostuvo su mirada.

—Eres mi mujer y puedo hacer lo que quiera contigo.

La frase salió con una rotundidad que hubiera amedrentado al más bravo de los *highlanders.*

El efecto fue inmediato, pero no el que esperaba.

—¿Cómo dices? ¡No soy una de tus pertenencias! —El chillido de Rose Mary se escuchó a millas de distancia.

—No he dicho que lo seas —contestó Keir tensando la mandíbula.

—¡Claro que sí! ¡Y yo decidiré lo que es mejor para mí!

Keir ladeó la cabeza, como si aquello le resultaba interesante.

—Solo he descrito lo que es un matrimonio desde tiempos inmemorables. El hombre da las órdenes, la mujer obedece.

—No —respondió ella, más firme—. Has definido lo que crees que eso significa.

El silencio que siguió fue distinto, más peligroso. Keir la sostuvo un segundo más. Sopesó las probabilidades y, sin previo aviso, la soltó. No con brusquedad, pero tampoco con cuidado. Sabía que la distancia de ella hasta el suelo no la magullaría si tenía los reflejos necesarios.

Rose Mary cayó de bruces con una falta de elegancia que nadie habría tolerado en ningún otro contexto. El impacto fue seco. Se levantó de inmediato, con la rapidez de quien no piensa concederle a nadie el placer de verla en desventaja.

—Eres un bellaco, ganapán y mentecato. —Se detuvo con el dedo índice muy cerca de su rostro

Keir la observó, sin moverse. Creía que las rosas inglesas eran de aroma dulzón, pero se veía que había arrancado una con demasiadas espinas.

CAPÍTULO 13

Rose Mary dejó de buscar una postura cómoda en el interior del carruaje mucho antes de que el sol empezara a caer. El vehículo parecía diseñado para poner a prueba su resistencia. Cada sacudida le descubría un hueso distinto de su anatomía y ese dolor disipaba la rabia que anidaba contra Keir Macfie por haberla soltado de esa manera sin previo aviso. Su caída al suelo no había sido muy elegante, pero a esas alturas poco importaba. Lo que no le entraba en la cabeza era el trato tan descortés de él hacia la mujer que debería permanecer a su lado en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separara o, en su caso, hasta la visita a Glenmora de *lady* Susan y Henry Hall para comprobar si era feliz o no. Al menos tendría una segunda oportunidad y podría elegir seguir esa absurda aventura en las Highlands o volver a Woolriver. Y para ello no podía engendrar un heredero, al menos de momento. ¿Sería capaz de mantener a raya a Keir, o peor aún, no caer ella en esos tentadores brazos?

Ese día no comió. El cesto, dispuesto en el asiento de enfrente junto a su baúl y otros enseres de los caballeros, contenía pan, algo de carne fría, incluso una pequeña botella de vino. Pero el simple olor le había revuelto el estómago con una insistencia que no entendía. No estaba enferma, al menos, no de la forma en que una dama podía permitirse estarlo. Tan solo no encajaba en ese estilo de vida. Lo comprobó aquella misma noche al dormir al raso. ¿Se había equivocado? Recordaba que *lady* Susan le dio la oportunidad de retractarse de aquel matrimonio si confesaba no haber compartido lecho con Keir, pero guardó silencio. Ambos lo hicieron.

El carruaje se detuvo justo cuando empezaba a anochecer. Rose Mary retiró la cortinilla de la ventana y comprobó que de nuevo

se habían desviado del camino y estaban en medio de la nada.

Abrió la puerta y descendió resignada. El paisaje ya no era el mismo: abetos y pinos crecían más altos y apretados, el suelo embarrado permanecía oculto bajo una alfombra de musgo espeso, el aire estaba cargado de una niebla diferente a la de Inglaterra y el viento constante parecía no descansar nunca.

Roy enseguida recolectó ramas y encendió un fuego.

Rose Mary caminó unos pasos y estiró los brazos y las piernas. La vejiga comenzaba a presionarla con insistencia. Estaba harta de hacer sus necesidades en la vasija que le habían dispensado en el carruaje para tal menester. Aquel día decidió rebelarse contra aquella humillación. Pero no tuvo en cuenta el largo camino que deberían recorrer hasta detenerse de nuevo en un claro del bosque. Si no vaciaba de inmediato sufriría un accidente. Miró a un lado y al otro: existía terreno suficiente para perderse en él y que no la vieran levantarse la falda. Sin embargo, la oscuridad y los extraños ruidos que el bosque albergaba la acobardaron.

Miró hacia Keir y Aran. Ambos estaban de espaldas, ocupados en cargar de pólvora sus escopetas. Rose Mary respiró hondo. Cruzó la distancia hasta ellos.

—Necesito… —empezó.

Se detuvo. No había forma elegante de decirlo.

Keir se giró hacia ella, esperando.

—Necesito alejarme un momento —dijo Rose Mary con un susurro tembloroso.

Él la observó en silencio.

—De acuerdo, aquí estaremos a tu vuelta —le contestó como si no comprendiera por qué le daba esa información.

Rose Mary no se movió.

Keir ladeó la cabeza.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí —contestó cruzando las piernas. Iba a explotar.

Un destello de diversión cruzó por los ojos de Aran.

—¿Puedo ir yo?

—No —interrumpió Keir.

Se colocó la escopeta a la espalda y empezó a andar sin mirar atrás adentrándose unos metros en el interior del bosque. Rose Mary lo siguió indignada. ¿Y si tropezaba? ¿Y si se perdía y él seguía hacia adelante sin percatarse?

Al cabo de unos minutos Keir se detuvo.

—Aquí estarás bien.

Rose Mary miró alrededor.

—Gírate de espaldas —le ordenó.

Keir arqueó una ceja y le hizo caso.

Ella se levantó el vestido y se agachó, pero no salió nada.

—Aléjate un poco más, por favor. Y tápate los oídos.

—Esto es absurdo—contestó él, irritado.

—¡Y ni se te ocurra girarte!

Keir soltó una carcajada.

—Tranquila —dijo con esa calma que empezaba a enojarla más de lo debido—, no tienes nada que no haya visto ya cien veces y mejor.

El calor le subió por el cuello con una rapidez imposible de disimular.

—¡Eres insoportable! —Rezó para que su exclamación disimulara el riachuelo que empezaba a formarse debajo de ella.

Cuando terminó, se incorporó y alisó el vestido. De pronto se escuchó un disparo y ella corrió hacia Keir y le agarró del brazo. Su marido pareció sorprendido ante ese contacto, aunque no la despreció.

—Aran acaba de cazar una presa. Hoy cenamos como reyes —le dijo con naturalidad.

Ella asintió y los dos avanzaron hacia el claro donde habían acampado como si estuvieran en un baile a la espera de que les sirvieran champán. Rose Mary pensó que aquello tal vez podría funcionar, si no tenía en cuenta lo irritante y cabezota que era su marido en ocasiones.

Esa noche no discutió dónde dormir. Se tumbó cerca del fuego y Keir se acomodó a su lado, de espaldas. Rose Mary entendió que con ese gesto le estaba ofreciendo su espacio.

Cerró los ojos. Las voces la despertaron antes de que el sueño se asentara del todo. No sabía cuánto tiempo había dormido. Los susurros cercanos de los tres hombres la inquietaron y se quedó inmóvil, escuchando.

—No dominas a tu mujer —murmuró Aran, sin especial cuidado —. Eso es evidente.

—Nunca te había visto así de indulgente con alguien —añadió Roy—. ¿Qué vas a hacer cuando lleguemos?

Keir no contestó y Rose Mary no se movió. Se le agarrotó la mano de tanto apretarla.

—¿Qué crees que pasará cuando le presentes a Lorna? —preguntó Aran—. Tu esposa parece de armas tomar. Apuesto a que ambas se estiraran de los pelos.

— Se llevarán bien, al menos eso es lo que deseo — contestó Keir fatigado. Se notaba que el tema no le agradaba.

—Lorna no perdonará nunca a Rose Mary —sentenció Roy.

—¿Por qué dices esas cosas? Lorna es sensible, pero también comprensiva —exclamó Keir con inesperada ternura.

Un pinchazo en el pecho alertó a Rose Mary. ¿Eran celos?

—Casi la dejas plantada en el altar por venir a buscar a una inglesa. No creo que le guste ver a su sustituta cada día —añadió Roy.

—¿No la enviarás de vuelta a su casa? —se sorprendió Aran.

Rose Mary casi asiente con la cabeza. No le gustaba enterarse de que existía una antigua prometida; lo más sensato sería que regresara con su familia. No entendía la necesidad de acogerla en el que a partir de ese momento pasaría a ser su hogar.

—Eso provocaría su ruina —contestó Keir molesto.

Rose Mary frunció el ceño.

—¿Vas a mantener juntas en el mismo techo a la mujer con la que estabas destinado a casarte y a tu esposa? —insistió Aran.

Rose Mary ahogó una exclamación. Los tres hombres se quedaron en silencio unos instantes y ella, para disimular, emitió un leve ronquido.

En su cabeza el nombre de Lorna resonaba sin tregua, una y otra vez. ¿Por qué la habría abandonado si tan claro tenía que

estaban predestinados? ¿Por qué buscaba esposa con tanto ahínco en Londres? ¿Por qué ella?

—Las dos vivirán en el castillo —susurró Keir—, al menos hasta que se me ocurra algo. Además, yo no dejé a Lorna. Siempre la he cuidado y protegido. Solo que las cosas cambiaron.

—Claro —se burló Roy—. Todo iba genial hasta que apareció una dama con más ventajas.

—Rose Mary es una solución, y Lorna lo entenderá —corrigió el *laird*.

Rose Mary se sintió cada vez más pequeña y deseó desvanecerse. La fuerza que siempre la acompañaba se desquebrajó. En su imaginación apareció una mujer bella, con la cabellera al viento, guerrera y dulce a la vez corriendo a los brazos abiertos de Keir. Y ella a un lado, invisible. La garganta se le cerró, y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, discretas. El fuego crujió. El viento siguió moviéndose entre los árboles. Y Rose Mary, inmóvil, comprendió que había dejado atrás una vida en la que no encajaba para adentrarse en un lugar donde solo era un parche mientras otra mujer ocupaba el corazón de su esposo y de Glenmora.

CAPÍTULO 14

El carruaje redujo la marcha mucho antes de detenerse. Rose Mary lo notó en el cuerpo, en ese leve vaivén que se suaviza cuando los caballos empiezan a aminorar. Apartó la cortinilla con un dedo. Las colinas se abrían igual que un mar detenido en mitad de una tormenta. Verdes, profundas, salpicadas de rocas grises que emergían a modo de huesos de la tierra. El cielo, inmenso, parecía más cercano allí. No había caminos trazados como en Inglaterra. Todo era salvaje y para su asombro, demasiado hermoso.

—Bienvenida a Glenmora —dijo Keir, que cabalgaba a su lado.

Rose Mary corrió por completo la cortina, alzó la vista hacia él y encontró orgullo en su rostro.

—Es… —Buscó la palabra más adecuada entre los adjetivos que revoloteaban en su cabeza—. Es sobrecogedor. —Sí, aquella describía la sensación que esa tierra le había transmitido.

Keir esbozó una sonrisa.

—Eso dicen los ingleses cuando no saben si deberían sentirse impresionados o preocupados.

—Quizá ambas cosas —respondió ella sin mirarlo—. ¿Siempre es así?

—¿A qué te refieres?

—A que, si das un paso en falso, Glenmora parece dispuesta a devorarte.

Keir soltó una breve carcajada.

—Entonces ya lo has entendido.

El carruaje giró en un último recodo y el castillo apareció como una brusca irrupción, nada que ver con la típica casa señorial inglesa. Este se alzaba sobre una elevación rocosa, oscuro, robusto, nacido de la propia montaña.

A Rose Mary se le comprimió el pecho.

—Es imponente.

—Y nuestro —respondió él.

Por primera vez desde que lo conocía, Rose Mary no vio al hombre que la provocaba ni al desconocido que la desconcertaba. Vio al *laird*.

El carruaje se detuvo frente a la entrada principal y un grupo reducido de hombres aguardaba allí. Las miradas curiosas no se hicieron esperar.

Keir descendió primero y le ofreció la mano. Rose Mary dudó un instante antes de aceptarla. Su palma era cálida. Firme. Al poner el pie en el suelo, el aire frío de las Highlands le rozó el rostro con demasiada crudeza. Inspiró hondo. Olía a tierra húmeda, a madera y a musgo.

—¿Te arrepientes ya? —murmuró él con un tono de voz lo más bajo posible para que solo ella lo oyera.

Rose Mary alzó la barbilla.

—Aún no.

Ambos entraron en el castillo seguidos de Aran y Roy, y el interior la desmoralizó.

Rose Mary cruzó el umbral con la imagen aún viva de la imponente fachada, convencida de hallar en su interior la misma fuerza majestuosa. Sin embargo, la realidad resultó muy distinta. La humedad era más intensa dentro. Las paredes de piedra, desnudas en muchos tramos, no estaban cubiertas por tapices elegantes como había imaginado, sino por pieles y tejidos bastos. El suelo, irregular en algunas zonas, no brillaba como los salones londinenses. Y la luz escaseaba. Varias velas dispersas luchaban contra la penumbra sin demasiado éxito.

Rose Mary avanzó despacio, intentando que su rostro no delatara su desencanto. Pese a sus esfuerzos, Keir lo notó.

—¿No es lo que esperabas?

Ella se detuvo.

—Es diferente.

—Esa es una forma amable de decirlo.

Rose Mary se giró y apretó los dedos sobre la falda.

—En Inglaterra…

—No estamos en Inglaterra.

Keir la interrumpió de manera autoritaria, aunque sin alzar la voz y con una firmeza que no dejaba espacio a réplica.

Ella sintió el golpe de aquellas palabras más de lo que habría querido admitir. Miró de nuevo a su alrededor. El castillo parecía despojado de sus pertenencias. Se dio cuenta de que en una pared había la marca de un gran cuadro. Entendió por qué Keir necesitaba casarse con una inglesa rica y con rapiedez, para devolver el esplendor a aquellas estancias. Pero le había salido mal la jugada, ya que a ella solo le quedaban migajas.

—Se puede mejorar —dijo al cabo de un largo rato de inspeccionar a su alrededor.

Keir arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Con algunos cambios. Más luz, telas más ligeras…

—¿Quieres convertirlo en una casa inglesa?

—En un lugar habitable.

El silencio que siguió fue distinto a los anteriores. Keir dio un paso hacia ella.

—Esto es habitable —dijo, y en su voz ya no había humor—. Mi gente ha vivido aquí generaciones enteras.

—No dudo de eso—respondió Rose Mary, sosteniendo su mirada —. Pero yo no soy tu gente.

Ahí estaba. La verdad desnuda entre ambos. Rose Mary se mordió el labio inferior. No sabía por qué había dicho eso, tal vez esperaba que él justificara su matrimonio y la convenciera de que sí que pertenecía a ese mundo, que no sufriera, que en unos días se habría acostumbrado.

Keir la observó con detenimiento y eso la puso aún más nerviosa.

—No —admitió él al fin—. No lo eres. Aún.

No supo si ese adverbio era una amenaza o un desafío.

CAPÍTULO 15

Rose Mary no tuvo tiempo de acostumbrarse al frío del interior cuando Keir se situó muy cerca de ella.

—¿Seguimos? —dijo él, apoyando apenas la mano en su espalda para guiarla.

Había algo en su presencia que alteraba el aire, como si el castillo respirara distinto cuando él estaba cerca. Se obligó a mantener la compostura mientras avanzaban por el gran salón, consciente de las miradas del servicio que se deslizaban hacia ella sin disimulo.

Alzó la barbilla dispuesta a no olvidar dónde estaba ni quién era.

Continuaron por un pasillo oscuro y se detuvieron ante una puerta. Keir llamó con energía antes de abrir con el con el mismo ímpetu sin esperar respuesta. Se trataba de un gabinete amplio, con un gran ventanal por el que entraba la luz del mediodía. Al fondo, una chimenea que ardía con más humo que calor. Tres mujeres, que no habían dejado su labor al ser interrumpidas, alzaron la vista y los contemplaron con severidad.

Keir se detuvo frente a ellas.

—¿Qué ocurre, Skye? No has venido a recibirme como las otras veces y buscar entre mis pertenencias por si te traigo algún regalo. —Su esposo se dirigió hacia una muchacha de ojos negros, mucho más oscuros que los de Keir y Aran y que, aun así, poseían un brillo especial. Ella escondió una sonrisa y Rose Mary advirtió que no era tan feroz como simulaba.

—Hola, hermano, ¿cómo ha ido el viaje? —le preguntó seria.

—Rose Mary, te presento a mi hermana pequeña Skye. Normalmente es mucho más alocada. Hoy no sé qué demonios le pasa.

La joven bajó la cabeza conteniendo la risa.

—¿No saludas a mi esposa? —continuó Keir.

Skye dejó la tela que bordaba un lado, se levantó y dio un paso al frente.

Rose Mary la observó con atención: era una adolescente con una mirada demasiado firme para su edad. Sus cabellos caían sueltos sobre los hombros y su postura no tenía nada de la delicadeza que se esperaba de una señorita.

—¿Así que tú eres la inglesa? —dijo sin molestarse en suavizar el tono, ni siquiera intentó tratarla de usted.

Rose Mary sostuvo su mirada.

—Así parece.

—No sabía que mi hermano tenía ese tipo de preferencias —añadió su cuñada, ladeando la cabeza y observándola con descaro de arriba abajo, desde el recogido del pelo, pasando por el vestido y terminando en el pliegue de la falda.

Rose Mary esbozó una leve sonrisa.

—Yo tampoco sabía que las Highlands tenían tan mala reputación en Londres. Y, sin embargo, aquí estamos.

Los ojos de la joven parecieron entender la broma, pero el destello se apagó al instante, como si recordara que debía seguir con su papel.

Keir carraspeó.

—Skye, no empieces.

Pero ya era tarde. El terreno estaba marcado.

—Rose, quiero presentarte también a una muy buena amiga de la familia, Lorna MacLain —continuó Keir, dirigiéndose hacia otra muchacha de una edad parecida a Skye, de cabellos castaños con matices dorados y mirada azul.

Rose Mary recordó el nombre pronunciado tantas veces durante la conversación de los tres hombres junto al fuego, cuando creían que ella estaba dormida.

Lorna MacLain no necesitó moverse para imponer su presencia. Su porte era sereno, contenido, como el de alguien que ha aprendido a resistir sin hacer ruido. Sus ojos claros se posaron en

Rose Mary con una calma que resultaba más inquietante que cualquier hostilidad abierta.

—*Lady* Glenmora. —La chica hizo una reverencia algo confusa.

Rose Mary percibió la trampa.

—Llámame Rose Mary.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Te has casado? —se dirigió hacia Keir como alguien acostumbrado a sostener su mirada salvaje y eso irritó a Rose Mary. Notó al instante la familiaridad que los envolvía.

Keir tensó la mandíbula.

—¿Acaso traería una desconocida al castillo si no estuviera unido a ella por lazos sagrados?

Lorna alzó la barbilla. Parecía querer desafiarlo, aunque luego recapacitó y bajó la cabeza.

—Y, por último, permíteme presentarte a una persona muy importante para este hogar. Sin ella, los MacFie no hubiéramos sobrevivido —añadió Keir, señalando a la tercera mujer—. Esta es Grizel. Se ocupa de que todo en el castillo funcione a la perfección.

El ama de llaves de mediana edad y rostro curtido se ruborizó.

—Mi señora —dijo con una leve genuflexión.

Acostumbrada a estar entre dos tierras en casa de *lady* Susan, el corazón de Rose Mary se alteró más de lo necesario al darse cuenta de que el servicio ya no la vería como una igual. A punto estuvo de responder con otra inclinación, pero se contuvo. Solo sonrió de manera elegante, como creyó que haría su amiga la marquesa.

Las tres mujeres no dijeron nada más y continuaron con su labor. El silencio fue incómodo.

Keir exhaló, como si aquel momento se hubiera alargado más de lo necesario.

—Debo atender a unos asuntos. Volveré en breve.

Rose Mary giró la cabeza hacia él.

—Por supuesto. —Las palpitaciones se hicieron cada vez más fuertes, hasta temió que las demás las notaran. ¿La iba a dejar allí sola con esas tres arpías? Esa era la única palabra que se había cruzado por la mente, muy lejos de las sonrisas y los gestos amables de las damas del club de Woolriver.

Rose Mary permaneció de pie, sin atreverse a romper el silencio. La chimenea crepitó y el aire le pareció más difícil de respirar.

—No esperaba que Keir trajera a alguien de Londres. Pensé que no encontraría nadie a la altura —dijo Skye al cabo de unos segundos.

Su voz sonaba amenazante y calculada.

—Ni yo esperaba venir —respondió Rose Mary.

—Entonces no estamos tan lejos la una de la otra —replicó la joven.

Rose Mary ladeó la cabeza.

—No estoy segura de que eso sea cierto.

Skye sonrió.

—Ya lo veremos.

Lorna no había apartado los ojos de ella.

—Glenmora no es un lugar fácil. Requiere adaptación —dijo mientras hundía la aguja con precisión en la tela.

—Aprenderé —respondió.

—Debes hacerlo rápido. La tierra no se detiene por nadie: o eres parte de ella o no —añadió su cuñada con un tono afilado.

Grizel carraspeó. El sonido bastó para que las otras dos guardaran silencio.

—La habitación está preparada, por si desea descansar del viaje —dijo la mujer, mirando a Rose Mary.

El ama de llaves le dio la oportunidad que buscaba de desaparecer de aquella alcoba sin ser descortés.

—Gracias.

Dio un paso, dispuesta a seguirla, pero se detuvo un instante. Miró de nuevo a Skye y a Lorna.

—Supongo que tendré tiempo de conocer Glenmora con vuestra ayuda —dijo con una serenidad que no sentía.

Skye cruzó los brazos.

—Glenmora no se deja conocer con tanta facilidad.

Rose Mary sostuvo su mirada.

—Será interesante intentarlo.

Se marchó con la cabeza alta y el estómago revuelto. Esas mocosas no sabían quién era ella. No había llegado hasta allí para

retroceder.

CAPÍTULO 16

La alcoba que le habían preparado no la defraudó como el resto del castillo. Era mucho más amplia que su cuarto en casa de *lady* Susan, con una cama enorme con dosel de madera y una chimenea también de grandes dimensiones, apagada. Rose Mary se paró ante ella y la contempló durante unos largos segundos imaginando lo a gusto que dormiría una vez encendida.

—El gasto en leña es enorme y no hay para todos, aunque si la señora quiere… —dijo Grizel a regañadientes.

Rose Mary se giró hacia ella. No le gustó el tono que utilizó, como si no morir congelada fuera un capricho. Sin embargo, negó con la cabeza. No permitiría que empezaran los rumores por algo así. Se lo anotó en su mente como otro de los cambios que debería introducir en aquel castillo.

—La cena estará lista muy pronto. Si necesita ayuda para cambiarse solo debe decírmelo. Desde la muerte del antiguo laird el personal se ha reducido bastante, y aquí todos desempeñamos más de una labor. Los pocos criados que quedan ya tienen suficientes responsabilidades, pero haremos lo posible por atenderla.

No podía creer la desfachatez de aquella mujer. La observó con detenimiento y se percató que en su mirada no existía pudor alguno. Más bien parecía divertida con la situación. La había engañado con su actitud pasiva en la habitación de la costura, y sus rápidos reflejos al sacarla de ahí para que no continuara con su enfrentamiento con Lorna y Skye. Creía haber encontrado una aliada, pero parecía que en aquel sitio los deseos de su señora se malinterpretaban.

Keir no se presentó en la habitación para saber si se había acomodado bien, así que al escuchar algarabía en el salón intuyó

que había llegado la hora tan temida: la primera cena.

Entró en el comedor y se sorprendió al ver que no se diferenciaba mucho del salón de Lady Susan en Woolriver. Los caballeros allí presentes iban vestidos de etiqueta y las mujeres con exquisitos vestidos de corte imperio. Los comensales todavía de pie parecían esperarla a ella. No se sorprendió. Al fin y al cabo era la señora de la casa. Ese título se le atragantó.

Avanzó despacio hacia Keir que la miraba con una sonrisa ladeada y con el brazo extendido, ella se sujetó a su mano como si fuera un salvavidas.

—Lady Glenmora —su voz grave llenó la estancia con autoridad suficiente para que todos los presentes imitaran el gesto, y la saludaran con una inclinación de cabeza.

—Permítanme presentarles a mi esposa.

Rose Mary realizó una ligera genuflexión.

Keir señaló hacia un hombre de edad avanzada con el cabello y la barba blanca.

—Este es un viejo amigo de mi padre, Jason MacDougall, sus tierras colindan con las nuestras al norte.

El hombre realizó una reverencia breve.

—Mi familia lleva tres generaciones comerciando con los MacFie. Aunque últimamente comerciar resulta bastante menos sencillo que antes.

Había ironía en sus palabras, pero también cansancio.

—Y esta encantadora dama es su hija Fiona y su yerno Ducan Campbell —continuó Keir.

—Encantados de conocerla lady Glenmora —saludó con respeto Fiona. A Rose Mary enseguida le agradó esa mujer, a pesar de parecer diez años más mayor que ella, había en sus ojos cierta inocencia.

—Y estos son los Bruce, también propietarios de tierras al este, junto a las tierras de los MacLain —Keir señaló hacia un matrimonio de mediana edad.

La mujer con unos preciosos bucles rubios sonrió con amabilidad.

—Hanna Bruce, encantada. Llevamos años viniendo a Glenmora. Mi marido, Ian, insiste incluso cuando las carreteras se convierten en lodazales imposibles.

—Porque Glenmora todavía sirve whisky decente —respondió él.

Las risas relajaron el ambiente.

Keir y Rose Mary tomaron asiento en la cabecera. Se dio cuenta que cada sitio tenía el nombre del comensal escrito con una bonita caligrafía. A su lado se acomodaron Skye y Lorna, que llegaron justo cuando dos criadas comenzaban a servir el primer plato. Roy y Aran ocuparon los lugares cercanos a Keir.

Durante unos minutos solo se escuchó el tintinear de cubiertos y el crepitar del fuego. Fue Duncan Campbell quien rompió el silencio.

—Esta mañana llegaron nuevas noticias. Los MacGregor han vendido otra parte de sus tierras.

El comentario ensombreció los rostros de los invitados.

Keir dejó la copa despacio sobre la mesa.

—¿A quién?

—A un noble inglés. Piensa llenar los valles de ovejas antes del invierno.

Fiona bajó la mirada hacia el plato.

—He oído que también han empezado a marcharse las familias de los arrendatarios.

Rose Mary observó las expresiones angustiadas de los presentes.

—Las Highlands están cambiando demasiado deprisa —murmuró Ian Bruce.

—Las Highlands llevan cambiando desde la batalla de Culloden —replicó Jason MacDougall con sequedad.

—Pero algunos se niegan a aceptarlo — dijo Duncan Campbell en dirección a Keir.

El laird sostuvo la mirada del hombre sin alterarse.

—¿Y aceptar el cambio consiste en vaciar los valles?

—Yo lo llamo sobrevivir —respondió Duncan—. Las ovejas producen más que los arrendamientos miserables de media docena

de familias.

Aran soltó una risa amarga desde el otro extremo de la mesa.

—Hablas igual que un inglés.

—No. Hablo como un hombre que todavía conserva sus tierras.

—Pero no se trata solo de eso, sino de preservar nuestra cultura, las tradiciones de los clanes — habló altivo Keir.

—¿Qué clan? si ya no queda nadie, los ingleses se han encargado de someternos, primero con prohibir nuestras tradiciones, luego el gaélico, y ahora quieren desahuciar a todos los arrendatarios y llenar la tierra de ovejas — habló el viejo MacDougall.

—Ya conseguimos que derogaran la ley que prohibía los clanes, ya no se persigue el gaélico, y pronto conseguiremos expulsar a los ingleses —sugirió Keir

—Lo dice alguien que se ha casado con una inglesa por dinero, no se ofenda lady Glenmora —gruñó MacDougall.

—Padre — se escandalizó -Fiona — no es el momento ni lugar para esta conversación.

Rose Mary no supo que contestar y solo inclinó la cabeza aceptando esas extrañas disculpas.

—Por eso es más importante que nunca que nos pongamos de acuerdo para que los ingleses nos tomen en serio, creo con firmeza que podemos recuperar nuestro orgullo escoces, salvar la tierra y a nuestra gente. ¿Por qué dejar a los ingleses que comercien con nuestras ovejas si nosotros podemos hacerlo mejor? y para ello no hace falta desahuciar a las familias. —volvió a las andadas Keir sin entrar en la ofensa del viejo MacDougall. .

Roy intervino antes de que aquello escalara.

—Todos sabemos lo que está ocurriendo, pero eso no impide que sea imposible, Glenmora sigue en pie, a pesar de todo.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Duncan—. Los acreedores no entienden del orgullo Highland.

Rose Mary observó como Keir tomó un sorbo de whisky antes de continuar con su acostumbrada mirada afilada.

—Necesitamos estabilidad. Alianzas inteligentes. Tierras unidas. No más sentimentalismos.

Y entonces sus ojos se desviaron hacia Lorna. Rose Mary comprendió. Las tierras de la joven no eran solo una herencia. Eran una pieza más dentro de aquella lucha silenciosa por evitar que todo terminara en manos ajenas.

Una criada llenó las copas con vino oscuro.

—Brindemos por la nueva señora de Glenmora —anunció su cuñada con amabilidad suficiente para relajar el ambiente.

Las copas se alzaron y Rose Mary bebió un pequeño sorbo. El sabor era más fuerte del que esperaba.

—¿Solo eso? —preguntó Skye en un susurro con inocencia calculada—. Pensaba que en Londres las damas bebían mejor vino que nosotras.

Lorna ocultó una sonrisa tras la copa, y Rose Mary sostuvo la mirada de la muchacha.

—En Londres también sabemos distinguir cuándo alguien intenta provocarnos.

El comentario arrancó una breve carcajada a Roy, y Skye ladeó la cabeza como si aquello la divirtiera aún más.

Se sirvió el Faisán asado, nabos glaseados, pan negro y una sopa espesa de cebada que desfilaron ante ella mientras las conversaciones giraban de nuevo alrededor de cosechas, arrendamientos y las últimas noticias llegadas desde la capital, Inverness.

Rose Mary empezó a relajarse.

Hasta que Skye llenó su copa esta vez con un líquido ambarino.

—Debes probar el whisky de Glenmora —insistió—. Mi hermano dice que ningún inglés lo soporta.

—Skye… —murmuró Keir con advertencia.

La joven se limitó a beber de un trago para luego retar a Rose Mary, que dudó solo un instante antes de vaciar el vaso. No pensaba parecer débil.

El primer trago descendió como fuego líquido. Intentó no toser.

Lorna observaba cada uno de sus movimientos con demasiada atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó con dulzura—. ¿No es de su gusto?

Rose Mary se negó a darles aquella satisfacción. Volvió a beber. Y luego otra vez. Intentado seguir el ritmo de esas dos muchachas que parecían un pozo negro que todo lo engullía.

Las conversaciones continuaron mientras una extraña sensación empezaba a bajarle por el pecho. Las velas parecían más brillantes. Las risas más cercanas. Incluso el acento escocés de los presentes comenzó a sonarle musical. Y le sobrevino una risa tonta que intentó ahogar sin éxito.

—Ahora sí pareces una auténtica *lady* de las Highlands —sonrió Skye.

—¡Oh muchas gracias! Eres una mujer hermosa y muy amable, todas sois hermosas —habló arrastrando la lengua y señalando también a Fiona y a Hanna quienes la miraron extrañadas.

—¡Brindemos por la belleza! — se burló su cuñada.

—¡Eso y por las nuevas amistades! — Rose Mary se levantó de la mesa para poner más énfasis a su brindis y se tropezó con el bajo de su vestido. Derramó el interior de su copa y manchó el chaqué de Keir.

—Lo siento — dijo al mismo tiempo que le sobrevenía una arcada, aquel wisky era mucho más fuerte que el que había probado en el salón de apuestas clandestino de lord Essex —Ha sido sin querer— y una nueva arcada le recorrió la garganta.

—Disculpen a mi mujer, es su primera noche en Escocia y los nervios han podido con ella.

La mirada asesina de Keir le dejó bien claro a Rose Mary que no creía en absoluto sus palabras. Skye y Lorna se miraron cómplices y se dieron la mano como si hubieran cumplido con su objetivo. El licor todavía quemaba por dentro y se arremolinaba en su estómago, cuando se dio cuenta que detrás de ellas había un enorme helecho en una maceta de cobre. La tierra estaba empapada y olía a whisky.

No había ninguna duda: le habían tendido una trampa. Y sin poder contenerse por más tiempo, vomitó en esa misma maceta.

CAPÍTULO 17

Rose Mary no recordaba en qué momento se había levantado de la mesa, ni como había encontrado el camino hasta las escaleras. Solo fue consciente de que había seguido al resto cuando todos decidieron retirarse a sus habitaciones. La noche cerrada, el viento y los senderos inestables impedían el regreso a sus hogares. Además, a la mañana siguiente los hombres debían reunirse para discutir asuntos relacionados con las tierras. ¿No habían hablado ya suficiente durante la cena?

Comprendió que aquella velada poco tenía que ver con una presentación oficial de ella como lady Glenmora. Más bien parecía que habían aprovechado su llegada para celebrar una reunión conveniente para todos.

Subió los peldaños con la espalda recta, aferrándose a esa última dignidad que no pensaba perder. El castillo crujía bajo sus pasos. Madera vieja, piedra fría, corrientes de aire que se colaban por los rincones. Nada en aquel lugar invitaba al descanso. Cerró la puerta de su habitación y se deslizó hasta llegar al suelo, todavía un poco mareada, pese a que Grizel al ver la situación, le había dado a beber bastante agua para contrarrestar los efectos del wisky. Necesitaba silencio. Un espacio donde no sentirse observada como si fuera una rareza traída de otro mundo.

La puerta se abrió con brusquedad y Rose Mary rodó por el suelo asustada. Keir entró sin anunciarse y sin haber llamado antes para solicitar permiso.

—¿Qué haces en el suelo? —le preguntó malhumorado mientras accedía al interior.

—¡No es de tu incumbencia, y creo que te has equivocado de habitación! ¡Esta es la mía! —le chilló.

—No —contestó tajante él—. Es la nuestra.

Rose Mary se puso de pie de golpe. Eso no se lo esperaba.

—No estoy preparada —le dijo con un hilo de voz.

Keir la miró a los ojos sin ningún desconcierto por su parte.

—Entonces, ¿cuándo lo estarás?

«Nunca,» pensó Rose Mary. No creía poder yacer con ese hombre por mucho que le atrajera. Las consecuencias podrían ser irreversibles y ella quería aferrarse a la oportunidad que le había otorgado *lady* Susan. Tenía un año para conseguir ser feliz o volver. Si lograba que Glenmora se convirtiera en su hogar, tal vez sí que podría existir esperanza y quizás su porvenir estuviera allí con su marido y sus futuros hijos, a los que no deseaba engendrar esa noche.

El silencio se estiró más de la cuenta. Por mucho que su mente daba vueltas y más vueltas a la misma idea, no se atrevía a verbalizarla.

Él avanzó un paso.

—Curioso —murmuró—. En la mesa no parecías tener problemas en adaptarte.

Rose Mary frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A tus modales —replicó con brusquedad—. Creí que al casarme contigo traería a estas tierras un poco de refinamiento inglés, pero no ha sido lo que esperaba.

Bajó la mirada, como si repasara una escena que no le había gustado.

Rose Mary apretó los dedos. No había sido muy decoroso achisparse de aquel modo delante de invitados ilustres, y mucho menos vomitar la cena, pero no aceptaba llevarse toda la culpa de aquello.

—Fueron Skye y Lorna quienes me presionaron… Ellas me tendieron una trampa… y yo… —Se echó hacia atrás para que su presencia no le intimidara tanto, quería explicarle la encerrona en la que le habían puesto. No llegó a terminar.

—¡No las menciones ni las pongas como excusa! Tú sola te has metido en este berenjenal. Ahora piensan que la nueva *lady*

Glenmora es una oveja inglesa descarriada —exclamó Keir.

—¿Por qué no puedo hablar de ellas? —replicó, dando un paso al frente, sintiéndose más valiente al haber encontrado algo de vulnerabilidad en él—. ¿Porque Skye y Lorna siempre son impecables en sus modales? ¿O porque una en concreto debería estar ocupando mi lugar?

Keir dejó escapar un gruñido y la miró como hi hubiera cruzado una línea invisible.

—Ten cuidado, Rose Mary.

—¿Con qué? ¿Con decir lo evidente? No soy estúpida. Sé quién es Lorna.

Su respiración se aceleró, pero no retrocedió.

Keir no respondió de inmediato. Apretó los puños, y ese gesto fue peor que cualquier palabra.

—Entonces también deberías saber por qué estás tú aquí —rugió.

A pesar de que le sacaba más de tres cabezas, Rose Mary no se amilanó. Se quedó quieta ante él, atraída por su imponente presencia.

—Explícamelo —dijo en un intento de sonar segura.

Keir pareció buscar las mejores palabras en lugar de escupir lo que pensaba, y eso la hirió más que una mentira. Lo estaba retando y él había reculado. ¿Tal vez creyó que le haría demasiado daño?

—Glenmora no atraviesa su mejor momento y necesitaba una dote para levantarla.

Rose Mary no se movió ni un milímetro. Esa posibilidad se le había pasado por la cabeza, aunque le hubiera gustado escuchar otra versión distinta.

—Sabía a la perfección quién era Henry Hall —continuó Keir sin abandonar su puesto frente a ella—. Y que no dejaría desamparada a su protegida.

Rose Mary no bajó la mirada, aunque sí suspiró. No sabía muy bien quién estaba ocultando la verdad en esos momentos. Ella no era una protegida en el sentido que él creía. Aun así, se le partió un trozo de su corazón, el lado de las traiciones, y ese lo tenía ya muy desgastado.

—¿Lorna ha sido un sacrificio? —murmuró.

—Yo no lo veo de esa manera. —Keir se separó y levantó el hechizo sobre ella. Se dirigió hacia la chimenea—. Daré órdenes para que la enciendan.

—¡No! —exclamó Rose Mary—. Grizel me ha dicho que no hay leña para todos. No quiero ser un motivo de disputa ni de queja, y menos ahora que entiendo demasiado bien que soy la impostora.

—¡Ya te lo he dicho antes y no voy a repetirlo! ¡No vuelvas a criticar a nadie de los míos!

Estaba claro que Keir no aceptaba ni una sola reproche de sus allegados. Aunque le asustó aquella expresión voraz, le gustó que considerara a Grizel una más del hogar. Una criada siendo parte de su gente le sonaba familiar, como si encontrara un ancla a la que aferrarse.

—¡No lo haré más! —contestó ella altiva—. Solo dame tiempo para acostumbrarme.

Y no se refería a sus parientes y vecinos, sino a él también. A su presencia, a su fuerte carácter, a los deberes que ella debería ejercer como su esposa en aquel lecho. Lo miró de reojo y Keir pareció entenderlo.

—No te preocupes —dijo al cabo de unos segundos con una frialdad que no había mostrado hasta entonces—. Esto no tiene por qué ser más complicado. Actuaremos como se espera de nosotros de puertas hacia fuera. Cuando estemos a solas, cada uno por su lado.

—¿Y eso qué significa? —preguntó temiendo la respuesta.

—Que seré lo más discreto que pueda.

Rose Mary no era una ingenua. Comprendió que Keir se refería a sus amantes. Y eso la enfureció. No por celos ni porque lo amara o creyera que él era su destino, sino porque Keir la había visto como una presa fácil.

—¿Lo tenías planeado desde el principio? ¡Casarte conmigo, traerme a Glenmora y dejarme a mi suerte en este mundo inhóspito! —gritó, y no le importó que la oyeran a distancia.

Keir la miró con lascivia, Rose Mary la sabía interpretar de tanto escuchar hablar de ella a las damas del club. Sin embargo, era la primera vez que la notaba sobre su persona.

—¡Planeé casarme con una inglesa que salvara Glenmora, y no, no tenía intención de convertirme en ese tipo de hombre que tiene una doble vida! —Keir alzó la voz igual que ella, llevado por la espontaneidad. Luego pareció recapacitar y bajó el tono—. Pero creo que es lo mejor, dado las circunstancias.

En ese momento era él quien no se responsabilizaba de sus actos.

—No me eches la culpa de tu desgracia. Fuiste tú quien decidió romper con el amor de su vida para casarte con otra. Solo espero que mantengas tus deseos dentro de los pantalones al menos por un tiempo prudencial. Si tú me muestras respeto, los demás también lo harán.

—¡No te hagas la víctima! Aceptaste esta locura solo para escapar de ese taimado pueblo de los Cotswolds. Y el respeto se gana. Viniste a salvar Glenmora de la ruina, aunque no te confundas, todavía no lo has logrado. —Le dio la espalda y agarró el pomo de la puerta—. Regreso a mi estudio, tengo asuntos que resolver.

—¡Bien! —exclamó ella ofendida por todo lo que se habían tirado en cara.

—¡Mañana continuaremos discutiendo los términos de nuestro acuerdo! —anunció él, acostumbrado a expresar siempre la última palabra.

Rose Mary no se lo puso fácil.

—¡Encantada!

Keir no abandonó la alcoba.

—¡Así lo espero! —replicó

—¡Hasta mañana! —se apresuró a decir Rose Mary.

—¡Que pases buenas noches!

—¡Ah! —se impacientó ella —¡Solo vete!

Vio cómo Keir la miraba de reojo y esbozaba una sonrisa.

—No te olvides de beber con moderación en el desayuno —dijo él antes de cerrar la puerta.

Rose Mary se tiró en la cama y pataleó, agarró una almohada con la que se cubrió el rostro y gritó largo y tendido para desahogarse.

Keir había ganado esa estúpida primera batalla, y le dolió ese otro lado del corazón donde anidaban los retos. Ella era ya desafiante por naturaleza. No admitiría una segunda derrota.

CAPÍTULO 18

Keir apenas había dormido. No era algo nuevo. El descanso nunca había sido un lujo frecuente en Glenmora, siempre pendiente de que el ganado estuviera a salvo, las cuentas cerradas y su mente sosegada. Eso último era muy improbable que sucediera. Desde la muerte de su padre, se percató de cuán alto precio tuvo que pagar para sostener el peso del castillo sobre sus hombros. Nunca sabía si la decisión tomada respecto a los conflictos que le planteaban sus arrendatarios era la adecuada y por las noches daba vueltas y vueltas sobre la misma idea. Y aquella vez no era diferente. No podía dejar de pensar en su boda y en ella. Rose Mary estaba en cada uno de sus pensamientos. Todavía seguía debatiendo consigo mismo si casarse, y nada menos que con una flor inglesa, había sido correcto, y más después de cómo lo había tratado, echándolo fuera de la alcoba matrimonial.

Aplacó sus ansias de hacerla suya durante el trayecto de Londres a Glenmora, dado que lo consideró descortés para una dama como ella, e imaginó que su ánimo se restablecería cuando se hubiera instalado en el castillo. Sin embargo, no fue así, y esa noche ante la negativa de su esposa de compartir lecho, provocó que Keir ardiera por dentro. Por más que su cuerpo ansiaba adentrarse en el de una fémina, no quiso desahogarse con su amante habitual, una viuda que siempre lo buscaba en cuanto regresaba a Glenmora después de sus viajes. Ya le había informado antes de marcharse a Londres sobre su determinación: le sería fiel a su futura mujer. Y en cuanto pronunció el «sí, quiero» a Rose Mary en el altar y contempló sus labios carnosos se dijo que sería fácil mantener esa promesa. No obstante, allí estaba, pasando la noche solo, y mucho se temía que

las siguientes también. Tal vez debería recuperar de nuevo la amistad con la viuda Mhairi.

Se esforzó porque la cara de esa mujer fuera la que acabara llevándolo al éxtasis mientras se daba placer, pero no pudo dejar de pensar en la habitación de la otra ala, donde dormía su esposa en camisón, con el pelo suelto en cascada hasta la cintura, y sin querer esa imagen lo llevó a la culminación. Maldijo en voz baja, harto de su desdicha.

Se incorporó antes del alba, cuando el castillo aún dormía. El frío le despejó la cabeza con rapidez. Se vistió sin su ayuda de cámara, aquella mañana tenía prisa y no tenía tiempo en entretenerse a ver qué corbatín iría mejor con la chaqueta. Se ajustó la camisa y el chaleco con movimientos precisos. Bajó al patio y encontró a los pocos hombres que trabajaban para él ya en marcha. El sonido de las botas sobre la grava, el olor húmedo de la tierra, el leve balido de las ovejas a lo lejos. Todo seguía igual. Como debía. Se descubrió mirando hacia las ventanas del ala este más de lo necesario hasta que se obligó a apartar la vista.

Tal vez Rose Mary se sintiera abandonada a su suerte en una tierra extraña y necesitara tiempo. Le pediría a su hermana que le mostrara cómo se hacían las cosas en Glenmora. Skye sabría manejar la situación. Aunque, si era honesto consigo mismo, no estaba seguro de que aquello fuera un consuelo. Su hermana podía ser dulce cuando le convenía, y despiadada cuando no. En otros tiempos habría sido una excelente guerrera del clan MacFie, pero en 1817 la guerra había cambiado de forma y ya no se batallaba en el campo. El comercio era otra clase de combate, al que ellos no estaban acostumbrados.

Keir se pasó la mano por la nuca, sin percatarse de la proximidad de su medio hermano Aran.

—¿Ya despierto? Creía que aún estarías retozando en la cama con tu esposa. Has tenido que aguantar muchas noches en el raso sin tocarla.

Keir gruñó.

—¿Nuestros invitados están listos? —se limitó a preguntar.

Aran asintió.

—Bien.

Dio media vuelta con la intención de dirigirse a su despacho, pero se detuvo al ver una figura que descendía por la escalera: Rose Mary.

Keir supuso que, tras la noche anterior, su frágil esposa se refugiaría en la habitación y evitaría cruzarse con él. Habría sido lo más sensato, pero allí estaba.

El vestido, sencillo, se adaptaba mal al frío de las Highlands. Mantenía la espalda recta, el mentón en alto y en su expresión no había rastro de lo ocurrido la noche anterior.

—Buenos días —dijo ella al alcanzarlo.

Keir inclinó la cabeza en un gesto breve.

—Buenos días.

La observó un instante más de lo que habría hecho con cualquier otra mujer. No encontró debilidad en ella. Percibió leves ojeras bajo sus ojos y dedujo que ella también había dado vueltas a sus pensamientos durante toda la noche.

Keir se giró hacia el pasillo que conducía a su estudio.

—Voy a ocuparme de asuntos comerciales —dijo—. Puedes acompañarme si lo deseas.

Había sido un impulso repentino, nacido de la determinación de lograr que su matrimonio funcionara. Tal vez si Rose Mary lo veía en acción como un terrateniente con poder de decisión y no como el tipo al que conoció en una casa de apuestas clandestina, se daría cuenta de lo que significaba ser su esposa.

Rose Mary lo miró un segundo, midiendo la propuesta.

—¿Se me permite?

—Mientras no interfieras —le dijo con sequedad, porque sospechaba que ella tal vez tuviera otras intenciones.

—Entonces me limitaré a observar —contestó Rose Mary para su sorpresa.

Keir no respondió. Echó a andar y ella lo siguió.

En el despacho lo esperaban Roy, Aran, Ian Bruce y el viejo MacDougall con su yerno. No era una estancia grande, pero sí lo bastante amplia como para albergar a cada uno de los representantes de las familias que componían lo que él llamaba la

resistencia escocesa. Una mesa robusta ocupaba el centro, cubierta de mapas, libros de cuentas y notas.

Los hombres se levantaron al verlo entrar, y las miradas hacia su esposa fueron inevitables, más largas de lo necesario. Aun así, inclinaron la cabeza en señal de respeto.

—Podéis sentaros —dijo Keir, ocupando su lugar al frente.

Ella pareció entender su papel y se colocó en un lateral, con las manos entrelazadas.

Ian Bruce carraspeó, se le notaba incómodo, pero no pareció atreverse a protestar por la presencia de Rose Mary.

—Hemos perdido más cabezas esta semana —dijo señalando un punto en el mapa—. Y no es solo por el frío.

—El terreno está anegado —añadió MacDougall —. Las ovejas no aguantan el peso y enferman antes de que podamos moverlas.

—Si seguimos así, no llegaremos a la primavera con un rebaño decente— anunció Ducan Campbell.

Keir escuchó con atención, apoyando ambas manos sobre la mesa. No interrumpía, pero tampoco dejaba que la conversación se dispersara.

—¿Cuándo empezaron las pérdidas? —preguntó.

—Después de las últimas lluvias —respondió Aran—. Pero se han acelerado ahora.

—Podríamos trasladarlas al norte, allí el suelo drena mejor —propuso Roy.

—Y perderíamos la mitad por el camino. No están en condiciones de moverse tanto —replicó Aran.

Las voces se superponían, sonaban desesperadas, con esa urgencia de quienes saben que cada decisión tiene un coste.

De vez en cuando Keir miraba de reojo a Rose Mary, percibió en ella interés y eso le agradó. Más tarde, detectó cierta impaciencia, vio cómo apoyaba las manos a los costados y se agarraba la falda como si eso fuera suficiente para detener su nerviosismo.

—¿Qué han estado comiendo? — inquirió de repente, interrumpiendo al viejo MacDougall. Lo hizo sin alzar la voz, pero, como aquellos hombres no estaban acostumbrados a las órdenes de

una mujer, su pregunta llegó a través de un potente eco que los desconcertó.

Todos levantaron la vista hacia ella, incrédulos.

—El pasto de siempre —respondió Aran al cabo de unos segundos de incertidumbre—. ¿Por qué?

Rose Mary se inclinó hacia adelante.

—¿Y en qué estado estaba ese pasto?

Los demás intercambiaron miradas.

—Húmedo —dijo Duncan—. Como todo este año.

—¿Antes de que enfermaran?

La precisión de la pregunta hizo que sus invitados se inquietaran.

—Sí —respondió Roy, más despacio.

Rose Mary asintió.

—Entonces es posible que el problema esté en lo que han estado comiendo durante semanas.

Keir apretó la mandíbula. Le había dicho que se mantuviera en silencio, que no estorbara, y estaba haciendo lo contrario. No le quedó más remedio que darle la palabra.

—Explíquese, *lady* Glenmora. —La trató de usted y con el título que le correspondía por si los allí presentes lo habían olvidado, sobre todo al ver sus caras de asombro.

—Si el pasto estaba encharcado, es probable que haya fermentado o se haya estropeado —continuó—. Las ovejas pueden haber enfermado antes de que se notara. El frío solo ha empeorado lo que ya estaba debilitado.

Ian Bruce, resopló.

—Eso no explica por qué siguen muriendo.

—Sí lo explica —respondió ella, sin elevar el tono—. Si siguen comiendo lo mismo.

El silencio se tensó.

La sala olía a humedad, a lana mojada y a humo mal ventilado. Keir no necesitaba mirar por la ventana para saber que la lluvia seguía cayendo; la sentía en los huesos. Un criado se apresuró a cerrar mejor las contraventanas, como si eso fuese a impedir que el agua siguiera ganándoles la partida.

—Las ovejas no aguantan —dijo de nuevo Ian, apoyando ambas manos sobre la mesa—. Esta semana han caído otras seis. Y las que quedan… —negó con la cabeza— no llegarán a abril.

Un murmullo grave recorrió la estancia. Esos tipos conocían el invierno mejor que a sus propias esposas. Sabían cuándo un año venía torcido y cuándo venía a cobrarse deudas.

Keir no habló todavía.

—El terreno está anegado —añadió Aran—. No drena. No hay dónde ponerlas.

—Siempre ha sido así —respondió MacDougall.

—No —corrigió Ian—. No tanto como ahora.

Eso sí hizo que Keir alzara la vista, preocupado.

Se apoyó en el respaldo de la silla, cruzó los brazos y dejó que la discusión siguiera su curso. El miedo se colaba entre las palabras.

—Habrá que sacrificar al rebaño —advirtió MacDougall, con esa sequedad que solo aparecía cuando la decisión ya estaba tomada por dentro—. Las más débiles fuera. Antes de que se nos mueran todas.

Un par de cabezas asintieron. Otra opción era no hacer nada y dejar que el invierno decidiera por ellos, pero incluso en Glenmora había límites.

Keir asintió y exhaló con fuerza. Era lo más sensato.

Y, para sorpresa de todos, ella habló de nuevo.

—En Inglaterra —añadió, y bastó esa palabra para tensar la sala — se siembran nabos para el invierno. Se guarda heno. Se refuerza la alimentación cuando el pasto no es suficiente.

—¿Nabos? —repitió MacDougall, con una risa áspera—. ¿Pretende que plantemos huertos para las ovejas?

Aran y Roy soltaron un resoplido. Duncan negó con la cabeza.

—Las ovejas de estas tierras comen lo que hay —dijo Ian Bruce —. No lo que se les prepara.

Rose Mary no se alteró.

—Y por eso se están muriendo.

No había desafío en su tono, pero sí algo peor: demasiada lógica para una mujer.

Keir apoyó los antebrazos en la mesa, inclinándose hacia delante.

—En Inglaterra —dijo, despacio— también tienen tierra que no se deshace bajo los pies.

Algunos asintieron. Un murmullo de aprobación se propagó.

—Aquí alimentas a una oveja débil… —habló MacDougall— y en primavera tienes otra aún más débil o muerta. Hay que enseñarles a sobrevivir, como toda la vida se ha hecho.

Keir la volvió a mirar de reojo. Observó cómo sus puños se volvían blancos de tanto cerrarlos alrededor de la tela de la falda.

—Solo se trata de darles una tregua hasta que la lluvia amaine. —Rose Mary siguió en sus trece—. Se las puede alimentar con nabos, trébol, forraje.

—¿Y quién lo hará? —saltó MacDougall—. ¿Usted?

Los hombres estallaron en carcajadas.

—Señores, más respeto a la mujer del *laird* —interrumpió Aran.

Keir inclinó la cabeza en modo de agradecimiento.

—Lo que indica *lady* Glenmora requiere recursos que no tenemos —dijo con retintín Ian Bruce.

—Y tiempo —añadió Duncan Campbell —. No estamos para experimentos.

Keir observó uno a uno a esos hombres, sopesando cuál sería la mejor decisión, tanto para las ovejas, como para los intereses de los lairds allí reunidos, quienes habían decidido unir sus fuerzas y sus rebaños para esquivar la mala suerte de otros hacendados más orgullosos. Si bien todos eran en su mayor parte terratenientes, sus tierras eran menores en comparación con la gran extensión que representaba Glenmora. Se maldijo por ser tan espontáneo e invitar a Rose Mary. Como siempre, las mujeres lo empeoraban todo.

—Vamos a llevarlas al norte —dijo al fin Keir dando la razón a Aran y a la mayoría que había alabado la propuesta. Al mismo tiempo levantó la mano para acallar a su esposa, que ya daba un paso adelante para tomar la palabra.

Dio por concluida la reunión. Los cinco hombres comenzaron a salir, algunos con gestos de asentimiento, otros con la preocupación aún visible en el rostro.

Keir se quedó unos segundos más, revisando los papeles sobre la mesa. Cuando alzó la vista, Rose Mary seguía allí, a su lado.

—No era necesario intervenir —le dijo, malhumorado.

Ella se mordió el labio inferior. Toda la firmeza que había demostrado se evaporó.

—Lo sé.

—Y, aun así, lo has hecho.

—No lo he podido evitar. En Woolriver la mayoría de los terratenientes tienen grandes pastos de ovejas y a base de observarlos…

—¡Así que te has vuelto una experta en ganado y alimentación con tan solo observar desde la ventana de tu lujosa mansión!

Rose Mary bajó la cabeza y, a pesar de parecer avergonzada, no se excusó.

—Sé de lo que hablo. Mi padre…

—¡Ya no estás en Inglaterra! ¡Aquí la tierra es diferente, los animales, su gente, todo es distinto! ¡Debes acostumbrarte y borrar de tu mente lo que fuiste! ¡Eres la esposa de un *laird,* por el amor de Dios!

Ella lo miró con odio. Creyó que iba a salir corriendo apesadumbrada y dejarlo allí plantado. Reconocía que había perdido los papeles y chillado más de la cuenta. Por eso se sorprendió cuando ella en lugar de retroceder, avanzó hacia él, se puso de puntillas para llegar a la altura de sus ojos sin conseguirlo. Vio cómo sus pupilas se agrandaban y fruncía el ceño desafiante.

—He pasado la vida rodeada de ovejas y no siempre he vivido en una mansión. Por lo que, si tomo la palabra, y más en una reunión donde se discute la supervivencia de varias familias, es porque sé de lo que hablo. Si la mitad de las ovejas muere en el traslado al norte, será culpa de la falta de previsión por no haber intentado darles de comer la mitad de los nabos de la cosecha de este año. Así de sencillo.

Keir abrió la boca para contestar que no era tan fácil, que los cultivos de Glemnora también se habían visto mermados. Pero ella ya estaba fuera de la sala cuando él se repuso de esa confrontación. ¿Quién era esa mujer? ¿Con quién se había casado?

CAPÍTULO 19

Keir Fergus MacFie tardó más de lo que le habría gustado en cerrar la boca.

La claridad de las palabras de Rose Mary había tenido la desagradable fortuna de dejarlo sin argumentos durante unos segundos. Y eso, en su propia casa, resultaba irritante.

La humedad de la sala aún se le pegaba a la piel cuando salió al pasillo de piedra. El eco de los pasos de Rose Mary alejándose le devolvió a la realidad. No recordaba la última vez que alguien había abandonado una discusión con él de ese modo.

—Ya ha corrido la voz por el castillo, y me temo que pronto llegará hasta Inverness

Keir alzó la vista. Skye estaba apoyada en el arco de piedra, con esa expresión de satisfacción apenas disimulada que siempre precedía a una catástrofe. A su lado, Lorna intentaba contener una sonrisa.

—¿Tan rápido? —palideció Keir.

—Dicen que la mujer del *laird* ha interrumpido en una reunión de negocios.

Keir exhaló por la boca, cruzándose de brazos.

—Eso no es verdad. La he invitado yo.

Tanto Skye como Lorna se cubrieron el rostro horrorizadas.

Su hermana se sobrepuso del susto inicial, se acercó a él y le colocó la mano sobre el hombro.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Sí —replicó él, seco—. He permitido que alguien diga algo con sentido en una sala llena de hombres que no sabían qué camino tomar.

Le salió de forma innata defender a su mujer.

Skye negó la cabeza, parecía apenada por él.

—Has traído a una mujer a este castillo, la has sentado en la mesa de decisiones y ahora ella ha olvidado cuál es su lugar, mientras tu gente ya no sabe qué esperar.

Keir frunció el ceño.

—Tiene un lugar.

—¿Ah, sí? —intervino Lorna—. ¿Cuál?

Él abrió la boca. La cerró.

—Es mi esposa, eso debería bastar.

—No para una inglesa —volvió a hablar la tímida Lorna con cierta acritud.

Keir respiró hondo. La ruptura del compromiso con la señorita MacLain no había sido bien recibida, y todavía menos por Lorna, que estaba seguro le guardaba algún rencor. Ella era la única hija del antigua laird, y había heredado las propiedades de la familia bajo la última voluntad de su padre: que Keir la desposara y asumiera la tutela de los arrendatarios vinculados a la finca. En esas colinas apenas quedaban ya unas pocas familias dispersas: ancianos, viudas y algunos niños aferrados a unas tierras cada vez más difíciles de sostener sin el apoyo de un terrateniente poderoso. Desde entonces, Lorna residía en Glenmora bajo la protección de los MacFie mientras se buscaba una unión conveniente para ella, alguien capaz de mantener las tierras de los MacLain y evitar que terminaran en manos inglesas. Y Keir las administraba como si fueran propias. Nadie se había atrevido aún a cuestionarlo, aunque notaba como la paciencia empezaba a agotarse y faltaba muy poco para que alguien lo retase.

—Lo que Lorna quiere decir —interrumpió Skye con tono meloso —, es que tu esposa estará acostumbrada a otra clase de cosas, como bailes, recepciones, conciertos…

Keir las miró a ambas con una medio sonrisa. Las conocía bien y algo tramaban. Le era imposible separar a Skye de Lorna. Se habían criado juntas y si había aceptado casarse con la última de la familia MacLain no era por amor o devoción, sino por gratitud. Su padre siempre había estado al lado del suyo y de aquellos tiempos ya no quedaba nadie. Solo estaban él, su hermano Aran y Roy. Diferentes

fiebres se habían llevado a los ancianos. El padre de Roy había muerto de tifus, como la mayoría. Su progenitor, sin embargo, superó esa crisis. La dirigió con mano de hierro, evitando más muertes con sus medidas. Era un hombre fuerte, grande y temeroso. Parecía imbatible hasta que una pulmonía se lo llevó hacía un año y medio y Keir descubrió la deuda en la que se encontraba Glenmora.

—¿Queréis una fiesta? ¿Es eso? —El *laird* se paró ante la cocina atraído por el olor a comida. No había desayunado y el estómago le rugía.

Vio enseguida la ilusión en el rostro de las dos muchachas. Habían vivido demasiadas desgracias y era normal que buscaran refugio en trivialidades. Hasta él lo necesitaba. Pero entonces recordó que en breve llegaría el acreedor inglés Seger Hamilton y no era momento de despilfarrar en gastos.

—No —dijo, ya moviéndose hacia el interior de la sala donde las ollas bullían—. Ni se os ocurra.

—¡Fiesta! ¡Fiesta! —exclamaron ambas al unísono.

Keir se detuvo un segundo, cerrando los ojos con resignación.

—No es el momento, Skye.

Lorna apartó a la cocinera a un lado, acostumbrada a las intrusiones de este tipo, afanó un cucharón y sacó un suculento potaje de una cacerola para depositarlo en un cuenco de barro. Se lo sirvió a Keir mientras lo miraba con su acostumbrada caída de ojos, aquella que también utilizaba su hermana cuando quería salirse con la suya.

—Nada excesivo. Solo para presentar a Rose Mary como corresponde —insistió Skye.

—Todos saben quién es —contestó malhumorado.

Probó el guiso y se le despejó de inmediato la cabeza.

Las dos muchachas seguían expectantes a sus palabras.

—Solo quiero desayunar en paz…

—Por favor… —volvieron a solicitar ellas, esta vez más calmadas.

—¿Qué hacen aquí? —Grizel apareció de repente—. ¡Este no es lugar para un *laird* ni para las señoritas de su clase! —El ama de llaves miró con desaprobación a las chicas—. Vayan al comedor y mando a una criada para que les sirva.

—No hace falta —ordenó Keir apurando su cuenco—. Ya he terminado.

Intentó salir de la estancia, pero su hermana se lo impidió.

—¿Te has parado a pensar lo sola que se encuentra Rose Mary? Una fiesta al estilo inglés le hará sentir mejor.

Keir intentó esquivarla por la derecha.

—Si no haces algo —continuó Skye—, los otros terratenientes la verán como una intrusa. O peor, como una amenaza.

Keir se detuvo en seco. Las chicas chocaron con su espalda.

No había pensado que tal vez a Rose Mary le hiciera ilusión esa clase de entretenimientos. Al fin y al cabo, se habían conocido en un baile.

—De acuerdo —dijo al fin, con un suspiro que sonó a rendición —. Pero con una condición.

Skye y Lorna lo celebraron con saltitos de alegría antes siquiera de escuchar el requisito.

—Se lo proponéis a ella —continuó Keir—. Y, si acepta, que se encargue también de los preparativos. Que no sea solo una invitada. Que tenga algo que hacer.

Skye levantó ambas cejas.

—¿Quieres que la distraigamos?

Keir la miró con severidad.

—Quiero que no se sienta ociosa.

Lorna inclinó la cabeza, comprendiendo su deseo. Aquella muchacha no era de grandes palabras, pero sí lista.

—Eso podemos hacerlo.

—¿Y yo qué? ¿No cuentan conmigo? —se alarmó Grizel—. No creo que pueda con tanto trabajo. Tengo el servicio justo para atenderlos a ustedes y ahora ¿una fiesta?

—¿No has oído, Grizel? De eso se encargará la nueva *lady* Glenmora. —Skye sonrió con malicia.

Keir miró al techo. Sabía que aquello no acabaría bien para él, pero lo dejó en manos de las mujeres, con la esperanza de que Rose Mary se olvidara de las ovejas.

—Bien —murmuró—. Entonces organizad vuestra fiesta.

Skye y Lorna intercambiaron una mirada triunfal, esa vez sin disimulo.

—Será un éxito —dijo Skye.

—Eso es lo que me preocupa —respondió él.

Siguió caminando, pero no pudo evitar que una imagen se le instalara en la mente: Rose Mary en medio de aquella sala, rodeada de gente que no le quitaría los ojos de encima juzgándola, y ella seguro que no se callaría y diría lo que pensaba.

Keir dejó escapar una exhalación lenta.

Quizá el problema no era que no encajara en su mundo, sino que su mundo no sabía muy bien dónde colocar a alguien como su esposa.

CAPÍTULO 20

Grizel entró en la alcoba de Rose Mary para organizar las comidas y cenas del día siguiente con ella. Apenas le permitió intervenir en las decisiones; cada vez que quería añadir algo, la mujer recurría a la misma excusa: nadie conocía mejor que ella la forma de administrar aquello que escaseaba y la mujer del *laird* ya tendría tiempo de aprender. Por eso cuando le informó que tal vez sería conveniente preparar una pequeña reunión para presentarla a los nobles de Inverness, comprendió que aquello no era una sugerencia. Era una decisión que ya se había tomado sin contar con ella.

Se quedó un instante en mitad de la habitación, con el cepillo suspendido sobre su cabello, observando su reflejo en el espejo empañado. La luz que entraba por la ventana era pálida y le devolvía una imagen que no terminaba de reconocer como propia.

No sabía muy bien quién era: Una dama en una casa que no la trataba como tal. Una esposa con un marido que le había dicho la noche anterior que solo estaba allí para fingir, y al parecer también se esperaba de ella que fuera una anfitriona perfecta y que organizara un baile.

Porque aunque Grizel no se había atrevido a pronunciarlo, Skye y Lorna se habían encargado de comunicárselo apenas cinco minutos antes de retirarse a su habitación. Eso la enfureció mucho más, porque Keir ni siquiera lo comentó durante la cena. Sin embargo, en el comedor la algarabía era demasiado intensa para debatir según qué cuestiones. No estaba acostumbrada a las chanzas continuas entre los hermanos de Keir, con el beneplácito de Lorna y Roy que se sumaban sin miramientos.

Los invitados de la noche anterior se habían marchado a sus respectivos hogares, y al despedirse notó como los hombres no la

miraron del todo receptivos. Se notaba que aún recordaban sus palabras desafiantes en la reunión.

Ese era otro tema que la desconcertaba aún más. Keir le permitió asistir y hablar sin tapujos, él mismo le había dado la palabra, y cuando les ofreció una solución, la menospreciaron. Y para colmo encargaba a su hermana y a su exprometida que la vigilaran y le encomendaran los duros quehaceres que requería una fiesta.

Dejó el cepillo sobre la cómoda con tal brusquedad que Grizel se sobresaltó.

—¿Se encuentra bien la señora?

—Sí, gracias, Grizel. Puede retirarse.

No era la primera vez que alguien decidía por ella. *Lady* Susan y Kat lo habían hecho por su bien, pero una vez casada creía que aquello terminaría y encontraría una manera de cometer sus propios errores en su propia casa. Empezaba a cansarse de que le dijeran que debía o no hacer.

**

Rose Mary estaba junto a la ventana, intentando acostumbrarse a la oscuridad temprana de las Highlands, cuando oyó la puerta abrirse a su espalda. Keir entró en la habitación con naturalidad, como si la discusión de la noche anterior, y de esa misma mañana, no hubiera dejado grietas entre ambos.

Tardó un instante en darse la vuelta. Aún le corría por las venas la indignación por todo lo acontecido. Su intención era girarse con una sonrisa y echarlo de la alcoba con la misma templanza.

—¡He oído que voy a dar una fiesta! —dijo a bocajarro.

Keir la observó antes de avanzar unos pasos hacia el interior de la habitación. El fuego crepitó.

—No es una fiesta, sino una presentación. —La ironía resultaba evidente.

Rose Mary no habló. Se dedicó a fulminar a su marido con la mirada.

—Es necesario. —Keir tragó saliva.

—¿Para quién? —La pregunta fue directa.

Él avanzó despacio y posó su mano sobre el tocador.

—Para Glenmora —susurró.

Rose Mary notó el calor en sus mejillas, esa incomodidad que siempre llegaba antes de decir algo que no convenía, pero ya era tarde para detenerse.

—No recuerdo haber aceptado ser exhibida.

Keir acortó la distancia.

—Esa es tu función, la que aceptaste al casarte.

Rose Mary se mordió el labio inferior. La proximidad de Keir la intimidaba, aun así, no se amilanó.

—Una esposa no es un florero, es una compañera, un apoyo para la familia.

Keir sonrió divertido y se le formaron atractivos hoyuelos que no pasaron desapercibidos para Rose Mary.

—No he venido a discutir sobre la fiesta —dijo él, más bajo.

Ella percibió el cambio en el tono.

—¿Ah, no? —Las piernas le fallaron y le fue imposible levantarse del alféizar de la ventana ni esquivar la proximidad de su esposo.

—No.

El fuego chisporroteó a su espalda. El sonido llenó el silencio, que ninguno de los dos parecía dispuesto a suavizar.

Keir dio otro paso. Esa vez fue suficiente como para que la proximidad se volviera tangible. Un escalofrío recorrió la nuca de Rose Mary al percibir el cuerpo de Keir mucho antes de permitirse pensar en ello. El aire cambió, se volvió más denso, más difícil de atravesar sin notar cada respiración.

La mirada del *laird* descendió lo justo para recorrer su rostro con una atención que no había mostrado durante el día.

—Ayer pasé la noche revisando cuentas, quería darte tu espacio, pero esta es mi alcoba y aquí me quedo. Y ya que hablamos de familia, ese es el deber de una esposa, engendrar una para sostenerla.

—Te pedí tiempo —dijo con miedo a traicionarse a sí misma. Sabía que, si se mantenía tan cerca, acabaría accediendo a realizar cualquiera de las posturas del libro de *lady* Susan.

Keir no apartó la mirada.

—Y yo acepté.

—Entonces no entiendo qué haces aquí. —Le costaba respirar.

Los ojos grises de Keir se oscurecieron todavía más.

—¿Pensabas que yo desaparecería por completo?

Rose Mary sintió el impulso de retroceder, pero la ventana se lo impidió. Se quedó quieta, dejando que Keir le tomara la mano y le acariciara la palma con el pulgar.

—Esperaba que cumplieras con tu palabra —dijo ella casi en un tartamudeo.

—La estoy cumpliendo. —Keir susurraba adrede con voz ronca y no dejaba de camelarla con sus caricias.

Un sudor perlado apareció en su frente.

—¿Así? Dijiste que cada uno haría su vida —continuó ella.

—Que fingiríamos ante los demás, pero hay otros deberes que si no se cumplen pueden llegar a oídos sensibles y poner en peligro nuestro pacto.

Rose Mary observó con detenimiento los apetitosos labios de Keir. Sin embargo, recordó sus palabras exacerbadas la noche anterior cuando ella lo rechazó, su desprecio durante la reunión con los otros terratenientes y luego esa emboscada con la fiesta.

—Es una habitación grande —dijo retirando su mano—. No tenemos que rozarnos siquiera. Tan solo fingir que dormimos juntos.

Keir no la dejó de mirar con el hambre colándosele en los ojos.

—¿No te asusta quedarte conmigo a solas?

Rose Mary suspiró. Si no se hacía respetar, acabaría como muchas esposas, siendo invisible, y ella no quería eso.

—No es el momento—dijo convencida de que él había acudido por algo más que la validación de su matrimonio. Lo impulsaba el deseo, y ella no era un juguete con el que aliviarse.

—Siempre hay un momento —sugirió él e intentó ponerla nerviosa de nuevo con esa sonrisa y esos hoyuelos que la habían vuelto del revés cuando lo vio en ese primer baile en Londres y luego en la casa de apuestas de *lord* Essex.

—No para todo. —Ella lo empujó con suavidad y pudo comprobar lo duro que tenía el torso.

«Resiste, Rose Mary», se dijo.

Keir dio un paso atrás e inclinó la cabeza, apesadumbrado.

—Como desees. Dormiré en otra habitación hasta que estés preparada. Glenmora necesitará un heredero algún día. —añadió.

Rose Mary asintió temblorosa.

Keir se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo un instante.

—La fiesta será en seis semanas. Necesitarás ayuda. Cuenta con Skye y Lorna para lo que necesites.

La puerta se cerró tras él. Esa vez con más cuidado.

Rose Mary permaneció inmóvil unos segundos, escuchando el eco de sus propios pensamientos. Sin embargo, el aire seguía cargado de tensión y de algo más peligroso que flotaba: atracción. Sí, lo admitía, aquel hombre la llevaba a un límite que sospechaba que, si no lo frenaba, sería enfermizo. Y por eso estaba dispuesta a no dejarse arrastrar, no hasta que descubriera cuál era su lugar, si Glenmora o de vuelta a Woolriver.

CAPÍTULO 21

Las semanas pasaron demasiado deprisa para Rose Mary, sin tiempo para pensar en lo que le aguardaba. Al principio, creyó que aquel movimiento constante —las idas y venidas por los pasillos, las listas improvisadas, las insistentes consultas de Skye y Lorna— era una señal de aceptación.

Su cuñada aparecía a primera hora con una energía que la sacaba un poco de quicio, pero empezaba a entenderla. Ella era la novedad, la esposa inglesa de su hermano, y además estaba el baile. Por lo que supo, no habían celebrado muchos de ese calibre desde la muerte del antiguo *laird*. Lorna siempre acompañaba a la atolondrada hermana de Keir y ponía ese contrapunto de calma. Muy a su pesar, y sobre todo siendo quien era, agradecía su compañía.

—Si vamos a hacer esto, hagámoslo bien —decía Skye, desplegando sobre su tocador una lista de quehaceres que no siempre tenían sentido.

Ella le hacía ver que no podían instalar una escultura de hielo del Cù Sìth, que, según le había contado, se trataba de un enorme perro fantasmal cuyo aullido anunciaba muerte inminente. Ladraba tres veces y después alguien moría.

Habían decidido que la temática de la fiesta serían los viejos cuentos gaélicos, en contra de Grizel, que se tomaba muy en serio esas leyendas. Para ella eran como una advertencia.

Rose Mary puso el grito en el cielo cuando descubrió que, además, era un requisito indispensable ir disfrazados. Así que eso de realizar una fiesta inglesa para que ella se sintiera como en casa se había ido al garete.

—No querrás que Glenmora parezca un establo. Vendrán de todas partes solo para conocerte.

Ese era el argumento para cualquier cosa de Skye, y Rose Mary y Lorna pasaban horas para quitarle de la cabeza alguna de sus locuras. Aunque no pudieron evitar que los disfraces fueran obligatorios.

Rose Mary asentía, rememorando sin querer las tardes en Woolriver, cuando *lady* Susan organizaba sus veladas. Todavía recordaba con nostalgia aquella vez que se presentó el mismísimo príncipe regente. En la casa de los Hall todo tenía un propósito, incluso aquello que parecía espontáneo. En cambio, en Glenmora las decisiones se deshacían con la misma facilidad con la que se proponían y era muy difícil llegar a un consenso.

Aun así, lo intentó. Y comprendió que aquellas muchachas esperaban esa fiesta como una excusa para olvidarse de los problemas que les acechaban desde hacía tiempo. Las sombras de las recientes muertes, el mal clima y la pérdida del ganado propiciaba un ambiente tenso que esperaba que ese extraño baile ayudara a disipar.

Rose Mary se aferró a lo que sabía: la disposición de los comensales, la elección de telas que suavizaban la dureza de la piedra, la importancia de un camino bien iluminado con antorchas cuando la noche caía demasiado pronto. Que los carruajes de las familias invitadas tuvieran espacio para estacionar. Propuso ordenar el salón principal, trasladar algunos muebles y aprovechar mejor el calor del fuego.

Skye la escuchaba con atención y luego sugería algo distinto.

—Podríamos colgar pieles en las paredes —decía—. Quedará más auténtico.

—¿Por qué debemos tener un orden tan estricto? ¿Por qué los matrimonios no se pueden sentar juntos? —añadía Lorna con suavidad—. Aquí no solemos sentarnos como en Londres.

Rose Mary dudaba un instante antes de aceptar. Conocía el protocolo, lo que la inquietaba era no saber hasta qué punto podía insistir.

Los días se llenaron de pequeñas tareas que no terminaban de avanzar. Elegir vajilla Decidir el menú. Encargar flores. Y, aun así, entre tanto ajetreo, Skye siempre encontraba una nueva idea.

—He pensado que podríamos recibir a los invitados en el patio —dijo una mañana mientras paseaban bajo un cielo bajo y gris—. Será más impresionante.

Rose Mary miró el terreno húmedo, la tierra que se hundía bajo sus botas.

—¿Con este tiempo?

—El clima siempre puede mejorar. —La muchacha sonrió traviesa.

Rose Mary creyó que era parte de su carácter y de la inexperiencia de las jóvenes que, con sus buenas intenciones, procuraban facilitarle las cosas, aunque luego se complicaran mucho más. Más adelante, comenzó a percibir algo más sutil. No eran los cambios en sí, era la manera en que ocurrían.

Una tarde, después de haber pasado horas revisando la disposición de las mesas con Grizel, regresó al salón para encontrarlo todo distinto. Las sillas habían sido movidas, los manteles sustituidos por otros más ásperos, y la mesa principal desplazada unos centímetros que bastaban para alterar el equilibrio que había intentado construir.

—Pensé que así quedaría mejor —dijo Skye desde la puerta.

Rose Mary la observó y puso los ojos en blanco. Miró a Lorna, que siempre parecía más sensata, pero ella no intervino.

—Claro —respondió Rose Mary para no enfrentarse a su cuñada. Al fin y al cabo, había dejado de ser su fiesta para convertirse en la de Skye.

Lorna inclinó la cabeza.

—Se acostumbrará, *lady* Glenmora.

Rose Mary sostuvo su mirada y no dijo nada. Sin embargo, algo muy leve, empezó a asentarse en su interior. Una sospecha que no terminaba de tomar forma.

La confirmación llegó de manera casi insignificante. Aquella mañana había pedido a Grizel que preparara un inventario de la despensa para ajustar el menú. No era una petición extraordinaria: *lady* Susan lo hacía siempre antes de cualquier evento, con una precisión que evitaba sorpresas de última hora. El ama de llaves había asentido sin comentar nada al respecto. No obstante, cuando

le preguntó más tarde por el resultado, la mujer la miró con una expresión que no era habitual en ella.

—No recibí tal orden, señora.

Rose Mary frunció el ceño.

—¡Se lo pedí esta mañana! —Su tono no dejó más opción a Grizel que bajar la cabeza.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo: la señorita Skye entendió que era una pérdida de tiempo y me exoneró de la tarea. Tengo demasiado que hacer para estar contando potes de tomate.

Rose Mary agarró la falda de su vestido con tanta fuerza que casi la desgarró, pero no insistió. No tenía sentido. Se limitó a asentir y retirarse con una calma mal disimulada. Al girar el pasillo, escuchó unas risas ligeras y fugaces que sin duda provenían de las muchachas. Parecían gemelas, siempre juntas. Comprendió que no solo se trataba de organizar una fiesta. Estaba participando en un juego de poder, y lo que más le exacerbaba era que no conocía las reglas.

CAPÍTULO 22

Una tarde, mientras intentaba ajustar por tercera vez una lista de invitados, que parecía cambiar cada poca hora, Rose Mary dejó la pluma sobre la mesa y se llevó los dedos a las sienes.

Había pasado la vida aprendiendo a observar. A entender los gestos que no se decían en voz alta. A detectar cuándo una sonrisa escondía algo más que amabilidad. Era innato en su oficio como sirvienta, y no se le había pasado por alto la liberada forma en que Skye la trataba. Se erigía como señora de la casa al dar marcha atrás a todas sus órdenes, y Lorna la dejaba hacer con una sonrisa de satisfacción.

Rose Mary soltó un largo suspiro. No creía que existiera crueldad abierta en lo que hacían esas dos, pero tampoco inocencia. Era una forma de recordarle que aquel no era su lugar sin necesidad de enfrentarse a ella, y lo que más le irritaba era que lo estaban haciendo con sutileza

Se levantó y caminó hasta la ventana. El paisaje se extendía ante ella, amplio, indomable. El viento movía la hierba con ímpetu. En aquel campo no existían reglas ocultas, solo un estado salvaje de supervivencia. Apoyó la mano en el cristal frío. Quería ser una buena anfitriona. No para complacerlas, ni siquiera por Keir, sino porque era lo único para que *lady* Susan la había preparado: ser la esposa perfecta. Y, sin embargo, no bastaba.

Cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, la culpa seguía allí.

Si se ponía en la piel de Skye y Lorna, ella era la intrusa, la que a sus ojos les imponía unas normas, una manera de hacer a la inglesa. Tal vez por eso decidieron la temática de los cuentos gaélicos, para que recordara cuál era la tierra a la que intentaba pertenecer.

Una luz se filtró en su pensamiento. Había llegado el momento de tener una conversación con Lorna de mujer a mujer.

Se encaminó hacia la alcoba de la muchacha y no la halló allí. Lo más probable es tu estuviera en el cuarto de bordar. Y así fue. Sin embargo, hablar con Lorna MacLain a solas resultó ser una tarea más complicada de lo que Rose Mary habría imaginado.

No porque la joven evitara el encuentro. Lorna siempre estaba presente cuando se la requería, dispuesta a escuchar, a responder con esa tranquilidad que parecía no alterarse por nada. Pero nunca estaba sola. Skye era su sombra.

Lo dejó estar por esa mañana y lo volvió a intentar a media tarde, después de revisar los tapices que adornarían las paredes. Cuando Lorna se retiró hacia el corredor que daba al ala oeste, Rose Mary la siguió para aprovechar ese breve instante de intimidad.

—Lorna, si me permites un momento…

—Claro, como guste, *milady* —respondió la joven, girándose hacia ella con esa serenidad característica suya.

Había algo en Lorna que no resultaba hostil, pero tampoco cercano. Como si cada palabra pasara por un filtro antes de llegar a los labios.

—Creo que ha llegado el momento de que hablemos…

La petición quedó en el aire.

—¿A solas? —repitió Skye, apareciendo desde el fondo del pasillo—. Qué interesante.

Rose Mary se sobresaltó.

Skye se colocó entre ambas sin esfuerzo, apoyando el hombro contra la pared con una sonrisa que no terminaba de decidir si era inocente o calculada.

—Espero no interrumpir —añadió, sin parecer en absoluto preocupada.

—No lo haces —respondió Lorna con suavidad.

Rose Mary entrelazó las manos frente a ella.

—Preferiría hablar con Lorna en privado.

Skye ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

La pregunta no era ingenua.

—Porque hay asuntos que nos competen solo a ella y a mí.

—Puedes hablar delante de mí —replicó Skye con una sonrisa leve—. No nos guardamos ningún secreto.

Lorna no intervino.

Rose Mary percibió en ella una inquietud que tomó a modo de invitación para insistir.

—Es una cuestión de respeto, no de secretos — dijo con la barbilla en alto.

Skye soltó una risa breve.

—Eso suena muy inglés.

—Y muy necesario —añadió, a punto de perder los nervios.

Skye la miró un segundo más largo de lo habitual. Luego se separó de la pared.

—Admiro tu insistencia —dijo. Se acercó un paso más, lo suficiente para invadir su espacio sin llegar a tocarla—. Aquí no funciona así.

Rose Mary desvió la mirada hacia Lorna.

—¿Eso es cierto?

La joven bajó la cabeza.

—Aquí las cosas rara vez ocurren a solas —respondió.

La frase fue dicha sin dramatismo, como si fuera una simple constatación.

Skye sonrió.

Rose Mary dejó escapar una leve exhalación. Aquella evasiva constante la sacaba de quicio.

—Muy bien. Hablemos las tres.

Skye arqueó una ceja.

—¿Aquí, con los sirvientes como testigos? Eso promete ser interesante. —La sonrisa de la joven se amplió

Lorna inclinó la cabeza.

—La escuchamos.

Rose Mary las miró a ambas. Sintió el impulso de retroceder, de aplazar aquella conversación, de posponerlo para un momento más propicio, aunque ya había esperado demasiado.

Abrió la boca. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue pedir disculpas a aquella joven, pero miró a su alrededor y descubrió

demasiados criados fregando vajillas y suelos impolutos, atentos a sus palabras. Lo que le faltaba.

Se giró con brusquedad y comenzó a alejarse por el pasillo, consciente de que no había conseguido lo que buscaba, y que las había dejado allí plantadas. Se lo merecían.

Escuchó las risas adolescentes de las dos. Aceleró el paso. Había conocido a mujeres así en Woolriver, que sabían moverse dentro de los límites sin romperlos, que utilizaban las normas como un instrumento más, y las detestaba.

Se detuvo un instante en el umbral de la puerta principal, respirando el aire frío que se colaba desde fuera. El largo pasillo quedaba a su espalda, lleno de recovecos donde las palabras parecían multiplicarse. Y ella necesitaba silencio, y que nadie se interpusiera en cada paso, en cada decisión que tomaba.

El brisa de las Highlands la golpeó con una lucidez que no había encontrado en días. Inspiró hondo, dejando que el frío le recorriera los pulmones, como si pudiera despejar con ese gesto todo lo que se había acumulado en su interior. El terreno descendía en suaves ondulaciones, cubierto de un verde que no se parecía a ningún otro que hubiera visto. No había senderos definidos como en los Cotswolds, solo una extensión abierta, salvaje. Y, por primera vez desde que había llegado, Rose Mary no sintió que estuviera fuera de lugar.

Comenzó a caminar sin un rumbo claro, dejando que sus pasos la llevaran lejos del castillo. La hierba húmeda cedía bajo sus botas y el viento movía su falda con una insistencia que le resultaba casi familiar. Había algo en aquel paisaje que no exigía nada de ella. No la juzgaba. No la obligaba a encajar. Y eso era más de lo que podía decir desde su llegada a Glenmora.

Se llevó la mano al cuello, notando aún el rastro del calor de su ira. No estaba acostumbrada a enfadarse de esa manera, pero tampoco a que la tomaran por tonta.

—No soy una niña —murmuró para sí, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

El viento se llevó las palabras. Caminó más de lo que había previsto.

El castillo se volvió una silueta lejana, casi difusa entre las colinas. A su alrededor, el terreno se abría en una sucesión de prados irregulares, salpicados de rocas y arbustos que resistían al clima con obstinación.

Se detuvo junto a una pequeña elevación desde la que podía ver el valle. El paisaje se extendía ante ella. El cielo, bajo y gris, parecía más cercano allí, como si pudiera tocarlo si se atreviera. Rose Mary apoyó una mano en la cadera, dejando que su respiración se calmara poco a poco. No sabía cuánto tiempo llevaba andando ni cuánto tardaría en regresar. Y no le importó. Había pasado la vida moviéndose dentro de límites claros, marcados por otros, ajustando sus pasos a caminos ya trazados. Aquello, en cambio, era distinto. No había sendero, no había dirección. Se sentía libre.

La primera gota la sorprendió en el dorso de la mano. La lluvia llegó fina al principio, casi tímida, y luego más constante. Sintió el agua filtrarse en su cabello, deslizarse por la piel, empapar poco a poco la tela de su vestido. Cerró los ojos un instante, cuando los abrió de nuevo, no distinguía el castillo a lo lejos. Dejó escapar una leve risa. Apartó un mechón de cabello mojado que se le había pegado a la mejilla. El agua le corría por el cuello, colándose bajo el vestido con una insistencia que empezaba a incomodarla de verdad. Debería regresar. Era consciente de ello. Sin embargo, no se movió, porque lo más grave de todo era que no sabía hacia dónde ir. Se había perdido.

CAPÍTULO 23

Keir había ordenado a Aran y Roy que acudieran de inmediato a su despacho para que le informaran sobre los avances con el rebaño.

Estaba terminando de traspasar las cuentas de ese último mes en el libro contable, cuando llegaron. Su hermano y su amigo no lo interrumpieron sabiendo cómo las gastaba si perdía la concentración. Se sirvieron *whisky* en grandes vasos de cristal y Keir notó al instante como no le quitaban el ojo de encima. Al levantar la vista percibió en ellos una sonrisa burlona.

Keir dejó la pluma sobre la mesa.

—Si tenéis algo que decir, hacedlo.

Ambos hombres negaron con la cabeza.

—Nada importante —respondió Roy, apoyándose en el respaldo de la silla—. Solo tenemos curiosidad.

Keir entrecerró los ojos.

—Eso suele ser peor.

Aran soltó una risa contenida.

—Nos preguntábamos cómo avanza tu vida matrimonial.

Keir entrecerró los ojos y apoyó los codos sobre la mesa.

—Ahí va —respondió para volver a los números.

—Eso es prometedor —replicó Roy—. ¿En qué dirección?

Keir lo miró suspicaz.

—En la adecuada.

Su amigo asintió, como si aquello aclarara algo.

—Siempre es tranquilizador cuando un hombre sabe en qué dirección va su matrimonio.

—Y más en los primeros meses —añadió Aran con una gravedad que no lograba ocultar la ironía.

Keir dejó escapar un profundo suspiro e intentó por enésima vez escribir el último garabato en el libro de cuentas.

—¿Habéis terminado?

—No —respondieron ambos al unísono.

Keir se recostó en la silla.

—Adelante. Iluminadme.

Roy entrelazó las manos con gesto solemne.

—Queríamos saber si compartís habitación.

—Eso no es asunto vuestro —contestó Keir colérico. ¿Qué les pasaba a esos dos? No acostumbraban a ser tan cotillas.

—Eso es un no —concluyó Aran, asintiendo con excesiva rapidez, a la vez que alargaba la mano hacia Roy—. Gané la apuesta. Paga.

Keir traspasó con la mirada a su hermano.

—No he dicho eso.

Roy pareció estudiarlo con una atención que no tenía nada de inocente.

—¿Entonces es que sí?

—Vale, ¿por qué tanto interés? —preguntó Keir cruzándose de brazos.

—Una apuesta, o varias, según se mire —respondió Roy con cautela.

—¿Sobre mi matrimonio? —bufó Keir, molesto.

—O la falta de él —habló Aran—. Se rumorea que aún no se ha consumado y que tu mujer te tiene a pan y agua.

Keir desvió la mirada un instante hacia la ventana. El cielo se estaba tornando demasiado gris por cómo había despertado, al igual que su ánimo.

—¿Habéis venido a trabajar o a entreteneros? —La firmeza con la que lo dijo, tan parecida a la de su padre, asustó a los dos hombres, y en sus rostros Keir observó que aún conservaban rasgos de los muchachos que fueron antaño.

Roy alzó las manos en señal de rendición.

—A trabajar, *laird*.

—Por supuesto —añadió Aran, recuperando una postura más adecuada—. Siempre a su servicio.

Keir asintió, aunque no le pasó desapercibida la burla de su hermano.

—Bien. —Cerró el libro de cuentas y se inclinó hacia delante, apoyando ambas manos sobre la mesa—. Decidme qué ha pasado con el traslado al norte.

La pregunta borró cualquier resto de ligereza.

Aran intercambió una mirada con Roy antes de responder.

—Hemos recibido una misiva esta mañana.

Keir no apartó la vista.

—¿Y?

Aran dudó un segundo.

—No ha ido del todo bien.

Keir se removió en la silla.

—¿Cuánto hemos perdido? —preguntó.

—Una parte considerable del rebaño.

El silencio que lo siguió fue suficiente para adivinar el enfado del *laird*.

—Las condiciones eran peores de lo previsto —continuó Roy—. El terreno no ha aguantado como pensábamos.

Keir asintió despacio.

—¿Y la otra mitad?

Aran se permitió una leve sonrisa.

—Ahí es donde la historia mejora. Las que se quedaron han respondido bien.

—¿Cómo de bien? —inquirió Keir con cautela. En contra de lo que le habían aconsejado, decidió dividir al rebaño, enviar la mitad a pastar a las tierras del norte y la otra mitad alimentarlas, tal como había sugerido Rose Mary. Se jugaba mucho con aquella hazaña. Podría parecer insignificante, pero si salía mal, encendería la furia de los demás terratenientes.

—Mejor de lo esperado —añadió Roy—. El refuerzo de la alimentación ha hecho efecto.

Keir se levantó, se dirigió a la ventana y comprobó que una gran tormenta avanzaba hacia Glenmora. No se alarmó, dado que ese día había ordenado que aseguraran con sacos de arena las murallas del castillo, así como los portillos y cerrojos de todas las ventanas.

—Parece que los nabos no eran una idea tan descabellada. —Los ojos de Aran brillaron como el Cù Sìth del cuento que le narraba su madre de pequeño.

Roy se sirvió otra copa y la levantó al aire como si brindara.

—Es curioso que tu esposa haya encontrado una solución antes que nosotros. ¿Cómo lo sabía?

Keir se incomodó ante la pregunta. Ella había intentado explicarse el otro día, pero él no se lo permitió. Había sido demasiado condescendiente con ella y le debía una disculpa. No obstante, tampoco podía dejar que aquellos dos airearan el tema con tanta ligereza.

—No confundáis una observación acertada con una estrategia bien planeada.

—Jamás lo haríamos —respondió Roy conteniendo una carcajada.

—Aunque —añadió Aran—, si sigue así, quizá deberíamos empezar a consultarle más a menudo.

Keir no dejó de observar el cielo y como caía con fuerza el agua.

—Mientras estas tierras sigan bajo mi responsabilidad, las decisiones las tomaré yo —dijo con sequedad. ¿Qué se habían creído? ¿Que no sabía manejar los asuntos de Glenmora tan bien como su padre?

Aran asintió.

—Nadie lo pone en duda.

Keir se alejó de la ventana y rodeó la mesa con paso firme.

—Aseguraos de que el resto del rebaño se mantenga estable.

—Lo haremos.

—Y revisad las zonas de pasto antes de mover nada más.

—Sí, *laird*.

Keir se detuvo junto a la puerta.

—Y dejad de hablar de mi matrimonio.

—Nos costará —murmuró Roy.

—Mucho —añadió Aran.

Keir se dio cuenta que, aunque le habían dado buenas noticias, la irritación seguía allí, sin embargo, no era lo único. Porque, a pesar

de todo, no podía negar que Rose Mary había visto algo que él no. Y eso, en Glenmora, no era un detalle menor.

CAPÍTULO 24

Keir aún estaba de pie frente a la mesa de su despacho cuando la puerta se abrió de golpe.

Skye entró con el cabello desordenado y los ojos brillando de una forma que nunca anunciaba tranquilidad. Detrás de ella, Grizel avanzaba con paso firme, aunque su rostro mostraba una tensión que Keir no recordaba haber visto antes.

—Ha empezado a llover —dijo Skye.

Keir alzó una ceja.

—Eso ocurre con frecuencia en Escocia.

—Hoy la lluvia es demasiado intensa —replicó ella, señalando hacia la ventana.

Keir se encogió de hombros.

—Diría que es una tormenta de invierno, como todas las que hemos tenido hasta ahora —comentó, aparentando paciencia, cuando en verdad su hermana se la había agotado hacía años.

Aran asintió.

—Abundante, pero lluvia, al fin y al cabo.

Grizel realizó unos cuantos aspavientos que los tres hombres observaron con atención sin entender muy bien qué le sucedía a aquella mujer. Mientras Skye parecía advertirle con la mirada que no hablara de más.

—¡La señora no está en el castillo! —exclamó desesperada Grizel.

El corazón de Keir dio un vuelco.

—¿Qué quiere decir con que no está? —preguntó, sin elevar la voz.

Grizel lo miró directa a los ojos.

—Que ha salido.

—¿Cuándo?

—Hace un rato.

Skye cruzó los brazos.

—Después de hablar con Lorna.

Keir se pasó una mano por la nuca, sintiendo el peso de una sospecha que no le gustaba.

—¿Y dónde está Lorna?

—En su habitación —respondió su hermana—. Bastante afectada, por cierto.

Nunca pensó que Rose Mary se enfrentara a Lorna. Pero lo había hecho y esa joven tímida y vulnerable había sufrido las consecuencias, y no una vez, sino dos veces: cuando rompió su promesa de que la cuidaría y protegería, y después dejando que Rose Mary la manipulara a su antojo. Porque estaba claro que quien tenía el carácter más apabullante en aquel castillo, después de Skye, no era Lorna.

—¿Qué ha pasado? —preguntó conteniendo la ira.

Skye se encogió de hombros con una ligereza que no se correspondía con la situación.

—Han hablado.

—Eso ya lo has dicho —contestó Keir exasperado. Si Skye llegaba algún día a casarse, su marido se ganaría el cielo.

—Y no ha terminado bien.

Grizel carraspeó.

—En realidad, no han dispuesto de mucho tiempo. La señorita Skye no les ha permitido tener una conversación en privado.

Skye miró a Grizel con severidad.

—Te arrepentirás de esto — le susurró a la criada.

Esa amenaza no le preocupó a Keir porque su hermana hablaba mucho, pero luego no cumplía nada de lo que predicaba. Muestra de ello fue lo poco afectada que se mostró Grizel al respecto.

La lluvia golpeó los cristales con una gran insistencia.

—Temo, señor, que haya salido del castillo para airearse y haya terminado perdida. Desde que llegó no ha salido de las inmediaciones hasta ahora.

Keir sintió el impulso inmediato de responder que Rose Mary era libre de moverse por Glenmora sin necesidad de dar explicaciones, pero no lo hizo. Su instinto le advirtió que la situación era grave, y más por los truenos y relámpagos que estaban sucediéndose uno detrás de otro.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera? —preguntó.

—El suficiente —respondió Grizel.

Skye dio un paso hacia él.

—Tal vez deberías ir a buscarla.

Si su hermana sugería algo así era que temía que Rose Mary hubiera huido de ella, y no le extrañaba.

—Tal vez deberías dejar de decirme lo evidente —se enfadó con ella.

—¡Tal vez deberías moverte más deprisa! —le chilló Skye.

Keir se giró sin responder y salió de la sala con paso firme. El sonido de sus botas resonó en el pasillo mientras atravesaba el castillo sin detenerse hasta llegar a los establos y ensillar su caballo. Roy y Aran lo siguieron de cerca dispuestos a ir con él.

—No —les ordenó Keir—. Necesito que os quedéis en el castillo por si vuelve.

Los dos hombres asintieron.

—Ten cuidado, Keir —se preocupó su hermano, agarrando las riendas antes de que se pusiera en marcha.

—Conozco esta tierra como la palma de mi mano. La encontraré.

Clavó los talones y el caballo arrancó con un relincho, atravesando el patio y lanzándose hacia los prados abiertos. La lluvia golpeaba su rostro con fuerza, el viento le dificultaba la visión y, aun así, avanzó sin dudar. Conocía desde muy poco a su mujer, pero empezaba a comprenderla. Era testadura, y lo más seguro era que no hubiera tomado un sendero fácil. No, ella lo hacía todo al revés. Le gustaba el peligro, así que se desvió del camino trazado a la aldea más cercana y siguió hacia las montañas.

—Por supuesto —murmuró para sí, mientras el caballo ganaba velocidad—. Tenía que salir a pasear hoy.

La tormenta arreciaba, el terreno se volvía más inestable y el castillo desaparecía a su espalda con rapidez. Keir apretó las riendas, inclinándose hacia delante, dejando que el instinto hiciera el resto.

Aquellas tierras no eran desconocidas para él. Las había recorrido desde niño, primero a pie, luego a caballo, aprendiendo a reconocer cada pendiente, cada arroyo, cada tramo traicionero, pero la tormenta las convertía en otra cosa. Más incierta y peligrosa.

Pensó en Rose Mary. Ella no conocía nada de aquello, apenas había salido de Woolriver, y lo que había vivido en Londres era limitado, siempre flanqueada por *lady* Susan y la marquesa de Pembroke. A esas alturas estaría muerta de miedo, demasiado asustada para encontrar un cobijo en condiciones.

Keir apretó las riendas obligando al caballo a acelerar. La lluvia le golpeaba el rostro, se colaba por el cuello de la camisa, entumecía los dedos, pero no redujo la velocidad. No podía permitírselo.

Las tierras del *laird* se extendían más allá de los muros de piedra, organizadas en una sucesión de prados de pasto, pequeñas parcelas cultivadas y, dispersas en la distancia, las casas de sus arrendatarios. No eran aldeas en el sentido que un inglés entendería. No había plazas ni calles alineadas, en su lugar las viviendas de piedra y techo bajo, se agrupaban donde el terreno lo permitía, cerca de los recursos necesarios para sobrevivir.

Keir pasó cerca de una de esas zonas, y le sorprendió la figura de un hombre que agitaba los brazos para que se detuviera. El caballo asustado se levantó sobre sus patas traseras, y Keir lo dominó con habilidad para que volviera a su estado natural. Lo calmó con caricias, hasta que el resoplido del animal fue apaciguándose. Bajó furioso y se dirigió hacia el desconocido.

—¿Es que se ha vuelto loco?

—No, señor. —El tipo agachó la cabeza—. Lo he reconocido de lejos. Su corcel es inconfundible. Si ha salido con esta tormenta solo puede significar que busca a su esposa, y está dentro de casa, con mi familia.

El corazón de Keir, que no había dejado de latir con ferocidad, empezó a mandarle señales de sosiego. Respiró hondo. Bien, al menos no la había encontrado tirada en una zanja, como temía.

Entraron en la diminuta casa y el calor lo envolvió de inmediato, junto con el olor a madera húmeda y comida reciente. La estancia era sencilla: una mesa robusta, bancos gastados, un fuego que ardía con eficacia y, junto a él, Rose Mary.

Estaba sentada en una silla, con las manos extendidas hacia la chimenea, el cabello aún húmedo cayendo sobre sus hombros, el vestido marcado por la lluvia. Frente a ella, una mujer de edad indefinida le ofrecía una taza humeante mientras un niño, de no más de ocho años, la observaba con curiosidad.

Rose Mary alzó la vista al oír la puerta. Y, por un instante, su expresión mostró algo que Keir no había descrifrado hasta entonces. ¿Estaba todavía afectado por la tormenta o ella se alegraba de verlo?

—*Laird* —dijo la anciana, incorporándose con rapidez de su silla para ofrecérsela.

Keir hizo un leve ademán.

—No es necesario.

Su mirada no se apartó de Rose Mary.

Ella no dejó de calentarse las manos cerca de las llamas.

—No esperaba que vinieras —dijo.

Keir avanzó un paso.

—No esperaba tener que hacerlo.

El niño soltó una pequeña risa, acallada por la mirada de la que parecía ser su abuela. Rose Mary desvió los ojos hacia él un instante y el gesto fue suficiente para que Keir reparara en algo que no había considerado: No estaba incómoda allí. Ni asustada. Ni fuera de lugar.

Se movía en aquel espacio con una naturalidad que no había mostrado en el castillo. Se levantó y agarró una taza de té sin vacilar de la cocina que quedaba a la izquierda de la sala y se volvió a sentar junto al fuego para jugar con el niño.

El hombre que había asustado a su caballo entró después de dejarlo a salvo en su establo y carraspeó al ver a Keir parado en el umbral, observando con intensidad a su esposa.

—La encontramos cerca del arroyo —explicó—. Empapada y algo desorientada. No iba a dejarla fuera con este tiempo.

Keir asintió.

—Ha hecho bien.

Rose Mary rodeó con sus dedos la cerámica de la taza como si aún necesitara el calor.

—No estaba desorientada —dijo.

Keir guardó silencio. Quería ver hacia dónde se encaminaba esa conversación.

—Sabía hacia dónde iba —continuó Rose Mary.

—Claro —dijo el *laird* al mismo tiempo que se acercaba a ella con una sonrisa de alivio por haberla encontrado a salvo, sin un rasguño—. Mi esposa siempre sabe hacia dónde va.

Se sentó en el suelo, junto al niño y observó divertido las sombras que realizaba Rose Mary con los dedos de distintos animales para distraer al pequeño. En un momento dado sus miradas se cruzaron y en ninguno de los dos hubo reproche, solo reconocimiento.

CAPÍTULO 25

Rose Mary no había previsto que la tormenta se convirtiera en una sola identidad con voluntad propia. Al principio creyó que amainaría, o bien se convertiría en una suave llovizna como sucedía en Inglaterra. Pero parecía haberse instalado en aquellas tierras abiertas sin ánimo de abandonar lo conquistado.

Por suerte, un hombre que vivía cerca la encontró desorientada, intentando recordar el camino hacia el castillo. No hizo falta decirle quién era; la ayudó igual, aunque fuera una total desconocida. No fue hasta que estuvo en el interior de la cabaña a buen recaudo cuando se presentó.

La anciana solo asintió y le trajo una taza de té caliente. Sabía a agua hervida sin sustancia, aun así, su cuerpo frío y entumecido lo agradeció.

Se sentó a su lado en una mecedora astillada y permanecieron un rato junto el fuego. El niño, de unos ocho años, la contemplaba extasiado. Ella sonrió.

—¿Quieres ver un conejo? —le preguntó haciéndose la misteriosa.

El chiquillo rio, como si ella se hubiera vuelto loca.

—Están en su madriguera, asustados por la tormenta —le contestó.

Rose Mary se arremangó y colocó sus dos manos una sobre la otra.

—Mira —le dijo señalando hacia la pared donde se reflejaba el fuego. Y allí apareció la sombra de un animalillo con orejas puntiagudas, que bien podría ser un conejo o un perro esmirriado.

La familia entera rompió el silencio con sonoras carcajadas.

Al poco escucharon el relinchar de un caballo y el hombre que la había rescatado salió de nuevo a la intemperie para volver con Keir.

Entró como un vendaval, sin anunciarse y con el rostro circunspecto. Rose Mary se dio cuenta de que contuvo su ira al estar en presencia de aquella familia. Y se sentó en el suelo junto al niño admirando las distintas figuras que ella formaba con sus dedos. Los pájaros se le daban bien, pero las ardillas rozaban la caricatura. Keir rio al igual que los demás y, en un momento dado, alzó la mirada hacia ella. Rose Mary dio un respingo sin querer. Aquellos ojos grises brillaban como un lobo antes de comerse a su presa.

Desde el interior de la casa, el sonido del agua contra el techo era constante, firme, ajeno a cualquier deseo humano, incluso al de ella de huir de la mirada de Keir.

El hombre que los había acogido les explicó que era viudo con un hijo, y vivía con su madre. La anciana avivó el fuego con movimientos prácticos y el calor comenzó a extenderse por la estancia con lentitud, aunque no lo suficiente como para secar las ropas empapadas de ambos.

Rose Mary notaba el peso del vestido adherido a la piel, la tela fría pegándose a sus brazos, al cuello, a la espalda. Cada movimiento le recordaba su incomodidad, pero también la presencia de Keir, que permanecía allí, sentado en el suelo, como si no fuera el propietario de esas tierras. Estaba igual de empapado, con la camisa oscurecida por el agua y el cabello húmedo cayendo sobre la frente. Demasiado atractivo.

—Deberíamos irnos. En el castillo estarán preocupados —susurró Keir.

—No tiene sentido que regresen esta noche. El camino no es seguro con este tiempo —dijo la anciana en el mismo tono que había utilizado él. Parecía que ninguno quería romper la sensación de bienestar en la que se habían sumergido mientras ella entretenía al niño con sus absurdas figuras.

No hizo falta que insistieran mucho. Keir la miró, esperando su respuesta, y ella asintió.

—Puedo dejarles la habitación de mi nieto. Él dormirá esta noche conmigo —añadió la mujer—. No es grande, pero podrán

resguardarse.

Rose Mary sintió el leve cambio en su respiración antes de permitirse pensarlo. No era sorpresa, más bien, la conciencia de lo que aquello implicaba.

Keir la volvió a mirar con duda. Y desvió la vista hacia la ventana. La lluvia se había convertido en un huracanado viento que dispersaba el agua en violentos remolinos.

—Será suficiente, gracias —respondió Keir por ella.

La habitación era, en efecto, enana. Apenas un espacio delimitado por paredes de piedra, una ventana estrecha por la que la luz ya no entraba y una cama que ocupaba casi todo el lugar disponible. No había alfombras, ni muebles innecesarios.

Rose Mary se detuvo junto a la puerta, con la sensación de que el espacio se reducía aún más en presencia de ambos. El calor del fuego no llegaba hasta allí y el frío de la ropa mojada comenzaba a hacerse más evidente.

—Deberíamos quitarnos los ropajes húmedos —dijo Keir.

La frase fue sencilla, pero a Rose Mary le costó entenderla. ¿Sugería que se desnudara ante él?

—No tengo otro traje —contestó tiritando.

—Yo tampoco —agregó Keir en voz baja — Aunque si nos quedamos sin hacer nada será peor. Caeremos enfermos.

Estaban demasiado cerca el uno del otro. Casi no se podían mover. Aquella habitación parecía más un armario que una alcoba para dormir. Rose Mary tuvo tentaciones de huir y volver a la sala junto al fuego. Keir pareció notar su vacilación.

—Ya hay rumores en el castillo sobre la veracidad de nuestra unión. No es el momento para darles la razón.

Rose Mary entendió que no podía salir de aquella diminuta alcoba y dormir en cualquier otro lado de la casa. Se habría conformado con la silla delante del fuego. Aunque la familia se apresuró a apagarlo en cuanto decidieron ausentarse para descansar. Tal vez ya habían gastado suficiente leña por aquella noche. Al menos les habían dado una vela para alumbrarse.

Keir se llevó las manos al broche de su tartán y lo soltó. La tela pesada cayó, húmeda, dejando al descubierto la línea de sus

hombros, la camisa pegada al torso, delineando sin pudor lo que el agua había decidido revelar.

Rose Mary tragó saliva. No era decente mirar, sin embargo, le fue imposible apartar la vista.

—¿Vas a quedarte así toda la noche? —preguntó él con una calma que rozaba la provocación.

—Estoy considerando mis opciones.

—Te aseguro que no son muchas.

Ella alzó la barbilla.

—¿Podrías girarte de espaldas?

Keir mostró esos hoyuelos que ponían demasiado nerviosa a Rose Mary.

—Podría —contestó lleno de sarcasmo.

No lo hizo.

En su lugar, se llevó las manos al cuello de la *léine* y tiró de la tela hacia arriba. La camisa se despegó con lentitud de su piel, revelando el torso bajo ella, los músculos marcados, esculpidos a base de entrenar con la espada.

Rose Mary apartó la mirada demasiado tarde.

—No es necesario que cierres los ojos. Seguro que has soñado muchas veces con esto —murmuró él—. Al menos yo lo he hecho desde que nos encontramos en ese baile en Londres. Pero en ese caso tú estabas desnuda ante mí y no al revés.

—Te equivocas —replicó ella, demasiado rápido—. No tengo por costumbre imaginar ese tipo de cosas.

—Quizás deberías empezar.

El ambiente en la habitación había cambiado de naturaleza.

Keir deshizo los pliegues del *kilt*. El tartán cedió con facilidad, como si hubiera esperado ese momento, y la tela cayó al suelo. Rose Mary permaneció inmóvil. Sus ojos, traicioneros, descendieron apenas un instante, lo justo, y se quedaron ahí, en esa parte de la anatomía de un hombre que solo había visto en grabados, y lo cierto era que se quedaban cortos ante su grandeza.

—¿Hay algo que *lady* Glenmora desee confirmar? —preguntó Keir, sin rastro de vergüenza.

Ella alzó la mirada de golpe, con las mejillas encendidas.

—Esto no está bien —balbuceó.

—¿El qué? ¿Que compartas habitación con tu esposo mientras ambos estamos empapados y al borde de una pulmonía?

Rose Mary apretó los labios.

—Podrías haber esperado.

—¿A qué?

—A que yo… —se interrumpió, incapaz de terminar la frase sin traicionarse.

Keir la observó un instante en silencio. Luego, con una lentitud casi deliberada, recogió una manta que había encima de la cama estrecha y se la tendió.

Rose Mary dudó, y aceptó la tregua.

—Me daré la vuelta —dijo Keir.

Rose Mary algo más tranquila, se desabrochó el vestido con manos que no terminaban de obedecerla con la precisión habitual. La tela se desprendió de la piel con una lentitud que le pareció excesiva, como si cada movimiento se hiciera más consciente en aquel espacio reducido. Evitó mirar de reojo para comprobar si Keir la estaba observando o no. Decidió confiar en él.

Keir estaba ya dentro de la cama, tapado con la fina colcha y con los dientes castañeando, cuando ella se giró ya sin la ropa y envuelta con la manta.

—Si te quedas ahí de pie, no entrarás en calor —le dijo.

—Estoy bien—contestó Rose Mary sin atreverse a moverse, pese a que estaba cansada de estar de pie, y más después de la larga caminata de aquella tarde en la que acabó perdida y desorientada.

—Estás temblando —constató Keir.

Rose Mary apretó los labios.

—¿Tienes intención de comentar todo lo evidente?

—Solo lo que intentas ignorar.

Ambos sostuvieron las miradas durante demasiado tiempo, hasta que un trueno rompió el momento. La casa entera pareció estremecerse con él.

Rose Mary dio un pequeño respingo.

Keir se limitó a apartarse y a señalar con la cabeza el lado vacío que él le había reservado.

—Deberías tumbarte y descansar.

—No voy a compartir ese diminuto espacio contigo.

—De acuerdo, duerme en el suelo —sonrió él.

—¡Esto es absurdo! —resopló Rose Mary al darse cuenta de que aquella opción no era viable.

—Coincido contigo.

—Y, aun así, pareces dispuesto a aprovecharlo.

Una ladina sonrisa cruzó el rostro de Keir.

—Créeme, si tuviera intenciones deshonestas no sería aquí, en un sitio tan poco apasionado. Me gustaría disfrutar nuestra primera noche con más desenvoltura.

Rose Mary notó como sus mejillas se encendían.

—¡Eres insoportable!

—Y tú estás perdiendo el tiempo.

Otro trueno, esta vez más cercano. La lluvia arreciaba contra el tejado como si quisiera entrar.

Rose Mary dio otro salto, asustada. Avanzó hacia la cama con una dignidad que no engañaba a nadie, y se sentó en el borde, aferrándose a la manta.

Keir observó el gesto. Y apagó la única vela que les habían proporcionado. La habitación quedó en penumbra.

—¿Qué haces? —se alarmó ella.

—Facilitarte las cosas.

CAPÍTULO 26

Rose Mary permaneció sentada unos segundos más en el borde de la cama, rígida e indecisa. Luego, con un suspiro apenas audible, se tumbó también debajo de las sábanas, se quitó la manta y la colocó encima de la fina colcha para que la lana los calentara a ambos.

La presencia de Keir, el calor que emanaba su cuerpo pese al frío, su respiración acompasada, se volvió mucho más evidente, extraña y atrayente.

—No me toques —dijo ella en voz baja, aunque era más bien una advertencia para ella misma que para su marido.

—No tenía intención. —Notó que Keir se había ofendido.

—Bien.

—Aunque, si lo hiciera, lo más probable es que fuera accidental.

Rose Mary cerró los ojos con fuerza.

—Buenas noches, Keir.

—Dudo que lo sean.

Un relámpago iluminó por un instante la habitación.

Se acercó un poco más a Keir. Sus manos quedaron peligrosamente cerca bajo las sábanas.

**

Rose Mary no sabía cuánto tiempo había pasado. Minutos, quizá. O solo unos segundos alargados por la incomodidad. La tormenta seguía golpeando fuera, pero ya no era lo que más la inquietaba. Era él. Demasiado presente. Intentó ignorarlo. Mantuvo la espalda recta y los pensamientos alejados. Escuchó cómo la respiración de Keir se convertía en un murmullo parecido al de un riachuelo. No eran ronquidos, pero sí un pequeño resuello que evidenciaba que se había dormido. Entonces se movió y, con él, la manta se desplazó y

ella también. Su brazo rozó el de Keir, y se dio cuenta, aterrorizada, de que ambos permanecían desnudos bajo las sábanas y que el frío todavía no se había evaporado del todo. Ese roce le pareció reconfortante, pero no suficiente para quitarle el temblor.

—Ha sido accidental —murmuró ella, al notar como Keir se removía algo disgustado.

—Por supuesto —gruñó.

Su voz llegó desde mucho más cerca de lo previsto. Ella tragó saliva y esperó a que él volviera a dormirse. Cuando notó de nuevo su respiración acompasada, se giró para mirarlo en la penumbra. Sus rasgos eran menos duros, más apetecibles, hasta que él abrió de repente los ojos. Ella cerró los suyos al instante.

—Te he visto —susurró Keir, divertido.

—No he hecho nada —dijo ella con voz entrecortada.

—Por favor, mantenga la distancia, *lady* Glenmora —se burló él.

Un trueno estalló, más violento que los anteriores. La casa crujió. Y, sin pensar, Rose Mary se sobresaltó. Esta vez no fue un gesto contenido. Su cuerpo reaccionó antes que su orgullo, y, para cuando quiso advertirlo, estaba pegada a él.

Keir no se apartó.

—No era mi intención —dijo ella, aunque no sonó convincente ni para sí misma.

Sus miradas se encontraron. Y esta vez, ninguno apartó la suya.

—No confundas esto. —Rose Mary intentó poner de nuevo una frontera entre ellos que había terminado cediendo sin percibirlo.

—No lo hago.

—No significa nada —repitió ella.

Keir la observó soñoliento y tal vez por eso se le notaba también fascinado. Alzó la mano despacio. No la tocó. Se detuvo a un suspiro de su rostro, como si quisiera darle tiempo a ella para retirarse. Rose Mary no lo hizo. Keir se atrevió a rozar con la yema un mechón húmedo de su mejilla. Un gesto mínimo, pero devastador. Rose Mary contuvo el aliento.

—Estás helada —murmuró él.

—No lo estoy.

—¿Siempre tienes que llevar la contraria?

—Solo cuando dices tonterías.

—Rose Mary… —dijo su nombre por primera vez, sin ironía ni desafío—, ¿por qué eres tan reticente a consumar nuestro matrimonio?

Ella inspiró hondo. ¿Estaba dispuesta a confesarle algo que tal vez consiguiera que volvieran a odiarse?

—¿Es por lo de la dote? ¿Te sientes herida? —continuó él.

Aquella observación dejó muda a Rose Mary. El bárbaro de tierras inhóspitas se desdibujó de golpe, reemplazado por un hombre que la entendía, y eso la desconcertó más que cualquier otra cosa. Intuía que yacer con él sería sellar un pacto, la probabilidad de engendrar un heredero y con ello la certeza de que Glenmora se convertiría en su hogar sin que ella estuviera segura de pertenecer a él.

—El engaño es parte de ello —se oyó decir.

—¿No te imaginaste para qué necesitaba casarme con una inglesa? ¿O acaso creíste que en Escocia no había mujeres a la altura?

Un trueno iluminó la habitación y los ojos grises de Keir se mostraron ante ella sin ninguna sombra de duda. Descubrió que aquel hombre estaba siendo sincero y la desarmó por completo.

—Es por la condición que puso Henry —contestó aún con la incertidumbre en la lengua.

—¿Sobre la felicidad? ¿Dudas que puedas serlo aquí? ¿Tanto te ha decepcionado Glenmora?

Ella cerró los ojos, avergonzada. No sabía bien qué contestar. Cuando los abrió, él seguía ahí. Inclinó la cabeza hacia ella y esperó. Rose Mary no estuvo segura de querer resistirse. Su mano seguía junto a su rostro. Caliente. Quieta.

Rose Mary no pensó más. Si lo hubiera hecho, se habría apartado. En lugar de eso, cerró la distancia que quedaba. Fue un gesto mínimo. Apenas un movimiento. Sus labios rozaron los de él con torpeza.

Keir no reaccionó de inmediato. Y ese breve e insoportable instante, en el que él no respondió, logró que Rose Mary sintiera un vuelco seco en el pecho. Hasta que, por fin, actuó. Cada movimiento

estuvo marcado por una lentitud que desarmaba, ajena a cualquier urgencia o pasión desmesurada, como si saboreara el momento y comprendiera, mejor que ella, lo que estaba en juego.

Su mano se deslizó desde su mejilla hasta su nuca, sosteniéndola sin forzarla. Y entonces sí. El beso cambió. Se volvió más firme, y Rose Mary fue más consciente de lo que sucedía.

La tormenta seguía ahí fuera, pero se había convertido en algo lejano e irrelevante. Todo se reducía a ese punto de contacto. A ese calor que no venía del fuego ni de las mantas. A esa certeza de que aquello no era un error cualquiera. Rose Mary se tensó de nuevo. Nada tenía que ver con el rechazo o el miedo. El problema era que empezaba a gustarle, y eso no estaba en sus planes.

Sus dedos terminaron aferrándose a las sábanas junto al pecho de Keir. Como si necesitara anclarse a algo que no fuera ese momento.

—Deberíamos parar —dijo ella, sin moverse.

—Solo si tú quieres.

El pulso de Rose Mary seguía acelerado. Su respiración, irregular. Su mente en blanco.

Keir deslizó el pulgar y convirtió el roce en una caricia tentadora en la piel de su nuca.

—No voy a obligarte a nada —murmuró.

Ella alzó la mirada. Ahí estaba otra vez: ese hombre que no encajaba con la imagen que había construido de él, y eso era lo más difícil de aceptar.

—Lo sé —respondió.

Y era verdad.

Rose Mary cerró los ojos un instante. Luego, muy despacio, apoyó la frente contra la de él.

—Creo que no estoy preparada para ser la esposa de un *laird* ni la señora de un castillo tan grande, ni ser rechazada por mi origen inglés y mucho menos para ser madre. Estoy demasiado lejos de todo lo que conozco y siento añoranza —se oyó decir con claridad, tal y como él le había solicitado.

Percibió en la penumbra como Keir sonreía e imaginó esos hoyuelos marcados en sus mejillas.

—Hay muchas maneras de estrechar lazos y evitar una gestación.

Rose Mary se sobresaltó y en su mente aparecieron varios dibujos de figuras indias en pleno éxtasis, dándose placer, y eso la alteró. Sin duda las lecciones del Club de Damas de Woolriver le habían aleccionado bien para ser una buena esposa y no asustarse ante esos avances.

—Solo esta noche —susurró, excitada.

No era una rendición, pensó ella, solo una excepción.

Keir parecía comprender que ese equilibrio frágil, ese punto exacto en el que estaban, podía romperse con el más mínimo exceso.

La tormenta, poco a poco, empezó a alejarse. El golpeteo contra el tejado se volvió más suave, más irregular, pero dentro de aquella habitación nada se calmaba.

—Solo esta noche —repitió Keir en voz baja.

Rose Mary abrió los ojos que había cerrado con fuerza, por la vergüenza y el deseo que anidaban en ella a la vez. Lo miró sin la coraza, sin el desafío constante, y eso fue un error. Porque lo que encontró no era al hombre al que estaba acostumbrada a enfrentarse. Era otro. Uno más atento e inquietante.

Su mano, aún en su nuca, descendió como un gesto natural hasta posarse en su vientre. Realizó círculos con la yema de los dedos al mismo tiempo que con sus labios la colmaba de pequeños besos en el cuello, que descendían por la clavícula mientras Rose Mary permanecía quieta. Una cosa era ver grabados en un libro y otra bien distinta saber lo que debía hacer.

La mano de Keir bajó hasta su monte de Venus, o al menos así lo llamaba *lady* Susan en sus lecciones, y acarició los rizos que asomaban. Ella se estremeció. Y más cuando tocó algo un poco más abajo que logró que una corriente alterara su estado. De pronto paró.

Rose Mary lo miró sorprendida y con el ceño fruncido.

—Eres odioso —susurró.

—Me han dicho cosas peores —dijo Keir mientras llevaba la mano de Rose Mary a una zona de su anatomía demasiado erecta.

Keir continuó con sus movimientos muy cerca de ese punto en el que Rose Mary sentía que se concentraba toda su energía. Su cuerpo convulsionó sin pedirle permiso, sin que aquella información se racionalizara en su mente. Y jadeó también de manera involuntaria. Keir bebió ese jadeo para que no se descontrolara.

Volvió a detenerse para mostrarle como le gustaba a él que le acariciaran ese aterciopelado glande que ella palpaba y que se le antojaba esponjoso. Notó también como aumentaba la presión en su vulva y ella imitó los movimientos. Gimieron a la vez.

—Tal vez deberíamos parar o los despertaremos a todos —cuchicheó Rose Mary

—Tal vez — ronroneó Keir abrazado a ella y desplazando sus dedos arriba y abajo de ese botón que notaba hinchado.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Rose Mary arqueando la espalda cuando una oleada inesperada la alcanzó.

Keir volvió a agarrar su boca e introdujo la lengua en ella. Rose Mary la acogió impresionada por su textura.

—¡No pares! —le dijo en uno de esos momentos en que él la soltó para respirar.

—Tu tampoco —susurró Keir guiando su mano que estaba sujeta a ese enorme e inesperado miembro, el doble de grande de lo que había imaginado.

Ella se incorporó de lado, intentó moverse para colocarse encima, dispuesta a tirar por la borda su dignidad y su futuro por la necesidad de notar a Keir en su interior. Pero él la apartó con suavidad.

—No aún —dijo con esa sonrisa traviesa que se resistía a desaparecer

Continuaron con esos movimientos intensos, en los que destellos de complacencia traicionaban su raciocinio. Ambos se estremecieron cuando ella percibió su mano húmeda y caliente, y un extraño regocijo la invadió, el orgullo de haber conseguido doblegar a aquel colosal *highlander* y convertirlo en un ser solo válido para darle placer.

Sonrió exhausta y, sin saber muy bien qué hacer con aquella evidencia, se levantó sin importarle la desnudez ni que él

contemplara los tres lunares seguidos en forma de trébol que tenía en la nalga izquierda desde su nacimiento, y que su madre de pequeña le decía que era un signo de que su vida estaría llena de coincidencias afortunadas. ¿El encuentro con Keir en casa de Lord Essex había sido una de ellas? No estaba del todo segura de ello. Se acercó a la jarra de agua que había en el alfeizar de la ventana, por la que entraban tímidos rayos de un nuevo día, y se lavó.

De repente el frío volvió a su cuerpo y se apresuró a deslizarse bajo las sábanas. Keir la volvió a besar y ella se dejó. Esta vez fue más suave, como si le pidiera perdón por algo que habían querido los dos.

La mano de él volvió a colocarse justo al lado de su mechón, aquel rebelde rizo que había empezado el acercamiento.

—Esto no cambia nada —dijo ella, aunque su voz había perdido parte de su firmeza.

—Lo sé —respondió Keir—. Esperas a ser feliz.

La verdad sacudió a Rose Mary. Ahí estaba la razón de su comportamiento. No era el miedo a estar lejos de su casa o la hostilidad encontrada en esas tierras, sino el temor a desperdiciar su vida, como había visto hacer a decenas de damas en Woolriver. Y ella lo quería todo, porque sabía que era posible. Había presenciado suficientes historias de amor para saber que se merecía al menos un atisbo de esa felicidad. *Lady* Susan y Henry Hall eran un ejemplo, al igual que Kat y su marqués, *lord* Alexander Pembroke. O la irreverente Abby y su peligrosa aventura en Londres.

Ella solo deseaba tener el tiempo suficiente para saber si Glenmora sería o no su destino.

CAPÍTULO 27

Keir no recordaba en qué momento exacto se durmió. Había permanecido despierto más de lo que habría admitido, atento al ritmo de la respiración de Rose Mary. Pero incluso los hombres que han aprendido a desconfiar de todo ceden, tarde o temprano, a la tregua que impone el cansancio.

Su sueño fue ligero, siempre a medio camino entre el cuerpo y la alerta. Y, aun así, fue incapaz de despertar del todo cuando escuchó el murmullo de voces en la lejanía. El crujir de la madera, el golpeteo de los utensilios, el ritmo cotidiano de una casa que se despertaba.

Más tarde, se percató de los pájaros. Un coro armonioso que se colaba por las rendijas de la ventana. Y, por encima de todo, el relincho de un caballo, el suyo, impaciente, recordándole dónde estaba y por qué.

Keir abrió los ojos. Percibió primero el peso, luego el calor y más tarde el recuerdo de lo sucedido entre ambos. Bajó la mirada. El rostro de Rose Mary descansaba cerca de su pecho, el cabello aún húmedo y desordenado.

Keir anheló seguir así toda la mañana, contemplándola antes de que se volviera más real y peligrosa. Pero ella tal vez notó el latir acelerado de su corazón o el intento sin éxito de mantener bajo control su respiración. Su esposa parpadeó varias veces antes de clavar su mirada en él y, cuando lo hizo, no hubo la reacción que esperaba. Solo ese instante suspendido, en el que a ella le costaba comprender por qué estaban ambos desnudos.

Rose Mary se incorporó de golpe, apartándose como si su contacto quemara. La manta se deslizó y el aire frío ocupó el espacio que había sido compartido.

Un golpe en la puerta los sobresaltó.

—¿Están despiertos? —La voz de la anciana atravesó la madera —. He recogido sus ropas mientras descansaban para secarlas.

Rose Mary se levantó de inmediato, aferrando la manta como si fuera una armadura improvisada. Keir se pasó una mano por el rostro, intentando recuperar una compostura que, por una vez, no dependía solo de él.

—Adelante —dijo.

La anciana entró con un fardo de telas dobladas con cuidado, impregnadas aún del olor a humo y fuego.

—Las puse cerca del hogar, aunque no sé si ha servido de mucho —explicó.

—Gracias, es más de lo que podríamos pedir —respondió Keir.

Ella los miró a ambos y asintió con la cabeza mientras salía de nuevo por la puerta.

—Rose Mary … —quiso tranquilizarla Keir pronunciando su nombre con ternura.

—Ya está todo dicho —espetó ella mientras se vestía con rapidez.

Keir exhaló el aire que había retenido en los pulmones desde que despertó y la encontró con su dulce rostro descansando tan cerca de él. Tanto que aún sentía la excitación de lo ocurrido. No se le había olvidado, aunque al parecer a ella sí.

Se levantó malhumorado. El roce de la tela seca sobre la piel aún sensible, el ajuste del cinturón y el peso conocido del tartán le devolvieron a Keir a un lugar más seguro. Fuera de los destellos de sensaciones que su mujer le había despertado. «La novedad», se dijo.

Rose Mary terminó de ponerse el vestido con movimientos precisos. Él se giró de espaldas, con el trébol en sus nalgas aún en su memoria.

—Deberíamos marcharnos —dijo ella con brusquedad.

Se despidieron con prisas de la familia. Al salir, percibió que el mundo había cambiado. El cielo estaba despejado. La tormenta se había retirado como si nunca hubiera existido, dejando tras de sí un aire limpio, que Keir aspiró con solemnidad.

Cuando llegaron al establo y vio a su caballo cepillado y bien alimentado, agradeció el gesto al hombre que lo estaba ensillando con premura. Uno se daba cuenta de cómo eran las personas por la manera en la que trataban a los animales.

Keir tendió la mano a Rose Mary para ayudarla a montar, pero ella se echó hacia atrás y dudó.

—No hay otro —dijo Keir, anticipándose a su pensamiento.

Se mordió el labio inferior y miró al corcel algo asustada. Al fin, accedió.

Keir subió tras ella con naturalidad, como si compartir ese espacio no los removiera por dentro a ambos. El caballo avanzó.

—Deberíamos tener un detalle con la familia que nos ha acogido —susurró Rose Mary.

Keir sonrió. Ya empezaba a pensar como la señora de un *laird*.

—Les haré llegar un cargamento de leña en cuanto regresemos al castillo.

—Pero Grizel dijo que escaseaba…

—Para eso está tu dote —confesó él, irónico.

Esperaba una reacción visceral por su parte, que empezaran a discutir como solían hacer. Se sorprendió cuando ella solo asintió.

—También servirá para recuperar estas tierras —añadió.

Colinas verdes se alzaban bajo la luz reciente y un arroyo a lo lejos brillaba como hilos de plata

—Este valle —dijo Keir al cabo de un rato, señalando con la barbilla— es mi hogar, y nuestro matrimonio servirá para no tener que dividirlo.

El viento levantó un mechón del cabello de Rose Mary, que se mantenía en silencio. Keir lo apartó sin pensar, en un gesto tan natural que ninguno de los dos comentó, aunque lo sintieron.

El movimiento del caballo marcaba un ritmo constante y, con él, la cercanía se volvía inevitable. Las irregularidades del terreno la empujaban a ella hacia atrás y, cada vez que eso ocurría, Keir era más consciente del peligro que sería tenerla tan cerca e intentar no tocarla.

El castillo se dibujó en el horizonte y Keir acortó la distancia al galope.

Skye fue la primera en salir. Avanzaba con esa rapidez suya que parecía no admitir obstáculos, con el rostro encendido por una preocupación que no se molestaba en disimular.

—¡Por fin! —exclamó, deteniéndose frente al caballo antes incluso de que Keir desmontara—. ¿En qué estabas pensando?

No miraba a Rose Mary. Ni siquiera de reojo. Toda su atención estaba puesta en él.

Grizel apareció tras ella. Sus ojos recorrieron la figura de Keir de arriba abajo, y cuando descendió, se atrevió a tocar su ropa.

—Está húmeda —dijo, como si fuera una acusación—. Y helado.

Keir ya había notado que el calor del hogar de aquella familia no había sido suficiente para eliminar la humedad de los ropajes y por eso pensó que agradecerles el gesto con leña seca en condiciones sería lo más útil.

Skye tomó del brazo de Keir, lo examinó como si esperara encontrar una señal visible de algún daño.

—Estás temblando.

—No es nada —replicó él, con paciencia.

Grizel no perdió tiempo en discusiones.

—Vayamos dentro —ordenó.

Keir suspiró. Aquella era una batalla que no le interesaba librar.

Rose Mary los siguió con una sonrisa burlona en el rostro.

El *laird* era consciente de que su hermana y Grizel lo estaban tratando como a un niño indefenso a pesar de su metro noventa de estatura. Y aunque él estaba acostumbrado a esas atenciones, tal vez Rose Mary las encontrara ridículas. Y. por la expresión de su rostro, no iba errado.

Los introdujeron en uno de sus gabinetes, más pequeño y a la vez idóneo para que el calor del fuego no se dispersara.

Grizel se movía con precisión. Una manta sobre los hombros de Keir. Un trapo para secarle el cabello. Una taza humeante que apareció en sus manos antes de que él pudiera rechazarla.

—No es necesario —dijo Keir, mirando de reojo a Rose Mary, a la que nadie prestaba atención.

—Lo es —respondió Grizel—. Y no es negociable.

Skye se mantuvo a su lado, observando cada gesto con una intensidad que rozaba la vigilancia.

—Si empiezas a estornudar, no pienso escuchar ninguna de tus excusas.

Keir alzó una ceja.

—No voy a empezar a estornudar.

En ese mismo instante, lo hizo.

Skye lo miró como si acabara de confirmar la peor de sus sospechas.

A Rose Mary se le escapó una breve risa.

—¿Por qué lo tratan como a un chiquillo?

Las dos mujeres la miraron de reojo y, si él creyera en la brujería, hubiera apostado que le habían echado una maldición.

—Quítese esa ropa —exclamó Grizel

—¡No! —respondió Keir cansado.

—Traiga otro tazón para mi mujer, y déjenos solos, por favor.

—Señor —interrumpió Grizel, alzando la voz—, no es momento para discutir. El tiempo corre en su contra.

Keir la miró de nuevo con una atención particular y solo entonces la mujer retrocedió.

—Les serviremos antes el desayuno.

Él asintió complacido. Entendía por qué estaban tan asustadas. Su padre hacía muy poco les había dejado por no hacer caso de los consejos de los médicos cuando se enfrió, pero él era un anciano y Keir acababa de cumplir los treinta. Estaba fuerte y un poco de lluvia no le debilitaría.

Y, de pronto, sus pensamientos fueron interrumpidos por dos estornudos más.

La alarma de su hermana puso sobre aviso a Rose Mary.

—¿Acaso hay algo que no me han contado?

CAPÍTULO 28

El desayuno no tardó en aparecer: pan caliente, caldo espeso, algo de carne que conservaba aún el calor del fuego. Rose Mary tomó asiento en uno de los extremos de la mesa, aceptando la taza que le ofrecieron sin protestar.

—De pequeño era peor —dijo Grizel.

Rose Mary alzó la vista.

—Se resfriaba con facilidad —continuó el ama de llaves—. Siempre encontraba la forma de ignorarlo, hasta que era demasiado tarde.

Skye dejó escapar una leve risa.

—Eso no ha cambiado.

Keir rodó los ojos.

—No soy un niño.

—No —respondió Grizel—. Y su padre tampoco lo era.

Rose Mary no conocía todos los detalles, pero había oído lo suficiente. Una pulmonía y un invierno que no dio tregua.

Miró a Keir. Había en su postura una rigidez ajena al frío, fruto de esa negativa a ceder, a reconocer que el cuerpo también tiene sus límites.

Roy y Aran aparecieron poco después con esa falta de ceremonia que parecía ser su forma habitual de entrar en cualquier estancia.

—Así que era cierto —dijo Aran, apoyándose en el marco de la puerta—. Nuestro *laird* ha decidido enfrentarse a la lluvia para salvar a su esposa y al parecer ha salido victorioso.

El hermano bastardo inclinó la cabeza a modo de saludo y Rose Mary le correspondió.

—Al menos he vuelto —sonrió Keir

—Empapado y enfermo —señaló Roy —.Y estornudando, según se cuchichea por los pasillos.

—Sepa querida *lady* Glenmora —dijo Aran dirigiéndose a ella—, que en este castillo no se mueve una piedra sin que alguien lo sepa. Hasta el más leve de los estornudos puede ser un acontecimiento.

Skye se giró hacia ellos.

—¿Tenéis algo útil que aportar?

Roy se lo pensó un segundo.

—Sí. —Se acercó a la mesa y tomó un trozo de pan sin pedir permiso —.Deberíais dejar de tratarlo como si fuera de cristal.

Grizel lo miró.

—Y ustedes deberían dejar de comportarse como si no supieran lo que está en juego.

Aran alzó las manos en señal de rendición.

—Nosotros solo decimos que está muy bien cuidado.

Roy asintió.

—Demasiado, diría yo.

Keir los miró al fin.

—Si habéis terminado, podéis iros.

—Todavía no —respondió Roy—. Queremos ver cuánto tarda en negarse a irse a la cama.

Keir apoyó la taza sobre la mesa con un gesto firme.

—No voy a ir a la cama.

—Claro que no —replicó Aran—. Eso sería lo sensato.

—Y lo sensato no es lo tuyo —añadió Roy.

Rose Mary observaba la escena con una atención distinta a la del día anterior. No intervenía. No le correspondía. Pero empezaba a entender los movimientos, las dinámicas, los pequeños equilibrios que sostenían aquel lugar.

Se llevó la taza a los labios, dejando que un calor distinto le recorriera el cuerpo con una lentitud que agradeció más de lo que esperaba. Y, mientras los hombres discutían con una fraternidad que no necesitaba explicaciones, comprendió que Glenmora no era solo un castillo. Era un sistema. Un entramado de lealtades y de costumbres, y ella apenas comenzaba a encontrar su lugar dentro de aquella familia.

**

Rose Mary esperó aquella misma noche a que Keir irrumpiera en su habitación como había hecho antes, que exigiera dormir con ella. La esperanza de continuar con sus lecciones sobre lo que se podía o no hacer para llegar al placer sin gestar la había llenado de curiosidad. E imaginaba que lo que habían practicado durante la tormenta no era más que un atisbo de las numerosas posibilidades que existían.

Le sobresaltaron varios estornudos y se rio ella sola al recordar las desmesuradas atenciones hacia Keir por un simple resfriado.

El *laird* no acudió, ni esa noche ni las siguientes. Y Rose Mary volvió a su rutina de rehacer todos los entuertos en los que Skye la metía con la organización del baile.

A ella también le llegaron los rumores de lo que se esperaba de ese evento. Según decían las lenguas malintencionadas, quería emular a los de antaño, cuando los padres de Keir aún vivían, pero el servicio apostaba en su contra. No creían que la nueva *lady* Glenmora estuviera a la altura. Se alegró al saber que unos cuantos iban a su favor. Le gustaba escudriñar los ojos con los que se cruzaba para adivinar quién estaba de su lado.

Una de esas veces Skye la sobresaltó.

—No te fíes de ella —le dijo señalando a una doncella que se encargaba cada mañana de llenar los jarrones del castillo de flores frescas—. Te sonríe a la cara, pero luego bien que cuchichea por lo bajo sobre tu falta de pretendientes.

Rose Mary supuso que ese era el nuevo cotilleo y se alegró de que al menos por unas horas la hubieran sustituido.

—No le hagas caso. Eres demasiado bella, seguro que encuentras a alguno tarde o temprano —le dijo con la intención de iniciar un acercamiento amigable con su cuñada.

—¿Eso crees? — contestó Skye, esperanzada

—Claro. Los hombres harán cola por ti para llenar tu carnet de baile.

Skye miró hacia el suelo y Rose Mary se extrañó que sus palabras la hubieran cohibido cuando esa muchacha no sabía lo que

era tener vergüenza. Tal vez se estuviera ablandando y descubriendo su coraza.

—Hay un amigo de mi hermano que me gusta y creo que yo también a él.

Rose Mary agrandó los ojos.

—¿Roy? —Era el único amigo que conocía de Keir.

—¡No, qué asco! Nos hemos criado juntos. Es otro. —La miró con la ilusión en el rostro.

—¿Y él siente lo mismo por ti? —preguntó Rose Mary, emocionada de que por fin Skye confiara en ella. Se dirigió a la sala de bordado, con la esperanza de que aquella conversación no se terminara.

—No lo sé aún —respondió siguiéndola con el rostro circunspecto. La joven pasaba del ánimo a la desesperanza en un abrir y cerrar de ojos—. Quiero… —Se detuvo, buscando las palabras —. Quiero que me vea.

Rose Mary la observó con más atención, se sentó en una de las sillas dispuestas frente a la ventana y cogió su labor.

—Estoy bastante segura de que ya lo hace —le contestó con ternura—. Tienes una belleza diferente a las demás señoritas, y eso te hace resaltar.

Era sincera. Skye se parecía demasiado a Keir, con su mirada oscura, su porte elegante y esa fiereza que los caracterizaba. En un hombre era atractivo y poderoso; en una mujer, podría ser intimidante. Aun así, estaba convencida de que Skye sería capaz de romper más de un corazón.

—Pero él no me ve como yo quiero.

La muchacha se arrodilló ante ella como si suplicara.

—¿Y qué esperas de mí? —preguntó Rose Mary, confundida.

Skye bajó la voz, como si lo que iba a decir fuera algo demasiado escandaloso.

—Quiero ir al río.

Rose Mary frunció el ceño.

—¿Qué río?

—El Allt na Sìth —respondió, y el nombre pareció alterar el aire mismo—. El arroyo de las hadas.

¿Así era como le llamaban al lago que había visto desde la ventana de su habitación? No le gustaba mucho acercarse a los ríos, dado que no sabía nadar.

—Suena a una muy mala idea —le dijo convencida.

—Es una tradición —replicó Skye, con una chispa de desafío—. En realidad, se trata de un ritual, y funciona.

—¿Ah, sí? —contestó Rose Mary, suspicaz.

—Dicen que si sumerges el rostro en sus aguas a la luz de la luna las hadas te conceden belleza.

Rose Mary la miró en silencio un instante.

—¿Y qué te hace pensar que las hadas tienen interés en mejorar lo que ya existe?

Skye puso los ojos en blanco.

—No es cuestión de mejorar, sino de intensificar.

—Por supuesto. —Se le escapó una sonrisa. La ingenuidad de Skye no tenía límites.

—¿Sabes que llevo el nombre de una isla? La isla de Skye está en la costa noroeste de Escocia. Allí se cuenta la historia de Scáthach, la mejor mujer guerrera. Su poderosa fama perturbó el ego de Cú Chulainn, el guerrero favorito de Irlanda, quien llegó a la isla para desafiarla en combate. La hija de Scáthach, incapaz de soportar una batalla tan larga y feroz, acudió al arroyo donde siempre habitan las hadas para pedirles ayuda, sumergió su cara en ella y las hadas le otorgaron belleza y sabiduría.

A Rose Mary le encantaban todos los mitos celtas, le apasionaban esos cuentos gaélicos que tanto Skye y Lorna le habían contado mientras preparaban la fiesta temática. Y hasta le había encomendado a Grizel que buscara una modista para confeccionar un traje de hada para el evento.

—Son solo relatos, Skye. Tú ya eres bella de por sí, no necesitas a las hadas —le dijo con cierta ternura.

—Ya lo he decidido. Lorna y yo acudiremos al Allt na Sìth esta noche.

Eso intranquilizó a Rose Mary más de lo que habría admitido. Sabía de la testarudez de su cuñada y que nada de lo que ella pudiera decir le haría cambiar de opinión. Se giró hacia la ventana,

mirando el paisaje que se extendía más allá. Verde. Sereno. Engañoso.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? —Temía las consecuencias de aquella confesión. Si iban al río las dos solas de noche y les sucedía algo, ella sería responsable.

Skye no dudó.

—¿No quieres estar bella para Keir?

—No veo qué tiene que ver Keir con esto.

—¿De verdad? —El tono de Skye ya no era ligero—. Dicen muchas cosas, como que desde la tormenta él apenas posa los ojos en ti.

Rose Mary dejó la labor y la fulminó con la mirada.

—Las malas lenguas suelen aburrirse mucho —contestó.

—O tal vez observan mejor de lo que creemos.

Rose Mary dudó unos instantes sobre las intenciones de Skye. Se había abierto a ella al contarle sobre el chico que le gustaba y le había confesado un secreto que mejor no hubiera oído. Pero estaban estrechando lazos y quitarle de la cabeza lo que sin duda era una decisión firme podría hacerla volver al trato frío del inicio.

—Iré con vosotras —dijo al fin.

Skye se abalanzó sobre ella y la abrazó. Rose Mary sintió como su corazón se agitaba. Estaba logrando una cercanía inesperada y eso la llenó de gratificación.

—Solo para vigilar y que no os pase nada.

Sky y Lorna eran unas muchachas demasiado insensatas y le habían traspasado una responsabilidad que no quería, pero que tampoco podía obviar.

CAPÍTULO 29

Rose Mary caminaba entre la oscuridad con la antorcha en la mano. El crujido de la hierba húmeda bajo sus botas marcaba cada paso. La mantenía alerta algo más que el frío: la certeza de que aquella escapada tenía más de imprudencia que de encanto.

Skye iba delante. Caminaba con impaciencia y arrastraba a Lorna. Rose Mary las observaba en silencio, notando cómo la luz temblorosa de las antorchas dibujaba sombras cambiantes en sus rostros cuando se giraban para comprobar si las seguía. Eran jóvenes, pensó. Lo bastante como para creer en las hadas y en la belleza como promesa.

—No estamos lejos —susurró Skye—. ¿Lo sientes?

Rose Mary no respondió de inmediato. El aire olía distinto y el murmullo del agua empezaba a imponerse sobre el resto.

—Siento que vamos a lamentar esto —dijo al fin, algo asustada.

Skye señaló hacia el frente y el río apareció ante ellas como una cinta de plata iluminada por la luna. Rose Mary se detuvo a unos pasos de la orilla, clavando la antorcha en la tierra. Observó el agua: había demasiada corriente.

—Es aquí —dijo Lorna, con una emoción apenas contenida.

Y, sin más, las muchachas comenzaron a despojarse de sus capas.

Rose Mary las miró con incredulidad. Las telas cayeron al suelo con una ligereza que contrastaba con la gravedad del momento. Terminaron en ropa interior.

—Ven. No puedes quedarte fuera —dijo Skye, extendiendo una mano hacia ella.

Rose Mary negó, cruzándose de brazos.

—He venido para asegurarme de que no cometáis una locura. No para participar en ella.

—Eso es lo que diría alguien que teme a las hadas —replicó Lorna.

—Yo no temo a nada. Solo soy cauta —corrigió Rose Mary.

Las jóvenes rieron, pero no insistieron. Entraron en el agua con un jadeo ahogado cuando sus pieles tocaron las frías aguas.

Rose Mary dio un paso adelante, instintivo, como si su cuerpo supiera antes que su mente que aquello no iba a salir bien.

—No os alejéis —dijo—. El fondo puede ser irregular.

Aunque las lluvias parecían haber amainado desde hacía unos días, todavía estaban en invierno y eso no ayudaba en la hazaña.

—Tiene que ser más adentro. Lo dice la leyenda —respondió Skye.

Rose Mary apretó los labios. Aquella palabra, leyenda, tan ligera en boca ajena, y con una impronta tan pesada, la asustaba.

Las vio avanzar. Un paso. Luego otro.

—Es suficiente —advirtió.

—Un poco más —insistió Lorna.

El agua les llegaba ya por encima de las rodillas, luego por los muslos.

Rose Mary lo notó en sus carnes. Ese cambio casi imperceptible en la superficie. Ese tirón que no se anuncia.

—Salid —dijo más firme—. ¡Ahora!

Pero ellas no la escucharon. Se miraron entre sí, cómplices, respiraron hondo y sumergieron el rostro en el agua.

Un instante. Dos. Y el equilibrio se rompió.

El cuerpo de Skye se inclinó hacia adelante con brusquedad. Lorna intentó sujetarla, pero la corriente tiró de ambas con una fuerza repentina, invisible, implacable.

—¡Rose Mary, ayuda! —El grito se quebró en el aire.

El tiempo se detuvo. Rose Mary no pensó. La antorcha cayó al suelo. La llama titubeó, iluminando por última vez la escena antes de apagarse con un siseo.

El espacio quedó reducido a la luz de la luna. A los cuerpos en el agua.

Se despojó de la ropa como pudo, con movimientos torpes, urgentes, sin pudor. La tela se resistía, como si quisiera retenerla en tierra firme. Ella no se lo permitió. Corrió hacia el ríoy el frío la golpeó. El aire se le escapó de los pulmones, el cuerpo reaccionó antes que la voluntad, avanzó. El agua subía por sus piernas demasiado deprisa. Extendió los brazos, intentando alcanzar algo, a alguien.

—¡No os mováis! —gritó, aunque ya lo estaban haciendo.

Lo recordó demasiado tarde. Cuando el suelo desapareció bajo sus pies y la corriente la arrastró. No sabía nadar. Rose Mary abrió la boca para respirar y el torrente se le metió en la garganta. Todo a su alrededor se volvió líquido, confuso, lejano. La luna se fragmentó en la superficie, inalcanzable. Intentó moverse. Luchar. Encontrar fondo. Creyó que iba a morir y cerró los ojos. Su último pensamiento fue para las hadas solicitando su auxilio.

Se despertó con la sensación de estar en un sueño bajo el fondo del río, pero en realidad su cabeza estaba recostada sobre algo duro. Alzó la mirada y se encontró con el rostro iracundo de Keir, con aquellos ojos tenebrosos y esos labios definidos que invitaban a ser besados.

—¿Cómo se os ocurre semejante salvajada? —Keir chillaba, aunque no era a ella.

Giró la cabeza y vio, entre la nebulosa que aún persistía en su mente, a Skye y Lorna de pie junto a Keir, vestidas con los trajes secos que habían dejado en el suelo antes de introducirse en el río, y el cabello empapado pegado a las orejas.

—Solo era una broma —musitó Lorna.

—Sí, como un ritual de iniciación —apostilló Skye.

—¡Estáis bien! —exclamó Rose Mary mientras alargaba su mano hacia las muchachas—. ¡Las hadas os han salvado!

—Lo que faltaba y ahora delira —oyó decir a Keir.

La aupó y la llevó en brazos por el mismo camino que había recorrido antes del castillo al río, pero a la inversa.

Vio a Aran correr hacia ellos.

—¿Qué ha pasado?

—¡Skye ha vuelto con sus inocentadas y esta vez ha ido demasiado lejos!

Rose Mary escuchó la voz grave de su esposo y consideró que era muy sensual. Le acarició los labios y él se apartó incómodo.

—¡No tenía ni idea de que no sabía nadar! —se defendió Skye.

—¡No creo que eso te hubiese detenido! Sin embargo, de ti, Lorna, no me lo esperaba.

—Lo siento, Keir. Solo queríamos que las hadas…

—¡No me tomes por un idiota! Aran, hazte cargo de ellas. ¡No las quiero ni ver!

Rose Mary rodeó el cuello de Keir con sus brazos y lo miró maravillada por lo atractivo que estaba cuando se enfadaba.

El *laird* la llevó en brazos hasta la habitación donde la depositó encima de la cama mientras Grizel ordenaba avivar el fuego de la chimenea.

—Creo que tiene fiebre —dijo Keir—. No para de decir tonterías y tiene el rostro enrojecido.

Grizel se acercó a ella y le tocó la frente.

—Así es, la lluvia del otro día y ahora esto la han enfermado. ¡Váyase, señor! Mejor que no esté aquí.

—¡No! — exclamó Keir tan alto que Rose Mary abrió los ojos de golpe. Intentaba descansar y la cháchara de esos dos se lo impedía.

—No me gustaría que usted también se aquejara de lo mismo o, peor aún, que se lo contagie. Retírese. Yo la cuidaré personalmente —insistió Grizel.

—¡Es mi mujer y estaré donde ella me necesite! —dijo Keir iracundo acercándose al lecho.

Rose Mary volvió a sonreír. Él la miraba de una forma extraña, más complaciente. Agarró su mano, fuerte, segura, y se durmió convencida de que las hadas le habían otorgado un premio por salvar a las muchachas.

CAPÍTULO 30

A falta de una doncella personal y con el reducido número de sirvientes del castillo en comparación a cuando vivía su padre, Keir agradeció que Grizel se ocupara de Rose Mary. Al menos así conservaría parte de las consideraciones propias de una dama.

Él se apresuró a ir a su alcoba, aquella en la que había dormido desde la llegada a Glenmora con Rose Mary y donde no debería haberse quedado nunca. Se cambió, se vistió con ropa seca y, con el pelo revuelto aún mojado, acudió de nuevo al dormitorio principal, allí donde debería haber estado desde el inicio.

Se quedó dormido en un sillón junto a la cama, agarrado a la mano de Rose Mary. Daba cabezazos y se despertaba aturdido cuando ella temblaba por la fiebre. La tapaba con las mantas y secaba el sudor de la frente con una toalla que Grizel había dejado.

A la mañana siguiente su esposa seguía igual. Delirando. Pronunciaba frases inconexas, nombres al azar. Y llamaba angustiada a Skye y a Lorna en sueños.

Keir maldecía cada vez que comprendía que estaba rememorando una y otra vez lo ocurrido. No lograba comprender lo que Skye pensaba cuando engatusó a su esposa para que las acompañara al río. Sabía que no estaba de acuerdo con su precipitada boda con una inglesa, pero no entendía con qué intención la habían hecho creer que se ahogaban.

Su hermana apareció justo en ese instante. Portaba una bandeja con un cuenco de sopa caliente.

—Ni se te ocurra acercarte a ella —le ordenó Keir malhumorado.

—Pero debe tomar líquidos… —se quejó su hermana.

—Yo se lo daré.

Skye se aproximó con la bandeja y Keir sostuvo el tazón con sus manos. Llamó con dulzura a su mujer y ella abrió los ojos. Parecía

extasiada al verlo y pronunció de nuevo esa frase: «Allt na Sìth».

—¿Por qué no para de decir eso? —inquirió Keir al mismo tiempo que le acercaba la cuchara a los labios.

—El arroyo de las hadas. Le dijimos que ese era el nombre del río —le aclaró su hermana.

—¿También la engañasteis con eso? ¿Por qué? Por más que lo piense no entiendo qué narices querías conseguir, Skye.

La joven lo miró con pena en los ojos. Nunca la había visto tan descompuesta.

—Quería retratarla — dijo en un susurro.

—¿A qué te refieres? —Keir volvió a llenar la cuchara con el caldo y se lo acercó de nuevo a Rose Mary.

—Creí que se asustaría, que correría hacia el castillo y demostraría así su cobardía.

—Pero hubo un fallo en tu magnífico plan. —Keir tensó la mandíbula.

—Sí, como decía papá, las personas cuando se asustan atacan o huyen —lo interrumpió Skye—. Y tienes razón, no calculé bien. Tu esposa, en lugar de huir, se lanzó sin pensar. El miedo al agua no la paralizó.

—Es de las que atacan —masculló Keir, complacido—. Así que, si no quieres vértelas con ella ni conmigo, debes pedirle perdón.

—Lo haré en cuanto se le haya pasado el delirio —gimoteó Skye.

Keir dejó el cuenco en el suelo y se acercó a su hermana, malhumorado.

—Te conozco demasiado bien y esos sollozos son tan falsos como tu compasión.

—Vale. —Skye se encogió de hombros—. Me siento mal por ella, pero tampoco hay que hacer un drama de todo esto. Solo tiene un resfriado…

—¡Basta, Skye! Si ver a mi mujer en cama consumida por la fiebre ni siquiera te hace recapacitar sobre tus actos, no tengo más remedio que…

—¿Qué vas a hacer? ¿Castigarme? Ya soy mayorcita para eso. —Skye se cruzó de brazos, desafiándolo.

Keir la examinó. Pensó en que, si su padre estuviera vivo, habría sabido reconducir la situación, luego recapacitó. Su progenitor era un hombre sabio, pero no supo sacar a su familia de las deudas que lo consumían ni tampoco criar a una muchacha como Skye. Era así de rebelde y alocada por su manía de consentirla, y eso se había terminado.

—En efecto, ya eres mayorcita —se oyó decir con una ceremonia que no era propia de él—. Por eso ha llegado el momento de que cumplas con tus deberes.

—¿Y cuáles son? ¿Aprender a coser, cantar y recitar poesía?

—Eso ya lo intentaste y fallaste. Ha llegado la hora de buscarte un marido.

—¡No lo dirás en serio!

—Claro que sí. A ver si así empiezas a comportarte como lo que eres: una mujer. Y dile a Lorna que ella también se encuentra en la misma situación.

Skye lo miró furiosa, a punto de rechistar y soltar algún argumento rebuscado de los suyos. Keir alzó el dedo índice como advertencia. Su hermana recapacitó y cerró la boca. Por fin había entendido que su paciencia había llegado a un límite. Antes de marcharse de la habitación, echó una mirada a Rose Mary.

—Siento de verdad lo ocurrido, y espero que *lady* Glenmora se recupere cuanto antes.

Keir vio en su hermana un destello de sinceridad y suspiró. Al menos todavía quedaba empatía en ella.

Volvió al lado de su mujer, que se había dormido. Le secó la frente perlada y pronunció de nuevo su nombre con un tierno susurro. Ella abrió los ojos y se incorporó al ver como él le ofrecía una cucharada de caldo.

—Has sido demasiado severo —le dijo Rose Mary entre sorbo y sorbo.

—¿Lo has escuchado todo? —Keir se sobresaltó. Le disgustó que ella se enterara de esa manera de la traición cometida por Skye.

Rose Mary asintió.

—No creo que tu hermana acepte una boda con alguien desconocido y menos si se lo has buscado tú.

Keir sonrió.

—La vas conociendo.

—No tanto. Caí de bruces en su juego.

Keir abrió los ojos y colocó su mano en su frente.

—Parece que la fiebre va remitiendo porque no deliras tanto. ¿Ya no crees que las hadas tuvieron algo que ver?

—Claro que sí —sonrió ella—. Lo más sensato hubiera sido pedir ayuda, pero entonces las vi. Eran diminutas, con alas que brillaban en la oscuridad y vestidos de flores. Ellas me convencieron para que me lanzara a por tu hermana y Lorna. Me dijeron que no temiera al agua, que ellas estarían a mi lado.

Keir abrió la boca asustado. Creía que le había bajado la fiebre y, en lugar de eso, las alucinaciones se habían acrecentado.

Su esposa lo miró tan seria que el *laird* estuvo a punto de darle la razón, como siempre se hacía con los locos. Luego vio en sus ojos ese brillo cruel y divertido.

—Te lo has creído. —Rose Mary soltó una carcajada.

Keir rio con ella y le agarró la mano para besarla. Estaba feliz de verla siendo ella.

—No se lo tengas en cuenta a tu hermana ni a Lorna. Son adolescentes y no me empujaron ni me pusieron una espada en el pecho para tirarme al agua sin saber nadar.

—De todas formas, te deben una disculpa. —Su tono no admitía réplica y Rose Mary asintió.

Después de comer, su esposa volvió a cerrar los ojos para descansar y Keir aprovechó para realizar otra cabezadita junto a ella en la butaca. Soñó que el castillo ardía y que el fuego lo acorralaba allí por donde él pretendía huir. Y, en el fondo de una de las habitaciones, escuchó los gritos de Rose Mary. Intentó avanzar, sin embargo, algo se lo impedía. Se giró y era Grizel, que lo agarraba de la manga. Despertó sobresaltado y se encontró al ama de llaves en la misma postura que en su sueño.

—¿Qué hace, Grizel?

—Señor, está ardiendo.

—Sí, he tenido un sueño demasiado real.

—No me entiende. No para de temblar. Debería acostarse. El señor Aran ha hecho llamar al médico. Su mujer ha empeorado y usted parece ir por el mismo camino.

Se levantó de golpe y zarandeó a Rose Mary.

—¿Qué ha ocurrido? Hace unas horas estábamos los dos bromeando. No lo entiendo.

Rose Mary parecía volver a sus delirios, movía los labios y susurraba tan bajo que Keir acercó la oreja para entenderla. No lo consiguió.

Grizel no quiso que su ayuda de cámara entrara en la alcoba matrimonial estando *lady* Glenmora presente en esas condiciones, así que tomó el control y se ocupó de él. Lo desvistió como cuando era un niño y realizaba funciones que no le pertocaban solo por el amor desmedido que tenía a su madre, la cual la había salvado de la miseria ofreciéndole primero un puesto de doncella y más tarde dándole poder para erguirse como un ama de llaves muy peculiar, que protegía a la familia, ante todo. A él apenas le quedaron fuerzas para colocarse una camisa limpia. La otra la había empapado de sudor.

—Lo más sensato es mantener al matrimonio junto —dijo una voz masculina a sus espaldas. Le sobrevino un mareo y supo que estaba a punto de desmayarse. Aun así, tuvo fuerzas para comprobar que era el mismo doctor que había atendido a su padre en su lecho de muerte, el que no pudo hacer nada por salvarlo.

—¡Llévenselo de aquí! —exclamó al mismo tiempo que le aquejaba una flojera en las extremidades—. ¡Aran! —gritó el nombre de su hermano. Reconocía los síntomas de cuando era niño. Tosió varias veces y se apoyó en el cabezal de la cama.

—¡Estoy aquí! —Aran lo sujetó.

—No quiero a ese hombre aquí. Por culpa de sus sangrías debilitó a padre hasta la muerte. Llama a la curandera.

—¡Pero, *laird*, no puede confiar en una bruja más que en la ciencia! —despotricó el médico.

—¡Haz lo que te digo! —ordenó a su hermano.

CAPÍTULO 31

Rose Mary despertó con una sensación molesta. Alguien estaba manipulando su cuerpo y no le gustó el tacto ni tampoco el olor a tomillo, intenso y a la vez reconfortante, que desprendía esa persona.

—Alce los brazos por favor, *lady* Glenmora —le dijo Grizel mientras le ponía un nuevo camisón.

La miró de soslayo y reconoció en la mujer un gesto de disgusto al arrugar la nariz. Tal vez el aroma que percibía era de su propio sudor mezclado con esa infusión que otras manos le acercaban a los labios.

Rose Mary apartó la cabeza.

—Es por su bien, Rose Mary. —Era una voz distinta a la de Grizel, dulce y persistente.

Observó a la dueña de ese melódico tono con el que se había referido a ella. Una muchacha de su misma edad, de cabello ondulado y castaño con destellos pelirrojos. Le recordó a *lady* Susan; sin embargo, el pelo de esta última era mucho más rojizo. Le sonrió. ¡Por fin alguien amable que no parecía juzgarla!

—¿Quién eres? —preguntó intentando ponerse en pie. Comprobó enseguida la debilidad en sus piernas.

—Mejor manténgase en cama. —La joven parecía cantar cuando hablaba y Rose Mary le hizo caso de inmediato.

—Es la *cailleach* que ha solicitado el señor —se apresuró a anunciar Grizel.

—¿Me ves pinta de vieja bruja? Porque eso es lo que me ha llamado. —La chica le guiñó un ojo—. Soy Morag, la *bana-bhuidseach*, que podría traducirse a su lengua como mujer hechicera, pero en realidad soy sanadora.

—¿Lo que huelo es tomillo? —inquirió Rose Mary aceptando beberlo en cuanto la chica asintió—. Mi madre me lo hacía de pequeña cuando me resfriaba.

—Una mujer lista. También limpia los pulmones, y a su marido le irá bien —añadió Morag girando su rostro al lado izquierdo del lecho.

Rose Mary volteó la cabeza en la misma dirección que la hechicera y se asustó al ver a Keir en medio de un mal sueño.

—¿Por qué está aquí? ¿Qué ha ocurrido?

—Por su culpa el señor ha enfermado. No debió ir en su búsqueda el día de la tormenta ni lanzarse al río para salvarla. —El susurro de Grizel no fue del todo nítido, pero sí su intención: menospreciarla.

Rose Mary todavía no se había habituado a su nuevo rol de *lady* Glenmora, sin embargo, reconocía cuando un subordinado perdía el respeto por sus amos y ella, le gustase o no, se había convertido en su señora.

—Grizel, la he oído —dijo contundente. Aquel brebaje parecía que le estaba haciendo efecto. Se sentía un poco más fuerte.

—Lo siento, señora. Es que he criado al *laird* desde pequeño y no me perdonaría si lo perdiéramos por culpa de una de sus fiebres.

Rose Mary agrandó los ojos.

—¿No es la primera vez que le ocurre?

Grizel bajó la cabeza. Parecía avergonzada.

—El *laird* fue un niño débil. Sufría episodios de fiebres durante días…

—Lo natural en los niños. Eso eran los huesos que estaban creciendo —dijo Morag quitándole importancia.

—¡No digas tantas tonterías! ¡Sabes muy bien que es por culpa de la maldición!

—Palabra de bruja que eso no existe —dijo la chica al oído de Rose Mary y sonrió—. Les dejo la infusión por si durante la noche la necesitan. Y beban con moderación; le he echado otra hierba para guiarlos en la oscuridad.

Su tono misterioso puso en alerta a Rose Mary.

—¿Qué significa eso?

Morag esperó a que Grizel saliera de la habitación para llamar a una sirvienta con la intención de que recogiera la ropa sucia y adecentara el dormitorio.

—Le revelará lo oculto, así que si tiene preguntas es el momento de hacerlas —dijo mirando a Keir, que permanecía dormido a su lado y con el ceño fruncido mientras parecía tener una conversación consigo mismo en sueños.

Morag no dijo nada más, y se alejó con expresión enigmática.

El ama de llaves volvió seguida de una doncella, y colocó una vela encendida en su lado de la cama.

—Les he traído también un poco de pollo para cenar —anunció Grizel, demasiado cauta para ser ella.

—Gracias. Pueden retirarse —le ordenó Rose Mary.

—¡Pero, señora, el *laird* necesitará que lo alimenten…!

—Yo cuidaré de mi marido. Pueden retirarse. —Ya era la segunda vez que lo decía y aquella mujer no acataba la orden. Se levantó decidida y esta vez las piernas la obedecieron. Agarró la bata que había junto a la silla de su tocador con una mano y el plato con el pollo desmenuzado con la otra.

Grizel aguantó la mirada penetrante de Rose Mary, la misma que *lady* Susan ejerció sobre ella cuando se conocieron. Su relación al inicio no había sido del color de rosa que era en esos momentos. El ama de llaves vaciló unos segundos, hasta que bajó la cabeza y se escabulló por la puerta junto a la otra criada.

Le fue imposible incorporar a Keir en la cama, por mucho que ahuecara las almohadas, y menos aún que comiera algo. Tan solo consiguió que se tomara la infusión de Morag. Un sorbo para él, otro sorbo para ella. La curiosidad por saber a qué se refería la hechicera con revelar lo oculto era demasiado fuerte como para obviarla.

Se sentó en la cama junto a él. Observó la línea marcada de su mandíbula, el hueso de la nariz bien delineado como si lo hubieran esculpido. Su pelo oscuro que, sin darse cuenta, estaba acariciando. Y de pronto esos ojos negros que la devoraban. Keir estaba despierto y la contemplaba sin extrañarse ante sus caricias.

—¿Hay algo que no me hayas dicho, Keir? —Esa cuestión no se le hubiera pasado por la mente si Morag no le hubiera insistido en

que era la ocasión de formular las preguntas adecuadas. Y más desde que Grizel mencionó algo de una maldición.

Keir negó con la cabeza.

—Aparte de para qué necesito tu dote, no hay nada más que pueda inquietarte.

—¿Estás enfermo?

—Eso es evidente. —Le sonrió y alargó su mano para posarla en su cintura. El tacto sorprendió a Rose Mary y no pudo evitar rememorar su noche en la cabaña. Aún así recuperó la atención en lo que no le había dicho.

—Me refiero a que si… —No se atrevió a decir lo que pensaba, era demasiado cruel—. Grizel ha dado a entender que tu padre y tú sufríais de lo mismo…

—¿Quieres saber si me muero o si he heredado el mal de Glenmora?

Rose Mary se mordió el labio inferior. Morag tenía razón, aquella poción estaba revelando lo oculto.

—¿Hay algo que deba saber antes de…?

—¿Amarnos y engendrar un heredero?

El rostro de Keir en lugar de estar circunspecto, tal y como la ocasión lo requería, parecía más bien divertido.

—¡No me tomes el pelo! ¡Quiero saberlo cuanto antes! —Puso la mano en su pecho para detener el avance que él estaba haciendo hacia su rostro con intenciones de capturar su boca y, aunque a Rose Mary le apetecía mucho dicha incursión, le pudo más la sospecha de que en aquella familia algo pasaba.

Keir tomó otro sorbo de la infusión de tomillo.

—Aran ha encontrado a la curandera por lo que veo.

—Sí, Morag. Ha sido muy gentil.

—¿La ha traído a ella? —Keir se atragantó con el líquido.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, solo que la historia de esos dos es algo complicada.

—Tú la hiciste llamar.

—¡A su abuela! Ella era la curandera de la familia y muy amiga de mi madre hasta que… —Keir terminó la frase en un susurró que Rose Mary no pudo descifrar. Parecía que volvía a sumirse en ese

estado de duermevela que provocaba la fiebre. Rose Mary le dio de beber de nuevo el tomillo y también aprovechó para hacerlo ella. Se quitó la bata que empezaba a molestarla y se inclinó sobre Keir para escucharlo mejor.

—¿Qué ocurrió con tu madre?

Keir cerró los ojos.

—Murió de pena, como todas las mujeres de mi padre. Esa es la maldición de los *laird* de Glenmora.

Rose Mary zarandeó a Keir, al que el delirio lo atenazaba. Él aprovechó la ocasión para abrazarse a ella.

—Mi padre la traicionó con la madre de Aran, y ella no lo superó. Pero nunca te haría eso a ti. Yo no soy como él.

Rose Mary percibió los acelerados latidos del corazón de Keir mientras él le susurraba la verdad. Sus labios rozando el lóbulo de la oreja, sus manos sintiendo cada pliegue de su piel. El calor que atenazó el cuerpo de Rose Mary no fue de golpe; iba y venía al compás de las grandes y ásperas manos de Keir que le levantaron el camisón y se apearon en la curva de su cadera.

—¿Qué le pasó a la madre de Aran? —quiso saber Rose Mary. Keir había elegido la palabra «todas» al referirse a las damas que habían pasado por el lecho de su padre y eso la puso en alerta.

—Fue desterrada —murmuró Keir rozando su mejilla con la suya al mismo tiempo que su otra mano avanzaba por su vientre—. Nunca llegaron a casarse.

—¿Hubo alguien más? — volvió a inquirir Rose Mary dejándose arrullar por Keir y sus malditas caricias.

—*Cailleach*, Grizel… —contestó su marido con un hilo de voz.

Rose Mary ahogó una exclamación. Un presentimiento que la alteró más que verse despojada de la camisola o que le estuviera lamiendo un pezón. Agarró de la cabellera oscura de Keir y le aportó la boca de su pecho.

—¿Y cuáles son las mujeres de tu vida que has hecho desgraciadas, Keir?

Él la miró con los ojos vidriosos por la fiebre.

—La única que recuerdo es a ti —le contestó incapaz de detener sus manos que parecían devorarla.

Rose Mary dejó que el pezón rosado de su pecho se friccionara con los labios de él. Keir sacó la lengua desesperado.

—Te olvidas de Lorna. —Rose Mary pronunció ese nombre como una trampa, a la espera de si él caía en ella.

—A mí me gustan de otro estilo.

¿Así que había habido otras mujeres?, pensó Rose Mary celosa.

—Curiosas. —Keir arrastró las consonantes. Una de sus manos llegó hasta la vulva reconociéndola como suya. Rose Mary sin saber muy bien por qué, se colocó encima de él a horcajadas y dejó que sus dedos se introdujeran en ella.

—¿Qué más? —le preguntó agarrando su pelo como castigo.

—Ardientes. —El movimiento en círculos que realizó dejó a Rose Mary confundida y extasiada a la vez. Aquello le producía un efecto diferente al que ya había experimentado. Era más bravo, impetuoso.

Rose Mary sacó su lengua para unirla a la de él. Por un momento dejó de respirar inmersa en esa espiral de choque de voluntades. Cuando estaba a punto de desfallecer, aspiró con fuerza.

—¿Te han maldecido, Keir? —Ese era el único pensamiento que en esos momentos parecía razonable en el turbulento vaivén que los dedos de Keir le producían. Se sentía a punto, aunque no sabía muy bien para qué. Una maldición era lo único cuerdo que podía suceder en ese castillo. Lorna había sido la primera y ella sería la segunda mujer en caer en desgracia. Lo veía, lo notaba en los huesos. Si sucumbía a él sería su perdición y, aun así, dejó de retener por más tiempo la cabeza de su esposo. Este, al verse libre, se abalanzó sobre ella para lamerle el cuello, los pechos, el vientre, volvió a sus labios, con las pupilas dilatadas y el hambre en ellos.

La estiró de espaldas sobre el lecho y le abrió las piernas. Rose Mary ya no pensaba, solo salían de sus labios breves exclamaciones de sorpresa y excitación. Keir se había vuelto un animal salvaje con intenciones de devorarla y, consciente de eso, se dejó llevar.

Sin embargo, él detuvo su rostro a la altura de los ojos de ella, husmeó su aliento y esperó. Rose Mary asintió con la cabeza y le dio permiso para ser engullida. Keir la embistió. Gruñidos, jadeos, uñas clavándose en la espalda. Era ella quien hacía esas cosas, algo que no sabía de dónde salía. En el libro de *lady* Susan no

aparecía nada de aquello. No la habían preparado. «El instinto», concluyó cuando entrelazó las piernas alrededor de las caderas de su amante para que él pudiera arremeter con mayor bravura. El dolor se mezclaba con el placer; iban y venían en cada acometida, alternándose y descomponiéndola en pequeñas porciones de sí misma que luego se recomponían. Sus cuerpos sudorosos se movían al unísono y ella pensó en la poción. ¿Qué demonios llevaría para haber alejado su cordura de ese modo? Estaba convencida que aquello no era natural. O tal vez, al contrario, resultaba demasiado natural para una dama, y estaba claro que ella no lo era.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —pronunció el nombre del Señor en vano tres veces, igual que cuando Pedro traicionó a Jesús en vida negando conocerlo. Y ella no paraba de blasfemar por culpa de esa sensación tan diabólicamente placentera.

Keir se desplomó sobre ella después de gemir su nombre y, aún tuvo energía para acariciar la figura de sus nalgas con las manos, sus pechos, sus labios.

—Solo tres veces —le dijo cuando se separó de ella para hundirse de nuevo en un profundo sueño.

CAPÍTULO 32

A Rose Mary le fue imposible dormir después de aquello. ¿Qué significaba «tres veces»? ¿Ese era el número de maldiciones que arrastraba? ¿O el número de mujeres que había amado?

El amanecer seguía desnuda y, al incorporarse para ponerse el camisón, vio que las sábanas estaban manchadas de sangre. Si alguna de las criadas se percataba de ello, cosa que harían al lavarlas, se darían cuenta de la mentira que habían sostenido ella y Keir desde el inicio de su matrimonio y que no habían consumado en la noche de bodas ni en las posteriores.

La puerta de la habitación se abrió con sigilo. Rose Mary contuvo el aliento. Un gesto de alivio se dibujó en su rostro cuando apareció la cabeza de Morag.

—¿Se puede pasar? —susurró.

Rose Mary asintió, sin poder pronunciar palabra, todavía consternada por todo lo ocurrido durante la noche. Keir dormía plácido a su lado.

—Parece que la infusión ha funcionado. La veo mucho mejor y a él también. Ya no delira —dijo Morag acercándose a ella para examinarla con mayor detenimiento.

Le miró las pupilas, le tomó el pulso, como un médico haría con un paciente, aunque Rose Mary no se podía sacar de la cabeza que era una bruja.

—¿Qué nos diste anoche? —preguntó seria mientras dejaba que le palpara los ganglios del cuello.

—Ya se lo dije, señora, un poco de tomillo.

—Pero pusiste algo más. Me dijiste que revelaría lo oculto y que aprovechara para preguntar.

Morag la miró suspicaz.

—¿Lo hizo?

—Antes de darme la espalda para dormirse, mi marido me confesó «tres veces», pero no sé a lo que se refiere.

—¿Qué le preguntó exactamente?

—Muchas cosas. —Rose Mary se ruborizó al pensar en la postura en que lo había interrogado—. Pero la última —dijo arrastrando las palabras— fue… si lo habían maldecido y él contestó: «Tres veces».

—Las maldiciones no existen —sonrió Morag, enigmática—. Tal vez se refería a otra cosa. ¿Cuál era el contexto de la conversación?

Rose Mary se puso nerviosa. No quería revelarle que hablaban de las otras mujeres en la vida de Keir.

—La cuestión es que nos hechizaste y quiero saber qué hierba pusiste…

Morag se hizo la ofendida.

—Solo era artemisa, se usa para calmar al enfermo y, junto al tomillo, ayuda a bajar la inflamación de los pulmones.

La curandera pasó a auscultar el pecho de Rose Mary y fue entonces cuando se acordó de que estaba como Dios la había traído al mundo.

La bruja sonrió.

—¿Así que encontraron el camino?

Rose Mary se intentó tapar, pero Morag no la dejó.

—Permítame que la ayude, después de lavarse se encontrará más despejada y analizaremos lo que el *laird* le ha querido decir.

Tras esas palabras, *lady* Glenmora dejó que la bruja le quitara los restos de sangre entre su entrepierna, le colocara un camisón limpio, y pasara un trapo húmedo por el rojo brillante que había quedado entre las sábanas.

—Finja que está en su periodo, así nadie relacionará esta noche como su primera vez.

Rose Mary no le preguntó cómo lo sabía, suponía que las hechiceras tenían ese tercer ojo de sabiduría, que todo lo intuyen.

—Hablábamos de sus amantes —espetó ella, al sentirse un poco más segura en manos de esa mujer. La única que le había hecho sentir que estaba de su lado desde que llegó al castillo.

—Entonces ese tres puede significar muchas cosas, que solo ha amado a tres mujeres que bien podrían ser de su familia: su madre, su hermana y…

—¿Lorna?

—¿Es quién le preocupa?

Rose Mary negó con la cabeza.

—Lo que me tiene en ascuas es que nunca me pueda amar.

—¿Y usted a él?

—¿Lo ha visto? ¿Quién no caería rendida a sus pies? —Rose Mary sonrió con timidez.

—El físico no es lo más importante, *lady* Glenmora. Debe de existir un punto en común entre los dos para que el matrimonio funcione.

—Somos tan distintos como el sol y la luna.

—Y, sin embargo, son dos estrellas que se aman en secreto.

—¿Cómo pueden serlo si nunca se encuentran?

—¿No ha visto el cielo durante la puesta de sol? A veces coinciden y es en ese momento cuando son conscientes el uno del otro.

—Morag, en lugar de bruja deberías ser poeta.

Escucharon como unos pasos se arrastraban por el pasillo. La hechicera se apresuró a ayudar a Rose Mary a meterse en la cama.

—Descanse durante unas horas. Cuando despierte, las cosas volverán a ser como antes —le susurró Morag al oído.

—¿Crees que él se acordará? Sucedió todo como en una neblina. Hasta a mí me parece que me he inventado la mitad.

La bruja se encogió de hombros.

—La artemisa es fuerte y a cada uno le afecta de una manera. Solo lo sabrá cuando despierte y depende de la forma en la que la mire. Las mujeres nos damos cuenta.

Grizel abrió la puerta de golpe, sin miramientos. Le seguían dos criadas con bandejas en las manos, llenas de comida.

—¿Todavía aquí, Morag? Creí que te habías marchado anoche —le dijo de manera despectiva.

—Solo quería echar un vistazo a la pareja. Les vendrán bien las gachas.

—La fiesta es en una semana. ¿Cree usted, señora bruja, que estarán listos? —preguntó una de las sirvientas.

La curandera le dedicó una de sus miradas misteriosas.

—Por supuesto. Incluso antes —concluyó mientras se alejaba.

—¡Por favor, Morag! —exclamó Rose Mary—. Quédate para el baile.

La hechicera miró a Grizel, luego a Keir y negó con la cabeza.

—Nunca he sido bienvenida en esta casa.

—Pero… —protestó Rose Mary

—Señora, déjelo. No conoce la historia que hay detrás y al señor Aran no le haría mucha gracia. Mejor que vuelva a su bosque —la amonestó Grizel.

Morag entrecerró los ojos. Parecía a punto de maldecir al ama de llaves.

—Soy una mujer independiente y nadie me dice lo que tengo que hacer. Estaré encantada de asistir al baile, *lady* Glenmora —dijo con una sonrisa triunfante antes de desaparecer.

—¡Mujeres independientes! —exclamó Grizel—. Eso no existe.

Sin embargo, Rose Mary sabía que se había topado con un raro espécimen de fémina, y que a *lady* Susan le hubiera encantado tenerla como miembro del Club de Damas de Woolriver. ¡Cuánto lo echaba de menos!

CAPÍTULO 33

Los gritos de Grizel despertaron a Keir. Se sobresaltó, pensando que algo grave había ocurrido, y lo primero que hizo fue mirar a su derecha. Rose Mary estaba a su lado, sentada en la cama con dos almohadas a su espalda. Una criada le colocaba en la falda una bandeja con el desayuno.

Grizel le ordenó con ese aire de madre cansada que hiciera lo mismo. Keir olió las gachas y la sopa con trozos de verduras y un poco de pollo desmenuzado. Solo con el olor se sintió más fuerte.

Miró a Rose Mary a los ojos, pero esta lo rehuyó, turbada.

—Lo peor ha pasado —dijo Grizel complacida y le tocó la frente —. La fiebre ha desaparecido. En unos días podrá atender sus asuntos como si no hubiera pasado nada.

——Llame a mi hermano y a Roy. Que envíen mensajeros a los Bruce, los Campbell y los MacDougall. Quiero reunirlos mañana en Glenmora.

—¡Señor! ¡Todavía está convaleciente! —se horrorizó Grizel.

—Agradezco su preocupación, pero me siento bien. Han pasado demasiados días y quiero saber qué ha ocurrido mientras estaba postrado en cama. —le dijo lo más amable que podía mostrarse a pesar de que a veces aquella mujer lo ponía de los nervios con sus atenciones desmesuradas. Aun así, la consideraba de la familia. Grizel llevaba toda una vida al servicio de los MacFie. No era una simple ama de llaves; era una de las columnas sobre las que se sostenía Glenmora. Lo había cuidado desde niño y también a su madre en el lecho de muerte. Incluso atendió a su padre, que nunca le inspiró demasiada simpatía.

—¡Señora, dígale que repose! ¡Necesita descansar! —Grizel no daba su brazo a torcer.

Rose Mary lo miró mientras se llevaba una cuchara a la boca. En sus ojos vio vergüenza y algo más que no supo descifrar. Intuyó que no se encontraba cómoda en su presencia. No le gustó aquella sensación, pero debía acostumbrarse a no ser amado por su mujer. ¿En qué estaba pensando cuando se casó con ella? Apenas se conocían, ¿por qué debería funcionar su matrimonio? Eran de lugares muy dispares y se habían criado de diferente forma. En realidad, ignoraba demasiadas cosas de la vida de Rose Mary, pero creía saber a lo que una señorita inglesa de su clase estaría acostumbrada, y tal vez no era ese castillo y mucho menos estar al lado de un bárbaro como él.

Cuando Grizel salió a regañadientes, se levantó y se vistió deprisa.

—Esta noche volveré a mi alcoba. Así podrás descansar más tranquila —le dijo de manera escueta.

—Bien —contestó Rose Mary tras meditarlo unos segundos.

Keir creyó ver alivio en su rostro y eso lo mortificó.

**

El *laird* llevaba años intentando mantener unidos a los propietarios vecinos antes de que las Highlands terminaran vendidas piezas por pieza. No tenían un acuerdo oficial, pero los terratenientes de la región habían comenzado a apoyarse entre sí desde que las viejas familias empezaron a desaparecer. Las antiguas lealtades entre clanes habían muerto hacía tiempo. Sin embargo, algunos propietarios todavía intentaban resistir unidos antes de que las Highlands acabaran en manos ajenas. Así que a Aran le fue fácil convocarlos con la urgencia que él había solicitado, no en vano Glenmora era una de las propiedades más extensas de la región Lo esperaban como siempre en su despacho, sin embargo, Keir permaneció unos segundos junto a la puerta cerrada, con la mano aún apoyada en el pomo. Lo que le preocupaba no era el dolor en el pecho que todavía persistía. Le perturbaba la certeza de que, durante su ausencia, el mundo no había tenido la deferencia de quedarse quieto.

— MacFie

La voz del viejo MacDougall sonó grave cuando entró y lo devolvió al momento. Todos estaban allí. Ninguno había fallado.

Keir avanzó despacio. Un *laird* no se precipitaba por más ganas que tuviera de sentarse. Sus piernas aún flaqueaban.

—Señores —saludó mientras tomaba asiento al otro lado de la mesa—. Espero que nadie haya venido solo para recordarme mi pésimo aspecto.

Algunos esbozaron una sonrisa. Otros no hicieron el menor intento.

Mala señal.

Ian Bruce carraspeó.

—Después de los rumores que corrían sobre vuestra salud, me conformo con veros sentado a esta mesa, MacFie. Y puesto que nos habéis hecho venir, hay dos asuntos urgentes que debéis conocer.

Keir entrelazó las manos con aparente calma.

—Será mejor que empecemos por el que más dinero nos está costando.

Un murmullo recorrió la sala.

—Las ovejas del norte han muerto casi todas —dijo MacDougall con franqueza.

Keir apoyó los dedos en el borde de la mesa. La yema del índice rozó una astilla levantada y la presionó hasta sentir un pinchazo leve. El dolor le resultó útil. Ya conocía la noticia, pero escucharla en voz alta la volvía más real. Había enviado la mitad del ganado hacia los pastos del norte como parte del acuerdo alcanzado entre los propietarios vecinos. Compartir tierras de pastoreo y unir rebaños era la única forma de resistir la presión de comerciantes y acreedores ingleses que aguardaban cualquier debilidad para comprar las fincas una a una. Habían perdido casi todo. Y la otra mitad, la que había dejado en sus tierras y alimentado con nabos, raíces y forraje, seguía viva gracias a una idea que no había salido de la mente de ninguno de sus hombres, lo cual explicaba en parte el humor general.

—La otra mitad sigue en pie —repuso él—. No es un detalle menor.

—Sigue en pie hoy —dijo Ian Bruce—. Mañana tal vez estemos alimentando animales con lo que tendría que sostener a los arrendatarios.

Keir levantó la mirada. El mapa, extendido ante ellos mostraba las parcelas bajas próximas al río, los pastos altos y las tierras de los arrendatarios. Pensó en lo fácil que resultaba para algunos hablar de sacrificios. Ninguno de ellos estaba a salvo, pero las tierras de Glenmora sostenían más familias, arrendamientos y deudas que cualquiera de las otras propiedades reunidas en aquel despacho.

—Los nabos han funcionado —dijo con voz tranquila—. Han evitado que perdamos el resto del rebaño.

Roy se inclinó hacia delante. La luz del ventanal iluminó la pelirroja barba con la que su amigo intentaba cubrir la cicatriz blanca que le corría junto a la barbilla, recuerdo de una riña de juventud.

—Han funcionado porque *lady* Glenmora vio lo que ninguno quiso ver —admitió, y varios se removieron con visible disgusto—. Pero si seguimos así, gastaremos las reservas antes de que termine la estación.

Keir notó cómo el nombre de su esposa alteraba la temperatura de la sala. Solo era una mujer inglesa, con la costumbre alarmante de comprender las cosas al primer vistazo y la aún más ofensiva de decirlas en voz alta.

—Entonces planteadlo con claridad —dijo—. ¿Qué proponéis?

MacDougall tomó un papel doblado y lo abrió sobre la mesa. El pergamino crujió entre sus dedos nudosos. Afuera, el viento golpeó un poste.

—Tres caminos —enumeró—. Vendemos ahora una parte del rebaño, aunque nos den una miseria. Sacrificamos las más débiles y salvamos el forraje. O reducimos el grano y los nabos que se destinan a los animales para reservarlos para las familias.

Keir miró el papel sin verlo. Vender en ese momento significaba reconocer la derrota y alimentar la deuda. Sacrificar cabezas suponía desangrar el futuro para sostener el invierno. Quitar alimento a los animales implicaba arriesgar de nuevo el rebaño que Rose Mary había ayudado a conservar. El liderazgo, pensó con amargura, era el

arte de elegir qué parte de su casa estaba dispuesto a incendiar para que el resto no se helara.

—¿Y cuál es vuestra favorita? —preguntó.

MacDougall e Ian Bruce junto a Duncan Campbell se miraron formalizando, un pequeño ritual viril que pretendía disimular que estaban de acuerdo desde antes de sentarse.

—Vender —dijo Bruce.

—Y sacrificar la otra parte —dijo MacDougall al mismo tiempo.

Keir soltó una risa baja, cansada.

—Admiro vuestra unidad.

Esta vez sí hubo un par de sonrisas breves, pero no duraron. El humo de la chimenea se curvó hacia la viga central, una gota resbaló por el vidrio empañado de una ventana, alguien tamborileó con los dedos y luego dejó de hacerlo, avergonzado del ruido. Keir sintió el sudor frío en la nuca, un resto de la fiebre. Si cedía por orgullo, perdería dinero. Si cedía por miedo, perdería autoridad.

—No venderé como un hombre desesperado si todavía no lo soy —dijo al fin—. Y no sacrificaré medio rebaño para que dentro de seis meses nos lamentemos de haber salvado el invierno a costa de arruinar los años siguientes.

—Entonces haréis ambas cosas más tarde. Cuando nos cuesten el doble —replicó Bruce.

El crepitar del fuego se volvió más nítido. Había una forma de silencio que antecedía a la obediencia y otra, más peligrosa, que rozaba la insubordinación sin nombrarla. Aquello todavía no era lo segundo, pero se acercaba.

— Aún tenemos margen antes de llegar a eso —respondió— Revisemos las reservas de cada propiedad, preservemos las reproductoras y averigüemos qué familias están peor antes de tomar decisiones precipitadas.

—¡Eso no bastará! —protestó Duncan Campbell desde el otro extremo de la mesa—. Si el invierno empeora, ninguno de nosotros tendrá reservas suficientes.

Keir frunció el ceño. El ambiente en la estancia se tensó de inmediato. Ya no eran simples vecinos reunidos, sino hombres

cansados, endeudados y asustados intentando sostener unas tierras que parecían desmoronarse bajo sus pies.

Miró de reojo a Aran. Su hermano permanecía en silencio, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. No lo contradeciría delante de los demás, pero Keir conocía demasiado bien aquella expresión. Dudaba.

—Tal vez no lo resuelva todo —replicó Keir con voz áspera—, pero actuar a ciegas solo conseguirá que terminemos arruinados antes de la primavera.

El comentario apagó varias protestas al instante.

Ian Bruce soltó el aire lentamente y asintió con la cabeza. MacDougall bajó la vista hacia la copa de whisky que sostenía entre las manos.

—Está bien, probemos primero esta opción, MacFie.

Keir aprovechó su pequeña victoria para recostarse en la silla y respirar hondo. El viento golpeó los ventanales y el viejo castillo crujió a su alrededor. Sabía que aquella decisión no resolvía el problema; apenas compraba unas semanas más antes de que el hambre, las deudas o los acreedores los obligaran a tomar medidas mucho más desesperadas.

En eso, pensó con amarga ironía, su alianza de terratenientes se parecía demasiado a su matrimonio con Rose Mary: ambos sostenidos por un equilibrio frágil que podía quebrarse en cualquier momento.

Fue Roy quien llevó la conversación al segundo problema. Lo hizo con menos brusquedad, casi como si supiera que, comparado con el primero, tal vez fuera más sencillo y rápido concluirlo. Erraba.

—Hay otro asunto. Lorna MacLain.

Nadie se sorprendió. Afuera, un cuervo graznó desde el patio y el sonido resultó inoportuno. Keir se sirvió un vaso *whisky* y se lo llevó a los labios. El alcohol le ardió en la garganta. Lorna. La única heredera de los MacLain. La muchacha con la que debió casarse si el mundo hubiera sido simple o si él hubiera obedecido la última voluntad de su padre en lugar del consejo más reciente de un acreedor inglés. Habría sido una alianza limpia. Tierras aseguradas.

Tal vez una relativa paz y no la incertidumbre que vivía con Rose Mary.

—Hamish MacLain ha enviado una carta desde Inverness —explicó Roy—. Afirma que las tierras de los MacLain no deberían permanecer bajo protección de Glenmora mientras exista un heredero varón de la familia con vida.

Keir dejó el vaso sobre la mesa con cuidado, aunque habría preferido romperlo. Hamish MacLaine, el ambicioso primo segundo de Lorna, mucho mayor que ellos, el que cuando eran críos no la dejaba en paz y del que él siempre debía defenderla de sus burlas y gamberradas.

—¿Pretende desposarla? ¿Ella está al corriente? —preguntó.

Keir supo la respuesta antes de escucharla.

—Importa poco la opinión de la señorita MacLain si los demás propietarios consideran legítimo el derecho de Hamish sobre dichas tierras. —respondió el viejo MacDougall.

Una mujer heredaba un nombre y unas tierras, pero antes de poder asumirlo aparecían los hombres a discutir quién tenía derecho a administrarla mejor que ella.

La frase quedó flotando sobre la mesa como el olor de una herida abierta. Keir notó el pulso en las sienes. El despacho, con su madera oscura, sus libros alineados y sus mapas, le pareció de pronto una caja demasiado pequeña para la cólera.

—¿Con quién quieren desposarla? —preguntó Keir.

MacDougall extrajo otra hoja. Esta estaba sellada con cera oscura.

—Hamish sostiene que las propiedades MacLain deberían quedar bajo protección de su familia hasta que lady Lorna contraiga matrimonio. Según parece, incluso considera apropiado unirla a su hijo mayor. Por otro lado, Liam Kerr también ha dejado caer su interés. Sus propiedades lindan con las tierras del este y, aunque hasta ahora se ha negado a unir sus rebaños a los nuestros, parece dispuesto a reconsiderarlo si los MacLain pasan a formar parte de su casa.

Keir tomó la carta, rompió el sello con el pulgar y leyó por encima. Lenguaje respetuoso. Argumentos de estabilidad.

Referencias a la memoria del difunto *laird*.

Dobló el papel despacio. Sentía el cuerpo aún frágil, pero no la mente. Recordó a Lorna de niña, corriendo por los brezales con las medias sucias y una dignidad precoz. Tanto Hamish como Kerr eran unos canallas y no se la merecían.

— Hablaré con la señorita MacLain antes de tomar una decisión —dijo.

MacDougall exhaló por la boca.

—Con el debido respeto, MacFie, no habría dicho lo mismo en vida de su padre.

El comentario no llevaba burla. Eso lo volvía más difícil de esquivar. Keir apartó el vaso y se inclinó hacia delante, apoyando ambos antebrazos sobre la mesa. La madera estaba fría bajo las mangas. Sintió otra vez el agotamiento, esa punzada detrás de los ojos, y también algo más férreo: la terquedad. No pensaba disculparse por lo que había decidido.

—Estoy de acuerdo en que debe casarse, pero no con ellos —dijo después de meditarlo.

—Tenemos derecho a saber lo que será de los MacLain —exclamó Ian Bruce—. Cuando unimos nuestros rebaños y compartimos los pastos de invierno, los problemas de Glenmora dejaron de pertenecer solo a Glenmora. Si vais a enfrentaros a Hamish MacLain o a los Kerr, necesitamos saber hasta dónde estáis dispuesto a llegar. Y también convendría saber cuánto peso tendrá vuestra esposa en decisiones que afectan a todos los presentes.

Allí estaban los dos dilemas, desnudos por fin. Las ovejas o las reservas. Lorna o la paz aparente. Supervivencia o deuda. Protección o escándalo. Y, por supuesto, Rose Mary. Ella era la grieta.

Se levantó despacio. La silla raspó el suelo de piedra. Nadie habló. A través del cristal vio una franja de cielo plomizo sobre las colinas y, más abajo, el patio embarrado donde dos mozos cruzaban con un carro. Glenmora seguía allí, tozuda y hermosa, como si no le importaran sus cuentas ni sus disputas. Keir apoyó una mano en el alféizar, la piedra estaba helada, y le gustó esa aspereza. Le recordó que el mundo existía fuera de las discusiones y que el invierno no esperaría.

—Meditaré ambas cosas —dijo al fin.

MacDougall hizo un movimiento de desaprobación.

—No tenemos mucho tiempo.

—Nunca lo tenemos —contestó Keir, sin volverse—. Y, aun así, os las arregláis para desperdiciar el poco que hay hablando de mujeres como si fueran tratados y de ovejas como si fueran monedas.

El silencio que siguió fue más hondo que los anteriores, porque nadie pudo fingir no haberlo entendido. Keir observó su reflejo desvaído en el vidrio: más pálido de lo que le convenía, más cansado de lo que admitiría y, sin embargo, todavía dueño de una férrea voluntad.

Se volvió hacia ellos.

—No se tocarán las tierras de la señorita MacLain sin que yo hable antes con ella. Y, hasta entonces, cualquier intento de presión sobre su casa y su boda será considerado una ofensa directa a Glenmora.

Roy y Aran asintieron. Los otros tres hombres no lo hicieron, pero bajaron la vista. Keir notó el primer alivio verdadero de la mañana, pequeño y precario, como la tibieza de una brasa escondida. No era una solución: era una línea trazada sobre el barro. Aun así, bastaba para empezar.

—En cuanto a las ovejas —continuó—, revisaré en breve los almacenes. Quiero ver con mis propios ojos qué queda y qué puede conservarse.

Cuando todos salieron del despacho, Keir permaneció inmóvil unos instantes, escuchando el fuego, el viento, el rumor lejano del castillo vivo a su alrededor. Se llevó una mano al rostro y se frotó despacio la mandíbula. Estaba agotado. Aún enfermo, quizá. Y, sin embargo, bajo el cansancio, algo se había ordenado en su mente.

Se sirvió el resto del whisky y observó el mapa desplegado sobre la mesa. Allí estaban las tierras que su padre había protegido antes que él, los pastos compartidos, las rutas del ganado y las fincas que aún resistían. Pero también las deudas, el hambre y un invierno que amenazaba con llevárselo todo por delante. Aunque, también oculto entre aquellas fronteras trazadas en tinta y aquellos

apellidos antiguos, permanecía un futuro que no dejaría que se desvaneciera. Dejó el vaso, se enderezó con una mueca y salió del despacho en busca de su esposa. esposa.

CAPÍTULO 34

Cuando Rose Mary miró a los ojos a Keir, esperando algún reconocimiento sobre la noche de pasión que habían compartido, solo vio indiferencia. No le sorprendió que él no lo recordara; la fiebre y el brebaje de Morag habían hecho su efecto, no le cabía duda. Aun así, se sintió dolida. Porque, a pesar de descubrir uno de los mayores placeres que una mujer casada podía disfrutar, existían la mañana siguiente o el momento después de retozar, en los que le hubiera gustado tenerlo cerca. Dormirse entre sus brazos mientras los olores de ambos se mezclaban en el aire. Y, sin embargo, él había dicho aquel enigmático número tres y se había dado la vuelta.

Luego esas frases sin sentido sobre que ella necesitaba descansar y que volvería a dormir en otra habitación. Estaba claro que quien necesitaba reposar era él. Aunque, según Grizel, ya no parecía a punto de morir de una pulmonía.

Rose Mary contestó con un lacónico «bien» porque tampoco quería parecer desesperada por repetir. No era la clase de chica que necesitaba atención. Eso lo había aprendido a base de decepciones cuando se enamoró de un mayordomo que sirvió en casa de *lady* Susan unos años atrás y descubrió que no era cosecha limpia. Luego llegó un secretario del señor Hall, a la que ella le hizo ojitos y pareció que bebía más bien los vientos por otro tipo de personas. Y en esos momentos se encontraba casada con un hombre que la colmaba de dicha solo cuando deliraba por la fiebre y borraba de su memoria lo acontecido durante el sueño. Llegar a ser feliz ante esa situación sería complicado.

Pasó la noche echando de menos la presencia de Keir. Apenas llevaban unos días durmiendo uno al lado del otro mientras se recomponían y se asombró de lo rápido que se había acostumbrado

a él, a su respiración, su calor y sus caricias. Esperó a que a él le volviera la lucidez, se diera cuenta de que tenían una conversación pendiente sobre lo acontecido y corriera hasta ella arrepentido por no recordarla desnuda bajo su cuerpo. Pero eso no sucedió.

**

Una mañana Grizel le aseguró que ella ya estaba recuperada y que tanto Skye como Lorna la esperaban para seguir preparando la fiesta que en menos de una semana se llevaría a cabo en el castillo.

Suspiró. No sabía qué hacer con esas muchachas. Desde el primer día de su llegada le habían puesto la zancadilla.

Se las encontró en el comedor. Habían improvisado un escenario desde el que cómicos ambulantes las hacían reír.

Skye estaba sentada con los pies recostados en el respaldo de otra silla, una postura nada elegante para una señorita, hermana de un *laird*, y Lorna, cómo no, se mantenía con la espalda recta y las manos en el regazo. Una no contenía su risa, abierta, descarada; la otra se cubría el rostro avergonzada tan solo por divertirse.

Cuando la vieron entrar, se levantaron deprisa y despidieron a los cómicos.

—Estábamos seleccionando el entretenimiento —se apresuró a decir Skye con la cabeza baja.

Rose Mary las miró de arriba abajo, decepcionada porque las primeras palabras que salieran de sus labios no fuera «perdón» o «lo sentimos».

—Bien — dijo con las manos tras la espalda. Así era como su padre conseguía de ella una confesión cuando acababa de hacer una de sus travesuras de niña. Andaba de un lado a otro, como si meditara que castigo darle por atreverse a correr tras las ovejas del antiguo señor Hall, el padre de Henry.

Lorna fue la primera en caer. Se echó a llorar.

—¿Qué ocurre, Lorna? ¿Tan mal te sientes —El tono de Rose Mary en lugar de parecer ingenuo, como había sido su intención, sonó calculado, maligno.

Lorna se arrodilló a sus pies mientras Skye intentaba que se levantara.

—Lo sentimos mucho, *lady* Glenmora. No era nuestra intención que murieran los dos de una pulmonía, no sabe lo que he sufrido estas noches. He rezado durante horas para que ambos se salvaran.

—Ya —masculló Rose Mary. Seguro que rezó para que fuera Keir quien saliera indemne de todo aquello. Si ella hubiera muerto, Lorna tendría el camino libre.

Se volvió hacia Skye imitando la expresión de su padre, pero la hermana del *laird* era dura y no se amilanó. Entonces recurrió a las miradas de su madre, que eran más intensas y emocionales, y simuló un vaivén.

Skye corrió a sujetarla.

—Creo que todavía arrastro algo de malestar —dijo con voz de ultratumba para después clavar sus ojos en ella.

—Es culpa mía. Yo no quería… —tartamudeó Skye.

Rose Mary se maravilló que hubiera funcionado esa última táctica.

Se recompuso, se alisó la falda y miró al suelo con la intención que Skye siguiera el mismo camino de Lorna.

Las dos muchachas rompieron en quejidos y agarraron sus faldas.

—¡Lo sentimos! ¡Por favor perdónenos! —imploró Lorna.

Rose Mary sonrió satisfecha. Y luego recordó que sus padres, después de conseguir que ella se percatara de sus irresponsables locuras, venía la otra parte. Había oído que otros niños salían con las nalgas enrojecidas con la huella del cinturón, pero su padre era distinto. Siempre se apiadaba de ella, no así su madre que la obligaba a ayudarla en la cocina. ¿Debería hacer lo mismo con Skye y Lorna?

—Suficiente —dijo con las lágrimas asomándole en los ojos, no por los lloriqueos de las chicas, sino por el recuerdo de sus padres fallecidos desde hacía tiempo.

Las muchachas se levantaron aún con las cabezas gachas. Esperaban que ella les diera un sermón, pero no supo qué decir. Skye se le adelantó.

—Has de saber que Allt na Sìth no existe… —Desde el primer momento Skye la había tuteado, al contario que Lorna que siempre la llamaba de usted. Por eso no creyó que reprender a su cuñada por eso en ese día fuera beneficioso para ella. Que cada una eligiera la mejor manera de dirigirse a la señora de la casa. Las lecciones de *lady* Susan le habían ayudado a restar importancia a dichos gestos. Lo primordial era el respeto, y parecía que ambas muchachas se habían dado cuenta.

—¿El arroyo de las hadas? ¡Qué pena! Porque pensé ver un par mientras me ahogaba.

—Tampoco existe ningún chico que me guste. Pero te juro que la leyenda de Scáthach, la mejor de las guerreras, es verdadera, aunque nada de todo esto sucedió en estas tierras —se apresuró a decir Skye, y levantó la mirada desafiante. Estaba claro que aquella muchacha tenía una fuerza interior que sería difícil doblegar.

—Aun así, no está bien lo que hicimos. —Lorna le dio un codazo a su amiga—. ¿Nos perdonará algún día?

Rose Mary las miró consternada. Nunca nadie le había pedido perdón, más bien era al contrario. Ella solía disculparse por sus torpezas, o por sus ideas algo estrafalarias, como la que se le acababa de ocurrir.

—Solo si me prometéis ser sinceras a partir de ahora —les dijo manteniendo su tono serio.

—¡Claro! —se apresuraron a exclamar al unísono.

—Bien, acompañadme a la cocina. Me gustaría preparar un postre para la fiesta y quiero que me digáis que os parece con total transparencia.

Skye y Lorna abrieron los ojos y la boca al mismo tiempo, se miraron extrañadas, pero la siguieron sin protestar.

Rose Mary las había perdonado desde el minuto en que advirtió que estaba en brazos de Keir mientras escuchaba a Skye balbucear que solo era un rito de iniciación, que desconocían que no sabía nadar. Las entendió, porque ella tampoco sabía que a las ovejas recién nacidas no se las debía dejar mojadas tras el parto ni separarlas de la madre para llevárselas a su habitación, como hizo con siete años.

Creyó ver en las dos algo de ella misma, porque necesitaba agarrarse a esa sensación de cercanía, de estar en casa, de empezar a construir un hogar.

**

Keir se paró en seco cuando entró en la cocina y las vio a las tres ultimando las tartaletas de crema de Rose Mary y que a *Lady* Susan y al club de damas tanto les gustaban. Arqueó una ceja, divertido.

—No me lo puedo creer… ¿Mi hermana cocinando? ¡Pensaba que rehuías los fogones!

—Señor, ya les he dicho que esto no es lugar para damas de su talla, pero su mujer… —dijo Grizel escandalizada. Parecía que aún le duraba el disgusto cuando se enteró que Rose Mary había dado un descanso a la cocinera sin comunicárselo a ella primero

Rose Mary alzó la barbilla orgullosa.

—Es un castigo —replicó.

Keir pareció entender al instante y asintió.

—Borrad esas sonrisas de vuestras caras —amonestó a Lorna y Skye— y continuad rellenando esos pastelitos hasta que os duelen las manos. Mientras, necesito que mi esposa me acompañe.

—¿A dónde? —se sorprendió Rose Mary. ¿Había recordado de repente?

—Una visita a los pastos —dijo con sequedad esperando, tal vez, que ella se opusiera.

Rose Mary se quedó un instante quieta, sin entender por qué la necesitaba allí. Luego cayó en la cuenta de que le había dicho que las ovejas habían mejorado con la alimentación que ella había sugerido. ¿Quizás ya no era así?

Se quitó el delantal y lo siguió, pensando de nuevo en cuando era niña y se metía en problemas. Estaba claro que de mayor no había conseguido corregir esa dichosa costumbre. Y resultaba evidente, sobre todo si recordaba que se había casado con un auténtico desconocido.

CAPÍTULO 35

Keir avanzaba al lado de Rose Mary por el terreno irregular. Bajo las botas, la tierra húmeda cedía en ciertos puntos, traicionera y blanda. El cielo se abría en un gris limpio sobre las colinas y el olor de la hierba mojada se mezclaba con el de la lana y el estiércol.

Rose Mary caminaba con cuidado al principio, levantando el bajo del vestido para evitar el barro. Keir la observó de reojo. Y, durante unos segundos, ella fue lo que todos esperaban: una dama inglesa fuera de lugar.

—¿Por qué me has traído aquí? —le preguntó con cautela.

—Me dijiste que tu padre tenía ovejas.

Ella dio un respingo.

—Tener, lo que se dice tener, tampoco. Más bien las compartía.

Keir dedujo que se trataría de algún terrateniente con deudas al igual que su padre y que tuvo que hacer también acuerdos con indeseables que se quedaron la mitad de lo que le pertenecía. ¿Por eso Rose Mary acabó siendo la protegida de los Hall? ¿Cayó en desgracia su familia?

Dudó si pedirle consejo ante esa nueva evidencia, pero en la reunión a la que había asistido, y por la manera de hablar, se daba cuenta de que ella entendía sobre animales y el campo.

Keir suspiró. Lo que iba a pedirle a su mujer sería algo que su padre no aprobaría. Seguro que se estaba removiendo en su tumba.

—Me gustaría saber tu opinión sobre el campo y el ganado —masculló entre dientes.

—¿Yo? —Rose Mary parecía sorprendida—. Me dejaste muy claro que no querías que me inmiscuyera en tus asuntos.

—Bueno, he cambiado de opinión, pero si no te ves capaz… —le dijo mirándola de reojo.

Rose Mary se detuvo justo cuando pasaban por una de las zonas más bajas, donde la tierra se oscurecía por la humedad, y soltó la tela de su vestido, que había sujetado para no mancharse. Se agachó e hundió los dedos en ella.

Keir se quedó quieto.

El barro se le pegó a la piel con una docilidad casi obscena. Ella lo removió, lo frotó entre los dedos, lo observó como si aquello le hablara en su idioma. Un mechón de su cabello se deslizó hacia delante y ella lo apartó con el dorso de la mano, dejando una mancha tenue en la sien.

—Está demasiado saturada —dijo, más para sí que para él—. No drena. No respira.

Keir la miró con una atención nueva.

—La tierra no suele quejarse en voz alta —replicó.

Ella alzó la vista. Sus ojos encontraron los suyos.

—No hace falta. Solo hay que saber escucharla.

Continuaron avanzando. Un grupo de ovejas se movía en un cercado, inquietas, marcando el suelo con sus pezuñas en un ritmo desordenado. Rose Mary se acercó sin vacilar.

Keir esperó. No sabía muy bien qué, pero no la detuvo.

Ella cruzó la cerca con decisión. El barro atrapó el borde de su falda. No pareció importarle. Se inclinó hacia una de las ovejas más cercanas, contempló su lomo, su respiración, la forma en que apoyaba el peso.

—Esta está débil —dijo—, aunque no enferma.

Keir descansó los brazos en la cerca, sin apartar la vista de ella. Había presenciado a muchos hombres examinar animales. Sin embargo, ella lo hacía de manera distinta, sin prisa, con atención plena.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó.

Rose Mary pasó la mano por el lomo del animal con una firmeza que sorprendió a la propia oveja.

—Porque no se aparta de las demás —contestó—. Y porque aún responde al contacto.

Alzó la mirada hacia él, con una ligera inclinación de cabeza.

—Las que están enfermas se aíslan antes de que uno lo note.

Keir sintió que algo en su interior se desplazaba como una pieza que encajaba en un lugar que no sabía que existía.

—En Inglaterra —continuó ella, volviendo a la oveja—, hay quienes han empezado a cruzarlas.

Él frunció el ceño.

—¿Cruzar?

—Mezclar razas —aclaró—. Buscan resistencia. No todas soportan cualquier terreno. —Se incorporó despacio. Tenía las manos manchadas de lodo, pero no hizo ademán de limpiárselas—. Tal vez sería más sensato adaptar las ovejas a la tierra y no al revés.

Keir soltó una risa breve, sin apartar la mirada.

—¿Y traer sangre inglesa a mis colinas? —murmuró—. Eso sí que provocaría una guerra.

—Ya lo has hecho —respondió ella con suavidad.

Keir se quedó mudo ante esa observación. Parecía incapaz de apartar la mirada de ella. Ambos estaban subyugados el uno por la presencia del otro. El viento levantó de forma tenue el borde de su falda. Una oveja baló a lo lejos. Keir no dejó de contemplarla, como si hasta ese momento hubiera estado mirando una versión incompleta de ella.

Ya no era la mujer que había llegado a su casa con la nariz arrugada y el ceño fruncido. Era alguien que se ensuciaba sin importarle, que tocaba la tierra como si le perteneciera, y eso lo excitó. Tuvo que refugiarse detrás de la cerca mientras ella continuaba examinando el ganado.

—Si cruzas las más fuertes con razas más resistentes al frío —añadió ella—, en unos años tendrás un rebaño que no dependerá tanto de decisiones desesperadas.

Keir apartó la vista un instante. Intentaba aquietar su acelerado corazón. Bajar lo que había subido de repente.

—Eso requiere tiempo —dijo.

—Sí —asintió ella.

—Y paciencia —confirmó él.

Se quedaron de nuevo enganchados a sus miradas. El aire entre ellos tenía una densidad distinta.

—No sueles ser un hombre paciente —añadió ella.

Keir arqueó una ceja.

—No solía tener motivos para serlo.

—Tal vez ahora sí —dijo ella con intención.

Keir no respondió de inmediato. El viento volvió a moverse entre ellos, trayendo consigo el olor de la tierra húmeda, de los animales, de algo que sobrevivía a pesar de todo.

La observó un momento más. Ya no vio a la muchacha que había elegido por necesidad, sino a la mujer que empezaba a elegir mirar.

CAPÍTULO 36

Rose Mary no había creído en hadas hasta que comprendió que en Glenmora bastaba con vestirse como una para que todos esperaran de ella algo que no podía ofrecerles.

La seda ligera rozaba su piel con una suavidad casi engañosa, demasiado delicada para el frío que aún parecía vivir entre los muros del castillo. El vestido caía en capas translúcidas, en tonos pálidos que atrapaban la luz de las velas y la devolvían convertida en reflejos inciertos. Llevaba el cabello suelto, apenas sujeto por un hilo de perlas que imitaba el rocío. Se miró en el espejo un instante más del necesario en unos de los ventanales de la sala y apartó la vista. No era ella. O quizá sí, pensó, y eso era lo inquietante.

El gran salón había cambiado de piel. Las velas se multiplicaban en los candelabros, los tapices parecían más vivos bajo la luz temblorosa y el murmullo de los invitados contenía expectación mal disimulada. Skye y Lorna habían conseguido lo que querían: convertir las viejas historias escocesas en un espectáculo.

Distinguió a varias damas vestidas con sedas oscuras y terciopelos invernales, caballeros de porte refinado y comerciantes acomodados llegados desde Inverness, hombres cuyos negocios dependían del ganado, la lana y los acuerdos entre propietarios de aquellas tierras.

Reconoció enseguida a Fiona, la hija del viejo MacDougall, acompañada de su esposo Duncan Campbell. La mujer la saludó con una sonrisa cálida antes de tomarla del brazo.

—*Lady* Glenmora, permitidme rescataros antes de que todos decidan observaros desde lejos como si fuerais una aparición.

Rose Mary soltó una pequeña risa.

También distinguió a Hanna Bruce, la esposa de Ian Bruce, disfrazada de duende, o al menos eso es lo que le pareció al ver que su vestido estaba confeccionado con mangas largas abiertas de las que colgaban hiedra y pequeños símbolos celtas cosidos en hilo dorado envejecido.

—Debéis conocer al resto de vuestras invitadas —dijo Hanna con amabilidad.

La condujeron hacia un pequeño grupo de mujeres que conversaba junto a los ventanales y las mesas iluminadas por candelabros. Algunas pertenecían a antiguas familias de Inverness; otras eran esposas e hijas de comerciantes enriquecidos gracias al transporte marítimo, la lana o el whisky. Incluso había una viuda emparentada con un vizconde escocés cuyo apellido Rose Mary no logró retener. Y, aun así, bajo esa cordialidad, percibió cierta cautela en las miradas que se detenían sobre ella. Como si todavía intentaran decidir qué clase de mujer podía abandonar Londres para terminar convertida en señora de Glenmora.

—Estás perfecta —susurró Skye, apareciendo a su lado con una sonrisa que no ocultaba su satisfacción.

Desde que las había obligado a ella y a su inseparable compinche a pedir perdón y las había castigado a ensuciarse las manos en la cocina, parecían más amigables. Aunque tampoco se fiaba mucho de ellas, habían llegado a un tácito acuerdo de no enemistad.

Rose Mary observó a Skye, recorrió con la mirada el vestido verde oscuro, las hojas bordadas en el corpiño, la corona de ramas finas que enmarcaba su rostro.

—¿Eres un árbol? —preguntó, con suavidad.

—Soy una *aos sí* —corrigió su cuñada—. Un espíritu del bosque.

—Los *aos sí* son fieros guardianes de sus moradas y hay que evitar enojarlos o insultarlos. —Lorna se acercó con aquella enigmática frase. ¿Era una advertencia?

—Lo tendré en cuenta —contestó Rose Mary suspicaz y sin poder apartar la vista de la antigua prometida de su marido.

Lorna se había atrevido a envolver su cuerpo en unas capas de seda de tonos marinos que brillaban con cada movimiento, como si

llevara el reflejo del río adherido a la piel. Sus hombros quedaban al descubierto, y en su cuello, una cinta de cuero sostenía una pequeña pieza de nácar.

—Soy una *selkie* —le aclaró ante su extrañeza—. Una cambiaformas.

Rose Mary agrandó los ojos. No había oído antes ese término.

—Una *selkie* tiene el poder deshacerse de su piel de foca y transformarse en una bella mujer. Son famosas por convertirse en excelentes esposas de aquellos hombres que conservan su piel de animal —le aclaró Skye.

Rose Mary asintió, notando el peso de aquella elección y de la indirecta que las dos muchachas habían querido transmitir.

—¿Y tú? —dijo Skye, inclinándose hacia ella—. ¿Eres un hada de agua? No creí que te atrevieras después de…, bueno, ya sabes… —La chica bajó la cabeza, avergonzada.

—No hay nada mejor que enfrentarse a tus miedos para dejarlos de temer —les contestó muy seria, porque de verdad creía en ello.

—Aunque hay que tener cuidado, porque no todas las hadas son benevolentes —murmuró Lorna mirándola de reojo.

—Por lo que he leído en la biblioteca del castillo, las mejores no lo son —sentenció Rose Mary. No la iban a pillar por ahí. Se había documentado para la ocasión.

Eso arrancó la risa de las dos muchachas que, al parecer, aún se sentían culpables por lo sucedido en el río, o al menos eso es lo que quiso entender Rose Mary.

Morag apareció, como si hubiera esperado el momento exacto para hacerlo, cuando ellas hablaban de hadas que no eran compasivas. Vestía de negro, sin concesiones. La tela gruesa absorbía la luz en lugar de reflejarla. Llevaba el cabello recogido, tirante, y en sus manos, una pequeña bolsa de hierbas secas que desprendía un olor terroso.

—¡Has venido! —Rose Mary se alegró de tener una cara amiga entre tanto invitado insípido y se abrazó a ella—Señoritas esta es Morag, ella es…

—La conocemos —contestó Skye con una sonrisa tímida.

Morag solo las saludó con una inclinación de cabeza antes de quedarse contemplando el vacío con preocupación. Rose Mary le siguió la mirada y se encontró con Aran, paralizado también ante la visión de la bruja. Vestía como un cazador de las Highlands, con pieles sobre los hombros y el tartán recogido con descuido. Había algo en él que evocaba a los antiguos relatos de hombres que se adentraban en el bosque y regresaban distintos.

Se acercó a Morag con la mandíbula apretada.

—¿Qué haces aquí?

—Yo la invité —se apresuró a contestar Rose Mary—. Una manera de agradecer sus cuidados.

—No sabes lo que has hecho. En las Highlands aún quedan demasiados hombres dispuestos a creer en maldiciones, brujas y viejas historias. Y acabas de darles un motivo para hablar. —rugió, malhumorado.

—Las brujas no existen. —Rose Mary le sostuvo la mirada—. Y entre tanto disfraz de espectros, magos y hechiceros pasará desapercibida.

Roy apareció detrás de Aran, vestido de tonos oscuros que evocaban el agua profunda. Su capa caía recta, sin adornos, y en su mirada había una quietud que recordaba a los lagos en los que uno no ve el fondo.

Rose Mary sonrió al verle. De los tres, entre los que contaba a su marido, Roy era el más simpático.

—¿Qué clase de disfraz es ese? —le preguntó risueña.

Roy realizó una exagerada reverencia.

—Soy un *each-uisge*, el más feroz y peligroso de todos los caballos de agua.

—Cuidado, *each-uisge*. Las hadas pueden ser mucho más crueles. —La voz de Keir, pegada a su espalda, estremeció a Rose Mary—. Dicen que te roban hasta el alma —susurró a su oído.

—Solo a quienes se acercan demasiado —respondió ella.

Rose Mary se giró con una lentitud extrema, para encontrarse con su oscura mirada. Tragó saliva antes de contemplar su vestimenta negra. El tartán cruzaba su torso con una sobriedad que no buscaba impresionar, y por eso lo hacía. La camisa clara

contrastaba con la piel, y el cinturón marcaba la línea de su cuerpo con una precisión que no dejaba lugar a distracciones. No llevaba máscara. Tampoco la necesitaba.

—¿Eso es un disfraz? —le preguntó a su esposo con sarcasmo.

—¿No lo son todos?

Sus ojos se encontraron.

Y, por un instante, el salón, las velas, las risas, todo quedó en segundo plano.

—¿De qué se supone que vas?

—De un hombre que no cree en cuentos.

—Entonces esta noche estás fuera de lugar.

—O quizá —murmuró acariciando con su aliento el lóbulo de su oreja— estoy aquí para comprobar cuáles son ciertos y cuáles no.

El pulso de Rose Mary se alteró.

Keir levantó el brazo y chasqueó los dedos. La música empezó a sonar. Procedía de una orquesta situada en uno de los palcos para no molestar a los bailarines. Los violines, arpas, guitarras, flautas, clarinetes y contrabajos marcaban el ritmo.

Rose Mary no podía apartar los ojos de su marido. «¿Lo recordará?», se preguntó, rememorando la noche en que le entregó su virginidad.

Keir sonrió con la mirada hasta que dejó de hacerlo. Se detuvo en medio de la pista de baile y la música con él. Rose Mary viró hacia la derecha para saber el motivo de tan abrupto silencio y halló un hombre de aspecto impoluto, que vestía como un inglés. En realidad, nada hacía sospechar que no fuera un compatriota de su tan estimada Inglaterra. Lucía un pelo castaño claro, la piel del rostro bien rasurada para distinguirse de los *highlanders* y su traje hecho a medida contrastaba con las criaturas del mar, los espíritus de las montañas y los elfos.

—¿Qué demonios hace aquí Seger Hamilton? —preguntó Keir irritado.

Rose Mary agrando los ojos al oír aquel nombre.

—Yo lo he invitado —dijo con despreocupación.

Pero la feroz mirada que le dedicó su marido consiguió que le fuera imposible tragar saliva y supo, antes de que recibiera una

explicación, que había metido la pata.

CAPÍTULO 37

Keir no daba crédito a lo que veían sus ojos. El maldito Seger Hamilton estaba en su fiesta, en su castillo, ataviado con un frac de color oscuro, chaleco ajustado, camisa de lino y una corbata blanca anudada al cuello. Típico de un *lord* sin serlo. Como siempre, Hamilton había acudido acompañado por sus hombres de confianza, cuya vigilancia constante desentonaba con las máscaras y el ambiente festivo del salón. Cuando oyó a Rose Mary decir que lo había invitado ella, le hirvió la sangre.

—¿De qué lo conoces? —le preguntó mientras apretaba los dientes.

—Era uno de los nombres de la lista.

—¿Qué lista? —Estaba a punto de perder los nervios.

—Se la pasé yo. —Aran se arrimó a él y le agarró del brazo—. Creí que sería un buen momento para limar asperezas y que conociera a Rose Mary. Para eso te has casado con una inglesa.

Keir se deshizo del agarre de su hermano, avanzó unos pasos y se paró ante el acreedor inglés.

—Señor Hamilton, bienvenido a mi humilde castillo. — dijo entre dientes. Levantó el brazo y chasqueó los dedos. La música volvió a sonar y las parejas reanudaron su danza por la pista. Todos se movían a excepción de Rose Mary, que se había quedado quieta, a la expectativa.

Keir le indicó que se acercara y ella obedeció sin rechistar, algo que le sorprendió.

—Querida, te presento al señor Hamilton, enviado de la Corona. Señor Hamilton, le presento a *lady* Glenmora, mi esposa.

—¡Ah! Al fin ha conseguido atrapar una flor inglesa. —Se inclinó hacia ella—. *Milady*, es usted mucho más hermosa de lo que

imaginaba.

Rose Mary se ruborizó y Keir tensó todavía más la mandíbula.

—Por favor, dejen sus abrigos a un lacayo y acomódense —habló Rose Mary como una perfecta anfitriona—. Pronto se servirá el ágape de medianoche y podrán recargar energías después del viaje.

La cena se dispuso en una sala contigua, igual de amplia que la del baile e iluminada con una abundancia de candelabros. Un gong advirtió a los invitados que había llegado el momento y entraron en tropel para degustar las bandejas de carne, pan, fruta y vino que estaban dispuestas en una mesa rectangular en el centro de la estancia. La costumbre inglesa era comer las pequeñas exquisiteces que se servían de pie, incluidas las tartaletas de crema que Rose Mary había insistido en preparar ella misma.

Los invitados alabaron el buen gusto. Su mujer se había superado y brillaba con sus alas de ninfa.

—Hamilton está hablando con Lorna —murmuró Roy de repente.

Keir giró la cabeza hacia donde señalaba su amigo.

Seger estaba demasiado cerca de ella y demasiado cómodo.

Lorna reía, quizá por educación o por desconocimiento. No había querido decirle nada a Skye sobre las intenciones del acreedor y, como todo lo que sabía su hermana era transmitido punto por punto a Lorna, comprendió que la muchacha permanecía ciega ante los encantos de ese hombre. ¿Cómo decirle que Seger Hamilton era una rata traicionera que le había obligado a casarse con una desconocida inglesa para salvar sus tierras? Ese malnacido no hacía más que recordarle que su palabra era ley. Lo amenazaba con que, si no se hacían las cosas a su manera, hablaría en su contra a la Corona inglesa para lograr que Glenmora pasara a manos de los británicos. Los ingleses ya habían comenzado a extenderse por otras zonas de las Highlands, comprando propiedades aisladas y transformando los valles en enormes terrenos de pastoreo. Por eso Keir había unido fuerzas con los terratenientes cuyas tierras colindaban con Glenmora: separados serían fáciles de devorar; juntos todavía podían resistir.

Keir no lo pensó y se aproximó a ellos a grandes zancadas.

Aran y Roy lo siguieron sin necesidad de indicaciones.

—Lorna —dijo Keir, con una calma que no era tal—, te buscan.

Ella alzó la vista, sorprendida.

—¿Quién?

—Yo mismo —dijo improvisando sobre la marcha. No fue una petición.

Hamilton los observó, divertido.

—Interesante —comentó—. Muy protector de su parte.

Keir no respondió. Pero tampoco se alejó.

—¿Y qué querías? —le preguntó ella.

—Un baile —dijo lo primero que se le ocurrió—. Hoy no he tenido el placer de bailar contigo.

Lorna se ruborizó. Y Keir cayó en la cuenta demasiado tarde de que tal vez aún tuviera sentimientos hacía él y creyera que se estaba insinuando. Pero qué tontería. Si hiciera algo así, no sería ante Seger Hamilton ni ante los ilustres invitados venidos de Inverness y alrededores reunidos en una misma sala.

Roy carraspeo y Aran le palmeó la espalda.

Mientras, el señor Hamilton pareció perder el interés por Lorna. Miraba algo con una extraña expresión, casi obsesiva, y fue entonces cuando se percató de que iba dirigida a Rose Mary que hablaba con un grupo de damas.

Hamilton se sirvió una copa con parsimonia, como si disfrutara de cada gesto. A Keir no le gustó la sonrisa que se le dibujó en los labios. Vio cómo el acreedor echaba la cabeza hacia atrás y balbuceaba unas palabras a uno de sus escoltas que le acompañaban.

—Lástima que no exista el derecho de pernada —dijo en un susurro petulante, pero lo suficiente para que Keir lo escuchara.

Sabía a qué sé refería: era una supuesta antigua prerrogativa de los señores dueños de una tierra en la que tenían el derecho de yacer con la recién desposada antes que el marido. Y no supo qué le provocó más rabia: que se creyera amo y señor de sus tierras o que se hubiera fijado en la belleza de Rose Mary.

Su cuerpo reaccionó antes de la razón. Dio un paso al frente, se situó a escasos centímetros de Seger, que era más bajo que él, y lo intimidó con la mirada.

—¿Ocurre algo, *laird*? —le dijo este, con una sonrisa torcida.

—No —murmuró Roy, sujetándolo del brazo.

Aran hizo lo mismo al otro lado.

—No aquí —añadió.

Keir no apartaba la mirada de Hamilton. Podía oír su propia respiración. Sentir el pulso en las manos. En la mandíbula.

—Lo va a pagar —dijo en voz baja al mismo tiempo que se daba la vuelta y se encaminaba al otro extremo de la sala llevándose a Lorna con él.

**

El salón de la cena de medianoche seguía vibrando con risas y conversaciones cruzadas, con el tintinear de las copas y el olor cálido de la carne especiada. Todo parecía seguir su curso, como si nada se hubiera tensado en el aire unos instantes antes. Y, sin embargo, Keir notaba esa presión como una cuerda invisible, tirando de él hacia un punto concreto.

Se dirigió hacia Rose Mary y el pequeño círculo de mujeres que había a su alrededor para dejar a Lorna sana y salva entre ellas.

Las vio reunidas y se le dibujó una sonrisa. Su mujer empezaba a integrarse. Ya iba siendo hora.

Skye se inclinaba hacia delante, reía con ligereza; Morag, más atrás, observaba como quien no participa, pero tampoco pierde nada de vista. Y las demás, esposas de nobles y comerciantes, con la soltura que dan los años.

No había pasado más de media hora desde que había alejado a Lorna de Seger, cuando, de nuevo, esa canalla apareció ante las damas y las hizo reír de manera escandalosa.

Keir intercambió una mirada breve con Roy y Aran. Un gesto casi imperceptible. Se acercaron sin prisa.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Keir, con una calma que rozaba la cortesía.

Las conversaciones se detuvieron apenas un segundo.

Hanna Bruce respondió con una sonrisa despreocupada.

—El señor Hamilton nos decía que está buscando esposa y cuánto le agradan las escocesas.

Un murmullo leve recorrió el grupo. Algunas sonrieron. Otras bajaron la mirada.

Keir observó a Hamilton.

Luego, muy despacio, decidió jugar.

—Entonces ha venido al lugar adecuado —dijo, alzando la copa que no había terminado—. Aquí abundan.

Hubo una risa ligera.

Hamilton lo miró como si acabara de encontrar un nuevo entretenimiento.

—No lo dudo —respondió—. Aunque, como sabrá, no todas las elecciones son iguales. —Y miró a Rose Mary con disimulo.

Keir casi rompe la copa de cristal. La ira le empezaba a drenar la sangre.

—Algunas requieren más cuidado que otras —contestó con los dientes apretados.

—O más ambición. —Seger paseó la mirada por el grupo y se detuvo en Lorna—. De hecho —añadió con una sonrisa cautivadora solo reservada para las damas—, ya me he fijado en una en particular. —El silencio llegó antes que el nombre—. La señorita MacLain es encantadora y sería una esposa perfecta.

Nada se movió. Ni un vaso. Ni una respiración. Ni siquiera Lorna.

La copa que llevaba Keir se hizo añicos en su mano. Se cortó los dedos, pero no le importó.

Rose Mary se apresuró a solicitar a una de las criadas que trajeran trapos.

Keir sintió cómo la sangre se escurría.

—De todas las mujeres la tenía que escoger a ella —dijo sin elevar la voz.

Hamilton alzó una ceja.

—¿Algún problema, *laird*?

—Todos los que pueda imaginar —respondió.

Rose Mary le vendó la mano y él ni se inmutó.

El silencio se hizo incómodo. Las mujeres ya no sonreían.

Algunas se apartaron, dejándolos a ellos dos en el centro, batiéndose con la mirada uno frente al otro.

Hamilton posó la copa sobre la mesa con un gesto deliberado.

—Curioso —dijo—. Pensaba que en estas tierras se valoraban las alianzas.

—Las valoramos —replicó Keir—. Cuando no se imponen.

—No impongo nada.

—Está usted hablando de una mujer como si fuera un objeto de intercambio.

—¿Y no lo es?

Keir sintió el peso de todas las miradas. Y, entre ellas, la de Rose Mary. No tuvo tiempo de interpretar su gesto. Tal vez estaba disgustada por la absurda herida que le escocía la piel, pero no tanto como que aquel hombre hubiera perdido el respeto a una de las mujeres que estaban bajo su protección al tratarla como una oveja a la que se la quería separar del rebaño. Porque, aunque Lorna era una MacLain, estaba bajo su custodia, al igual que sus tierras, hasta que ella se desposara. Si pensaba Hamilton que se podría hacer con ellas iba muy errado.

—Ha perdido el honor, Hamilton. Por muy bárbaros que nos consideren, aquí no vendemos a nuestras mujeres, y menos a ingleses —escupió la última palabra.

Seger pareció ponerse de puntillas para llegar a la altura de sus ojos.

—¿Me está retando a un duelo?

—En estas colinas no resolvemos la honra con pasos medidos y disparos al alba. —La mandíbula de Keir volvió a tensarse—. Aquí luchamos con espadas, cuerpo a cuerpo.

No notaba a Hamilton amedrentado y eso desconcertó a Keir.

—Luchemos entonces —dijo Seger mientras se quitaba con elegancia el frac y se lo entregaba a uno de sus esbirros.

CAPÍTULO 38

La salida al patio no se anunció, pero se produjo con naturalidad. Tal vez acostumbrados a esas bravuconadas, pensó Rose Mary, aún con las manos manchadas de la sangre de Keir y el susto en el cuerpo. Nunca había visto a su marido tan iracundo. Estaba tan colérico que entró en pánico. Y no era una mujer que lograse asustarse con facilidad. ¿Y si mataba al señor Hamilton?

En pocos minutos, el murmullo del salón quedó atrás. Los invitados se dispusieron en círculo en el patio del castillo sobre la piedra húmeda, bajo un cielo despejado que dejaba ver las estrellas con inusual claridad. El servicio se apresuró a encender antorchas alrededor del perímetro, proyectando una luz inestable que acentuaba las sombras y confería al conjunto un aire solemne, casi ritual.

Rose Mary se encontró rezagada entre las mujeres respecto al primer anillo de observadores. Notó el cambio en la disposición de los cuerpos: los hombres más cerca, las esposas y jóvenes detrás, como dictaba una jerarquía tan asumida que rara vez se cuestionaba. El aire era frío, pero no fue eso lo que la hizo estremecerse.

Keir se adelantó sin ceremonia al centro del círculo. Se quitó la camisa con brusquedad y la tiró a un lado. La luz de las antorchas dibujó con nitidez la forma de su cuerpo: hombros anchos, torso firme, marcado por una vida al aire libre más que por cualquier disciplina.

Rose Mary no debería haber mirado. Lo hizo y con demasiada intensidad.

«Todo esto es por Lorna», dedujo. Los celos se extendieron y hasta creyó que sus falsas alas de hada se habían ennegrecido por

la oscuridad que empezaba a anidar en ella. Se mordió el labio inferior y cerró el puño alrededor de la tela de su vestido.

—No lo mires así —murmuró Skye a su lado.

Rose Mary no apartó la vista.

—¿Así cómo?

—Como si no supiera lo que hace. Va a ganar.

—Eso es lo que me da miedo.

Hamilton entró en el círculo con una seguridad que rozaba la insolencia. Se arremangó las mangas de la camisa.

Las espadas llegaron de manos de un lacayo. Acero limpio.

Rose Mary sintió cómo el aire se estremecía cuando ambos hombres las tomaron. No era un juego. No del todo. Aquello tenía reglas, pero también consecuencias.

Keir no adoptó ninguna postura rígida. Había en él una quietud más parecida al control que a la calma.

Hamilton, en cambio, sonreía. Parecía demasiado seguro de sí mismo. Y eso hizo dudar a Rose Mary. Había aceptado muy rápido aquel duelo de espadas y eso solo podía significar que era un excelente espadachín.

—¡Espero que no se arrepienta, MacFie! —dijo el acreedor.

—¡No suelo hacerlo! —respondió Keir.

El primer movimiento fue rápido.

El acero chocó con un sonido seco que rompió la noche. No hubo tanteo ni cortesía. Solo dos voluntades midiendo distancia, fuerza e intención.

Rose Mary respiraba a destiempo. Cada movimiento de Keir era preciso, aunque la furia lo delataba. En cambio, Hamilton era rápido en reflejos. Poco a poco, la diferencia se hizo evidente. Hamilton era bueno, pero Keir tenía ventaja. Rose Mary lo percibió en la forma en que lograba que Seger retrocediera. En cómo desviaba los ataques sin esfuerzo aparente. En esa concentración que no necesitaba imponerse para dominar. Y el pánico a que ganara y acabara con una vida se hizo patente en ella.

El público se sorprendía y aplaudía, alternándose las emociones dependiendo de quién realizara el movimiento más salvaje, el más abrupto o el más certero.

Keir recibió un rasguño en la costilla y Rose Mary aspiró el aire para retenerlo en sus pulmones y no soltarlo. Morag, que se había acercado a ella, entrelazó sus manos con las suyas.

—Respira, todo irá bien, palabra de bruja —le susurró al tiempo que le guiñaba un ojo.

Eso no la tranquilizó. Siguió observando y, de pronto, Hamilton tuvo un descuido que Keir aprovechó, un ángulo abierto por el que avanzar y apoyar el filo en su cuello. El silencio se convirtió en un escudo. No se oía ni el silbar del viento. Rose Mary se agarró con más fuerza a Morag y cerró los ojos.

—¡Suficiente! —exclamó Keir.

Rose Mary levantó los párpados, y vio a su marido bajar el arma.

Hamilton tardó un segundo en reaccionar.

—¡No hemos terminado! —chilló.

—Yo sí —respondió el *laird* con tono arrogante señalando a Roy y Aran que estaban preparados para atacar si fuese necesario a los hombres armados que acompañaban a Hamilton—. Si no, ya sabe cómo puede acabar esto. Nosotros también tenemos escopetas.

Hamilton apretó la mandíbula.

Keir le dio la espalda. El círculo se abrió para dejarlo pasar. Cuando sus ojos encontraron los de Rose Mary, hubo un destello de reconocimiento y luego esa frialdad que ella no entendía.

—Todo esto es por Lorna —repitió, y esta vez en alto.

—Ella no ha provocado nada de esto —la defendió Skye.

—Solo debía pronunciarse, decidir por sí misma si quiere o no que Hamilton la corteje —susurró airada Rose Mary, mirando a un lado y a otro para comprobar que nadie las escuchaba. Estaban demasiado atentos a los pasos de Keir alejándose.

—¿Yo debía decidir? —Oyó como Lorna, a sus espaldas, preguntaba incrédula.

—¡Sí, tú! —se encaró a ella—. ¡Esta absurda pelea ha sido por ti!

—Me ha pillado por sorpresa. No sabía… No creo… que una mujer deba hablar de esas cosas en público

—Pero sabrá si le agrada Hamilton o no —intervino Morag a su favor—. Antes la he visto hablar con él y le reía las gracias.

—¡Eso es muy injusto! —Skye se apresuró a llevar a Rose Mary hacia un rincón del patio—. Una palabra de Lorna en un sentido o en otro y esto habría acabado en una guerra entre escoceses e ingleses y no en un simple combate.

Rose Mary exhaló contrariada. Se sentía estúpida. Las mujeres poco podían hacer cuando los hombres se enzarzaban entre ellos.

—Lo siento —se dirigió a Lorna que parecía a punto de llorar. Le pasó el brazo por su hombro para calmarla.

—Eso está mejor. No nos deberíamos pelear por el tonto ego de un hombre —dijo Morag uniéndolas a las cuatro en un abrazo de grupo.

Rose Mary sonrió, aunque no supo a qué ego se refería, si al de Seger Hamilton, encaprichado de Lorna, o al de Keir, obcecado en mantener a su anterior prometida a su lado.

CAPÍTULO 39

Rose Mary bordaba o fingía hacerlo la mañana siguiente del fiasco que resultó ser su primera fiesta y su primera vez como anfitriona. La aguja atravesaba la tela con precisión mecánica, pero su mente no estaba allí. La sala olía a lavanda seca, y la luz entraba en franjas ordenadas por los ventanales altos, dibujando una calma que no terminaba de asentarse en ninguna de las cuatro mujeres que permanecían allí sentadas. Skye parloteaba demasiado alto sobre lo maravilloso y estupendo que había sido el baile de disfraces, sin tener en cuenta el altercado, con espadas incluidas, que le puso fin.

Lorna mantenía la cabeza gacha en la prenda que bordaba, aunque no paraba de asentir a lo que decía su amiga. Grizel, en su rincón, remendaba y negaba con la cabeza. A esas alturas, Rose Mary ya había comprendido que el ama de llaves ocupaba un lugar particular dentro de Glenmora, más cercano al de una vieja tía severa que al de una simple empleada. Recordaba cómo casi se desmaya al salir corriendo de la cocina y encontrar a Keir con la mano derecha ensangrentada al romper la copa de cristal. Aunque solo ella había tenido la fuerza y la cordura para vendarla. Deseaba saber cómo estaba su marido, y más conociendo que era diestro y que había tenido que dolerle cuando empuñó esa pesada espada. Sin embargo, él aquella noche tampoco acudió a la alcoba matrimonial.

—Si tensa así el hilo, terminará rompiéndolo —dijo Grizel.

Rose Mary aflojó la mano.

—Gracias.

El golpe en la puerta interrumpió la quietud.

Las mujeres se miraron interrogantes.

Volvieron a escucharse porrazos más virulentos.

—¿*Lady* Glenmora? —Era la voz de uno de los hombres que siempre permanecían cerca de Seger Hamilton.

Skye dejó de hablar. Lorna se giró en su asiento. Grizel se levantó con lentitud y solo abrió la puerta cuando ella asintió.

El hombre que apareció en el umbral era demasiado alto y grande de espaldas. Ocupaba todo el espacio de manera amenazante.

—*Lady* Glenmora —dijo sin inclinar la cabeza de manera respetuosa como solían hacer los caballeros—. El señor Hamilton solicita verla en el jardín.

Rose Mary dejó la aguja sobre la mesa con cuidado.

—Puede decirle que no estoy disponible.

El hombre no se movió.

—El señor Hamilton espera.

Por el tono supo que no era una invitación.

Grizel carraspeó.

—Yo la acompañaré, señora.

El hombre la observó como si se diera cuenta en esos momentos de su insignificante presencia.

—No es necesario.

—Para usted, quizá —replicó el ama de llaves—. ¡Este encuentro pone en juego la reputación de una mujer casada!

El hombre las evaluó a ambas y luego asintió.

**

El jardín estaba situado en la parte trasera del castillo. Desde su llegada, Rose Mary lo había pisado en una sola ocasión, cuando Grizel le enseñó las estancias y alrededores en un circuito rápido y sin grandes explicaciones.

El señor Hamilton la esperaba cerca de un rosal y no parecía estar fuera de lugar.

—*Lady* Glenmora, le agradezco que haya venido. —Extendió el brazo para agarrar su mano y besarla. Menos mal que antes había pasado por su dormitorio escoltada por Grizel y el esbirro del acreedor, y se había agenciado un chal y unos guantes.

—No estoy segura de que haya tenido elección.

Él no se disculpó ante ello y empezó a caminar. Rose Mary se mantuvo a su lado. Giró la cabeza para comprobar, aliviada, que Grizel se mantenía a unos metros de distancia.

—Debo disculparme por mi comportamiento de anoche. No fue apropiado —dijo Hamilton. Parecía afectado por lo ocurrido.

Rose Mary lo miró de reojo.

—No —respondió—. No lo fue.

Él asintió, como si aceptara el juicio sin discutirlo.

—A veces uno se deja llevar por ciertas costumbres. Demasiado tiempo yendo y viniendo de las Highlands.

—No todas las costumbres merecen ser mantenidas.

Eso arrancó una leve sonrisa en el hombre.

—Tiene usted razón.

El sendero se abrió ante ellos, bordeado de setos bajos y flores aún húmedas por el rocío de la mañana.

—Le traigo noticias de una vieja conocida suya —continuó él—. *Lady* Susan.

Rose Mary se detuvo. Se culpó por no haber pensado en ella más a menudo. Ni siquiera le había enviado una carta, como así le había prometido, para informarla de todo lo que ocurriera en Glenmora. ¿Pero qué le podía haber dicho? ¿Que las paredes del castillo eran frías, que existía poca leña para calentar las habitaciones, que la hermana de su marido se la tenía jurada y que él bebía los vientos por su exprometida y hasta se había atrevido a batirse en duelo por ella? O quizás que esta vez sí que había consumado el matrimonio y que temía estar embarazada, pero el responsable de ello no se acordaba de una de las noches más excitantes en la vida de Rose Mary y que se negaba a volver a pisar su alcoba. Sí, había hecho bien en no escribir ni una sola frase.

Hamilton sacó un sobre lacrado del interior de su chaqueta y se la tendió.

—Me pidió que se la hiciera llegar.

La tomó. El papel era reconocible incluso antes de abrirlo.

—También he hablado con su esposo, el señor Hall. Dice que confía en su bienestar —prosiguió Hamilton—. Me confesó que su

felicidad es, en cierto modo, una condición.

—¿Entonces usted sabía quién era yo antes de que nos presentaran anoche en la fiesta y disimuló?

—Fui yo quien aconsejó al *laird* MacFie que se casara con una heredera inglesa —contestó Seger, ufano.

—No soy ninguna heredera. —Rose Mary bajó la cabeza.

—Y, aun así, ha conseguido parte de la fortuna de los Hall. Admirable, teniendo en cuenta su origen.

—Solo es una dote —contestó cauta después de respirar hondo. Si *lady* Susan había confiado en el señor Hamilton para confesarle quién era ella, y también sobre el inusual acuerdo de su matrimonio, eso significaba que era un hombre de fiar y, por lo tanto, Keir no tenía ninguna excusa. Su recelo era causado por los sentimientos que aún albergaba por Lorna.

—Una dote que al cabo de un año será suficiente como para salvar Glenmora, si usted decide que es feliz aquí —dijo Seger ajeno al torbellino de pensamientos en los que se había abstraído Rose Mary—. Y como estas tierras están en deuda con la Corona mi deber era investigar a la nueva *lady* Glenmora. Por eso me acerqué a los Hall.

—No parece alegrarse de eso. —Rose Mary advirtió el brillo juguetón en los ojos del señor Hamilton.

—Al contrario. El señor Hall y *lady* Susan fueron unos excelentes anfitriones cuando los visité en Woolriver. Me encomendaron su bienestar y felicidad.

Rose Mary acarició la carta que le acababan de entregar como si fuera una flor marchita.

—¿Y? —inquirió Seger intentando encontrarse con su mirada.

—Perdone, ¿me ha preguntado algo?

—¿Es usted feliz? —La sonrisa ladeada de Hamilton la pilló desprevenida.

Rose Mary contempló el jardín. La distancia que se extendía más allá del castillo.

—No soy infeliz —respondió.

No era una mentira. Tampoco era la verdad completa.

Hamilton asintió, como si esa respuesta bastara.

—Se lo haré llegar al señor Hall. Aun así, la invito a que le escriba unas líneas a la familia. Sé que la echan mucho de menos. Yo mismo les llevaré la carta. Partiré en breve.

Rose Mary asintió sin pronunciar palabra. No quería ser maleducada, pero lo único que deseaba era encerrarse en su habitación y leer la carta de *lady* Susan. Miró hacia atrás donde estaba Grizel. El ama de llaves pareció entender su desasosiego y se apresuró a intervenir.

—*Lady* Glenmora, la mañana refresca. Es mejor que no nos demoremos mucho. Acaba de pasar por un traumático percance…

El hombre de Hamilton que también se mantenía cerca, agarró el brazo de la mujer para que no avanzara más y la alejó de ellos.

—¡Es verdad! —exclamó Seger—. He oído que tuvo un accidente en el río y que sufrió de intensas fiebres.

—Ya pasó. —Rose Mary bajó la cabeza. No le apetecía alargar más la conversación.

Hubo un silencio incómodo y luego el acreedor se aclaró la garganta.

—En cuanto a la señorita MacLain, mis intenciones son sinceras —dijo a bocajarro, sin venir a cuento.

Rose Mary sonrió. Por fin habían llegado al meollo de la cuestión y el motivo real de aquel encuentro.

—¿De verdad está interesado en ella? ¿No lo hizo tan solo para enfurecer a mi marido? —le preguntó preocupada.

—Si eso fue lo que pareció, le vuelvo a pedir disculpas. Tampoco soy un heredero de una familia longeva ni tengo un título, pero sí una buena posición. Y la señorita MacLain me agrada, me hace sentir un adolescente. No sé si ha llegado a experimentar esa sensación.

Ella no respondió, tampoco sabría qué decirle. Lo único que había experimentado habían sido unas escalofriantes, insensatas y extraordinarias embestidas que la habían dejado paralizada de cintura para abajo y con ganas de repetir, pero su marido no estaba por la labor.

—Ayer no pretendía perjudicar a nadie —continuó el señor Hamilton—. Solo me dejé llevar por mis emociones.

Rose Mary pensó en Lorna, en su risa de la noche anterior, en la forma en que había quedado inmóvil cuando su nombre fue pronunciado.

—Agradecería —Seger la había tomado de la mano, y eso la inquietó— que, si tiene ocasión, le hablara bien de mí.

Rose Mary rehuyó enseguida de ese contacto. La petición no era inocente.

—Lo intentaré.

No había nada de malo en hacer de celestina. Si *lady* Susan había confiado en el acreedor, Lorna estaría en buenas manos. Eso se dijo a sí misma antes de sentir un cosquilleo extraño en la parte de su corazón en el que aún cicatrizaban las traiciones.

CAPÍTULO 40

Keir cabalgaba sin prisa, sintiendo el ritmo del caballo bajo él como una constante fiable en medio de todo lo demás. La tierra se extendía a su alrededor: colinas abiertas, muros de piedra, manchas de brezo que aún conservaban la humedad de la noche. Era suya en un sentido antiguo, difícil de explicar, que los ingleses no entendían., Y, sin embargo, allí estaba Hamilton, observándola como si ya hubiera empezado a hacer cuentas.

—No es mala tierra —dijo el inglés al fin.

Keir no giró la cabeza. Estaba herido y no entendía por qué, cuando era él quien había ganado la pelea la noche anterior. No obstante, Seger actuaba como vencedor, como amo y señor de ese valle. Todavía no había olvidado la manera tan irrespetuosa en que se dirigió a su esposa cuando creía que no lo escuchaban. Apretó con fuerza las riendas de cuero.

Hamilton espoleó su caballo para colocarse a su altura. Su mirada recorría el paisaje con interés, pero no había en ella admiración. Solo cálculo.

—Aunque la mitad de una buena tierra sigue siendo la mitad —añadió con desdén.

Keir tensó la mandíbula, tanto que temió romperse alguna muela.

—Diga lo que ha venido a decir.

Hamilton sonrió, como si apreciara la franqueza.

—La dote no es suficiente por ahora.

El viento se coló entre ellos, trayendo consigo el olor húmedo del campo. Durante un instante, no dijo nada. Sabía que algunas palabras, una vez dichas, no se podían retirar.

—Nunca lo es —replicó al fin, mordiéndose la lengua.

Hamilton inclinó la cabeza hacia él.

—La Corona espera resultados.

Keir dejó que su mirada se deslizara hasta el rebaño. O lo que quedaba de él.

—Y no le agradará saber —continuó Hamilton— que la mitad de sus ovejas han muerto o están enfermas.

Keir volvió a apretar las riendas. El caballo se inquietó y él tuvo que calmarse para amansarlo.

—El invierno ha sido duro —respondió entrecerrando los ojos.

—Esa no es una excusa válida en Londres —pareció reprenderlo el acreedor.

Keir odiaba todo lo relacionado con los ingleses; ellos eran los culpables de su desgracia. De las deudas que había heredado. Luego recapacitó. No era justo. Si su padre no hubiera aceptado un acuerdo tan vejatorio, no estaría en esa situación, a merced de un reino que no era el suyo. Y su ira se trasladó hacia su progenitor, por morir, por dejarlo solo, por ser tan estúpido y un padre ausente, capaz de abandonar a su madre hasta consumirla de pena.

—¿Y qué propone? —dijo sin miramientos.

Hamilton no respondió de inmediato, se tomó su tiempo.

—A la Corona le gusta la estabilidad. Las soluciones.

Keir no dijo nada. Esperó. Conocía a Hamilton y solo estaba preparando el terreno.

—Una alianza podría facilitar las cosas —añadió Seger.

Keir dejó escapar una exhalación lenta.

—No ama a Lorna ni ella a usted.

No era una pregunta.

Hamilton sostuvo su mirada.

—Es una joven adecuada y, con el tiempo, quién sabe.

—Solo desea las tierras de los MacLain.

—Reconozco que son valiosas —contestó Seger, petulante.

Keir sonrió.

—¿Qué le hace tanta gracia? —El ánimo de Hamilton se había esfumado de repente, desconcertado.

—Tanto que parece odiarme a mí y a las Highlands y lo que quiere es ser un *laird* en Escocia y un caballero en Inglaterra. Jugar

a dos bandas. Tener lo mejor de ambos mundos sin pagar el precio de ninguno.

Hamilton no respondió de inmediato, pero algo en su expresión cambió.

—Es una interpretación interesante —dijo.

—Es la correcta.

El caballo de Seger se movió intranquilo. La tensión era palpable y ninguno de los dos se molestaba ya en ocultarlo.

—Debería tener cuidado, Macfie —murmuró el inglés—. La franqueza es un lujo cuando uno no puede permitírselo.

Keir acercó el caballo hacia él y se inclinó.

—Y la amenaza es un recurso pobre cuando no se tiene razón —susurró, complacido por su rápida réplica.

El acreedor lo observó unos segundos más. El reto había empezado.

—Veo el futuro de Glenmora complicado si sigue con esa postura. Oscuro, incluso.

Keir no apartó la mirada.

—Glenmora ha sobrevivido a cosas peores.

—No como estas —dijo Hamilton—. No cuando el problema tiene más que ver con las personas que la gestionan, que con la tierra.

El golpe fue limpio. Directo. Keir lo encajó sin moverse. Porque sabía que, en parte, existía cierta verdad en ello. Y eso era lo más peligroso.

—Si la deuda no se salda, no habrá alternativa —siguió el acreedor con su monólogo. El viento volvió a levantarse, moviendo el brezo, arrastrando consigo el sonido lejano de los animales—. Tendrá que desalojar a sus arrendatarios. Vender y convertir estas tierras en lo que deberían haber sido desde el principio: pasto para el ganado inglés.

El caballo de Keir relinchó; parecía percibir su ira. Sin embargo, antes de contestar, su dueño dejó que su mirada recorriera de nuevo el paisaje. Él era el *laird*, el heredero de esas tierras, y algún día sus hijos también deberían lidiar con sus fríos inviernos.

—No voy a echarlos —dijo convencido de que podía ganar la batalla final.

Hamilton asintió, como si ya esperara esa respuesta.

—Entonces perderá todo lo demás.

Los músculos tensos de los brazos de Keir se marcaron a través de la camisa.

—Jamás me rendiré, señor Hamilton, y Lorna jamás será suya.

Espoleó al caballo y cabalgó hacia el castillo enfurecido. Debía enmendar la situación. Antes que ceder a la proposición de Seger, entregaría a Lorna a uno de los suyos. Alguien de confianza, alguien…

Aran venía a su encuentro con su corcel negro.

—Siento haberte dejado solo con ese malnacido, pero ayer bebí demasiado y…

—Serás tú. — Keir señaló a su hermano con el dedo índice.

—¿A qué te refieres?

— Te casarás con Lorna, y las tierras MacLain pasarán a tus manos.

CAPÍTULO 41

Habían pasado dos días desde que Seger Hamilton le entregara la carta de *lady* Susan a Rose Mary. La estaba leyendo por undécima vez, cuando Grizel entró en la habitación.

—Por favor, señora, necesita salir, airearse.

Rose Mary seguía en la cama a pesar de haber pasado ya hacía un buen rato la hora del desayuno. ¿Para qué levantarse si siempre comía sola? Además, durante las cenas Keir ni la miraba. Y la conversación con Skye y Lorna no era del todo fluida desde que el señor Hamilton le encomendara hacer de celestina. No sabía qué decirle a la chica sobre las bondades de aquel hombre que no conocía. Aunque parecía agradable y de buen ver, sabía por experiencia que era una soberana tontería que un matrimonio se basara solo en el aspecto físico. Ella había creído que Keir MacFie sería su salvación, que la llevaría lejos de Woolriver, donde solo se la conocía como la chica rara de *lady* Susan. Pensaba que a esas alturas ya habría creado una nueva identidad y un hogar. Sin embargo, la realidad era bien distinta. Leyó otra vez la carta de *lady* Susan, en la que le explicaba el día a día del club de damas y las travesuras de los mellizos. Comprendió que los echaba tanto de menos que Glenmora sería incapaz de convertirse en esa idílica morada que había imaginado.

—¿Ha recibido malas noticias? No para de releer esa carta —le dijo Grizel mientras, con la natural autoridad que parecía ejercer sobre el castillo, la sacaba de la cama, le ponía la bata y la obligaba a sentarse en una butaca cerca del ventanal para que le tocara un poco el sol. Keir no había exagerado cuando se la presentó: en Glenmora, todo terminaba pasando de un modo u otro por sus manos.

—No, al contrario. Todos parecen estar muy felices… — No terminó la frase. Le dolía que la vida siguiera su curso ajena a ella después de tantas vivencias compartidas.

Grizel examinó las sábanas

—Se ven limpias, aunque pediré a una de las criadas que cambie la cubierta del colchón. Pero ¿No le tocaba el periodo dentro de poco?

Rose Mary vaciló, no sabía si confesarle su miedo a que esa falta que había detectado fuera algo más que un retraso puntual.

—Nunca he sido muy regular —le dijo, y tampoco era mentira. Aunque antes no debía preocuparse de si el motivo eran los nervios o bien un embarazo que no sabía si deseaba, dadas las circunstancias. ¿Quién traería al mundo a un hijo con un padre ausente?

—Seguro que es la angustia por estar tan lejos de casa, porque lo otro… sería más bien un milagro —susurró Grizel, y la miró de reojo, tal vez esperando algún tipo de confirmación.

Rose Mary se volvió a hundir en la lectura.

—Necesito escribirle unas líneas a *lady* Susan, informarle de cómo va mi vida de casada, pero estoy en blanco. Y se me acaba el tiempo. El señor Hamilton partirá en nada y tengo que entregársela —explicó con la esperanza inútil de que Grizel le dijera lo que debía escribir.

Sin embargo, la mujer se cruzó de brazos.

—Lo más sensato es que ella venga y lo vea con sus propios ojos. Eso seguro que le ayudará mucho más que imaginarse cosas que no son.

—¿Y qué son esas cosas, Grizel?

La mujer suspiró.

—Necesita una mano amiga, que la ayude en esta transición. No es fácil pasar de ser una señorita inglesa consentida a las responsabilidades de la mujer de un *laird*.

Rose Mary esbozó una sonrisa. Si supiera que de niña ayudaba a su padre con sus labores como capataz de los Hall, que su madre era una de las sirvientas de la casa y que ella se quedó sola y desamparada cuando ellos murieron, pondría el grito en el cielo. Y

tal vez se desmayaría si conociera la historia de cuando el viejo señor Hall se rompió el cuello al caerse del caballo y ella perdió un techo en el que refugiarse de repente. La casa quedó vacía durante años a la espera que el hijo pródigo volviera. Fue vagando de casa en casa y la echaron de todas porque no se adaptaba ni toleraba las órdenes. Hasta que el joven señor Hall regresó casado con *lady* Susan. Aunque sus comienzos fueron difíciles, aquella dama le dio una razón para soñar y un hogar en el que quedarse. Y había sido una estúpida por querer irse, por no valorar sus empeños por convertirla en una señorita, pese a que siempre sería una pobre criada.

Rose Mary asintió sin escuchar el cansino parloteo de Grizel.

—Por cierto, no le he dicho nada al señor sobre su encuentro con Hamilton. No creo que le guste que se vea con él a escondidas.

Rose Mary alzó la cabeza sorprendida.

—¡No era a escondidas! ¡Usted estaba allí!

—Por eso sé de buena tinta que sus intenciones son nobles y que añora Inglaterra, pero debe terminar.

—Claro. Solo le entregaré la carta para que la lleve a Woolriver. No creo que sea un disparate invitar a los Hall al castillo, al fin y al cabo, soy *lady* Glenmora y no necesito el permiso de nadie.

—Bueno, el señor debería saberlo. —Grizel la miró suspicaz.

—Y lo sabrá. Cuando llegue el momento —contestó Rose Mary, levantándose con energías renovadas y encaminándose hacia el tocador. Sacó de un cajón un papel y una pluma y empezó a escribir.

**

El jardín ya no era el mismo a esas horas de la tarde. La luz parecía más tenue y dorada. Rose Mary caminaba despacio por el sendero de grava, notando el leve crujido bajo sus pasos. Llevaba la carta en la mano, doblada con cuidado, aunque no tanto como para ocultar la tensión de sus dedos.

Seger Hamilton la esperaba junto al seto de tejos, con esa puntualidad propia de los ingleses. Miró hacia atrás y solo vio al escolta de siempre.

—*Lady* Glenmora, veo que hoy no le acompaña ninguna criada.

—Señor Hamilton —saludó cortés. Después del sermón de Grizel, había preferido ahorrarle el disgusto a la mujer, pero al ver el extraño brillo en los ojos del señor Hamilton pensó que había errado en ello—. Para *Lady* Susan —dijo tendiéndole un sobre sin más preámbulos—. Me dijeron que parte esta noche.

Hamilton lo tomó con una atención casi ceremoniosa, como si aquel gesto tuviera más valor del que aparentaba.

—Me aseguraré de que la reciba.

Rose Mary iba a darse media vuelta cuando Seger tocó su brazo. Fue un roce mínimo, aunque intencionado.

—¿Ha tenido ocasión de hablar con la señorita MacLain? —preguntó el acreedor iniciando un paseo que Rose Mary no había previsto. Aun así, por educación, lo siguió.

—No —respondió—. Apenas he tenido tiempo.

Hamilton asintió.

—Comprensible.

Avanzaron unos pasos más. El sendero se estrechaba, obligándolos a caminar más cerca de lo que Rose Mary habría preferido. El perfume de las flores, más intenso al caer la tarde, los rodeó.

—No sabría qué decirle —añadió ella—. No lo conozco bien y no sabría qué virtudes mencionar.

—Podría comentarle que soy un hombre razonable.

Rose Mary giró la cabeza hacia él.

—No estoy segura de que eso sea lo que desea oír.

Hamilton esbozó una leve sonrisa.

—¿Demasiado aburrido?

Rose Mary desvió la mirada hacia las flores. El señor Hamilton no tenía ni idea de lo que una mujer necesitaba para ser cortejada.

—Es usted demasiado práctico. —Se apiadó de él y quiso confesarle lo que a ella y a todas las chicas que había conocida querrían escuchar de labios de su pretendiente—. Y debería ser más… —No se atrevió a expresar la palabra «afectuoso», que era la que le bailaba en la cabeza, por si se lo tomaba a mal.

—¿Más dulce? Puedo serlo —le contestó el señor Hamilton agarrando su mano y besándola al igual que había hecho la primera vez que se encontraron en el jardín.

—No con gestos, todavía no. El primer acercamiento debe de ser con palabras.

—¿Como un poeta?

Rose Mary sonrió.

—Es usted más listo de lo que parece —bromeó para acto seguido darse cuenta de que había sido demasiado arriesgado burlarse de él de esa manera.

Seger Hamilton no se ofuscó ante el comentario, lo cual le otorgó un punto de más en la lista de pros y contras que escribía mentalmente sobre él.

—¿Cree que Lorna ha leído a *lord* Byron, William Wordsworth, Samuel Taylor o William Blake?

Rose Mary agrandó los ojos. Esos eran sus poetas favoritos. Desde que *lady* Susan le había enseñado a leer y le había mostrado la colección de la biblioteca de los Hall, la poesía había sido su otra ilusión en la vida, además de casarse.

La carcajada que salió de sus labios fue involuntaria.

—¿Eso quiere decir que no? —El señor Hamilton también reía de la ocurrencia. Lorna podía ser joven, bonita, ingenua, pero no creía que fuese admiradora de *lord* Byron.

—Me encanta compartir estos momentos. Solo usted y yo entendemos esta clase de humor —dijo Seger acercándose más a ella y rozando su brazo.

Rose Mary ya no quiso pasear más. Comprendió que aquello no solo se trataba de Lorna, y no le acabó de gustar. —¿Qué pretende con todo esto, señor Hamilton?

Él se giró y ambos reemprendieron el camino de regreso al castillo.

—Usted tiene influencia —dijo con suavidad—. Más de lo que cree.

Rose Mary no respondió de inmediato.

—Solo soy una recién casada en una casa que no es la mía.

—Todavía. Todos la observan y pronto la imitarán.

Hamilton la miró entonces con una atención que no tenía nada de casual.

—¿Cree que intento impresionar a la señorita MacLain? —dijo—, Al revés, es a usted, por ser el puente que puede acercar Glenmora a Londres.

Rose Mary sostuvo su mirada.

—¿Y Lorna? ¿Dónde queda ella? —No sabía a qué estaba jugando Hamilton. ¿Quería o no quería casarse con ella?

—Ella es el premio, *milady*. Y lo deseo con todas mis fuerzas, pero ella no se arrimara a un inglés si usted, otra inglesa, no le habla sobre mis bondades.

—Por lo que sé, es práctico y lee poesía, o al menos sabe los nombres de los poetas más famosos de Inglaterra.

—Eso demuestra que soy culto.

—Y además ingenioso.

Ambos rieron y Rose Mary pudo ver en él a un aliado y amigo. Keir se dejaba llevar por los celos al sospechar del acreedor. Siempre le había oído hablar pestes sobre el señor Hamilton, pero era el único con carácter y los medios adecuados para salvar esas tierras y el castillo.

—Si le consigo que Lorna lo vea a usted con buenos ojos, ¿me promete que será indulgente con Glenmora y con mi marido? —dijo con cautela.

Hamilton asintió.

—Sabe usted negociar mucho mejor que él. Debería dejar el castillo en sus manos.

Rose Mary se ruborizó, pero en el fondo le encantó que valoraran su ingenio.

—¿Entonces tenemos un pacto?

—Por supuesto, *milady.* —Seger realizó una reverencia cuando llegaron a la entrada del castillo.

—Intercederé por usted, señor Hamilton. Creo que la señorita MacLain será una estupenda esposa.

Ambos se despidieron satisfechos y a Rose Mary le volvió el apetito. Con suerte, Lorna se enamoraría de ese hombre y se la llevaría lejos de su vista. Así Keir empezaría a mirarla otra vez.

CAPÍTULO 42

Keir había anunciado a Aran su compromiso con Lorna, y este no se lo había tomado demasiado bien. Su hermano lo había perseguido a caballo dándole decenas de razones por las que sería horrible que se casara con la chica de los MacLain, pero Keir no había escuchado ninguna coherente. Todas estaban relacionadas con los sentimientos de su medio hermano y nada tenían que ver con el campo ni el castillo. Lo que pretendía con esa unión era unir las tierras de los MacFie con la de los MacLain para que el maldito Seger Hamilton no se las quedara. Si se prometían antes de su vuelta, no tendría más remedio que claudicar en su empeño.

Keir permanecía junto al escritorio, erguido, con esa calma que no siempre era tal, mientras el viento golpeaba los cristales con la misma virulencia que Lorna se había tomado la noticia aquella mañana. Dos días después de que se le ocurriera. Lo meditó bastante y no encontró otra solución. Esa era la única manera de salvar a la pequeña de los MacLain, con la que se crio y a quien juró proteger.

Frente a él, Lorna y Aran ocupaban el centro de la estancia con una tensión palpable. Era curioso cómo a veces los planetas se alineaban de tal manera que hacían posible lo imposible: dos personas capaces de discutir durante horas estaban de acuerdo en una sola cosa.

—¡No voy a hacerlo! —chilló Lorna por enésima vez con un llanto descontrolado—. ¡No pienso casarme con él!

—Ni yo con ella. Ya te lo dije en su momento, Keir, y te lo vuelvo a repetir —añadió Aran, cruzándose de brazos.

Keir los miró a ambos.

—Curioso —murmuró—. Es la primera vez que coincidís en algo.

—Aprovechémoslo —respondió Aran—. No ocurre a menudo.

Lorna le lanzó una mirada fulminante.

—No es un momento para bromas.

—Discrepo —replicó su hermano—. Si voy a ser obligado a casarme, al menos déjame reír antes.

Keir dejó escapar un suspiro y apoyó una mano en el escritorio.

—No os lo pediría si no fuera lo único que se me ha ocurrido.

—Pues piensa más —dijo su hermano con sarcasmo.

—Es una necesidad —replicó Keir sin mucho ánimo de discutir. ¿Cómo conseguía su padre que no lo contradijeran?

—¡Siempre lo es! —respondió Lorna. Era una muchacha complaciente, discreta, nunca la había visto tan exaltada— ¡Siempre hay una razón! ¡Una tierra que salvar, un apellido que sostener y, que casualidad, siempre nos toca a nosotras!

—¿Quiénes? Yo no veo a nadie más que tú — se burló Aran.

—¡Sabesa qué me refiero! —Lorna lo miró con los ojos semicerrados y lo señaló con el dedo—. Desde que era pequeña me perseguías junto a mi primo y no parabais de hacerme trastadas. Es algo que no voy a olvidar.

—¡Vamos! Son cosas de crío y no solo te perseguíamos a ti. También lo hacíamos con Skye.

—¿Qué pasa conmigo? —Su hermana apareció sin avisar de su llegada. Eso no lo sorprendió, dado que había pedido verla, y conocía de sobras sus malas formas.

—Se llama antes de entrar, Skye —le recriminó Keir—. ¿Y si hubiera estado en una reunión?

—Se oyen desde el otro lado del castillo los gritos de Lorna. —Su hermana le sacó la lengua.

Se escucharon unos golpes en la puerta. No tuvo dudas de que era Roy.

—¡Entra! —exclamó exasperado y rezando para que su amigo pusiera un poco de cordura entre tanto llanto y tanta broma.

Roy entró con esa tranquilidad característica de él.

—¿Interrumpo una tragedia o una comedia? —preguntó.

—Ambas —respondió Lorna.

—Perfecto —dijo Roy, apoyándose contra la pared—. Me gustan las historias complicadas.

—Te gustarán menos cuando te toque participar —murmuró Aran.

Roy arqueó una ceja.

—Eso suena prometedor.

—No lo es, para nada, créeme —añadió Lorna con el ceño fruncido.

Keir no alargó el momento.

—He tomado una decisión —dijo mientras servía tres vasos de *whisky.*

—Siempre es buena señal —se burló Roy alcanzando uno de los vasos.

—Aran y Lorna se van a prometer. —Acto seguido, Keir se tapó los oídos.

—¡Ya te lo he dicho! ¡No pienso casarme! —exclamó Lorna, rompiendo de nuevo a llorar.

No fue un llanto elegante. Más bien generoso, escandaloso y húmedo.

—¡Esto es una injusticia! —sollozó la pequeña de los MacLain—. ¡Una tragedia! ¡Un error histórico!

Aran la miró impresionado.

—No sabía que causara tanto impacto.

—¡Cállate! —le gritó ella, entre lágrimas—. ¡Eres parte del problema!

—No pienses que eres única. Yo tampoco quiero casarme contigo. Sería como casarme con mi propia hermana, ¡puaj!

Los dos escupieron al suelo.

Keir se pasó una mano por la cara, despacio. Había esperado resistencia, pero no aquello.

Skye, en cambio, estaba radiante.

—Bueno —dijo, con una sonrisa que crecía por momentos—, si lo miramos bien…

Lorna levantó la cabeza de golpe, con el rostro ya empapado.

—¡No lo mires siquiera!

—¡Seremos hermanas! —continuó Skye, ignorando la súplica—. ¿Te das cuenta?

—¡No quiero ser tu hermana! —gimió Lorna—. ¡Quiero seguir siendo tu amiga!

—Eso también —respondió Skye—, pero si te casas con Aran no deberás irte del castillo. Viviremos juntas para siempre.

Keir carraspeó.

—No sería así…

Aran soltó una carcajada.

—Esto mejora por momentos.

Roy, apoyado contra la pared, observaba la escena con creciente interés.

—¿Solo por eso nos has hecho venir? —preguntó, divertido.

Keir negó, y el tipo de silencio que se apropió de la sala debería de haberlos advertido a todos de que lo que vendría no sería mucho mejor.

—Vosotros dos también os casaréis —comentó Keir señalando a su amigo y a su hermana.

Roy dejó de sonreír.

Skye contuvo la respiración por un segundo.

—¿Perdón? —dijo Roy—. Creo que ahora sí he oído mal.

—Has oído a la perfección—respondió Keir.

Skye dio un paso atrás. Como si necesitara distancia física ante la idea.

—No —dijo, seca—. No —repitió—. No voy a casarme.

—Ni yo —añadió Roy, con rapidez.

—Hamilton no tardará en volver y no voy a permitir que se case con Lorna ni que traiga un inglés para ti, Skye, con la excusa de salvar Glenmora con otro matrimonio. Es muy capaz de hacer algo así. Prefiero tener las cosas bien atadas —declaró Keir.

—¡Y yo prefiero al inglés! —exclamó Skye, horrorizada.

Roy se llevó una mano al pecho.

—Eso ha sido ofensivo.

Skye empezó a caminar de un lado a otro. No era un simple paseo. Y Keir intuyó que se avecinaba tormenta.

—¡Esto es intolerable! —exclamó su hermana, tomando un jarrón de la mesa más cercana—. ¡Absolutamente intolerable!

—No rompas eso —dijo Keir.

Skye lo observó con furia, luego al jarrón y lo tiró al suelo sin vacilar.

—¡Si continúas con esta absurda boda se desatará el infierno en Glenmora! —anunció—. ¡Habrá caos! ¡Desorden! ¡Rebelión!

—Eso suena divertido —murmuró Aran.

—¡No es divertido! —gritó Skye—. ¡Es mi vida!

Lorna, entre lágrimas, levantó la cabeza.

—¡Ahora lo entiendes! —dijo con voz temblorosa.

Roy suspiró, cruzándose de brazos.

—Yo también me niego. Y apoyo eso del infierno.

—Y yo —añadió Lorna.

—Perfecto —dijo Aran—. Ya somos cuatro en contra.

Keir los contempló uno a uno: Lorna lloraba como si el mundo se estuviera acabando. Skye parecía a punto de declarar la guerra. Roy intentaba negociar. Aran disfrutaba del desastre más de lo conveniente.

—Por el amor de Dios, Skye ya tienes diecinueve años. Deberías estar casada desde hace por lo menos tres años. Y tú, Lorna, eres un año mayor. ¡Haz las cuentas! —estalló Keir.

—Tenemos derecho a elegir a nuestro esposo —se volvió a sublevar Skye.

—¿Quién te ha puesto esa idea en la cabeza? Nunca en la historia una mujer ha escogido a su marido.

—Rose Mary lo hizo —le desafió su hermana.

Keir vació la copa, incómodo.

—¡No os estoy pidiendo que os guste! —vociferó para terminar con la pantomima.

—¡Menos mal! —sollozó Lorna.

—Os estoy diciendo que es la única salida.

—Siempre lo es —replicó Skye—. Hasta que deja de serlo, si lo pensamos bien.

Keir sostuvo su mirada.

—Esto no va a cambiar. He tomado una decisión.

—Entonces —dijo Roy—, sugiero que al menos podamos elegir el vino de la boda.

—No habrá boda —informó Skye categórica.

Lorna volvió a llorar más fuerte.

—¡Voy a desmayarme! —anunció.

Keir se preguntó si enfrentarse a Hamilton no habría sido, en realidad, la parte fácil.

CAPÍTULO 43

Habían pasado ya días desde la partida de Seger Hamilton y en ningún momento Keir asaltó a Rose Mary para pedirle explicaciones, por lo que ella dedujo que Grizel no mintió al decirle que guardaría su secreto. Que tampoco era nada del otro mundo. Tan solo dos amigos charlando.

Aquella mañana, como todas desde su llegada al castillo, se encontraba en el salón pequeño donde bordaba, junto a la chimenea, con un libro abierto que no leía en lugar de con un bordado. Grizel permanecía a su lado. No era exactamente una dama compañía al uso —un ama de llaves jamás habría tenido tiempo para eso—, pero en Glenmora parecía imposible que aquella mujer permaneciera quieta lejos de los demás durante demasiado tiempo. Se había convertido en su sombra, aunque de las buenas. Siempre parecía tener alguna prenda que remendar, alguna orden que dar o algún detalle de la casa que supervisar cerca de ella. La ayudaba a bajar de sus ensoñaciones y nostalgias.

—¿Ocurre algo, señora? —le preguntó Grizel—. ¿Por qué me mira así?

—Por nada. Solo pensaba en todo lo que haces por mí. Gracias.

—Un placer. —La mujer se ruborizó y volvió a la labor.

El crepitar del fuego aportaba una calma que parecía casi deliberada, como si alguien hubiera decidido que, al menos en aquel rincón, las cosas debían mantenerse en orden. Ella sostenía la página con los dedos, inmóvil, sin pasarla. Unas voces en la lejanía, que no llegaba a distinguir, la desconcentraban.

—¿Sabe dónde están Skye y Lorna?

—¿Qué creen que son esos gritos? El señor las ha hecho llamar. —Grizel se inclinó hacia delante — Al parecer el *laird* les ha

encontrado marido. ¡Ya era hora! ¡Creía que esas muchachas se convertirían en unas solteronas!

Rose Mary cerró el libro de golpe. Eso no entraba en sus planes. Había meditado mucho la manera de acercarse a Lorna y llenarle los oídos de las benevolencias de Seger Hamilton y de su sincero interés por ella. ¿Y de pronto Keir se sacaba de la manga un marido? Conocía sus intenciones de casarlas, pero no tan rápido.

—¿Se sabe quién es el afortunado? —preguntó como si aquello no le importara demasiado.

—El señor Aran — susurró Grizel.

Rose Mary se mordió el labio inferior y, sin darse cuenta, bebió su sangre. ¿Era una manera de retener a Lorna en el castillo desposándola con Aran? Si conseguía que ese compromiso saliera adelante nunca se podría deshacer de ella.

Los gritos cesaron. Se escuchó un portazo. Luego otro. Rose Mary se quedó inmóvil, atenta a cualquier nuevo ruido. Al cabo de unos minutos, cuando había perdido toda esperanza de descubrir algo más, unos pasos acelerados se acercaron hasta la puerta. Esta se abrió con brusquedad.

—¡Rose Mary!

Skye entró primero, seguida de Lorna, que parecía haber estado llorando un buen rato. Tenía los ojos enrojecidos, el pañuelo arrugado en las manos y su expresión era de indignación.

—¡Tienes que ayudarnos! —dijo Skye, sin rodeos.

Rose Mary se levantó con calma y abrió los brazos para que las muchachas se fusionaran con ella. Ambas se estrecharon contra su pecho y arrancaron en sollozos. Las acunó como pudo, pese a que eran de la misma estatura y las tranquilizó.

—Sentaos junto al fuego y contadme. ¿Por qué estas caras?

Skye se quedó de pie. Era la más inquieta de la dos.

—¡Keir ha perdido la cabeza!

—Eso no es nuevo —murmuró Rose Mary.

—¡Esto es distinto! —insistió Skye—. Quiere casarnos. A las dos. Como si fuéramos ovejas.

Lorna asintió con vehemencia.

—Peor que las ovejas. Quiere que nos comportemos como muebles.

—¿Porque las sillas y las mesas no protestan? — sugirió Rose Mary para destensar un poco el ambiente—. Pues con buenas piezas ha topado.

Lorna se secó las lágrimas y sonrió.

—No estamos preparadas para casarnos, y mucho menos con ellos.

—Aran no es un mal partido —señaló Rose Mary—, pero es cierto que te mereces apuntar a algo más estable. —Enseguida pensó en Seger Hamilton, pero le dio reparo introducirlo de manera tan abrupta en la conversación. Esperaría el mejor momento.

—Es una condena —replicó Lorna.

—Y Roy es… —Skye no terminó de definirlo. Desde que la conocía era la primera vez que se quedaba sin palabras—. Roy es Roy.

—Una descripción muy completa —murmuró Rose Mary.

Grizel suspiró. Y las tres se giraron al notar su presencia.

—El señor solo hace lo que cree que es mejor para ustedes – habló el ama de llaves.

—¡Tú no lo entiendes! —gritó Skye restregándose las manos.

—No le faltes al respeto de esta manera a Grizel. —Rose Mary se mostró dura con su cuñada—. ¡Se desvive por todos vosotros!

—Déjelo, *lady* Glenmora —se excusó la mujer—. Será mejor que las deje solas. Voy a ver como andan en la cocina.

Las dos muchachas esperaron a que se cerrara la puerta tras Grizel para volver a sus sollozos.

Rose Mary alzó una mano, harta de tanto drama.

—¡Basta!

Las dos jóvenes la miraron con esperanza.

—¿Qué esperáis que haga? —preguntó.

Skye se acercó un paso más.

—Que hables con él, que le hagas entrar en razón.

—Que lo convenza de que esto es una locura —añadió Lorna.

Rose Mary las observó en silencio. Lo que le pedían era que se enfrentara a su marido y eso no entraba en su carácter. Ella era más

bien de espiar, como ya lo había hecho para *lady* Susan. De devolverla de una manera más indirecta. Hablar tampoco se le daba muy bien, y menos con su esposo. La última conversación que habían tenido estuvo relacionada con las ovejas, y eso era otra cosa, porque ella era una experta en ovejas, pero ya había quedado claro que Skye y Lorna eran más bien muebles para Keir.

—El *laird* no toma decisiones a la ligera —dijo al fin, intentando ser más ecuánime.

—Eso no lo hace menos equivocado —replicó Skye.

—Pero sí es más difícil darle la vuelta —contestó Rose Mary.

Lorna dejó escapar otro suspiro, al borde de las lágrimas otra vez.

—¡Entonces estamos perdidas!

—No necesariamente —dijo Rose Mary vislumbrando una posibilidad, que la beneficiaría tanto a las muchachas como a ella.

Ambas alzaron la mirada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Skye.

Rose Mary se levantó despacio, dejando el libro sobre la repisa de la ventana. Caminó unos pasos, el calor del fuego quedó a su espalda.

—Si queréis cambiar una decisión —dijo—, no basta con oponerse a ella.

Skye frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Aceptar?

Rose Mary se detuvo frente a ellas.

—Organizaros.

Lorna se sonó con el pañuelo durante un buen rato. Luego alzó la cabeza como si hubiera entendido mal.

—¿Organizarnos?

Rose Mary asintió, enigmática, y Skye la observó con creciente interés.

—¿Cómo?

—Juntas —les informó sosteniendo sus miradas, más confiada que nunca. Había llegado el momento que tanto esperaba, el motivo por el cual el destino la había traído a Glenmora, y no era para casarse y ser feliz, sino para presidir un nuevo club de damas.

Alzó la barbilla y ya se imaginó la sala donde bordaban llena de mujeres escuchando con interés lo que Rose Mary les tenía que enseñar. Y eran tantas cosas. Tantas… De pronto se percató de que no sabía con exactitud cómo encarar la primera sesión. ¿Debería escribir de nuevo a *lady* Susan y solicitarle que viniera con su libro forrado de terciopelo? Aunque en su carta no se atrevió todavía a invitarla, como sugirió Grizel, fue más bien un desahogo por echar tanto de menos Woolriver.

—¿Rose Mary?

La voz de Skye la devolvió a la tierra. Un rayo de sol de los ventanales iluminó su rostro.

—¿Sí? —preguntó, dentro ya de su papel de presidenta.

—No entendemos qué quieres decir. ¿Qué quieres qué hagamos?

—Estoy diciendo que, si los hombres creen que pueden decidir por vosotras, quizá ha llegado el momento de que se den cuenta de que no estáis solas.

Lorna dejó de llorar.

—Me gusta cómo suena eso —murmuró.

Skye sonrió.

—A mí también.

Rose Mary percibió un cambio en el ambiente. Y recordó las palabras del señor Hamilton. Ya no reaccionaba a lo que ocurría en Glenmora, estaba empezando a influir en ello.

CAPÍTULO 44

Keir no esperaba verla, y menos a esas horas. Se hallaba en el despacho, junto a la ventana, revisando unas cuentas que no terminaban de cuadrar nunca. Ya era tarde y tuvo que encender una vela para que los números fueran más nítidos, aunque no más comprensibles. Había dejado la chaqueta sobre el respaldo de la silla y se había arremangado la camisa.

Oyó la puerta y la vio por la rendija, primeros sus ojos, indecisos y luego esa manía que tenía de morderse el labio inferior que le volvió loco desde el primer instante en que la conoció en aquel horroroso baile inglés, junto en la mesa de bebidas.

—Si vienes a convencerme de que cambie de opinión —dijo, con la vista aún en el papel—, puedes ahorrarte el esfuerzo.

El silencio al otro lado de la estancia no fue de retirada. Le pareció escuchar su respiración agitada. ¿O era el reflejo de otras imágenes que su mente le traía a la memoria?

—No he venido por eso —respondió al mismo tiempo que tomaba el control y entraba en la estancia.

Keir dejó la pluma sobre la mesa y se levantó para acortar la distancia. Se situó frente a su esposa a un par de pasos de su presencia.

—¿A qué debo esta grata sorpresa entonces?

Aquello sí que no lo esperaba. Rose Mary siempre lo rehuía desde el inicio. Y él había querido darle su espacio, que se acostumbrara a Glenmora y a sus gentes, antes que a él.

—Me gustaría que hablásemos —dijo su mujer con cautela.

—Ya le puedes decir a Skye que no voy a cambiar de opinión.

Rose Mary sostuvo su mirada.

—He venido por voluntad propia.

Keir se emocionó. Alargó la mano para rozar su cabello que deslumbraba ante la penúltima luz de la tarde, antes de la puesta de sol. Ella pareció asustarse por el avance.

—¿Qué tema quieres debatir? —la interrogó, mordaz, cruzándose de brazos pero sin retroceder. Permanecía a milímetros de él y lo embriagó ese olor a flores que siempre desprendía.

—De nosotros —susurró Rose Mary inclinando su cuerpo y poniéndose de puntillas, como si anhelara que la besara, pero él sabía que esa opción no era buena. Que solo quería que la escuchara, nada más.

—Curioso momento para elegir este tema. —Keir dejó escapar una breve exhalación, más cerca de una risa que de una respuesta.

—No hay momento adecuado —replicó ella—. Solo el que se toma. Y yo he decidido dar el paso en vistas a que tú siempre estás atareado.

Keir arqueó una ceja. ¿Eso había sido un reproche? ¿Podría ser que su esposa lo echara de menos? Al menos él lo hacía: echaba de menos su ceño fruncido, su manera de quejarse por todo, cómo lo miraba suspicaz y cómo se mordía los labios cuando no se sentía segura.

Rose Mary avanzó un paso más y sus manos por inercia se rozaron. Keir observó ese acercamiento atónito. Esta vez no había sido él quien iniciaba el avance y eso lo desconcertó.

—No podemos seguir así —susurró ella. Parecía afectada.

—¿Así cómo? —Keir retuvo el aire en sus pulmones.

Ella no apartó la mirada.

—Evitándonos.

Keir exhaló de manera profunda y triste y se atrevió a entrelazar su meñique con el de ella.

—Pensé que eso era lo que deseabas.

Rose Mary bajó la cabeza unos segundos para luego volver a levantarla con más determinación que antes. Sus ojos castaños lo tomaron por sorpresa.

—Quiero que dejemos de fingir que esto no existe.

El silencio que siguió fue revelador. La hubiera levantado en brazos en esos momentos y cubierto de besos, para al instante

siguiente sentarla en la mesa del escritorio y devorarla. Sin embargo, intuía que la naturaleza de las mujeres era distinta y que ella solicitaba un acercamiento menos ardiente.

—¿Y qué propones? —preguntó Keir, ya entrelazando sus manos con las de ella. Palma con palma, sin cortafuegos que valiesen.

—Me casé contigo para construir algo que no tenía en Woolriver y me gustaría intentarlo.

A Keir se le escapó una sonrisa de victoria y eso hizo que Rose Mary diera un paso atrás. Aun así, no soltó su mano.

—¿Intentar qué? —le preguntó a la expectativa, con el pálpito de que no le iba a complacer lo que le iba a decir.

—Comportarnos como lo que somos.

—Eso puede significar muchas cosas. Empieza por una —solicitó Keir, nervioso.

—Deberíamos comunicarnos más y mejor.

Keir asintió despacio.

—Eso podría intentarlo.

—Salir a pasear. Me lo pasé muy bien el otro día cuando fuimos a inspeccionar el ganado.

—¿Quieres que te corteje?

Rose Mary asintió, tímida.

—¿Tan raro sería?

—Estamos casados. No es normal que un matrimonio se comporte como si fueran novios, y menos aún enamorados.

El brillo en los ojos de Rose Mary lo dejó mudo. ¿Eso era lo que ella necesitaba para sentirse cómoda a su lado? No les había dado tiempo a conocerse antes de la boda. Habían construido su unión por la necesidad.

Keir miró por la ventana. Estaba a punto de anochecer.

—Está bien, salgamos a cabalgar.

—¿Ahora? —Ella se deshizo de sus manos y dio un paso atrás.

Keir no la dejaría escapar, no esa vez. Apagó la vela que había encendido y le sonrió de manera enigmática.

—Te prometo que no iremos en un solo caballo. Beira será perfecta para ti.

—¿Beira? —titubeó Rose Mary.

—Acompáñame —le dijo contundente, sin darle opción a llevarle la contraria.

Se dirigieron a los establos, donde ordenó a un mozo que preparara a su corcel y a la yegua.

En cuanto la ensillaron con su montura blanca, que contrastaba con el pelaje de color canela del animal, Rose Mary pareció enamorarse de ella al momento. Se acercó y le acarició el lomo.

—¿Has dicho que se llama Beira? Tiene pinta de ser algo salvaje —Se giró hacia él con gesto preocupado—. Hace años que no monto a caballo. Yo sola quiero decir. — Bajó la cabeza, quizás al recordar aquella noche en la casa de la anciana durante la tormenta.

—Beira es considerada la reina del invierno y la creadora de las montañas. Te cuidará. —Keir sonrió al ver cómo la yegua correspondía a las caricias de Rose Mary.

**

El *laird* partió al galope con su corcel y Rose Mary lo siguió de cerca. La guio fuera de los límites del castillo, lejos de ojos curiosos.

—Mira allí — apuntó Keir con el dedo cuando pasaron por un linde.

El sol se estaba escondiendo tras una arboleda. La luz anaranjada del cielo convertía la hierba, las flores y los árboles de alrededor en un místico páramo donde la realidad parecía toparse con un espejo. Rose Mary acercó el caballo hacia allí y él la imitó. Quedaron en silencio contemplando la puesta de sol, extasiados. Su esposa sonreía mirando al horizonte; él no dejaba de observar la luz etérea reflejada en su rostro.

—¿Lo que hay ahí es un bosque? — señaló hacia un conjunto de árboles que se superponían unos a otros.

Keir asintió.

—Es el bosque de las *cailleachan*.

—¿De las brujas? ¿Allí vive Morag?

—Veo que estás aprendiendo gaélico y me complace. En cuanto a Morag, es mejor que no te acerques a ella. — Y antes de que su

mujer pudiera objetar algo, Keir le colocó el dedo índice en los labios —. Lo sé. Ella nos cuidó cuando estábamos enfermos. Yo la llamé, pero de ahí a invitarla al baile o hacerte su amiga… Eres la mujer de un *laird* y los demás terratenientes no lo aprobarían.

—¿Ellos o Aran? Me han contado que tuvieron algo en su momento.

Keir retiró los dedos de aquellos labios que debían estar hechizados, porque no podía parar de observarlos e imaginar mil formas de hacerlos suyos.

—Mi hermano se enamoró de quien no debía, pero eso es agua pasada.

—No lo creo. ¿Por qué querrías arrojar a tu hermano a un matrimonio sin amor, sabiendo que no muy lejos existe una historia que puede que no haya terminado? —Rose Mary le llevó la contraria, y entendió que la armonía que entre ellos se había creado aquella tarde había concluido.

—¿Y tú lo sabes porque te lo ha contado la bruja? —Keir alzó una ceja, extrañado.

Rose Mary negó con la cabeza.

—Lo he supuesto. —Se pasó la lengua por los labios—. Lorna necesita a alguien más práctico —concluyó con cautela.

—¿Te refieres a Roy? ¿Y entonces con quién desposo a Skye?

Rose Mary se mostró algo enigmática

—No necesitarías deshacer ese compromiso si aceptaras a Seger Hamilton. Es el candidato perfecto.

Keir enrojeció de ira. El caballo relinchó y se alejó de la yegua.

—¡Cómo osas pedirme esto sabiendo que quiere destruir Glenmora!

—No lo estás viendo con perspectiva. Tu padre fue el que se endeudó, él solo es un emisario, y quiere arreglar las cosas. Si aceptas esa unión, Glenmora se beneficiaría.

—¡No sabes lo cruel que puede ser Hamilton!

—¡Pues explícamelo! ¡Porque lo único que he visto es tu odio desmedido hacia él solo porque quiere lo que tú no puedes tener! ¡A Lorna! —exclamó Rose Mary alterada.

Keir la miró sin saber quién estaba a su lado. Ya no era la joven ingenua de Londres, ni la traviesa mujer que se arriesgó a casarse con él, ni siquiera la malhumorada pero divertida muchacha que aceptó dormir a la intemperie con unos desconocidos, ni la chica prudente que hablaba con maestría sobre ovejas. Estaba ante una manipuladora, alguien que había conseguido que bajara la guardia, y lo peor era que consideraba a Seger Hamilton como un pretendiente práctico y adecuado. ¿Así debería ser él para que ella lo mirase con la misma pasión que había puesto en convencerle sobre esa abominable unión?

—No vale la pena —dijo decepcionado. Tiró de las riendas y espoleó al caballo para volver al castillo.

CAPÍTULO 45

Rose Mary daba vueltas en la cama. No encontraba una postura cómoda. Le era imposible conciliar el sueño, y menos lo haría aún si no paraba de repetir en su cabeza una y otra vez la discusión con Keir.

La había dejado plantada en medio del prado. Todavía no se conocía los senderos de aquellas tierras y él decidió alejarse a caballo sin darle ninguna explicación. Tampoco tenía claro su enfado. ¿Tal vez porque ella había dado en la diana y su amor por Lorna todavía seguía allí? ¿O bien porque había intentado hacerle cambiar de opinión? Solo los buenos líderes poseían la virtud de ver sus errores y enmendarlos. Los demás no eran más que hombres vanidosos preocupados por rodearse de quienes halagaban su estima. ¿Era Keir MacFie de esos últimos? ¿Tanto se había equivocado con él? Cuando lo conoció no parecía de ese tipo de persona, más bien al contrario. Su honestidad al manifestarle a bocajarro que necesita casarse con una mujer con una dote generosa le sugirió que estaba ante un hombre sincero, sin dobleces. Sin embargo, en esos momentos ya no sabía con quién se había casado. Miró por la ventana. El blanco de la luna, nítida y llena de recovecos como su alma, rasgaba el negro de la noche. Una punzada en el bajo vientre la dobló. Se llevó la mano a la barriga.

—No, no… —repitió cuando los pinchazos regresaron.

Se levantó el camisón y comprobó que no sangraba. «Todavía», pensó. No quería perder el bebe. O tal vez no existiera y el periodo solo se le había retrasado. Se palpó los pechos y los tenía hinchados. Antes de empezar a sangrar siempre le dolían los senos y le asaltaba un hambre voraz, como esa misma semana, en la que arrasó las sobras de la fiesta. Bajaba a escondidas a la despensa. Grizel la

había pillado una vez, pero se limitó a sonreír y dejarla a su aire. ¿Sabría ella algo que Rose Mary no?

Se levantó y se asomó a la ventana, pensó en el bosque, del que no se había dado cuenta hasta ese paseo con Keir a caballo. Necesitaba saber si estaba embarazada o no. ¿Cambiaría su situación en algo? No lo sabría hasta que Morag confirmara sus sospechas. Después de lo que había hecho por ella cuando enfermó, era la única en quien podía confiar.

Se vistió deprisa y bajó a las caballerizas. El castillo dormía. Era tan profundo el silencio que cada pequeña pisada suya parecía elevarse entre las paredes como un eco vibrante.

Beira levantó la cabeza y relinchó al verla. Rose Mary puso su mano en la frente del animal, que pareció agradecer la caricia. Se dejó montar con facilidad.

—Me vas a cuidar, ¿verdad, reina del invierno? —le susurró antes de espolear los costados y agarrar con fuerza las riendas.

Era muy fácil cabalgar con aquella yegua. De pequeña iba siempre a lomos del caballo de su padre. No aprendió como otros niños, montando un potro. Tampoco había dinero para ello. Pero siendo el señor Miller capataz, sí que se permitía llevarla con él al trabajo. Antes de la muerte de la madre de Henry Hall, la familia era bondadosa, feliz y cuidaba de sus trabajadores, haciéndoles partícipe de sus vidas. Luego todo cambió con tantas muertes, pero esa era otra historia. Con Beira, Rose Mary volvió a sentir aquella incómoda felicidad que le recordaba lo perdido.

Se dirigió hacia el bosque y, cuanto más se acercaba, más lejos parecía estar. De pronto, comprendió que no existía una línea clara que separara las tierras de Glenmora de aquel lugar. Era una transición lenta, casi deliberada, en la que los sonidos cambiaban, al igual que el aire, y por último la propia percepción del espacio. Las hojas amortiguaban los pasos de Beira, como si quisieran borrar cualquier rastro de su presencia.

No debería haber ido sola, lo sabía. Y, sin embargo, había algo en esa decisión que no podía delegar. El olor a tierra, a madera viva, a agua oculta entre las raíces, le llenaba los pulmones con intensidad. Siguió avanzando hasta que las ramas le impidieron el

paso. Bajó del caballo y caminó agarrada con fuerza a las riendas de Beira. Apartó la maleza con las manos, la tela de su vestido se enganchaba aquí y allá, daba la impresión que el bosque trataba de expulsarla. O quizás solo probaba su determinación.

La cabaña apareció como una prolongación del propio bosque. Cubierta de musgo y sombras, apenas distinguible de no ser por el hilo de humo que se elevaba desde una abertura en el techo.

Rose Mary se detuvo y ató a la yegua a un árbol. Se acercó hasta la puerta, levantó la mano y golpeó. No hubo respuesta. Empujó.

El interior la envolvió de inmediato. El aire era más cálido, cargado de aromas que no supo nombrar del todo: hierbas secas, raíces, algo amargo y algo dulce. La luz de la luna entraba filtrada, atravesando telas colgadas y haces de plantas que pendían del techo. Había frascos, morteros, cuencos de madera.

—Pensé que tardarías más. —La tranquila voz de Morag llegó desde el fondo. Estaba sentada cerca de un tímido fuego y ocupaba sus manos con un mortero.

—¿Me esperabas? —respondió Rose Mary mientras avanzaba unos pasos. El suelo de madera crujió bajo su peso.

—Desde el momento que vi manchadas tus sábanas.

—Necesito saber algo —dijo nerviosa.

—¿Quieres saber si estás embarazada?

Rose Mary tragó saliva y asintió. La curandera tiró la masa que había estado machacando en el cuenco en el interior de una olla colgada encima del fuego. Un agradable olor dulzón las envolvió. Se incorporó, se acercó a ella y palpó su barriga.

—Es muy pronto todavía.

—He tenido una falta y hoy me han sobrevenido varios pinchazos.

Morag escudriñó sus ojos, le manoseó las mejillas, le obligó a abrir la boca, a sacar la lengua y moverla de un lado para el otro.

—¿Has manchado algo, aunque sea muy leve?

Rose Mary negó con la cabeza.

—Bien, eso significa que está bien agarrado.

—¿Eso es que sí lo estoy? —preguntó sin saber si aquello era una buena noticia.

La sanadora se dirigió hacia unos estantes llenos de frascos con hierbas secas. Señaló uno.

—Este es para que siga fuerte. Y este otro para que se desprenda con facilidad. Tú eliges.

—No sabía que podía elegir — dijo en un susurro casi imperceptible.

—Toda mujer debería poder hacerlo. Al fin y al cabo, es nuestro cuerpo.

Rose Mary abrió la boca, petrificada y se echó atrás ante esa frase tan diabólica y tan certera. Le dio miedo. Aquello que la bruja le proponía sobrepasaba las sesiones del Club de Damas de Woolriver en las que se creían independientes, o al menos aspiraban a serlo. Autosuficientes para encontrar al marido perfecto, el elegido por ellas. Ir más allá no había pasado por la mente de Rose Mary hasta ese momento. De tanto retroceder, se topó con las patas de la cama y se sentó en ella.

—Siempre he querido tener una familia, pero no así.

—¿A qué te refieres?

—Sin amor —confesó mirando al vacío.

Morag se acercó hasta ella y se agachó a su altura.

—¿Acaso te ha obligado?

—Eso no ocurre en los matrimonios —contestó extrañada.

—Si la mujer no quiere, no le apetece o se resiste…

—¡Oh! ¡Yo sí que quería! Keir me saca de quicio la mayor parte de las veces que intento entablar una conversación con él, pero cuando me toca, me pierdo —contestó, preocupada ante ese feroz descubrimiento.

La curandera sonrió.

—Ya sé lo que necesitas.

Le preparó una infusión y se la acercó a los labios. Rose Mary todavía permanecía en la misma posición, sentada en la cama con la tez pálida. ¿Acaso Keir ejercía una especie de embrujo en ella? ¿Por qué no se le podía resistir?

Tomó el tazón entre sus manos. El calor que emanó de la cerámica la tranquilizó.

—¿Qué me hará esto?

—Lleva hojas de frambuesa para fortalecer el útero y nuda, que te aportará hierro a la sangre y ayudará al desarrollo del bebé.

—Está bueno. —Se relamió.

—Le he puesto un poco de azúcar.

—¿Esto hará que deje de tener pinchazos? ¿Protegerá a mi bebe de los malos augurios?

—No soy médico, ni tampoco una bruja.

Rose Mary agrandó los ojos.

—No me mires así. Las brujas no existen. Lo que tengo aquí —continuó Morag señalando las estanterías llenas de botes, y las plantas secas colgando del techo — son remedios naturales, heredados de mis ancestros. Vengo de una familia de curanderas y nos basamos en la ciencia. Por suerte ya no nos persiguen como antes. Algunos lo han entendido. Muchos boticarios vienen a pedirme remedios. Es de lo que vivo. Pero otros siguen con sus ideas antiguas.

Rose Mary miró a su alrededor. Decía no ser una hechicera, pero su casa era la viva estampa de una de ellas.

—¿No tienes miedo? Una mujer sola en el bosque… —le sugirió con voz trémula. Al menos ella hubiera entrado en pánico, y no por los posibles espíritus del bosque, como por los vivos: asaltadores o delincuentes que quisieran aprovecharse de ella.

—No estoy sola. Mi abuela me acompaña —contestó la bruja llevándose el dedo índice a los labios.

Rose Mary miró a su alrededor. A pesar de que había una cama, pensó que tal vez la compartía con la anciana, aunque a esas horas de la noche no aparecía por ningún lado. ¿Y si Morag le hablaba del fantasma de su abuela? ¿Y si su alma todavía vagaba errante?

A la bruja se le escapó una carcajada.

—Mujer, no pongas esa cara. Mi nana murió hace un año. Solo Aran lo sabe. Bueno, lo descubrió el otro día cuando vino a buscarme para que os atendiera. Pero mantener su muerte en secreto me ayuda a estar a salvo.

—No lo entiendo. —Rose Mary se estremeció al pensar que Morag debía haberla enterrado con sus propias manos en algún lugar del bosque.

—Murió mientras recogía hierbas. Sufría del corazón hacía años. Sus brebajes la mantuvieron conmigo durante mucho tiempo, hasta que este se rompió a fuerza de usarlo. En la región todos temían a mi abuela. A ella sí le gustaba que creyeran que era de verdad una bruja. Nadie osaba traspasar los límites de la cabaña sin su consentimiento. Si esos mismos supieran que se ha ido, mi reputación se vería en peligro. Una mujer sola de mi edad sería la comidilla, y en menos que canta un gallo tendría una legión de samaritanos intentando enmendarme, casarme a la fuerza o peor aún…

—Encerrarte en algún manicomio —susurró Rose Mary, sabiendo lo peligroso que eso podría ser. La experiencia de la madre de Abby, su mejor amiga, en el psiquiátrico de Londres le había dejado huella.

—Sabía que tú me entenderías.

Rose Mary, ya más animada, asintió. Vio a alguien que había elegido su lugar y lo defendía.

—Quiero que vengas al castillo.

La propuesta salió sin pensarlo, como si hubiera estado esperando el momento.

Morag alzó una ceja.

—¿Para qué?

—Para estar conmigo durante el embarazo.

La curandera dejó escapar una leve risa.

—No soy bienvenida en ese lugar. En ninguno, en realidad.

—Eso puede cambiar.

—No —respondió Morag—. Eso nunca cambia.

La sanadora se acercó a la puerta y apoyó la mano en la madera como si el bosque respondiera a su contacto.

—Ven.

Rose Mary dudó, pero la siguió, y el aire frío la envolvió de nuevo. Morag señaló entre los árboles.

—Esa es mi frontera, no puedo pasar de ahí.

El mundo que se había creado su nueva amiga era demasiado pequeño y le entristeció que la libertad tuviera ese precio.

—Ven a visitarme al menos. Hagamos que tu presencia en el castillo no sea una mera anécdota.

—No es tan sencillo —contestó apesadumbrada Morag.

—Tú misma has dicho que los tiempos han cambiado, que ya no persiguen a las brujas, que hay hombres de ciencia que entienden lo que haces. No tienes por qué esconderte ni tampoco desvelar el secreto de tu abuela. —Rose Mary le agarró ambas manos y la miró a los ojos—. Necesitas ensanchar tu mundo, Morag.

La hechicera se quedó muda. Notó la emoción en su mirada. Había acudido a ella porque se sentía sola en un enorme castillo y se había encontrado a otra persona aislada por propia voluntad, temerosa de que le quitaran lo poco que había conseguido. Ambas estaban en el mismo punto de su destino. Rose Mary entendió, gracias a su experiencia y a las damas del club de Woolriver, que la unión hace la fuerza, y que Morag sería un bastión muy importante en aquel nuevo club que tenía intención de crear en Glenmora.

Le vino la idea cuando Skye y Lorna acudieron a ella llorando y solicitando su ayuda para deshacer sus compromisos, y la conversación con la sanadora le había servido para afirmar aún más su decisión.

—Está bien —sonrió su nueva amiga—. Creía que eras tú la que había venido a mi cabaña en busca de auxilio, pero tal vez te ha enviado Ghillie Dhu.

—Imagino que es algún ser mitológico —contestó Rose Mary, revitalizada por completo. Aunque Morag, lo negara, tal vez sus infusiones sí que tuvieran algo de magia.

—Es un duende que viste ropa hecha de musgo, líquenes y hojas de los árboles, protege al bosque.

—Pues dile a Ghillier Dhu que proteja tu casa y al espíritu de tu abuela mientras visitas el castillo. O, mejor aún, que cuide también de Glenmora.

—Vendré a verte —dijo Morag.

El bosque pareció cerrarse de nuevo a su alrededor, pero esa vez Rose Mary sintió que la aceptaba. Como si, en ese espacio entre

lo que debía ser y lo que podía ser, acabara de dar un paso que no tendría vuelta atrás.

CAPÍTULO 46

Pasaron las semanas y la rutina se asentó en el castillo. No volvió a salir a pasear a caballo con Keir. Sin embargo, Rose Mary lo hacía sola con Beira. Y su esposo lo sabía. Sentía su mirada clavada en ella cada vez que pasaba por su lado. Le gustaba examinar la tierra, los rebaños, y ver a su marido hacer lo mismo. Se observaban, aunque no hablaban. Alguna vez la llamaron para ver a una oveja enferma y ella daba su parecer; luego Keir decidía. Normalmente coincidían, pero otras él le llevaba la contraria con tal fuerza que ella no podía resistirse a mantenerse firme. Entonces ya no intercambiaban palabras, discutían a gritos hasta que uno de ellos claudicaba. Pero no se daban la razón, sino que el vencido huía a caballo, igual que esa primera vez.

Sin embargo, en el castillo algo había cambiado. Podía parecer imperceptible a los ojos de los demás, pero no en Rose Mary, que se encontró con varias aliadas. La que más la sorprendió fue Grizel, que a pesar de tener animadversión hacia Morag, dejó que la visitara en sus aposentos. Y cada vez que se iba alzaba la vista hacia ella y le sonreía con suspicacia. La estaba interrogando sin pronunciar palabras, solo con el gesto, de eso no tenía dudas, pero Rose Mary no era de las que se dejaba convencer tan rápido.

—Pronto tendremos que encargar más vestidos, *milady*. Se le han ensanchado las caderas —dijo un día mientras guardaba en el armario la ropa limpia que una criada había traído y que el ama de llaves despidió rápido para que se quedaran a solas.

Morag dio un respingo ante su inesperada aparición y simuló no reconocerla. Rose Mary actuó con normalidad. ¿Qué había de malo en que la curandera la visitara de vez en cuando? Y más si había

pasado una grave pulmonía, como todos sospechaban, cuando casi se ahogó en el río.

—Sí, estos días tengo mucha hambre. Será el viento de Glenmora. El *laird* ya me advirtió de ello. —En realidad le había dicho que el viento volvía locos a quienes no se adaptaban a él.

—Ya le he visto más de una vez en la despensa, *milady.* No se preocupe. Su secreto está a salvo conmigo hasta que usted decida contarlo.

La indirecta carecía de sutileza. Grizel se había dado cuenta de su embarazo.

—Gracias, Grizel. Considero su silencio como muestra de lealtad —le contestó Rose Mary, mirándola de reojo y esperando su reacción.

—Por supuesto. —El ama de llaves se azoró—. ¿Para cuándo lo espera?

Morag exhaló fuerte el aire.

—Si todo va bien, para el verano.

—Pero trae mala suerte celebrarlo todavía, ¿comprende, Grizel? —se apresuró a decir Rose Mary, que no estaba preparada para darle esa noticia a Keir—. El *laird* todavía no lo sabe.

Los ojos de la mujer bailaron desconcertados. Aun así, suspiró y asintió.

—Seré una tumba. Puede confiar en mí.

Rose Mary sonrió. Ya había encontrado a una nueva integrante para su club.

**

Una tarde, los astros se confabularon sin que nadie se percatara y tuvo lugar la primera sesión del Club de Damas de Glenmora. Todo pareció surgir como si el destino hubiera actuado, sin embargo, la mano de Rose Mary guardaba cierta responsabilidad en esos imprevistos acontecimientos.

Morag, Skye, Lorna y Grizel se encontraron en los aposentos de *lady* Glenmora a la vez. La curandera había acudido como cada semana a examinar a Rose Mary y charlar un poco de sus vidas.

Skye y Lorna habían recibido noticias desgarradoras sobre el avance de sus compromisos y a Grizel le llegó un preocupante cotilleo sobre que la señora no se encontraba bien.

—Me agrada ver mi alcoba tan concurrida, pero la próxima vez podríamos reunirnos en la sala de bordado. Creo que sería más adecuado —bromeó Rose Mary.

—Perdone, señora, creí que estaba sola. Ya me retiro —dijo Grizel.

—No, quédese, por favor. Tome asiento. Necesitamos de su experiencia.

Grizel vaciló, aunque se sintió halagada y se mantuvo de pie junto a la puerta.

Rose Mary invitó a las demás a que se acomodaran donde pudieran.

—Ya que estamos reunidas, me gustaría discutir un asunto importante que concierne al castillo.

Las mujeres se quedaron heladas ante esa revelación.

—No me gusta inmiscuirme en política —susurró Morag—. Ni tampoco las encerronas.

—Es una cuestión que solo las damas pueden resolver —anunció Rose Mary.

—¿Alguna idea sobre cómo deshacerme del maldito Roy? —preguntó esperanzada Skye.

—Todas y ninguna —respondió Rose Mary.

—¡Esto es una pérdida de tiempo! —exclamó Lorna.

—En Woolriver, cuando teníamos un problema, lo discutimos en las sesiones del club de damas. Entre todas lanzábamos una lluvia de ideas y analizábamos cuál era la más realista o aquella que nos acercaba a nuestro objetivo.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotras? Algunas no somos damas. Ni siquiera se nos considera mujeres dignas —dijo Morag, disgustada.

—Sois mi círculo de confianza —insistió Rose Mary recordando las lecciones de *lady* Susan—. Y una mujer necesita de otras para sostenerse. Contad conmigo como yo lo haré con vosotras.

Skye y Lorna se abrazaron entre ellas.

—Nos emociona pensar que nos tienes en cuenta después de las travesuras que te hicimos.

—Fueron más bien diabluras —se quejó Grizel, y luego miró a Rose Mary—. Señora, me honra su fe en mí. No la defraudaré.

—¡Nosotras también te apoyaremos! ¡Mi hermano está ciego y entre todas le abriremos los ojos y la mente! Es indigno que nos pretenda casar así, ¿No ha tenido suficiente con el desastre de su matrimonio? —Skye no se percató de lo ofensivo que fue su discurso hasta que terminó y se cubrió la boca—. ¡Lo siento!

—No te preocupes, Skye —sonrió Rose Mary—. Mi matrimonio es una decepción también para mí.

—No del todo —murmuró satisfecha Grizel, que bajó la cabeza cuando ella la miró con el ceño fruncido.

—Señoras —Rose Mary dio una palmada al aire—, vayamos al grano. Bienvenidas a la primera sesión del Club de Damas de Glenmora, donde abordaremos la mejor manera de revocar los compromisos de la señorita MacFie y la señorita MacLain.

Las aludidas aplaudieron divertidas. Grizel inspiró aire, orgullosa de su hazaña, y Morag se cruzó de brazos. Pese al desequilibrio, las ideas fluyeron con energía y una fue apareciendo clara entre las mujeres: Seger Hamilton y su obsesión por Lorna no era un mal como habían creído al principio y tal vez podría usarse como arma arrojadiza para revertir la obsesión de Keir con aquellos matrimonios.

CAPÍTULO 47

Seger Hamilton volvió al castillo la misma tarde en que se inauguró el Club de Damas de Glenmora, como si sus integrantes lo hubieran invocado.

De nuevo le seguían sus esbirros con la sensación de salir de los mismísimos bajos fondos de Londres. También llevaba consigo, como siempre, a su propio cocinero, su médico y a la esposa de este, Prudence. La única mujer en aquella comitiva. Decían las malas lenguas que estaba acostumbrada a lidiar con hombres. Había dado a luz nada menos que a seis y todos ellos se habían convertido en caballeros honorables. Así que la cabeza alta de aquella anciana era debido al orgullo por sus partos y por aguantar tanto a su malhumorado marido como al caprichoso Hamilton.

Rose Mary se alegró de aquella inesperada visita. Su plan se había puesto en marcha y la llegada del acreedor consiguió acelerarlo.

Morag quiso escabullirse de inmediato, pero Rose Mary la convenció para que se quedara con la excusa de que la necesitaba a su lado. Tenerla cerca la fortalecía. Y, aunque era verdad, Rose Mary iba conociendo a su amiga y sabía qué botones tocar para convencerla.

Keir se molestó cuando regresó de inspeccionar el rebaño y se encontró con una recepción digna de un noble. Agarró del brazo a Rose Mary y se la llevó aparte.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Demostrarle lo fuerte que podemos ser en Glenmora, que no necesitamos negociar. Creí que eso era lo que querías —respondió Rose Mary con firmeza.

—No te metas donde no te llaman — le dijo entre dientes, clavando sus ojos grises en los de ella.

—Es mi casa también, Keir —contestó temblorosa con la frente a un milímetro de la suya. Se maldijo por dentro porque su proximidad la debilitaba de una forma inesperada. Cada contacto de él con su piel la estremecía.

—Tal vez no por mucho tiempo —contestó Keir.

—¿Me estás repudiando? —dijo en voz baja, asustada por aquella revelación.

—Nunca se me ocurriría. Solo pongo sobre la mesa todas las cartas. Todavía debes demostrar a tu protector que eres feliz en Glenmora para conseguir el resto de la dote, y creo que no está funcionando.

Rose Mary respiró aliviada.

—Quedan meses para ese año de gracia, Keir, no te obsesiones. Ahora sonríe, como si te alegraras de ver a nuestro invitado.

—¡En la vida le voy a dar el gusto a ese malnacido!

—Hazlo por Glenmora. Necesitamos tenerlo de nuestro lado para que se convenza de que tu deuda se puede saldar de forma generosa.

Keir rugió.

—Voy a lavarme. Entretenlo mientras, como tú sabes hacerlo.

¿Es qué Keir conocía sus encuentros en el jardín? Negó con la cabeza. Imposible.

La velada estaba transcurriendo de manera agradable. Los músicos se afanaron en tocar canciones alegres, una detrás de otra. Los pocos criados que aún conversaban se apresuraron a engalanar la larga mesa del comedor con flores. El chef de Hamilton preparó un estofado, a pesar de las protestas de Grizel ante la invasión, y más cuando echaron a un lado a la propia cocinera del castillo y a sus pinches. Skye y Lorna invitaron a las familias más allegadas a los MacFie: Jason MacDougall, y a Fiona y Duncan Campbell. A Rose Mary no le pasó desapercibido como Ducan Campbell revoloteaba alrededor de Hamilton. La aparición de Roy no fue demasiado amable, ya que se encaró con el acreedor cuando este solo quiso

darle la mano a modo de saludo. Y Morag casi maldice en voz alta cuando vio a Aran.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él en voz baja.

—La he invitado yo, de nuevo — se apresuró a decir Rose Mary —. Y acostúmbrate a verla más por el castillo. No tienes la exclusividad de la curandera.

Aran se excusó cuando todas las miradas se centraron en él y desapareció con Roy bajo el pretexto de ir a buscar a su hermano.

Seger Hamilton aprovechó su ausencia para acercarse a ella.

—Le traigo otra carta de *lady* Susan. Me ha puesto al corriente sobre su coyuntura y hemos tenido una idea para ayudarla.

Rose Mary no entendió al principio de qué se trataba, ni al final tampoco.

—Y le pido disculpas de antemano por lo que va a suceder esta noche —continuó Seger—. Comprenderá más adelante que la situación lo requería.

—Me intranquiliza, señor Hamilton. Sus palabras no parecen traer buenas noticias. ¿Ha pasado algo en Woolriver?

—Al contrario, *milady*. Buscamos favorecerla. Créame, estará bien atendida. Todos los implicados han sido aleccionados para saber qué hacer y qué decir.

Se alejó de inmediato cuando vio entrar a Keir. Este estaba más atractivo que nunca, con su tartán ajustado a la cintura con pliegues traseros marcados con precisión y el *kilt* cayendo con peso y dignidad hasta las rodillas. Un cinturón ancho de cuero y un *sporran* elaborado completaban el conjunto, otorgándole autoridad sin necesidad de ostentación.

Rose Mary tragó saliva cuando su marido se acercó a ella, le ofreció el brazo para que ella lo entrelazara y juntos se dirigieron hacia la mesa. Ocuparon el centro, dejando uno de los laterales para Hamilton, el médico y su mujer, y el otro para los familiares e invitados de los MacFie. La cena fue servida con tensión palpable. Seger sonreía en dirección a Rose Mary y Lorna tras cada bocado, y Keir devoraba el plato sin levantar la cabeza. La conversación era forzada. Hablaban del tiempo, de las ovejas, mientras el *laird* solo asentía o negaba hasta que Hamilton rompió la invisible tregua.

—Confieso que esperaba encontrar Glenmora menos animado.

Keir siguió comiendo.

—Y yo esperaba encontrar menos ingleses en mi mesa.

El doctor y su mujer Prudence soltaron una risa nerviosa.

—Debo admitir que lady Glenmora posee un talento extraordinario para insuflar vida a este lugar —El acreedor no se amilanó.

—Mi esposa hace lo que considera necesario —dijo Keir con voz neutra.

Aquello no sonó demasiado cálido, y, aun así, Rose Mary sintió el corazón acelerarse.

La cena continuó entre comentarios afilados y silencios tensos hasta que llegó el momento en que las mujeres debían retirarse, y dejar a los hombres con los licores y el tabaco para que pudieran conversar de manera distendida, aunque Rose Mary dudó que aquello pudiera suceder. Una sola palabra mal interpretada y saltarían chispas. Más que eso, la sala entera podría explotar. Al intentar avanzar con lentitud hacia la salida, escuchó como Seger Hamilton solicitaba un encuentro privado con su marido.

—¿No puede esperar a mañana? Tengo invitados que atender —se quejó Keir.

—Es de vital importancia que abordemos ahora el asunto.

—No suelo disfrutar de las conversaciones privadas con ingleses —Su marido no parecía dispuesto a abandonar la sala y menos por una orden de Hamilton.

—Entonces considérelo una desgracia más de la noche —sonrió el acreedor.

Rose Mary vio cómo Roy se tensaba. Aran dejó de sonreír.

Keir terminó levantándose.

—Volveré enseguida —dijo a Jason MacDougall y a Duncan Campbell que se mostraban más curiosos que preocupados.

Hamilton hizo un leve gesto a su médico para que permaneciera donde estaba y ambos hombres abandonaron el comedor.

**

En el salón azul preparado para la retirada de las damas tras la cena, Rose Mary intentó concentrarse en la conversación que mantenía con Fiona Campbell, en atender como era debido a la esposa del doctor, y alejarla de Morag por si a ambas les daba por hablar de cosas indebidas. La mujer de un médico y una curandera no eran la mejor pareja en una reunión como aquella. Le fue imposible. Su mente volvía una y otra vez a la conversación que Hamilton y su marido estaban teniendo en esos momentos en el despacho. ¿Estaría relacionado con las palabras enigmáticas que le dedicó el acreedor antes de la cena?

No pudo resistir por más tiempo no saber lo que sucedía y se disculpó con sus invitadas. El castillo permanecía en silencio fuera del comedor y el salón azul. Se acercó con sigilo hasta el despacho. La puerta estaba entornada y pudo escuchar con claridad las sospechas de Hamilton.

—…comprenderá que la Corona necesita garantías.

—Mi matrimonio no es asunto suyo —respondió Keir con frialdad.

—Todo lo relacionado con la dote de lady Glenmora sí lo es.

Rose Mary contuvo la respiración.

—Los rumores crecen —continuó Hamilton—. Dicen que el matrimonio no se ha consumado, que desde que llegaron usted duerme en otra habitación, que nunca visita a su esposa.

—Los rumores son asunto de mujeres aburridas y hombres sin ocupación.

—Un matrimonio sin heredero inmediato siempre despierta preguntas —añadió Seger.

—Mi matrimonio no es asunto vuestro —pareció escupir Keir.

—Vuestro matrimonio sostiene Glenmora, varias alianzas entre propietarios vecinos y buena parte de las garantías que vuestra deuda todavía conserva, por lo que sí que es de mi incumbencia y de la Corona.

—Medid bien las palabras que escogéis a continuación, Hamilton.

Se escuchó el largo suspiro del acreedor.

—Solo sugiero una comprobación discreta que acallaría cualquier duda antes de que llegue a Inverness o a Londres.

—No voy a someter a mi esposa a ninguna inspección —dijo Keir con voz áspera.

Rose Mary sintió el corazón golpeándole las costillas, sabía lo que implicaba que un matrimonio fuera considerado no consumado. En Inglaterra, aquello no pertenecía solo al ámbito de la intimidad, siempre se utilizaba como una argucia para proteger herencias, contratos o alianzas familiares. Bastaba con que alguien sembrara dudas suficientes sobre la legitimidad de una unión para que abogados, médicos e incluso tribunales eclesiásticos comenzaran a intervenir. Y, casi siempre, quienes terminaban expuestas y humilladas eran las mujeres. Su cuerpo, su honra y hasta los secretos de su lecho podían convertirse de pronto en asunto público.

—Entendedme bien, MacFie. No estoy hablando de chismes surgidos en una taberna —el tono de Hamilton sonó a amenaza —. Tenga en cuenta que la preocupación no ha partido de mí.

—¿Qué significa eso?

—Que alguien cercano a vuestra esposa ha mostrado ciertas inquietudes respecto a este matrimonio. Y cuando existen dudas sobre su legitimidad, los acreedores tienen derecho a proteger sus intereses.

—¡Mi matrimonio es legítimo! —exclamó Keir.

—Tal vez. Pero un matrimonio celebrado ante testigos y uno consolidado de verdad no siempre son la misma cosa.

Escuchó las patas de una silla deslizándose y también unos pasos acercándose hacia donde parecía estar sentado Seger.

—No tenéis autoridad para cuestionarlo —dijo su marido amenazante.

—Yo no. Un tribunal eclesiástico, quizá sí, si alguien decidiera solicitar de manera formal una investigación.

Rose Mary, inmóvil al otro lado de la puerta entreabierta, sintió que el estómago se le contraía. Una anulación no nacía de simples rumores. Alguien debía promoverla. Y, de pronto, comprendió las palabras que Hamilton le había dedicado antes de la cena.

«Saben qué deben hacer y decir».

Ahí radicaba el papel del médico y su esposa Prudence. Todo parecía decidido de antemano.

Hamilton continuó hablando con una calma insoportable.

—Cuando una mujer escribe a Inglaterra describiendo tristeza, aislamiento y confusión ciertas personas empiezan a preocuparse.

Rose Mary dejó de respirar. Recordó haber empezado a escribir una carta para lady Susan en tono distendido con la intención de invitarla al castillo, pero en lugar de eso se desahogó hablando de sus sentimientos, con la esperanza de recibir correspondencia a cambio con palabras de aliento y consejos para mantenerse firme en su puesto como lady Glenmora.

¿Y si Seger también leyó la carta? ¿Y si ambos interpretaron sus palabras como una petición de auxilio? Ella solo había querido hablar de la soledad, del miedo y de lo perdida que se había sentido al llegar al castillo.

Pero Hamilton estaba allí, con un médico, testigos y una estrategia preparada.

—Solo mi esposa o yo podríamos iniciar semejante proceso —dijo Keir desdeñoso.

—Tal vez, sí —admitió Hamilton—. Pero basta con sembrar ciertas dudas en los círculos adecuados para que la Corona, y determinadas personas comiencen a interesarse por el asunto.

—No permitiré que convirtáis a mi mujer en objeto de inspección.

—Entonces disipad las dudas.

El despacho quedó en silencio.

Hubiera sido muy fácil entrar en esos momentos y contarle que estaba embarazada, él mismo hubiera podido negar las acusaciones con humor, pero aquella rabia y tensión solo demostraban que Keir seguía creyendo que aquella noche entre los dos nunca había sucedido y le dolió más que la posibilidad que un médico la examinara.

—Salid de Glenmora antes de que olvide que sois un invitado —escuchó como rugía el *laird.*

—No, hasta que no haya realizado mi cometido. Mañana realizaremos la inspección de las tierras, no me hace falta su consentimiento, y con respecto a su mujer...

Rose Mary creyó que aquella conversación podría acabar de muy malas maneras si no intervenía, justo dio un paso hacia adelante cuando la voz de la anciana Prudence la detuvo.

—No pierda así su dignidad. No vale la pena.

La mujer del médico la apartó justo cuando Seger Hamilton salía airado del despacho.

—No tema, no es tan fácil conseguir la nulidad eclesiástica si ninguna de los conyugues lo solicita, a no ser que usted quiera —continuó la anciana escudriñando sus ojos.

Rose Mary se mordió el labio inferior.

—Pero y si quien lo hace tiene influencia suficiente — Enseguida pensó en Henry Hall.

—Tengo entendido que no son sus familiares directos ni siquiera sus tutores.

Ella negó con la cabeza.

—No pase ansia —la tranquilizó Prudence —He convivido y criado a varios hombres testarudos, y puedo asegurar que son simples bravuconerías, solo una mujer puede acallarlos, y seguro que usted muy pronto lo hará, en cuanto se sienta preparada —le dijo mirando su vientre —. Que no decidan por usted.

Sonrió a la mujer, tanto empeño por separarla de Morag y seguro que se hubieran llevado muy bien, ambas tenían una peculiar forma de pensar. Perfectas candidatas para su club de damas, lástima que Prudence no tuviera su residencia en Glenmora.

Respiró hondo y se aventuró a entrar en el despacho pese a la posible furia de su marido. Era el momento de encararse con él, de hacer valer sus derechos.

CAPÍTULO 48

Cerró la puerta con demasiada fuerza. Keir no se volvió, estaba de pie junto a la ventana, con la tensión adherida a sus hombros.

—Lo he escuchado todo —le soltó a bocajarro. Quería una explicación a su comportamiento y no lo conseguiría comportándose con sutiliza, como si aquello no la afectara.

—No deberías haberlo hecho —Keir se giró por fin y en su mirada comprobó que aún anidaba la ira.

—Y tú no deberías decidir sobre mi cuerpo —Rose Mary avanzó hacia el centro de la estancia intentando ignorar el temblor de sus piernas —He oído lo del médico, y la intención de examinarme. Hubiera sido mucho más fácil acallar los rumores antes de enemistarte de esta manera con quién tiene el poder de renegociar la deuda.

Keir apretó la mandíbula.

—No permitiré que ese hombre te humille.

—¿Humillarme? —rio con incredulidad—. ¿Qué diferencia hay entre eso y lo que ya está ocurriendo? Si ni siquiera recuerdas lo sucedido entre nosotros, tal vez deberías dejar que Hamilton haga lo que quiere.

—No —La respuesta fue inmediata y demasiado virulenta.

—¿Por qué? —preguntó ella acercándose otro paso—. Si para ti sigo siendo una desconocida.

Keir sostuvo su mirada.

—No lo eres.

—¿Ah, no? —preguntó con amargura, notando el golpeteo de su corazón contra las costillas—. Entonces dime cómo soy.

El silencio se alargó apenas un instante.

—Eres testaruda —respondió él al fin—. Siempre necesitas tener la última palabra. Gritas cuando te enfadas y eres incapaz de aceptar una derrota con dignidad.

Ella cruzó los brazos.

—Qué descripción tan encantadora.

La sombra de una sonrisa cansada apareció apenas en el rostro de Keir.

—También eres generosa. Demasiado para tu propio bien. Se te da bien los animales, tratas a las ovejas mucho mejor que algunos hombres que llevan toda la vida criándolas. Beira te adora.

Rose Mary tragó saliva.

—¿Eso es todo?

Keir la observó en silencio, pero en su expresión ya no había rigidez.

—Tus pastelillos de crema son los mejores que he probado.

Ella quiso seguir enfadada, pero la tirantez que se había instalado en su pecho empezó a deshacerse. Aun así, negó con la cabeza.

—No es suficiente.

La expresión de Keir cambió, se volvió más pícara. Se acercó a ella lo bastante como para notar el calor que emanaba de su cuerpo.

—¿Quieres que te cuente algo que nadie más sepa? —Rose Mary sintió de nuevo como el corazón le latía feroz avanzándose a lo que él pudiera decir o hacer. Lo empezaba a conocer demasiado bien, y sabía que no se quedaría en una simple anécdota —. Tienes tres pecas en la nalga izquierda —dijo con voz ronca—. Forman algo parecido a un trébol.

Rose Mary dejó de respirar. El despacho entero pareció encogerse alrededor de ellos. Keir dio un paso lento hacia ella casi rozándola.

—Y la curva de tus hombros —continuó acariciando esa parte—. La manera en que tu piel se tensa cuando contienes el aliento. Ese punto de tu cuello donde el pulso se acelera cuando estás nerviosa. Como ahora.

Rose Mary sintió que las mejillas le ardían.

—La arruga que se te forma aquí cuando algo te disgusta— murmuró él rozando su frente—. Y el color que toman tus mejillas cuando intentas fingir que no te afecta nada.

Ella fue incapaz de apartarse, aunque su mente le decía que corriese bien lejos.

—Tus senos —continuó Keir con la voz cada vez más grave—. Pequeños, pero firmes. La aureola rosada, y esa peca junto al izquierdo, la que es apenas más grande que la otra.

Rose Mary se cubrió el rostro, sin embargó él agarró sus manos y le obligó a mirarlo a los ojos.

—Me sé tu cuerpo de memoria: la leve curva de tu vientre, el ombligo que sobresale, tus caderas prominentes, tus labios voluminosos.

Ella consiguió deshacerse de ese contacto que le quemaba por dentro y se llevó la mano a la boca.

—No me refería a esos labios —añadió él en un excitante susurro.

El calor le descendió de manera abrupta por las extremidades. Tuvo que agarrarse al respaldo de una silla porque las piernas dejaron de sostenerla. Se sentó antes de caer, convencida de que todo el aire de Escocia se había vuelto demasiado denso para respirar. Lo que Keir describía no era solo cuerpo, era ella; vista, recordada, deseada.

Rose Mary permitió ante esa revelación que él entrelazara otra vez sus manos con las de ella.

—Recordaste por fin nuestra noche —susurró.

—No, Rose, nunca la olvidé. —Su mirada era puro fuego.

—¿Y por qué te apartaste de mí y te fuiste a otra habitación? —Podrían haberse seguido explorando, conociéndose sin restricciones.

—Te vi el rostro, esa mirada de juicio, y supe que te arrepentías —confesó Keir.

—No debiste decidir por mí. Ni ahora ni entonces. —En la frase de Rose Mary había reproche, pero también cierto aprecio. ¿Por qué no se daba cuenta de ello?

—¿Ha cambiado algo? —preguntó él manteniendo el contacto visual que ella sostuvo incapaz de apartarse de su proximidad.

—¡Claro! Ahora sé que también fue importante para ti, que lo que vivimos fue compartido.

—No lo dudes, Rose. —Su voz se agravó.

—Por favor, vuelve a nuestra alcoba —rogó ella sin dejar de acariciar sus dedos.

—¿Eso significa que eres feliz, que has encontrado tu lugar? —No era una pregunta esperanzadora. La tristeza con lo que lo dijo provocó en Rose Mary otro vuelco más en su corazón.

—Vayamos paso a paso. Después de lo sucedido no podemos dormir separados, ni dejar que los rumores de los que habla Hamilton se expandan.

—Ya, los rumores. —Keir parecía decepcionado.

Y Rose Mary no se atrevió a contradecirlo. Ni ella misma sabía qué necesitaba de él.

CAPÍTULO 49

Ambos decidieron volver con sus invitados y despedirlos como un matrimonio bien avenido. Al fin y al cabo, habían hecho las paces, o algo parecido. Keir se sentía satisfecho sobre su conversación con Rose Mary, lo habían dejado en el punto exacto en el que él tal vez debería haber tomado la iniciativa y saborear sus labios. ¡Cuánto anhelaba besarla! Pero una criada los interrumpió en el momento en que ella confesaba que solo le importaban los malditos rumores sobre su matrimonio no consumado. Y lo que de verdad hubiera deseado es que se abriera en canal como él lo hizo. Pensó que tendría oportunidad esa misma noche en la alcoba matrimonial, esta vez no desaprovecharía la oportunidad.

El servicio empezó a recoger los licores de la mesa del comedor, y Rose Mary le dio la mano delante de ellos para que se percataran de ese íntimo instante. Subieron hacia la habitación que a partir de ese momento habían resuelto compartir. La puerta se cerró tras ellos con un sonido seco. Keir permaneció de espaldas a la madera, como si necesitara asegurarse de que el mundo quedaba al otro lado.

Rose Mary avanzó primero. Había en su manera de moverse una decisión nueva, algo que Keir no había visto antes, o que quizá no había querido ver. La luz de las velas dibujaba contornos suaves sobre su rostro, el arco de su cuello, y una placidez distinta.

Keir la observó sin decir nada. Ya no pensó más en la deuda, ni en Hamilton, ni en las tierras. Solo en lo que podría ser con ella.

—¿Crees que ahora que nos han visto juntos subir hasta aquí se calmarán las aguas? — dijo Rose Mary al fin, con una media sonrisa.

Keir dejó escapar una exhalación breve.

—Eso espero.

El aire de la habitación se llenó de un silencio cargado de intenciones.

Ella no retrocedió. Él tampoco.

La distancia entre ambos se redujo sin que ninguno pudiera señalar el momento exacto en que ocurrió. Fue un paso. Luego otro. Un gesto apenas perceptible. Y, después, el reconocimiento de una cercanía que ya no podía ignorarse.

Keir alzó la mano y con una lentitud casi deliberada rozó su mejilla, como si quisiera comprobar que estaba allí y no en algún recuerdo mal colocado. La piel de Rose Mary reaccionó bajo su contacto, y ese pequeño estremecimiento fue suficiente para quebrar el último hilo de conversación.

—Esto… —empezó él.

Pero no terminó. Porque ella no esperó a que lo hiciera.

El beso no fue brusco. Tampoco inocente.

Al principio ambos medían el terreno. Cada uno dudando de la respuesta del otro. Los labios se encontraron con una cautela que duró un segundo antes de ceder.

La presión se hizo más firme, más consciente. Keir inclinó la cabeza, profundizando en el contacto, y ella respondía sin vacilar.

Sus manos encontraron la cintura de Rose Mary, sosteniéndola con una firmeza. La cercanía se volvió inevitable, el calor compartido, la respiración entrecortada.

Keir cerró los ojos un instante. Y, de repente, la grieta entre ellos se hizo palpable.

Llegó como una certeza en la mente del *laird*. La voz de Lorna, horas antes. Su mirada. Su insistencia:

«Tengo otra opción. Alguien que no me rehúye como Aran. Que me desea: Seger Hamilton».

Keir abrió los ojos. El beso se rompió. Se apartó lo justo para mirarla, aún con las manos en su cuerpo. ¡Rose Mary había convencido a Lorna de esa posibilidad! Recordaba muy bien como ella lo había sugerido mientras paseaban por el prado a caballo.

—Has sido tú —susurró.

Rose Mary lo miró con la excitación aún evidente en sus ojos y con el aliento compartido.

—¿A qué te refieres?

Keir dio un paso atrás. La distancia regresó, y con ella todo lo demás.

—Lorna ha venido a hablar conmigo —dijo—. Con una idea. Una alternativa a su compromiso.

Rose Mary frunció el ceño.

—¿Y?

Keir le sostuvo la mirada.

—Ha mencionado a Hamilton.

El silencio cayó entre ellos. Distinto al de antes, más frío.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó ella.

Pero Keir ya no estaba en el mismo lugar.

—No juegues a esto sin entender lo que estás poniendo en riesgo —dijo con dureza.

Rose Mary se tensó.

—No soy una niña, Keir, soy tu esposa.

—Entonces compórtate como tal. ¡Deberías apoyarme en mis decisiones, y no poner a mi gente en contra!

La frase quedó suspendida. Más afilada de lo que él había previsto.

—¿Crees que he sido yo? —preguntó Rose Mary con la culpa en el rostro.

—¿Lo niegas?

Ella hizo ese gesto que la delató, se mordió el labio inferior, como tantas veces la había visto hacer cuando se ponía nerviosa.

—Ella no quiere a Aran. Serán infelices, y tú no deseas eso para tu hermano. ¿O acaso hay algo más? —Lo miró con suspicacia. Intentaba descentrar la conversación y llevarla por otros derroteros, pero él no lo permitiría.

—¡Has llenado la cabeza de Lorna con ideas que no te corresponden! —continuó—. Has puesto en entredicho mi decisión. ¿Crees que no va a llegar oídos de los otros terratenientes? No puedo perder mi posición, para ellos soy un referente.

—¡Tu decisión! —repitió ella, exaltada—. ¡Como si todos fuéramos piezas!

—¡Es que lo somos! —replicó él—. ¡Un paso en falso y Glenmora deja de existir!

—¡Exageras! Ansías tener cerca a Lorna y a tu hermana, te da miedo perderlas, pero lo que no entiendes es que la vida evoluciona, sigue, aunque tú pretendas quedarte en el pasado —lo dijo como si estuviera revelando algo decisivo, y Keir no comprendió qué había de malo en querer conservar su tierra, su historia.

—¿Y Seger Hamilton es la solución? —preguntó con el odio en la punta de la lengua. No tragaba a ese hombre, aunque se hubiera presentado como el más generoso y amigable inglés, y como el remedio a todos sus males. A él no lo manipulaba nadie.

—¡Al menos confiaste en Hamilton para buscar una esposa inglesa! —Rose Mary lo desafío con la mirada.

Keir se llevó la mano al corazón. Tocado y hundido.

—Y con ello gané tiempo, pero hay otras cuestiones… —carraspeó. No quería que supiera más, que tal vez la solución estaba en desfragmentar Glenmora, venderla a trozos y echar a los inquilinos, a los honrados labradores que se dejaban la piel en esa tierra.

—¿Solo soy eso para ti? ¿Tiempo extra?

Se percató demasiado tarde, por la alarma que se había encendido en el rostro de su mujer, que había metido la pata.

—No malinterpretes mis palabras. —Intentó acercarse a ella, apaciguarla.

—No lo hago, las repito literalmente. —Rose Mary se retiró hacia atrás al mismo tiempo que él avanzaba.

—Rose, solo te pido que no interfieras en cuestiones de hombres —susurró, intentando que la discusión no se saliera de contexto ni que llegaran a decir más de la cuenta. No anhelaba repetir el mismo ciclo autodestructivo de sus padres.

—Bien que te interesa mi opinión cuando se trata del ganado. —Rose Mary se cruzó de brazos.

—Eso es diferente. Tienes experiencia en las tierras de tu padre.

Ella bajó la cabeza.

—Bueno, respecto a ello, ya que estamos siendo sinceros…

Keir se rio. ¿Desde cuándo su matrimonio se había basado en la sinceridad? Ambos habían encubierto desde el principio sus intenciones. Ambos sabían que estaban siendo calculadores, pero ninguno quiso reconocerlo. Ni siquiera esa noche.

—No, Rose, no confundas esta discusión con franqueza. Has actuado a mis espaldas. ¿Crees que no me he dado cuenta de lo deprisa que has montado una velada solo para Hamilton, cuando te he repetido mil veces que no es de fiar?

—¡Estás obsesionado solo porque representa a la Corona inglesa! Pero él es el mensajero, el que gestiona la deuda que tu padre…

—No te atrevas a mencionarlo. —Levantó un dedo advirtiéndole.

—Está bien, calmémonos, vayamos a dormir. Mañana lo veremos de diferente manera. —Rose Mary señaló la cama. Parecía exhausta.

Qué fácil hubiera sido ceder, volver a sus brazos y dejarse llevar. Pero él no estaba hecho para relaciones superficiales. Necesitaba sentir algo más que decepción y disgusto. Siempre había sido muy escrupuloso con la elección de sus amantes. Todas ellas le habían provocado una agradable sensación de mariposas en el estómago. El nerviosismo anticipado por ir a verlas, por saborearlas, compartir espacio y confesiones de alcoba. Rose Mary no había sido distinta, pero, en lugar de mariposas, ella conseguía encender un volcán en su interior que había estado apagado desde hacía siglos, y en aquellos momentos, la lava, en lugar de querer salir, se contraía, se mantenía dormida a buen recaudo, para no herir a nadie, y mucho menos a él mismo.

—Me es imposible. No puedo. Pasaré la noche en mi despacho y las siguientes —se oyó decir.

—¿Qué dirá la gente? Empezaran a circular de nuevo los chismes —Rose Mary escupía fuego por la boca.

Keir se acercó a una de las paredes laterales, acarició una ranura y apretó. Se abrió una puerta y ante sus ojos apareció un pasadizo húmedo y oscuro.

—Lleva a mi estudio. Dejaré ropa en el armario de esta alcoba, desharemos la cama para que las criadas piensen que han dormido dos personas, nos ausentaremos los dos cada noche para acudir a

esta habitación. Y luego me trasladaré a mis dependencias. Mi ayuda de cámara es discreto y de confianza. Guardará el secreto.

—Grizel también es de confianza. —Su esposa alzó la barbilla, desafiante.

Keir abrió los ojos. No podía creer que el ama de llaves hubiera caído en las garras de la inglesa cuando había jurado que nadie le quitaría sitio a la verdadera *lady* Glenmora, su madre.

—Me alegra que te lleves bien con ella. Es difícil de contentar y solo fue leal a mi madre, que en paz descanse. Pero no puedo decir lo mismo del resto del servicio Estoy convencido de que los rumores se expandieron por ellos.

Rose Mary asintió.

—Si esto es lo que quieres…

Su indiferencia le tocó el corazón, a pesar de haber decidido encerrarlo.

—No, pero es lo mejor. Si no, acabaremos odiándonos.

—¿No lo haces ya?

¿Eso creía ella? ¿De ahí su comportamiento?

—Solo estoy decepcionado. Triste de que nuestra historia no haya funcionado.

—¿No piensas volver? —Su gesto asustado lo enterneció, pero, aun así, no era de los que claudicaba a la primera cuando tomaba una decisión

—La puerta del pasadizo solo se abre en una dirección, desde esta alcoba al estudio, nunca al revés. Una vez entre, ya no podré echarme atrás.

CAPÍTULO 50

—¿Un pasadizo secreto? —repitió Morag con la boca abierta.

Rose Mary asintió mientras se bebía la infusión que su amiga había preparado. Hacía unos días que se sentía mucho más segura entre esas paredes de madera que en el castillo. Se escapaba de madrugada para ir a verla y volvía antes de que se levantaran los criados y sospecharan de su ausencia.

—¿Sabes lo que significa que la puerta solo se abra desde tu dormitorio? —comentó Morag con mirada lasciva.

—Sí, que no lo moleste —suspiró Rose Mary.

La curandera alzó una ceja

—Al contrario. Que solo tú tienes el poder de decidir cuándo estar con tu marido.

Rose Mary quedó atónita. Esa opción no se le pasó por la cabeza durante las noches que él accedía con ella a la alcoba y, sin decir palabra, se escabullía por el pasadizo. Aunque si lo pensaba bien, sí que existía un poco de titubeo por su parte. La noche anterior se estuvieron mirando un rato a los ojos y solo le salieron monosílabos.

—Bien, aquí estamos —dijo Keir pasándose la mano por el cabello.

—Sí. —Rose Mary sonrió tímida.

—Bueno, pues me voy. —Pero no hizo ningún movimiento; se quedó como anclado al suelo, mirándola.

—Buenas noches, Keir. —No lo quería echar, sin embargo, fue lo único que se le ocurrió.

—Buenas noches, Rose.

Rose Mary se llevó a los labios la taza que Morag había rellenado y suspiró recordando aquella conversación para besugos.

—¿Crees que él espera que vaya a verlo? ¿En plena noche? Si no me puede ver… Está muy enfadado conmigo —preguntó extrañada.

—Porque no te entiende —sugirió Morag mientras secaba unas hierbas en la mesa de la cocina que también hacía de comedor. Su cabaña era de una única estancia y se recorría en una sola mirada.

—Ya somos dos. —Rose Mary se encogió de hombros.

—Debes decirle lo del niño.

—O la niña. —Le guiñó un ojo a su amiga — ¡Espero que sea chica!

—¿Cuándo se lo vas a contar? —Morag no dejó que se desviara de la conversación.

—Es demasiado pronto.

—Tal vez para airearlo a medio Inverness, pero él es el padre y debería estar a tu lado con todo esto que te está pasando.

—¿Con «todo esto» te refieres a los mareos, vómitos y el ardor de estómago? —se burló Rose Mary

—¡Exacto!

Ella alzó la mano como si espantara moscas.

—Tienes ideas demasiado revolucionarias. ¿Desde cuándo un hombre se involucra en cosas de mujeres?

—No sé. Si alguna vez me llego a enamorar y me quedo embarazada me gustaría que la otra parte que ha participado estuviera a mi lado.

—Ese es el problema, yo no estoy enamorada.

—¿Y por qué siempre que vienes no paramos de hablar de él?

Rose Mary se quedó inmóvil durante un instante evaluando la situación, y luego negó con la cabeza.

—Vale, charlemos de otra cosa. Fiona Campbell me persigue, ya se ha presentado más de una vez en el castillo sin invitación para tomar el té, y la última vez trajo a una amiga, esposa de un comerciante de seda de Inverness. Las dos me miraban con los ojos abiertos como si fuera una especie de ave en un zoo —dijo con la misma seriedad con que había negado estar enamorada.

Morag tosió de la sorpresa.

—¿Desde cuándo?

—Alguna criada debe haberse ido de la lengua. Antes los rumores eran que no habíamos consumado el matrimonio, ahora que cada noche nos retiramos demasiado acaramelados hacia nuestra alcoba. Y es cierto que Fiona Campbell me preguntó algo al respecto, pero como es natural hice ver que no la había entendido.

—¿Y cuál ha sido el cambio para que piensen eso?

—Nos cogemos de la mano para simular que nos odiamos, pero la figura de Seger Hamilton todavía parece estar presente entre nosotros.

—¿Cómo están las aguas por el castillo desde que se fue Hamilton? —Morag le pasó a Rose Mary más hierbajos para que le ayudara en la tarea de prensarlas.

—Pues se fue tan rápido que no le dio tiempo a darme la carta de *lady* Susan. Me hubiera gustado leer de su puño y letra cuál era su plan al enviar al médico para humillarme de esa manera. No es su estilo —dijo pensativa Rose Mary.

—Bueno, al menos sirvió para saber que el *laird* no había olvidado vuestra primera noche —sonrió Morag.

—Ya. —Rose Mary se mordió el labio inferior—. Y para que Fiona Campbell quiera ser mi mejor amiga. La verdad es que creo que no es feliz con su matrimonio. Tal vez desea algunos consejos, eso es lo que me ha dado a entender, aunque no he querido indagar mucho en ello.

—¡Piénsalo! ¡Sería una candidata perfecta para tu club!

—Para nuestro club —riñó Rose Mary a la sanadora—. Te quiero en el castillo cada miércoles, puntual.

—No se me ha perdido nada en la sala de bordar.

—¡Por favor, Morag, no me dejes sola con Skye y Lorna!

—Tienes a Grizel, y a Fiona...

Rose Mary levantó la vista de las hojas y la observó con el ceño fruncido.

—¡No te burles!

—No osaría algo así, *lady* Glenmora —rio Morag.

Ella soltó también una carcajada. Se sentía tan bien en compañía de la curandera que, al ver que el sol estaba en lo alto del cielo, maldijo por dentro. No tenía muchas ansias de encararse con

lo que le esperaba de vuelta a casa. Y se sorprendió a sí misma, llamando al castillo «casa».

Esa mañana, tras cabalgar una media hora más con Beira por las verdes praderas, se dirigió a los establos y cepilló a la yegua.

—Veo que mi hermano te ha regalado el caballo de Lorna. —Skye apareció ante ella, risueña.

A Rose Mary se le heló la sangre.

—Debía ser un regalo de bodas —continuó su cuñada.

—Si es de ella… Yo… no… —Rose Mary intentó asimilar aquella revelación, aunque lo único que anhelaba era deshacerse de Skye e ir al encuentro de su marido para retorcerle el pescuezo.

—Tranquila —dijo su cuñada, que tal vez vio en su mirada el error que acababa de cometer al confesar una intimidad de ese calibre—. Lorna y Beira nunca hicieron demasiadas migas. Es una yegua salvaje y pocos la han sabido domar.

Esta vez Rose Mary sintió un agradable cosquilleo. Acarició el pelaje del caballo. La reina del invierno la había elegido a ella.

—Conmigo es dócil —contestó con una sonrisa perenne. Ese comentario le había arreglado el día.

—Creo que tú eres más salvaje que Beira. Por eso mi hermano creyó que os llevarías bien.

Rose Mary abrió la boca.

—¿Yo salvaje? ¡Si soy un corderito comparado contigo! ¿Cómo va el asedio a tus hermanos para que se desdigan del compromiso?

Skye bajó la cabeza y pasó su mano por el pelaje del animal.

—He montado alguna vez a Beira y no ha estado mal, pero no me quiere como a ti. Hacéis buena pareja.

—¿Tan mal va? —arrugó la nariz Rose Mary.

Skye le agarró de las manos.

—¡Por favor debes hacer lo que sea que haces con Keir! Convéncelo…

—Ya lo intenté y ahora casi no me habla.

Sky la miró suspicaz.

—Yo os veo cada noche como subís juntos muy pegados hasta vuestra alcoba. ¿Hay algo que no me has contado, cuñada?

Rose Mary se percató que había estado a punto de descubrir su tapadera.

—Nada —se apresuró a decir. «Todo», pensó—. Se me ha ocurrido que tal vez con la llegada del año nuevo Keir se ablande…

—¡Ah! —chilló Skye—. Me encanta Hogmanay. Es mi fiesta preferida.

En Escocia no se celebraba la Navidad y, aunque ella echó de menos estar con *lady* Susan, los mellizos, e incluso con Kat y su querida Abby en esos días, el día a día del castillo y organizar el club de damas borró de su memoria aquel otro mundo que había dejado atrás y que la llenaba de nostalgia, y lo sustituyó por la alegría emergente de los habitantes de Glenmora ante la llegada del año nuevo. Allí se conmemoraba por todo lo alto.

—¡Te encantará, Rose Mary! Nunca has visto nada igual. Se encienden antorchas, se baila alrededor del fuego…

Rose Mary bajó la cabeza mientras Skye no paraba de relatar las bondades de Hogmanay, y esta vez sí que una punzada en el lateral le advirtió que tal vez estaba un poco celosa de que la muchacha tuviera a su familia cerca. En cambio, ella solo se tenía así misma. «Bueno —sonrió—, y muy pronto a un pequeñín». De nuevo, sintió los pinchazos.

—¿Te encuentras mal? No tienes buena cara —le dijo su cuñada.

—Sí, estoy bien. El paseo con Beira me ha cansado más de la cuenta.

Subió a su habitación y se acostó. Grizel entró para despertarla como cada mañana, desde que se enteró de su embarazo e insistió en atenderla personalmente. Dos criadas la seguían, preparadas para descorrer las cortinas, airear las sábanas, ordenar y limpiar el polvo.

—Hoy no, por favor —se quejó Rose Mary.

Grizel se apresuró a sacar a las sirvientas de la habitación.

—¿Qué necesita, *lady* Glenmora? ¿Aviso al médico?

—No, Grizel. Ha sido una mañana algo peculiar. Necesito descanso.

—No debería cabalgar tanto. No en su estado —la amonestó Grizel.

—Es lo único que me da paz —contestó Rose Mary, y pensó en Morag, en su cabaña y en sus gratificantes conversaciones. Sin ellas, tal vez se hubiera marchado con la comitiva de Seger Hamilton hacia Woolriver.

CAPÍTULO 51

El año nuevo no llegaba sin más a Glenmora. Se preparaba a conciencia.

Keir lo sabía desde niño, pero aquella noche lo sintió con una claridad distinta, como si cada gesto, cada costumbre, adquiriera un peso que antes no había necesitado entender. Caminaba por los pasillos del castillo mientras las criadas terminaban la limpieza. El olor a ceniza removida aún flotaba en el aire, mezclado con el de la cera y el jabón. Habían vaciado las habitaciones y sacado los muebles al patio para que no quedaran restos de lo antiguo. Era tradición que nada del año anterior debía permanecer. Ni el polvo. Ni la suciedad. Ni las deudas.

Keir se detuvo un instante frente a la chimenea del gran salón, observando las piedras antes ennegrecidas que se mostraban limpias, desnudas. Debía presentarse ante el año nuevo con la cuenta en blanco. La idea le resultó incómoda. Porque no todo podía limpiarse con agua y esfuerzo. Él lo había intentado y acabó huyendo a Inglaterra para casarse.

—Aún estás a tiempo de vaciar algo más —dijo Roy a su espalda.

Keir no se giró.

—No quedaría castillo.

Su amigo rio.

—Eso simplificaría las cosas.

Keir no respondió. Porque, por un instante, la idea no le pareció del todo absurda.

El *saining*, la bendición del hogar y el ganado comenzó antes de la medianoche.

Keir esperaba a la bruja, la abuela, el único día en el que las hechiceras eran bienvenidas según la tradición, pero se presentó Morag con la determinación de diez guerreros y nadie se atrevió a contradecirla. Quemó ramas de enebro que empezaron a arder en un cuenco de hierro, desprendiendo un humo denso, aromático, que llenaba los pasillos con una presencia casi tangible.

Keir y Rose Mary, como señores del castillo, la siguieron en silencio. Tras ellos, los más allegados, y luego los criados, como en una procesión.

Morag avanzaba habitación por habitación, llevando el humo con gestos lentos, deliberados, como si conociera dónde se ocultaban las sombras. Abría puertas, dejaba que el aire frío entrara, que la noche reclamara su espacio antes de cerrarlo de nuevo.

—Para que se vayan —murmuró en un momento dado.

Keir no preguntó qué. No hacía falta.

Al llegar al umbral del gran salón, Morag se detuvo. El humo se elevó entre ellos, dibujando formas que no terminaban de fijarse.

—Las cosas que no se queman no se van—dijo ella.

Keir sostuvo su posición.

—Lo sé.

—Pero se pueden mover. Si uno está dispuesto. —La bruja miró a Rose Mary, que bajó la cabeza.

Keir no respondió. Solo deseaba acabar con sus deudas, empezar en blanco, pero sabía que aquello era imposible.

La medianoche llegó. Se escucharon campanas lejanas, voces que se alzaban con el choque de copas y el murmullo creciente de los invitados. Una vez más Glenmora era el centro de la festividad como cuando su padre aún vivían. Al castillo acudieron decenas de invitados, terratenientes y nobles venidos tanto de las tierras colindantes como de las más lejanas, incluso muchos de la capital, no querían perderse esa fiesta en casa de los MacFie. Las puertas del castillo se abrieron de par en par, dejando entrar el aire helado, limpio, casi cortante.

Y con él, la espera. El *first footing*, el primer pie, era la tradición más arraigada, y no se trataba de un juego. Nunca lo había sido. La

primera persona en cruzar el umbral después de medianoche determinaba la suerte del hogar.

Keir se colocó junto a la entrada, consciente de cada mirada, de cada expectativa.

—Espero que no sea Lorna —murmuró Aran a su lado.

Keir frunció el ceño, indignado.

—No digas tonterías. Ella ya es parte de la familia.

—Solo digo que, tal como están las cosas, podría interpretarse de muchas maneras. Y no ha estado presente en el *saining*.

—Seguro que se le han removido los recuerdos de su familia, y ha preferido quedarse en su habitación.

Un murmullo recorrió la entrada. Keir aspiró, aunque no creía en esas supersticiones, siempre se ponía nervioso, desde niño. Su madre le apretaba la mano sonriendo a la espera de saber qué suerte les depararía el año.

Duncan Campbell, cruzó el umbral con paso firme y una botella en la mano. La tradición decía que si quien lo hacía era un hombre alto de cabello oscuro la suerte estaba asegurada. Así que un respiro colectivo recorrió la estancia.

—Carbón —dijo Duncan, entregando un saco con solemnidad—. Para que nunca falte el calor —Y esto —añadió, alzando la botella—, para que no falte la alegría.

Keir asintió, aceptando ambos regalos con ceremonia, y los levantó para que todos pudieran verlos y celebrarlo, tal y como hacía su padre. El año podía empezar.

La mesa estaba dispuesta. El pastel de frutas ocupaba el centro como una promesa de abundancia que no siempre se cumplía, pero que nadie se atrevía a cuestionar. El *het pint* —cerveza caliente, *whisky*, azúcar y nuez moscada— humeaba en las jarras. Su aroma dulce y especiado corría sin medida.

Keir bebió nervioso. Todas aquellas molestias para entrar en un nuevo año igual de endeudado. Eso no podía dar buena suerte.

La música comenzó poco después. Las gaitas profundas, seguidas por los violines, que añadían ligereza al conjunto. El baile se formó sin que nadie lo anunciara.

Keir observó desde el borde. No participó de inmediato. Buscaba a alguien. Y la encontró.

Rose Mary estaba entre las mujeres, parecía haberse asentado en Glenmora, como alguien que empezaba a pertenecer a aquel lugar. El pensamiento le resultó esperanzador.

Cuando ella lo vio, no apartó la mirada. Tampoco sonrió de inmediato, pero se acercó.

—Parece que he sobrevivido a mi primer Hogmanay —dijo.

Keir inclinó la cabeza.

—Aún no ha terminado.

—¿Siempre es así?

—Peor.

Eso le arrancó una dulce risa. El sonido le sorprendió, porque no era contenido ni simulado.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

Keir miró a su alrededor. Las antorchas ya se preparaban en el patio. Algunos hombres comenzaban a salir, organizándose sin necesidad de que nadie los animara.

—Fuego —dijo.

Rose Mary alzó una ceja.

—Por supuesto.

Salieron juntos. El frío los recibió sin concesiones, pero el calor de las hogueras ya encendidas lo contrarrestaba. Las llamas se elevaban, las antorchas dibujaban círculos de luz en la oscuridad y el sonido del fuego, vivo, incontrolable, llenaba el espacio.

Keir tomó una antorcha. La sostuvo un instante. Luego la alzó.

—Para quemar lo que queda —dijo, más para sí que para ella.

Rose Mary lo observó. Las llamas se reflejaban en sus ojos. Y Keir, al mirarla en medio de aquella lumbre, comprendió algo que no había previsto: que el año nuevo no empezaba con las tradiciones. Empezaba en ese instante. En lo que uno decidía conservar. Y en lo que por fin estaba dispuesto a dejar arder.

CAPÍTULO 52

La fiesta no terminó de golpe, se fue apagando como el fuego cuando ya ha dado todo su calor. Keir caminaba junto a Rose Mary por el pasillo en silencio, con el eco lejano de las gaitas aún vibrando en las paredes de piedra. El castillo respiraba distinto después de Hogmanay. Más ligero. Durante unas horas todos olvidaron quiénes eran y lo que debían ser al día siguiente.

La luz de las velas proyectaba sombras largas y el frío volvía a filtrarse por las grietas que ni el *whisky* podía sellar del todo. No se tocaban, pero caminaban juntos. Al llegar a la puerta de la habitación, Keir dudó por lo que venía después. Estaba harto de esperar a que ella diera el paso, aun así, se había prometido que no claudicaría, que no cedería ante lo que le solicitaba. No desharía los acuerdos matrimoniales. No sabía si era lo mejor para Glenmora, pero no le daría el gusto a los ingleses de salirse con la suya, y menos a Hamilton, que perseguía agendarse las tierras de los MacLain, al igual que muchos otros.

Abrió la puerta y la dejó pasar primero. Rose Mary avanzó despacio, quitándose los guantes con un gesto casi automático, como si necesitara hacer algo con las manos para no pensar en la tensión que se instalaba entre ellos cada vez que debían replegarse hacia la alcoba y él cruzar el pasadizo secreto hasta su despacho.

Keir cerró tras de sí.

—¡Ha sido una noche intensa! —exclamó ella sonriente.

—En Glenmora no sabemos hacerlo de otra forma.

Una leve sonrisa. Pequeña, pero tan auténtica que el corazón de Keir dio un vuelco.

El silencio volvió.

Keir se acercó al escritorio, sacó un estuche del cajón y se giró.

—Quiero darte una cosa.

Rose Mary alzó la mirada, curiosa. El *laird* avanzó despacio, y, cuando estuvo ante ella, abrió la tapa de la cajita. Un broche antiguo de oro envejecido, trabajado con delicadeza, con un diseño de nudos entrelazados que no se rompían en ningún punto. En el centro, una piedra de azul oscuro relucía.

Rose Mary no lo tocó de inmediato.

—En Hogmanay los regalos los traen los visitantes —dijo en voz baja.

Keir asintió.

—Lo sé. Mi madre decía que el *laird* también debía dar algo.

Rose Mary lo miró, asombrada.

—¿En serio?

—No como tradición. —Sus dedos se cerraron un instante alrededor del broche que había sacado del estuche antes de volver a abrirse—. Decía que, si alguien cruzaba el umbral del castillo y decidía quedarse, había que darle un motivo para hacerlo

Keir aguantó la respiración temiendo que eso hiciera retroceder a Rose Mary y volviera a su caparazón. Sin embargo, extendió la mano. No era del todo firme, pero valía.

—Era de ella —dijo Keir sosteniendo la mirada de su esposa.

Rose Mary apretó el broche entre los dedos.

—Keir…, no puedo. Es de un gran valor para ti y deberías guardarlo tal vez para Skye o para…

—Una persona importante en mi vida —susurró—. Y esa eres tú, Rose. Al menos espero que esto lime nuestras asperezas —añadió sin dramatismo.

—No sé si debo aceptarlo.

No sonó como un rechazo, sino más bien como si el miedo hablara por ella.

Él ladeó la cabeza.

—Ya lo has hecho.

—Es demasiado.

—No lo es.

Alzó la mano, rozó el cabello de Rose Mary y lo apartó con suavidad de su cuello. Colocó el broche en la tela de su vestido,

fijándolo con precisión.

El contacto duró un segundo más de lo necesario. Sus dedos acariciaron su piel y ambos lo sintieron. Ella sonrío.

—Te queda bien. Supongo que es una buena inversión si sonríes —murmuró Keir a unos milímetros de sus labios.

La mirada de su mujer cambió.

—No lo entiendo. Has dicho que era de tu madre.

—Es una réplica. La verdadera está en la caja fuerte. El diamante azul es demasiado valioso. Pero esto hará que todos sepan que deben respetarte, que lo nuestro no puede disolverse tan fácilmente.

Algo no iba bien, porque Rose Mary elevó los ojos hacia el techo y murmuró un insulto. Al principio no lo escuchó con claridad, pero luego le llegó nítido.

—¡Rata sarnosa! ¿Crees que me puedes comprar con un broche de oro falso?

Keir se echó hacia atrás.

—Ya te he dicho que es una réplica. ¿Y por qué querría comprarte? ¡Ya eres mía! — exclamó Keir sin entender por qué peleaban. Pensó en regalarle ese broche durante muchas noches recostado en el diván de su despacho, con la intención de suavizar sus diferencias, y sí, también para meterse de nuevo en su cama en vista de que ella no había abierto la puerta de su despacho ni una sola vez.

—¿Crees que puedes venir con una historia sentimental sobre tu madre, regalarme esta porquería y creer que me voy a olvidar de todo?

—¿Qué es ese todo, Rose Mary? ¡Lo único que yo veo es a una esposa incapaz de cumplir con sus deberes! —Keir perdió la paciencia.

—Los he cumplido con creces. —Ella vaciló—. Al menos dos.

Keir recordó esas dos veces en las que había saboreado su cuerpo.

—Y para que lo sepas —Rose Mary alzó la barbilla—, he montado el primer club de damas de Glenmora, así que, ya ves, estoy ocupada haciendo de señora del castillo.

—Ja —se jactó Keir—. ¿Y qué temas debates? ¿Bordar una flor o un pájaro?

Rose Mary parecía furiosa. Puso los brazos en jarra, su pose favorita, y alzó un dedo.

—Discutimos cómo salvar Glenmora sin tener que regalar a tu hermana y a Lorna.

—¡Son Aran y Roy o los bellacos de Hamish MacLain y Liam Kerr! —se quejó colérico Keir.

—¡No te olvides de tu archienemigo, Seger Hamilton, que a todas luces parece que se preocupa más por el ganado y las tierras que esos otros! ¡Pero no! ¡Según tú, quiere la ruina de Glenmora! ¡Por el amor de Dios! Si le han enviado para que haga todo lo contrario.

Keir sintió cómo la irritación subía, lenta y constante.

—Quiere dividir la tierra a cachitos, desahuciar a los arrendatarios, llenar el prado de sus ovejas y darnos una miseria por los pastos.

Lo había hecho. Había confesado su mayor pecado: vender Glenmora.

—No lo sabía. —Rose Mary se llevó las manos a los labios, insegura.

—Pues ya lo sabes.

—Keir, lo siento. Yo… Ven, siéntate, pensemos una solución.

Rose Mary señaló la cama. En otras circunstancias hubiera aprovechado la ocasión para ablandarla, como lo solía hacer con todas las mujeres que pasaban por su lecho. Sabía qué fibra tocar para que ellas se abrieran sin vacilación, pero con Rose todo parecía ir al revés.

—Ya lo he pensado, y mucho. Esas bodas son la solución —dijo sin un ápice de rebeldía. Ya no.

—Quédate, hablemos… —le rogó ella, al ver que se dirigía hacia la puerta oculta que daba al pasadizo secreto.

—No, el momento ha pasado —respondió decepcionado.

Abrió la puerta escondida y marchó hacia su despacho. «Año nuevo, vida nueva —se dijo—. Vaya mierda de año me espera»

Se quitó el frac y el chaleco, se desabrochó la camisa y el primer botón del pantalón, se descalzó y se sirvió un *whisky*. Tenía la cabeza embutida del alcohol de la fiesta, pero lo necesitaba después de pelear con su mujer. No parecía tan salvaje en Londres. No sabía cómo, sin embargo, todas las veces que Rose Mary y él mantenían una conversación acababan gritándose.

Llamaron. Dio un respingo, pensó en ella, aunque no venía del fondo de la habitación, de la puerta escondida en la pared, sino de la principal. Abrió, imaginando que serían Roy o Aran, pero se encontró delante a Lorna, con los ojos llenos de lágrimas. Su ayuda de cámara la había traído.

—La he visto vagando por los pasillos y he creído que era mejor que estuviera con usted.

Lorna se abrazó a él.

Keir le dio las gracias a su ayuda de cámara, cerró la puerta tras de sí y correspondió al abrazo de su exprometida.

CAPÍTULO 53

Lorna seguía aferrada a él con la necesidad de quien no tiene a nadie más a quien recurrir, y no parecía el capricho propio de una muchacha consentida. Su cuerpo temblaba y Keir notó el calor de sus lágrimas traspasar la tela de su camisa abierta.

—Los echo mucho de menos y más en estas fechas. —Lorna se agarró más a él.

—A tus padres, ¿verdad? —murmuró.

Lorna asintió contra su pecho.

—Y a mis hermanos… —añadió entre sollozos—. Todo es tan distinto ahora.

Él apoyó una mano en su espalda, con un gesto protector, como si aquel consuelo le resultara más natural que cualquier conversación con Rose Mary.

—Lo sé.

No lo sabía del todo, porque no había perdido a sus hermanos como ella, pero entendía la ausencia.

El silencio que siguió solo fue interrumpido por el sonido contenido de su llanto, el leve crepitar del fuego en la chimenea, el viento golpeando los cristales como un recordatorio de que el mundo no se detenía por nadie.

Keir recordaba la rebosante alegría que siempre se respiraba en casa de los MacLain y cómo poco a poco aquel clan se había ido reduciendo por las desgracias, enfermedades y accidentes hasta que solo quedó Lorna.

Keir acarició el cabello de la muchacha, sintió su fragilidad en aquel momento, y lo invadió algo que no era deseo. Nunca lo había tenido hacia ella. Cuando la miraba, sentía una fuerte responsabilidad, una carga a sus espaldas que no había pedido, pero

que aceptaba sin remordimientos. Su único propósito al comprometerse con ella había sido mantener su palabra y proteger a esa muchacha que conocía desde siempre, además de las tierras de la familia MacLain para que no cayeran en malas manos.

—No estás sola —dijo al fin.

Lorna se separó lo justo para mirarlo.

—No es lo mismo.

—No —concedió Keir—. No lo es.

Se pasó una mano por el cabello, como si buscara ordenar sus propios pensamientos antes de continuar. Miró hacia la ventana. Gotas de una fina lluvia resbalaron por los cristales.

—Pero podría serlo.

Ella frunció el ceño, aún con los ojos húmedos.

—¿Qué quieres decir?

Keir sostuvo su mirada, más serio ahora.

—Que si te casas con Aran no perderás nunca más una familia. —Hizo una larga pausa para contemplar su rostro y secarle las lágrimas—. Yo estaré aquí —añadió—. Skye, Roy....

No mencionó el amor ni la libertad de elegir. Su discurso giró entorno a lo único que sabía sostener: unidad.

—Es mejor que no tener nada —añadió Keir.

Un relámpago sorprendió a Lorna que se estrechó más contra él.

—Tengo miedo.

Keir apretó con suavidad su brazo.

—Lo sé.

No estaba imponiendo una decisión, ya no, y menos en año nuevo, cuando la ausencia de la familia pesaba con más fuerza. Él tenía a los suyos cerca, aun así, no podía sacarse de la cabeza a su madre, un referente para él que le había enseñado lo que significaba la lealtad pese a que le rompieran el corazón. Por ella era mejor hombre, mejor compañero. Pensó también en su padre, aun cuando lo único que había recibido de él eran las tradiciones, las reglas y una manera distinta de ser *laird*. Él no quería repetir su historia, pero reconocía que, aunque no fue un gran padre, sí que se le consideraba un buen líder.

En Hogmanay se les recordaba, sin embargo, no se les lloraba. Era una noche para dejar paso a lo nuevo y quemar lo viejo, aunque fueran los recuerdos. Por eso Lorna no había asistido a la fiesta. Hubiera levantado sospechas con su nostalgia.

—No dejaré que te ocurra nada —prometió Keir besando su frente.

La puerta oculta al fondo de la habitación se abrió a la vez que un relámpago iluminaba las paredes.

Keir alzó la vista al mismo tiempo que Lorna se relajaba entre sus brazos.

Rose Mary estaba allí. Inmóvil. Observándolos.

—No es lo que parece —dijo Keir, separándose de Lorna. Demasiado rápido, demasiado consciente de lo que aquella escena podría sugerir. Pero, mientras hablaba, supo que sus palabras llegaban tarde.

Ante la palidez de Rose Mary y la mirada que les dedicó a los dos, Lorna dio un paso adelante negando con la cabeza, aún con lágrimas en los ojos y los brazos extendidos hacia ella.

—Yo… nunca le haría daño. Nunca la traicionaría.

Rose Mary colocó sus manos en la cintura. El color había vuelto a su rostro y estaba rojo de ira.

—Ya lo hiciste al menos una vez, en el río.

—No es lo mismo. Eso era como un ritual de iniciación. ¡Se la veía tan perdida! —sollozó Lorna.

—¿Y por eso has creído que ganarte mi confianza y acostarte con mi marido era la mejor decisión para que te perdonara por todas las diabluras que me habéis hecho pasar tú y Skye?

Lorna agrandó los ojos llorosos para acto seguido cubrirse el rostro y gimotear.

—Rose, ¡basta! —exclamó Keir.

Rose Mary levantó un dedo señalándolo. Iba a continuar hablando, lo más seguro era que le tocara a él recibir toda una serie de improperios. No le dio tiempo.

La puerta principal del estudio se abrió de golpe. Roy apareció empapado, con el cabello pegado a la frente y la respiración agitada. Aran entró detrás, en el mismo estado.

—Se ha roto el cercado —dijo Roy sin preámbulos—. Las ovejas se han escapado. Están por todas partes.

Keir reaccionó al instante.

—Ensillad los caballos —ordenó, moviéndose hacia la mesa para coger lo necesario—. Ahora voy.

Rose Mary dio un paso adelante.

—Iré contigo.

Keir se giró.

—¡Ni hablar! —La palabra salió más dura de lo que pretendía. Aunque no la retiró—. Quédate aquí. —Y, señalando a Lorna, añadió —: Con ella.

Rose Mary sostuvo su mirada. No discutió, tampoco asintió, y eso fue peor.

Keir sintió una punzada en el pecho, pero la desatendió. Se volvió hacia Roy y Aran y marcharon los tres en dirección a los establos. El viento arreciaba con fuerza y los relámpagos se hicieron más continuos.

Mientras cabalgaba hacia el prado donde las ovejas estaban dispersas, Keir no pudo evitar pensar que, de todas las tormentas que se desataron aquella noche, la del exterior era, con diferencia, la más sencilla de contener. Como siempre sucedía en su vida.

CAPÍTULO 54

El despacho quedó en silencio después de que Keir se marchara. Rose Mary permaneció donde estaba, con la mirada fija en la puerta que acababa de cerrarse, como si esperara que algo —una palabra, un gesto, una explicación— regresara con él. No lo hizo.

El sonido de la lluvia empezó a filtrarse entonces con más claridad, golpeando los cristales con insistencia. La luz tímida del amanecer luchaba contra los relámpagos y los truenos que se habían adueñado del cielo. Lorna fue la primera en acercarse a la ventana. Rose Mary la siguió. El exterior era un caos. Antorchas que se consumían antes de poder ser encendidas. Sombras que corrían entre la lluvia. Voces que se perdían. Y, en medio de todo, los caballos moviéndose con dificultad sobre el barro.

—Voy a salir —dijo con tono firme.

Lorna se volvió hacia ella de golpe.

—¿Qué?

—Si no veo lo que ocurre, no puedo ayudar.

Se apartó de la ventana y salió de la estancia. Subió las escaleras casi sin sentir los peldaños bajos sus pies, entró en su habitación y con rapidez se visitó con ropa cómoda. Lorna envuelta en un grueso chal la interceptó en el pasillo y ambas cruzaron corriendo la puerta principal del castillo y se dirigieron al campo descubierto. Las dos vislumbraron enseguida a Keir, su manera en que su cuerpo se inclinaba hacia delante al dar órdenes, la tensión en sus brazos al sujetar las riendas, la precisión con la que se movía incluso en medio del desorden.

Roy y Aran se desplegaban a ambos lados, intentando cerrar el círculo, mientras los perros, *collies* nerviosos y rápidos, corrían en

arcos abiertos, empujando al rebaño disperso hacia un punto que aún no existía del todo.

—Se están abriendo demasiado —murmuró Rose Mary—. Así no van a conseguir reunirlas.

Lorna no apartó la mirada de los hombres mientras soportaba con estoicidad el pesado ropaje que se había empapado en segundos.

—Keir sabe lo que hace —le dijo serena.

Rose Mary frunció el ceño. En esos momentos no distinguía bien a las ovejas alejadas hacia la colina. Apenas lograba verla, pero sabía que estaba allí. Había recorrido aquella zona esa misma mañana y era consciente del desnivel que conducía al cercado viejo, además del barro que se acumulaba en la parte baja cada vez que llovía. Si los animales seguían ese camino, no tardarían en quedar atrapados o despeñarse ladera abajo.

— Si las siguen empujando hacia el valle, se les van a dispersar más. Tendrían que usar más los *stells* o al menos dirigirlas hacia una zona más cerrada…

Rose Mary se mordió el labio inferior. Conocía bien todo aquello gracias a ver trabajar a su padre y acompañarlo de niña. Él siempre decía que los *stells*, estructuras cuadradas construidas con muros de piedra seca y ubicadas en partes protegidas de las colinas, eran su salvación para recoger a las ovejas durante condiciones climáticas severas, como en aquella ocasión.

—Lady Glenmora, Keir ha hecho esto toda su vida. —Lorna pareció amonestarla. ¿Cómo se atrevía?

La observó por encima del hombro un instante, pero no respondió. Volvió de nuevo la vista inquieta por lo que sucedía a su alrededor. Avanzó varios pasos y se agachó para examinar la densidad del barro. A lo lejos vio como Keir cabalgaba en su dirección, espoleó más de lo debido al caballo cansado, y este resbaló. Rose Mary ahogó una exclamación, llevándose una mano a la boca asustada. Vio cómo el animal perdía el equilibrio, cómo Keir intentaba corregir la postura y cómo caía.

El mundo se detuvo.

—¡Keir! —susurró, sin voz.

—¡Se levantará! —exclamó Lorna hacia ella.

Rose Mary ya no la escuchaba, se dirigió lo más deprisa que le permitieron sus piernas hacia el establo con la joven gritando tras ella.

—¡No lo haga! —dijo, obstaculizándole el camino—. Es peligroso.

Rose Mary ni siquiera se detuvo.

—Apártate. Ya has hecho suficiente esta noche.

Lorna retrocedió como si la hubieran golpeado.

Rose Mary no esperó respuesta, ni siquiera al mozo para que ensillara a Beira, lo hizo ella con movimientos rápidos, y salió al galope.

El animal respondió al instante, inquieto por el caos exterior.

El viento le golpeó el rostro, la lluvia le dificultaba la visión, sin embargo, no redujo el paso. Keir ya subido al caballo intentaba detener a las ovejas que corrían atemorizadas por los truenos y relámpagos constantes. Dirigió al caballo hacia el rebaño disperso, observando la situación con rapidez, ajustó su posición, usó la voz como había visto hacer a su padre.

—¡Haa! —vociferó a los animales, cerrando el ángulo por donde las ovejas escapaban.

Los perros respondieron. Uno de ellos cambió de dirección, como si reconociera la orden.

Keir galopó hacia ella antes de que pudiera esquivarlo y se plantó ante Beira con una maniobra brusca.

—¡¿Qué demonios haces?! —chilló por encima de la lluvia.

Rose Mary no se detuvo.

—Lo que tú no estás haciendo bien.

—¡Bájate del caballo!

—¡Ni hablar!

El viento se llevó parte de sus palabras, pero no la intención.

—Te he dicho que te quedaras en el castillo.

—Y yo he decidido no hacerlo.

Keir acercó su caballo al suyo, obligándola a mirarlo en medio de la lluvia, del caos y del ruido. Y, por un instante, todo lo demás dejó

de importar. Porque aquello ya no era sobre las ovejas. Era sobre ellos, y Rose Mary no estaba dispuesta a ceder.

CAPÍTULO 55

Lady Glenmora era buena prediciendo los errores de los demás. Aunque nunca se dio cuenta del suyo hasta que fue demasiado tarde.

El primero de todos, en la madrugada del año nuevo, fue decidir recorrer el pasadizo secreto en busca de su marido. Si Morag tenía razón, él lo había utilizado como una invitación, para que ella se acercara a Keir cuando estuviera preparada. Sin presión.

Falló en creer que, después de su discusión, él estaría lamiéndose las heridas. El segundo error fue pensar que ella se había extralimitado con su esposo al llamar porquería al regalo que le había hecho. El tercero fue minimizar sus sentimientos. Ella era la mujer que se había casado con un hombre que ya tenía prometida y llevaba consigo un broche de oro falso con un diamante azul de imitación. ¿Acaso no se merecía algo mejor que las migajas?

Cuando vio a Lorna en brazos de Keir y a él besándole la frente, lo entendió. Seguía siendo la segunda opción, como lo había sido siempre. *Lady* Susan la acogió en su casa porque no encontraba otra criada. Había sido vetada por la mujer del párroco y solo Rose Mary se atrevió a desafiarla. Su amiga Kat se había conformado con ella porque su hermanastra la despreciaba y ella era la única que le dio consuelo. Y Abby… Bueno, ella era otra historia. Pero no la tenía cerca cuando más la necesitaba.

El cuarto error fue creer que ella podía sola con todo.

Keir estaba encima del caballo a la misma altura que ella. La evaluaba.

—Si quieres quedarte —dijo al fin, bajando el tono sin suavizarlo —, entonces hazlo bien.

Aquello no tenía nada que ver con una concesión, se parecía más a una advertencia.

—Eso es lo que hago—contestó Rose Mary apretando los dientes.

Giró el caballo. Observó de nuevo el terreno. Las ovejas estaban menos dispersas. Algunas ya habían empezado a reagruparse gracias a los perros; otras seguían abiertas hacia la ladera, tentadas por la pendiente. Más abajo, a la derecha, distinguió el cercado improvisado: hombres trabajando a toda prisa, levantando piedra sobre piedra, cerrando la brecha con manos torpes por el frío.

—¡No las empujes hacia el valle! —gritó sin mirar a Keir—. Se abrirán más.

—¡Ya lo he visto! —respondió él, ofendido.

Rose Mary señaló con el mentón hacia una zona más elevada.

—Vamos por arriba. Que los perros bajen en abanico. Las llevamos hacia el nuevo cercado.

Keir se movió en silencio, parecía refunfuñar. Rose Mary lo obvió.

Roy recogió su señal al instante y viró su caballo con precisión. Aran silbó a los *collies*, que cambiaron de dirección como una sola sombra, cortando el avance de las ovejas más rezagadas. Funcionó.

Rose Mary sintió cómo el cuerpo de Beira respondía bajo ella, cómo el terreno cedía en algunos puntos y se afirmaba en otros. Ajustó el peso, inclinándose lo justo, guiando sin forzar.

—¡Haa! —volvió a gritar, e impidió el paso a un pequeño grupo que intentaba escapar hacia la izquierda. El perro más cercano respondió, empujándolas de vuelta hacia el centro.

Keir apareció a su lado sin decir nada. Trabajaron juntos. Coordinados.

Rose Mary sintió, por un instante, que el caos se convertía en algo manejable. Que las piezas encajaban, que cada movimiento tenía sentido, que incluso la lluvia parecía menos hostil. Una oveja se desvió de manera abrupta, chocó con otra y rompió el ritmo.

Keir reaccionó antes de que ella pudiera hacerlo. Rose Mary lo observó un segundo e inclinó la cabeza reconociendo el mérito. El cercado ya estaba casi listo.

Los hombres trabajaban con las manos entumecidas, encajando las últimas piedras, reforzando con turba donde no había tiempo para más. El cielo se iba aclarando e iluminaba el perímetro con una luz irregular, pero suficiente para marcar el límite.

—¡Ahora! —gritó Roy.

El último empuje fue conjunto. Caballos. Perros. Voces.

El rebaño, cansado y confundido, terminó por ceder. Entraron en el recinto con una resistencia cada vez menor, hasta que el último grupo cruzó el umbral improvisado.

Rose Mary detuvo a la yegua y respiró. El aire le quemó los pulmones. El corazón aún le latía con fuerza cuando Keir se acercó despacio. El barro le cubría las botas, la camisa abierta estaba pegada al cuerpo, el cabello oscuro húmedo le caía sobre la frente. Tenía una herida leve en el pómulo, apenas visible bajo la lluvia.

Durante un instante, solo se miraron, sin gritos y con lo que no se habían tenido en toda la noche: respeto.

—No ha estado mal —dijo Keir al fin.

—Podría decir lo mismo. —Una media sonrisa cruzó el rostro de Rose Mary—. Si aprendieras a escuchar…

Keir soltó una exhalación que casi fue una risa.

—Lo haré cuando dejes de desobedecer.

—No lo esperes.

La sonrisa se volvió abierta y franca.

Quinto error: pensar que lo peor había terminado.

—¿Qué es eso? —Keir señaló su falda.

Rose Mary dirigió la vista hacia donde su esposo había apuntado. La parte baja de su vestido estaba empapado de rojo. Y de pronto se dio cuenta del dolor. Los pinchazos habían aumentado. Se dobló sobre sí misma.

—¿Te has hecho daño? —Keir bajó del caballo preocupado y tomó las riendas de Beira.

Ella negó con la cabeza, sabía lo que estaba sucediendo y, aun así, era incapaz de verbalizarlo.

—¡Llamaré al doctor! —exclamó el *laird* con el pánico en los ojos.

—No — consiguió balbucear ella—. ¡Llévame con Morag! ¡La necesito! ¡El bebé!

Fue todo lo que se atrevió a decir antes de que la cabeza le empezara a dar vueltas. Cayó del caballo en brazos de Keir. Manchas negras danzaron ante sus ojos. Un profundo pitido procedente de sus propios oídos la aturdió. La tierra bajo sus pies se desvaneció al mismo ritmo que su pensamiento. El sexto error lo descubriría al despertar.

CAPÍTULO 56

Rose Mary abrió los ojos sin comprender dónde estaba. La luz entraba tamizada, gris, filtrada por una tela áspera que hacía de cortina. El aire olía a humo, a hierbas secas, a algo cálido que no pertenecía al castillo. No había piedra pulida ni tapices.

Estaba en la cabaña de Morag. Respiró aliviada.

El recuerdo llegó después desordenado.

La lluvia.

El barro.

El frío.

Las ovejas.

La caída.

Y luego, nada.

Sintió el peso sobre su cadera, como si fuera una manta gruesa. Sin embargo, de esta emanaba calor. Se giró y se encontró de cara a Keir, que dormía junto a ella, rodeándola con el brazo. Su respiración era profunda, regular. Rose Mary lo observó en silencio. El rostro relajado. La herida leve en el pómulo. El cabello aún húmedo en las puntas.

Contempló su ropa raída y grande, tal vez del padre fallecido de Morag. Se palpó también las suyas, el tejido áspero de la blusa, el peso distinto de la falda. Sus manos se movieron con torpeza, reconociendo lo ajeno.

La respiración de Keir cambió, y Rose Mary supo que había despertado y la miraba sin decir nada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella con un hilo de voz que no logró sostener—. El… el bebé…

Keir tardó unos segundos en reaccionar, como si no quisiera romper el momento. Negó con la cabeza despacio.

Rose Mary no gritó. No hubo estallido. Fue peor.

El aire pareció abandonarla de golpe, como si alguien hubiera rasgado su pecho. Se encogió sobre sí misma, el cuerpo plegándose sin resistencia, y el llanto llegó en forma de lágrimas que se escapaban de sus ojos, aunque ella se resistía. No quería llorar. Si lo hacía, no se detendría nunca.

Keir la rodeó con los brazos, acercándola a su pecho. No intentó callarla. No dijo nada. Solo la sostuvo mientras ella lloraba contra él.

—Lo siento… —murmuró Rose Mary entre sollozos—. Lo siento…

Keir apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—No tienes que pedir disculpas. No es culpa tuya.

Pero ella no lo escuchaba, porque el llanto no la dejaba.

—Si no hubiera montado a caballo —sollozó acurrucándose en el espacio que él le cedió, pegada a su cuerpo. Le llegó su aroma —a sándalo, a lluvia— y recordó una vez más su estupidez. ¿Por qué no pensó en su hijo no nato? ¿Por qué lo antepuso a las ovejas?

—No te mortifiques. —Keir le acarició el cabello—. Morag ya me ha comentado que la viniste a ver por unas molestias. No te lo quiso decir entonces, pero era signo de un mal arraigo. Te dio infusiones para pararlo, pero el destino decidió lo contrario.

Rose Mary había olvidado respirar mientras él le contaba lo sucedido. Cuando estaba a punto de desfallecer, inspiró por fin una gran bocanada de aire.

—Me cuesta… —dijo ella secándose las lágrimas que estaban empeñadas en soltarse sin permiso.

—Es normal, has perdido mucha sangre. Estás débil.

Keir se levantó de la cama, pero antes se aseguró que la cabeza de Rose Mary descansara sobre dos almohadas. Se dirigió a los fogones y recogió un cuenco.

—Es caldo de huesos de pollo. Te hará bien —dijo mientras se aproximaba a ella, se sentaba a su lado en la cama y le ofrecía una cucharada.

Rose Mary bebió del caldo como una niña buena. Miraba a Keir extrañada, sin sentir ira, rabia, menosprecio, compasión, tristeza. Nada. Estaba vacía.

Morag entró en la cabaña junto a Aran.

—Bien, estás despierta. Está todo preparado.

Rose Mary la interrogó con la mirada.

—El funeral —confirmó su amiga.

—No. No —repitió Rose Mary volviendo a convertirse en un despojo salado de tantas lágrimas que se le arrancaron del alma.

—Decirle adiós es la mejor manera para que puedas superarlo.

Keir la levantó en brazos y ella se agarró a su cuello.

Salieron. El bosque los esperaba.

Morag había preparado una hoguera controlada por un círculo de piedras. A un lado había depositado un plato con sal y al otro, uno con tierra.

—La sal mantiene alejados a los demonios; la tierra simboliza el cuerpo, la vida que pudo haber sido y no fue. El fuego os liberará. —Morag parecía recitar un poema mientras colocaba un pequeño trapo en el centro de las llamas.

Rose Mary no tuvo que preguntar qué era. Lo sabía bien y, aun así, giró la cabeza para no verlo. Se encontró con la mirada dura y en tensión de Keir. Contemplaba el crepitar de las brasas como si un pedazo de él también se quemara. Y entonces reconoció que el dolor era compartido. Estuvieron así durante un largo rato hasta que la humedad del día les entumeció las extremidades.

—¿Cuándo puedo llevarla a casa? —preguntó Keir devolviéndola a la cama.

—¿Ha comido? —inquirió Morag.

Keir asintió.

—Que descanse un poco más y al anochecer volvéis al castillo, fuera de miradas indiscretas.

Hablaban de ella como si no estuviera allí, y no le sorprendió que tratara de tú a su marido, así de libre era su amiga.

—Que la vea el médico. Yo he hecho lo que he podido. Pero que no le practique sangrías; se ha demostrado que es contraproducente. Llama a un doctor joven. Están más al día de los últimos avances. Que se lave y que la cocinera le prepare hígado y morcilla, repone la sangre.

—¡Todavía sigo viva, no hace falta que susurres! —exclamó Rose Mary, malhumorada. Porque nunca se había congraciado con las

desdichas. No las aceptaba ni se resignaba. Siempre luchaba contra ellas y, por eso siempre, le crecía el mal genio.

—Rose Mary —le dijo Morag muy seria—, debes reposar. Es imprescindible. Los siguientes días son cruciales. Cualquier signo de fiebre o dolor podría…

Morag calló y miró a Keir.

—¡Dilo! ¡Podré con ello! —se alteró Rose Mary

—Podría tener consecuencias fatales —contestó Morag del tirón.

Rose Mary enmudeció por un instante y, al siguiente, una cascada incapaz de detenerse recorrió sus mejillas.

—¿Quieres decir que no voy a poder tener más hijos?

—¡Claro! Si la situación no se complica…

Keir se acercó a ella. Le acarició la mejilla.

—¿Por qué no cierras los ojos y duermes un poco? Estaremos fuera.

—No. —Rose Mary agarró la mano de su marido—. Quédate conmigo. No me dejes sola.

Keir se acostó a su lado y la acunó mientras ella cerraba los ojos, aunque le fue imposible dormir. Y, de nuevo, la culpa la asaltó.

—Keir —empezó con la voz quebrada—, quería contarte lo del embarazo, pero…

Él no respondió de inmediato.

—No tienes que explicarlo ahora.

—Sí —insistió, apartándose lo justo para mirarlo—. Sí tengo.

Sus ojos estaban enrojecidos, la piel pálida, el cuerpo aún temblando.

—No sabía cómo —continuó—. No sabía si debía. Si era algo que tú querías o solo otra obligación más.

Keir la observó en silencio. No había reproche en su mirada. Eso la desconcertó más que cualquier enfado.

—Me siento vacía —susurró.

La palabra quedó suspendida. Desnuda.

Keir llevó una mano a su rostro, apartando con cuidado un mechón húmedo de su mejilla.

—Si alguien debe dar explicaciones, soy yo. Creo que te he dado una imagen de mí y de Lorna que no es cierta. Sí, me iba a casar

con ella, y tal vez por eso cuando nos has visto has pensado algo que no era, y eso te ha llevado a querer demostrarme tu valía con el rebaño.

Se detuvo. Parecía esperar a que ella interrumpiera su explicación, pero no lo hizo. La conversación la distraía del profundo hueco en su interior.

—Tengo cierta responsabilidad con ella y su familia —continuó Keir—. Solo eso. Nos hemos criado juntos y hemos compartido muchos momentos.

La voz de Keir se diluyó en la mente de Rose Mary, que cerró los ojos. No quería escuchar nada más. Sufría al pensar en esa infancia que los había unido. Keir tenía más en común con Lorna que con ella.

Volvió en sí cuando él estaba todavía dándole vueltas a lo sucedido.

—Ha venido a verme porque echaba de menos a los suyos durante este año nuevo. Nada más.

—Mi hijo… —dijo en un susurro que la rasgó por dentro— no verá ningún año nuevo.

Keir no apartó la mirada.

—Podremos tener más.

Rose Mary negó con la cabeza. Deseaba tener descendencia, pero no sabía si podría volver a pasar por aquello.

—No es lo mismo.

—No —admitió él—, pero no significa que todo se haya acabado.

—No quiero pensar más en el futuro —contestó de nuevo con la irritabilidad a cuestas—. Me importa más el presente. ¿Cómo están las ovejas? —Eso sí que lo podía controlar.

Keir se incorporó un poco, sin soltarla del todo.

—Hiciste un buen trabajo anoche. Se nota que eres hija de un terrateniente.

Rose Mary bajó la vista vencida.

—No lo soy.

Keir frunció el ceño.

—¿No?

—Soy la hija del capataz de los Hall —No quería cubrir más esa ausencia de verdad.

Keir no pronunció ninguna palabra, ni siquiera una de sorpresa.

Rose Mary interpretó ese silencio como desengaño. Él esperaba que le hablara de su linaje, de lo buena amazona que era, de lo lucrativa que había sido su tierra. Pero no era su verdad.

—Entiendo que estés decepcionado —dijo, apresurándose, con una tristeza que no lograba ocultar.

Keir alzó la vista.

—¡Fue por eso que entendiste lo que quería decir con *gaznate* cuando nos conocimos! —Parecía que su marido empezaba a atar cabos. No era un vocablo que una señorita de alta cuna debería conocer—. ¡Y por eso sabes tantas groserías que me dedicas a menudo!

—Lo siento —continuó ella—. No soy quien creías. No soy…

—Rose Mary, te respeto todavía más —la interrumpió él con esa sonrisa en la que se le marcaban los hoyuelos.

La frase la descolocó.

—¿Qué?

Keir no dejó de contemplarla y en su mirada vio un brillo especial. Un efecto que no estaba acostumbrada a provocar en un hombre.

—Te admiro por llegar hasta aquí. Por ganarte el corazón de *lady* Susan y de Henry Hall, por ser quién eres. Fuerte. Luchadora.

Rose Mary necesitó tiempo para procesar las palabras. El vacío dentro de ella no desapareció, seguía anclado, pesado. Sin embargo, no era absoluto. Había algo más que estaba presente y que no se había roto con la pérdida, y que quizá podría sostenerla. No se atrevió a ponerle nombre. Todavía no.

CAPÍTULO 57

El camino de regreso a Glenmora fue lento, espeso y silencioso.

Keir cabalgaba despacio. Sostenía las riendas con una firmeza que revelaba el control del caballo como de sí mismo. El aire olía a tierra mojada y a hierba aplastada, ese olor denso que deja la lluvia cuando se retira y el mundo queda suspendido entre el frío y la luz. A su lado, a lomos de Beira, Rose Mary apenas se movía.

Keir la observaba de reojo, sin hacerlo evidente, como si temiera que incluso ese gesto pudiera quebrarla más. Su esposa transmitía algo mucho más peligroso que la debilidad: ausencia.

El castillo apareció entre la niebla con su habitual imponencia. Las criadas salieron a recibirlos, murmurando entre ellas con una discreción que no era inocente.

Keir desmontó. Se acercó a su mujer y no esperó a que bajara sola. La sostuvo con una mano en su cintura, notando lo ligera que parecía en esos instantes.

—Con cuidado —murmuró.

Ella no respondió. Siguió con la cabeza gacha hasta llegar al dormitorio.

Grizel como de costumbre, no dejó que nadie se acercara a lady Glenmora y se afanó en ponerle el camisón y acostarla. Keir se quedó a su lado, incapaz de recorrer el pasadizo hasta su despacho y dejarla sola.

**

Los días siguientes no se parecieron a nada que Keir hubiera vivido antes. El tiempo no avanzaba, se arrastraba.

La habitación olía a infusiones de hierbas que le traía Morag, a agua caliente, a sábanas limpias que Grizel se empeñaba en cambiar

más de lo necesario. No quería que las criadas entraran en la habitación y cotillearan más de la cuenta, y pese a que ese no era su trabajo, se desvivió por Rose Mary, tal y como hizo con su madre.

El *laird* se sentaba a su lado mientras ella permanecía en la cama con los ojos abiertos, pero sin foco, como si mirara algo que él no podía ver. Le acercaba el caldo cuando Grizel lo traía, soplaba para enfriarlo, lo sostenía hasta sus labios con una paciencia que no sabía que tenía.

—Tienes que comer —decía en voz baja.

A veces ella obedecía. Otras no. Pero él insistía. Siempre.

Grizel lo observaba con una mezcla de sorpresa y desaprobación.

—No hace falta que esté aquí para todo, *laird* —dijo un día, con los brazos en jarra mientras preparaban agua para lavarla—. Las mujeres sabemos hacer estas cosas.

Keir no se movió.

—No me voy.

—No es apropiado.

—No me importa.

Grizel resopló.

—A mí sí. —Y, sin más, lo empujó con suavidad hacia la puerta.

Keir se quedó justo al otro lado mientras aseaban a Rose Mary, apoyado en la pared, escuchando los sonidos apagados del agua, de la tela, de las voces bajas. Sonrió con tristeza al oír como ella despotricaba malhumorada cada vez que importunaban su letargo y cómo Grizel la amonestaba.

Keir pensó en su madre. Ella también cayó en un adormecimiento parecido. La forma en que se había ido fue a intervalos, consumida por la pena. No había otra explicación. Saber que no solo no era la única mujer del *laird*, y que este nunca la había amado, la destrozó. Eso era lo que había quedado de ella en la memoria de Keir: el vacío, la ausencia. Y lo revivía de nuevo con Rose Mary.

Cuando Grizel le permitió volver a entrar, su esposa estaba más adecentada, pero no más presente. Keir se acercó despacio, sentándose a su lado, sin tocarla.

Miró hacia la ventana.

—Ha dejado de llover —dijo.

Ella no respondió.

—El prado está verde otra vez —continuó—. Las ovejas han vuelto a pastar como si nada hubiera pasado.

Su voz era constante. Intentaba no transmitir ninguna sensación que pudiera alterarla.

—Aran ha reforzado el cercado. Dice que no volverá a romperse tan fácilmente —le contó para que ambos se distrajeran.

El silencio se mantuvo, pero Keir siguió hablando.

Día tras día.

Le describía el cielo, el color de las nubes, el olor del viento cuando cambiaba. Le hablaba de sus pocos paseos por el campo para inspeccionar a las ovejas, de Roy, de Skye, de Lorna. De cosas pequeñas. Cotidianas. Como si pudiera traer el mundo hasta la habitación sin obligarla a salir.

A veces pensaba que hablaba solo, pero no dejaba de hacerlo. Porque, poco a poco, algo empezó a cambiar.

Un día, ella giró la cabeza cuando mencionó el prado. Otro, notó su respiración más agitada y vio cómo sus dedos aferrados a la sábana se liberaban cuando describió el sonido de los corderos. Pequeñas cosas. Casi invisibles.

Transcurrió un mes entero en el que Rose Mary pasaba del aletargamiento a la ira y tiraba lo que tenía a su alcance. Era su manera de sacar lo que le dolía y, aun así, ese odio no consiguió que se atreviera a salir de la habitación.

Cuando él se lo proponía en medio de una crisis, ella lo miraba a los ojos asustados, se palpaba la barriga como si recordara el por qué de su tristeza y volvía de nuevo a hundirse en el colchón.

En todo ese tiempo Keir no se separó de su lado más de lo necesario. Un tiempo que se medía en cucharadas de caldo, en palabras dichas en voz baja, en silencios compartidos, lloros a medianoche e improperios lanzados a la nada.

Una mañana, cuando la luz entraba más clara por la ventana y el aire olía a primavera incipiente, ella habló.

—Quiero salir.

Keir no reaccionó de inmediato. No creía haber escuchado bien.

—¿Estás segura?

Rose Mary asintió despacio.

—Solo un poco.

Keir sintió algo cercano a la esperanza. Se levantó y le ofreció la mano.

—Te acompaño.

Y, por primera vez desde que todo se había detenido, dio un paso con ella hacia el exterior.

CAPÍTULO 58

Las criadas se apartaban al paso de Keir y Rose Mary para luego cuchichear a sus espaldas. Se habían convertido en una pareja inseparable. Ella no salía a pasear sin él, y el *laird* no se atrevía a dejar a solas a su mujer por si caía de nuevo en la ausencia. Eso se rumoreaba en la cocina y fuera de ella. Los otros terratenientes no se atrevieron a pedirle explicaciones ante las faltas continuadas a sus reuniones que se habían tenido que trasladar hasta la finca del viejo MacDougall. A pesar de eso, Roy y Aran le hacían llegar los rumores.

—No es la única que ha perdido un hijo —le dijo contrariado un día Roy cuando le ponía al día.

—Claro que no —respondió Keir—. Pero eso no invalida su dolor.

—Por supuesto. —Aran se apresuró a confirmar que estaban de su lado—. Sin embargo, están todos preocupados. Fiona Campbell nos han hecho llegar su queja. No dejas que nadie la visite.

Keir levantó la cabeza del libro de cuentas que le habían presentado y los miró con atención.

—Hay cosas en un matrimonio que es mejor vivirlo a solas.

—Tú también te has aislado, Keir —le reprendió su hermano.

Él no lo entendía, pensó Keir. La madre de Aran había muerto ya de mayor; ella misma se había desterrado cuando se percató de que el *laird* no sabía querer ni a sus hijos. Les había enseñado lo que era el honor, a liderar, pero nunca les demostró afecto. Los trataba como a los demás, a pesar de que ellos llevaban su sangre.

—No me he ido a ninguna parte. He estado atento a todo lo que pasaba en mis tierras.

—¡Porque el castillo entero se ha sumido en vuestro duelo y no ha existido espacio para nada más! —dijo Roy exaltado.

Keir no prestó atención a esa falta de respeto Su amigo era el pragmático. Todo debía tener su propia lógica, si no, no entraba en su cabeza. Pensó que quizás se había equivocado al juntarlo con su hermana Skye. Ella conseguiría sacarlo de quicio y tal vez su convivencia sería demasiado dada a exacerbaciones injustificadas.

Lo miró con la cabeza ladeada y concluyó que Roy y Lorna harían mejor pareja. La última de los MacFie era sentimental, aunque también consciente de su lugar. Sería una buena esposa para alguien que amaba el orden y la coherencia. Debería hablar con él más adelante sobre esa idea.

—¿No tienes nada qué decir al respecto? —Su hermano lo sacó de su ensimismamiento.

—Sí —dijo levantándose de la silla—. Es la hora del paseo diario con mi mujer.

Salió por la puerta para ir en busca de Rose Mary y dejó a Aran y a Roy pasmados ante ese plantón.

—¡Nunca hubiera imaginado que nos abandonarías por una mujer! —dijo su amigo con la sorna en los labios.

—¡Da miedo verte enamorado! —exclamó su hermano.

Keir se detuvo un instante, estuvo a punto de girarse para desmentir esas palabras. No lo hizo porque no estaba seguro de si sería verdad.

**

Rose Mary se empeñó aquel día que quería ver a Beira y Keir pensó que tal vez había llegado el momento de volver a dar paseos a caballo. Lo echaba de menos.

El aire del establo era distinto al del exterior. Más tibio. Olía a heno seco, a madera vieja, a polvo suspendido que la luz de la tarde atravesaba en haces dorados. Keir cerró la puerta tras ellos sin pensar, empujándola con el hombro, como si ese gesto fuera natural, inevitable, como si aquel cobertizo se hubiera construido para ese instante.

Los mozos de cuadra no estaban. Solo ellos dos en ese espacio.

Rose Mary avanzó unos pasos. Ya no caminaba con esa fragilidad que obligaba a medir cada gesto. Había recuperado algo de su ritmo, de su forma de moverse, aunque todavía quedaban restos de aquella ausencia en la manera en que a veces se detenía sin motivo aparente.

Skye se atrevió a pasear con ellos algunas tardes y con su insistente cháchara había sonsacado varias sonrisas aisladas a Rose Mary. Lorna, siempre pisando los talones a su hermana, había querido limar asperezas con su mujer, quien la había aceptado en ese pequeño círculo que se dedicaba a contemplar cómo la primavera nacía en cada rincón de Glenmora.

Pero, cuando estaba con él, era distinto. Keir lo había notado durante los paseos, en los silencios compartidos en los campos, en la forma en que ella buscaba su presencia sin pedirla.

Keir apoyó la mano en una de las vigas, observándola. La luz dibujaba líneas suaves sobre su rostro, sobre su delicado cuello y en la curva de sus hombros. El aire parecía envolverse de vida quieta, de las cosas que crecen con la calma.

Por un momento pensó que aquello era suficiente. Que tal vez podían quedarse ahí. Sin más.

Rose Mary lo contemplaba de distinta forma. La tristeza se había extinguido. Era más bien una mirada urgente. Dio varios pasos hacia él. Y cuando estuvo lo bastante cerca, alzó la mano y la apoyó en su pecho, como si necesitara comprobar que seguía ahí, que era real, que no se desvanecería si lo tocaba.

Keir fue al encuentro de su mano y la sostuvo. El beso le llegó sin buscarlo. Ella había dado el primer paso. No fue brusco. La ternura se filtraba en cada roce. Lento, capaz de conseguir la confesión de pecados inconfesables.

Los labios de Rose Mary eran cálidos, suaves, con ese sabor apenas perceptible a aire frío y a algo más íntimo que Keir no supo nombrar. Cerró los ojos solo un suspiro inclinándose hacia ella, permitiéndose sentir sin pensar.

El mundo se redujo a ese contacto. A ese instante.

A ella.

Keir la sujetó por la cintura, con cuidado, temiendo hacerle daño. El beso se prolongó tanto que pensó que se fundirían en uno, pero algo cambió. Fue sutil.

Rose Mary lo buscaba con insistencia. Sus manos se deslizaron por su cuerpo, la urgencia se convirtió en desesperación. Keir lo notó en la presión, en el ritmo y en la forma en que su respiración se aceleraba. Se excitó como nunca. Ella le desabrochó el pantalón y él subió su falda. Cuando estaba a punto de dejarse llevar, vio en su mirada ese vacío de nuevo. Sus movimientos eran mecánicos, sin alma. No era el deseo lento que había empezado entre ellos. Era otra cosa.

—No —se oyó decir Keir, sorprendido de detener los avances de una mujer por segunda vez.

Rose Mary lo miró, confundida, con los labios aún entreabiertos y el pulso visible en su cuello.

—Keir…

Él negó con la cabeza.

—No hagas esto.

Ella frunció el ceño.

—¿Hacer qué?

Pero ambos lo sabían. Keir dio un paso atrás, creando espacio, necesitándolo.

—No eres tú.

Rose Mary bajó la mirada al mismo tiempo que Beira rompía el silencio con un sonoro relincho.

—Lo seré cuando hayamos… Quiero volver a… —empezó, pero no terminó.

No hacía falta. Lo había sabido desde el principio, aunque no lo había querido entender. Ella solo anhelaba su semilla, nada más. No le importaba otra cosa que comprobar que aún era fértil.

—No así —susurró Keir lleno de vacilación—. Si alguna vez tenemos un hijo nunca será el reemplazo de otro.

—No intento reemplazar nada —dijo Rose Mary acariciando la frente de Beira que parecía haberla llamado para que se acercara. Decían que los animales notaban la tristeza y la yegua se mostraba atenta a cada movimiento de su dueña.

—Quiero a mi mujer de vuelta —dijo Keir al fin.

Rose Mary cerró los ojos. Y asintió.

—Ahora esta soy yo.

Él respiró hondo, pasando una mano por su cabello, mirando alrededor como si necesitara anclarse a algo físico. La madera, el heno, las riendas de Beira.

—¡No voy a rendirme contigo! —exclamó.

Esperaba que Rose Mary se enojara ante sus palabras, que se defendiera, que lo llamara de mil formas ridículas antes de dejarse vencer por la apatía. No lo soportaría por más tiempo.

Sin embargo, ella se encogió de hombros.

—Mi deber es darte hijos y, si no puedo hacerlo, ¿qué sentido tiene este matrimonio?

Keir agrandó los ojos. ¿Era eso? ¿Se sentía reducida a esa mera cuestión?

—Te necesito a mi lado. —Se acercó a ella y le agarró de las manos.

—No soy la *lady* Glenmora que necesitas —musitó con la cabeza gacha y apartándose de su contacto.

—Debes reponerte, volver en ti. Quiero que me mires y me digas todo lo que crees que hago mal, con las ovejas, con la tierra, con Skye…

Rose Mary alzó la mirada y vio en ella un color apagado, tan triste que le dolió el alma.

—¿Y si no sé cómo hacerlo?

Keir suspiró. Tal vez todavía existía una pequeña esperanza.

—Te ayudaré —le dijo convencido de que era el momento de hacer lo correcto, aunque eso fuera en contra de sus intereses.

Rose Mary pensó que él estaba dándole otro tipo de permiso, porque se acercó a él para besarlo, remover su cabello y sus manos se deslizaron hacia esa parte abultada de su anatomía.

—No, no así. —Le costó detenerla, pero no la quería entre sus brazos vacía, ausente y con esa urgencia por demostrar algo que no necesitaba. Era el momento de dejarla ir.

CAPÍTULO 59

El murmullo de las agujas atravesando la tela marcaba un ritmo constante, casi hipnótico, que a Rose Mary le recordaba que su corazón debía seguir latiendo pese a la tristeza que la embargaba. Aunque esta ya no era tan amarga. Parecía un poco más liviana que al principio.

Morag la visitaba con asiduidad para comprobar su estado físico y también el emocional, y la animó a que se dejara mimar.

Quién hubiera dicho que Grizel se compincharía con la curandera para que volviera a las mañanas de bordado en las que se fraguó la primera sesión del Club de Damas de Glenmora unos meses atrás. Una única junta que quedó en el olvido. O eso pensó Rose Mary.

Cuando llegó para adentrarse en el inapetente arte del bordado no se esperaba encontrar a su cuñada, junto a Lorna, Grizel, Fiona Campbell y dos damas más que la acogieron con genuino interés. La saludaron como el rango que le correspondía, y a Rose Mary no le quedó otra opción que ponerse una máscara, erguir la espalda y estar a la altura de su posición. Se sentó entre ellas, en el único sitio que le habían dejado: el centro.

Skye hablaba sobre la falta de noticias de su propia boda. Creía que Keir había olvidado su compromiso con Roy y se lo agradeció a Rose Mary.

—Yo no he tenido nada que ver —contestó ella, sorprendida de la noticia—. ¿Seguro que tu hermano se ha olvidado del tema? No parece ser muy dado a esas cosas.

—Alguna influencia has debido tener. No da un paso sin ti.

Lorna y Grizel asintieron.

Las tres recién llegadas se inclinaron hacia adelante con una curiosidad apenas disimulada, con los ojos brillantes y las manos

detenidas sobre la labor. Esperaban.

Rose Mary no entendía qué querían de ella. Tal vez confirmar los rumores que se habían propagado por la zona, que era una mujer de emociones inestables. Ni ella misma se reconocía, pero no le sorprendió aquella falta de entusiasmo que la alcanzó después de la pérdida, ni la visceralidad con la que saltaba cada vez que se sentía acorralada por Grizel o su marido, siempre intentando convencerla para que hiciera más y no se conformara con sobrevivir en el abismo. Se acordó de su padre. Él también padecía esos ataques a la muerte de su madre. Y, cuando lo echaron de las tierras de los Hall, al morir el patriarca, todo se precipitó. Se miraba en el espejo y veía el reflejo de su progenitor en sus ojos.

—Muchas gracias, *lady* Glenmora, por aceptarnos en el club —dijo Fiona mientras se dedicaba a bordar.

Estuvo a punto de soltar alguna grosería. No habían votado para su incorporación, nadie le había informado. ¿Y desde cuando el club seguía vigente cuando su presidenta, es decir ella, se encontraba convaleciente? Se limitó a agarrar la aguja con una fuerza desproporcionada y rasgar la tela, haciendo trizas el trabajo de mañanas enteras.

—Debe de estar contenta con que el *laird* no se separe de vos. Dicen que os lleva el caldo a la cama, que os lee, que… —dudó otra dama buscando la palabra— os cuida.

Rose Mary no alzó la vista de inmediato, todavía procesaba lo ocurrido. El hilo se enredó entre sus dedos y le dejaron la marca en ellos.

—Y nos preguntábamos cómo lo ha conseguido —añadió la señora Campbell, con una sonrisa cómplice.

Rose Mary levantó la mirada intentando que esta no echara fuego.

Los rostros que la rodeaban no eran hostiles. No había juicio en ellos, al menos no evidente. Sin embargo, había algo que no había previsto: expectativa. Como si su vida se hubiera convertido en una lección, y aquello le resultó irónico.

Skye la observaba con atención. Lorna simulaba estar concentrada en la tela que sostenía con una firmeza excesiva. Grizel,

en cambio, la miraba de frente, como si supiera que la respuesta no sería sencilla.

—No creo haber conseguido nada —dijo Rose Mary al fin.

—Pero… —empezó una de ellas— todo el mundo habla de usted.

Rose Mary se esforzó en esbozar una leve sonrisa.

—La gente siempre habla.

El recuerdo de aquella noche volvió de nuevo a ella como cada maldito minuto que pasaba despierta. El olor a humo en la cabaña de Morag. El frío de la lluvia. El peso de la pérdida asentándose en su cuerpo como una sombra que no se disipaba. El vacío. Como si una parte de ella hubiera sido arrancada sin que quedara marca alguna, pero con una certeza imposible de ignorar. Y ese pensamiento atroz que no la dejaba en paz: «No soy suficiente».

Recordó las mañanas en la cama, sin fuerzas para levantarse. El sabor del caldo insípido, como si la lengua no reconociera ya lo que antes era cotidiano. La voz de Keir, constante, hablándole de cosas que no importaban y que, sin embargo, empezaron a hacerlo. Poco a poco. Contra su voluntad.

—No ha sido algo que yo haya hecho —continuó—. No de la manera en que piensan.

El hilo se tensó entre sus dedos.

—No estaba bien —dijo tras un silencio que nadie interrumpió, con una sencillez que no buscaba compasión—. No soy lo que creen. —Alzó la cabeza. Y, por primera vez desde que había empezado a hablar, sostuvo la mirada de cada una de ellas—. No soy una mujer fuerte todo el tiempo. Ni una esposa ejemplar. Ni… —su voz vaciló apenas— alguien que siempre sabe qué hacer. Me sentí vacía. Como si nada de lo que soy tuviera valor.

Skye dejó la aguja. Lorna agrandó los ojos. Grizel le sonrió con ternura.

—Y él… —continuó Rose Mary— se quedó.

No dijo más. Porque en esa palabra cabía todo. Las manos que la sostuvieron cuando ella no podía hacerlo. La voz que no la abandonó en el silencio. La presencia constante que no exigía nada, salvo que siguiera allí.

Rose Mary bajó la mirada de nuevo. El hilo, por fin, encontró su camino.

—No sé si eso es algo que se pueda enseñar —murmuró.

—Claro que sí, eso es lo que te da valor. Lo que te diferencia, y lo que las damas quieren de ti.

Rose Mary giró la cabeza pasmada al reconocer la voz.

Lady Susan estaba apoyada en el umbral de la puerta y, nada más cruzar los ojos con ella, extendió sus brazos. Rose Mary se sintió conducida por una luz parecida a la de sus sueños, guiada por una voz que le recordaba su hogar, Woolriver, y se fundió en los brazos de su amiga y protectora.

—Cuanto te he echado de menos —le dijo llorando en su hombro.

—Y yo a ti. Por suerte he llegado a tiempo —susurró *lady* Suan a su oído.

—Señoras —Rose Mary se serenó y secó las lágrimas—, les presento a la verdadera presidenta de todas las presidentas del club de damas. El primero fue en Woolriver, el segundo en Londres y tenemos la suerte de contar con ella en este tercero de Glenmora.

Todas las mujeres se contagiaron del entusiasmo y aplaudieron emocionadas.

—No por ser el último es menos importante —habló *lady* Susan —. Piensen que no están en un club cualquiera. Se comprometen unas con otras a luchar por dar voz a lo que importa, a ser firmes contra los que las quieren calladas.

Las damas se miraron unas a otras con el brillo en los ojos, con la incredulidad en las sonrisas y la esperanza en cada uno de sus movimientos. Si todavía no se habían marchado despavoridas después del discurso de *lady* Susan significaba que, pese a las reticencias de Rose Mary sobre las recién llegadas, tal vez si fueran unas buenas candidatas.

—La presidenta las puede ayudar a cada una de ustedes a enseñar cómo conseguir que sus maridos sean más cariñosos —continuó *lady* Susan—, cómo lograr que se sientan escuchadas y que su palabra sea tenida en cuenta, pero ella no tiene una fuerza infinita, sino que se alimenta del empuje de todo un grupo. Y hoy,

por lo que veo, están cumpliendo con las directrices del club de damas. Están aquí para apoyar y escuchar a una de las suyas que necesita dirección, unión y esperanza. —*Lady* Susan entrelazó los dedos con los de *lady* Glenmora y alzó las manos unidas para que las demás las vieran—. Rose Mary, no estás sola en esta batalla. Todas estamos contigo.

Los aplausos no se hicieron esperar. Las integrantes del club se levantaron a la vez y se acercaron a ella, la rodearon en un abrazo largo, fuerte, vigoroso.

—Canten conmigo, si aman la vida y se aman así mismas — invitó *lady* Susan sin romper el abrazo.

¡Somos mujeres de aire!
¡Somos mujeres de tierra!
¡Somos mujeres de agua!
¡Somos mujeres de fuego!
¡Somos hijas, madres, esposas!
¡Soy tú, eres yo!
¡Somos historia, somos futuro!

Skye fue la primera en seguir a *lady* Susan, Lorna susurró al principio las frases, Grizel movió los labios, aunque no se la escuchaba, y las otras tres damas se miraron atónitas, pero sonreían.

Rose Mary se sintió segura, en paz, lo bastante fuerte para superar el vacío y la ausencia, y cantó en alto. Grizel la imitó, Lorna amplificó su voz y las otras se balancearon al compás de la canción mientras entonaban con el corazón en la garganta. La melodía era enérgica, envolvente, y la sumió en un aura de coraje que creía que nunca recuperaría. Recordó la importancia del club, el porqué había querido formarlo, y no solo para ayudar a Skye y Lorna a deshacer sus compromisos, sino por cada una de las mujeres de Glenmora.

CAPÍTULO 60

Rose Mary y *lady* Susan se despidieron de las damas, que todavía lloraban por las bellas emociones que la canción les había despertado, y se dirigieron al comedor, donde Keir y Henry las esperaban.

Los mellizos de los Hall corrieron hacia ella con energía. Parecían ocupar más espacio del que sus cuerpos pequeños permitían. Sin dudarlo, Sarah se abalanzó con pasos torpes sobre la alfombra. Tenía el cabello pelirrojo, igual que el de su madre, despeinado y los ojos brillaban con una alegría que no pedía permiso.

—¡Roze Mey!

Steve llegó un segundo después. Ella no tuvo tiempo de pensar. Se agachó, abrió los brazos y los recibió con una risa que no recordaba haber soltado en semanas. El impacto fue cálido, lleno de vida. Los abrazó, sintiendo el peso real de sus cuerpos, el olor a viaje, a polvo, a algo dulce que llevaban en la ropa.

—Mirad cuánto habéis crecido —murmuró apartándose para observarlos.

La niña tenía una mancha de tinta en los dedos. El niño, una cinta mal atada en el cuello. Le rozaron las manos, el rostro, como si necesitaran asegurarse de que era ella. Y Rose Mary sintió algo moverse dentro de su pecho, y no era dolor. Quería tanto a esos niños a los que había cuidado desde que nacieron que los consideraba también un poco suyos, y eso fue un bálsamo para ella.

— No haz venío a venos. —protestó Sarah con su vocecita infantil.

Apenas tenía dos años y medio y ya se comportaba como una señorita. Mientras Steve ajeno a todo se había sentado en el suelo,

con una mano tenía agarrada una pierna de Rose Mary y con la otra seguía jugando con su cinta.

—He estado ocupada.

La palabra se le quedó corta. Pero no supo cómo ampliarla.

—Nozotros zí —añadió Sara—. Hemos venío.

—Dejad tranquila a Rose Mary —dijo Henry desde una esquina.

El comerciante se acercó a ella y la abrazó solemne.

—Siento lo ocurrido. Keir nos ha puesto al día —le dijo en un susurro.

—Gracias —se limitó a contestar mirando de reojo a su esposo.

Detrás de él había otro hombre que también se le acercó, le besó la mano y musitó algo que parecía un pésame.

Rose Mary lo miró a los ojos desconcertada. Era Seger Hamilton acompañado por Henry Hall y *lady* Susan. Hasta parecían ser mejores amigos.

Desvió enseguida la mirada hacia su esposo para saber cómo se había tomado aquella visita, pero este le devolvió el gesto con una sonrisa tranquilizadora.

—Querido —habló *lady* Susan—, ¿podrías encargarte un poco más de los niños? Nosotras vamos a dar un paseo por el jardín. Tenemos que ponernos al día.

—Por supuesto —dijo Henry al mismo tiempo que aupaba a Steve y le quitaba ese peso a Rose Mary que estaba dispuesta a cojear con tal de no perturbar al niño que se había acomodado entre sus piernas. En cambio, Sarah no quiso separarse de ella y le dio la mano.

—Yo también contigo —le dijo con las palabras recién aprendidas.

—Claro, mi amor —le contestó Rose Mary—. Tú eres una señorita. Por eso debes estar con las damas.

La niña sonrió entusiasmada, y las tres salieron al jardín con paso decidido.

—¿Qué hace Seger Hamilton con vosotros? —le preguntó Rose Mary a *lady* Susan cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para que nadie las oyera.

—Ya lo sabes: él nos ha traído noticias de ti. Y de tanto pasar por Woolriver al final Henry y él se han hecho amigos.

—¿Así que estáis aquí por Hamilton? —preguntó Rose Mary, decepcionada. Pensaba que su marido había movido los hilos para que ella pudiera tener por fin un hombro amigo en el que desahogarse.

—En parte —contestó Susan, misteriosa—. Él ha sido nuestros oídos y nuestros ojos. Estaba muy preocupada por ti. Lo que Seger nos contaba no me dejaba dormir.

—Tampoco hay para tanto —soltó algo malhumorada Rose Mary —. Al principio no me sentí aceptada, pero…

—Una cosa es que te miren mal y otra muy distinta que te intenten ahogar en el río —la interrumpió *lady* Susan.

—No fue del todo así. Skye y Lorna no…

No le dio tiempo a defender a las muchachas, su señora —ya que todavía la sentía así en su interior— parecía muy molesta con la situación.

—Seger ya nos ha contado lo difícil que ha sido para ti convivir con la anterior prometida de tu marido. Y cómo él se niega a deshacerse de ella. Ese empeño en mantenerla en el castillo debe ser muy duro para ti.

Rose Mary bajó la cabeza.

—Humillante —respondió.

Sarah, que se había alejado unos metros, se acercó a ella con una flor.

—No *tes* tiste, Rozie. —La llamaba igual que su padre cuando era niña. Se sintió como en casa.

—Lástima que no funcionara nuestro plan. Hamilton dice que hay una bruja que te ha como cautivado. ¿Es cierto?

Rose Mary dio un respingo. Tenía mucho cariño a Morag y oír que *lady* Susan la llamaba «bruja» con ese desprecio le dolió.

—No es propio de ti hablar así de otra mujer. Morag es una buena curandera y es mi amiga. Ella me ha salvado más de una vez con sus remedios.

—Tienes razón, pero debes entender que las noticias de Hamilton no eran para nada esperanzadoras.

—Ese hombre del que tanto te fías pretendía que las manos huesudas de su médico me inspeccionaran… allí…, ya sabes —replicó escandalizada.

—Lo sé. Lo siento. —*Lady* Susan se aproximó más a ella y reposó la cabeza en su hombro—. Fue la única idea que se nos ocurrió para invalidar tu matrimonio y que quedaras libre.

—Ya estaba embarazada. No hubiera servido de nada —contestó Rose Mary con el tono agrio y la lengua pastosa.

—Siento tu pérdida, pero debes remontar. Volver a ser tú.

—Esas fueron las palabras de Keir cuando no quiso yacer conmigo —se rio con amargura.

Lady Susan bajó la cabeza al escuchar esa frase. Rosy Mary no entendió por qué ella, la presidenta del Club de Damas de Woolriver, se avergonzaba de aquello si siempre les había aleccionado para que fueran mujeres independientes y capaces de encontrar su propio placer. Y entonces, como una ráfaga, la verdad se reveló ante ella. No se había abalanzado sobre Keir en el establo porque lo deseara o lo echara de meno. Lo que buscaba era algo que nada tenía que ver con él.

—Hay otra manera para conseguir que vuelvas a casa —le susurró *lady* Susan—. Si logramos convencer a Lorna para que se case con Seger Hamilton, este dice que logrará que la Corona perdone las deudas de los MacFie.

—Eso es imposible. Keir nunca lo permitirá. Ese chismoso acreedor solo quiere su propio beneficio: dividir las tierras, desahuciar a los arrendatarios… —escupió repitiendo lo que le había contado su marido.

—Todo el mundo lucha por su propio bien. Con esta alianza es cierto que Hamilton, consigue las tierras de los MacLain, pero los MacFie también se beneficiarían. A ninguno de los dos les interesa que la Corona meta la mano en las tierras, y Seger puede conseguir eso. *Quid pro quo*.

Rose Mary encontró un argumento válido y convincente, pero estaba segura de que Keir nunca lo aceptaría.

—Hamilton tiene dos caras y no sé muy bien de cuál fiarme —contestó preocupada.

—Por lo que he podido escuchar cuando conversaba con Henry, es que él se siente como un peón del consorcio financiero que representa a la Corona. Está harto de ser el malo, quiere una posición y convertirse en terrateniente para poder retirarse. Ese es parte de su plan, como nosotras tenemos el nuestro.

Rose Mary miró sorprendida a su amiga.

—¿Desde cuanto tengo yo un plan?

Susan le acarició el cabello con lástima

—Debí hacer caso a Kat y Abby y dejarlas venir conmigo. Así seríamos más para convencerte de que regresaras con los tuyos, pero creí que sería mejor que estuviéramos solas, que te aturdiría tanta gente a tu alrededor…

Rose Mary se mordió el labio inferior. La conocía bien y sí, hubiera sido un despropósito que el club entero de Woolriver hubiera ido a Glenmora solo porque alguien les había contado que estaba triste.

—¿Has olvidado tu sueño? —*Lady* Susan interrumpió sus pensamientos—. Casarte con un caballero, tener una hermosa casa en Woolriver, unos hijos que jueguen con los mellizos, ser parte del club, atender a las nuevas damas…

Rose Mary alzó la barbilla, contrariada.

—Keir es un caballero. —Recordó todos los días y las semanas que había pasado junto a ella, cuidándola—. Y tengo un club —dijo pensando en lo difícil que había sido persuadir a Skye, Lorna y Grizel para que la aceptaran como una más.

—Estas tierras son salvajes y el castillo una ruina —sentenció *lady* Susan—. Pero me callaré si me dices que estás enamorada de Keir MacFie y que eres feliz aquí. De verdad, aceptaré tu palabra, te dejaré en paz y celebraré tu dicha.

Rose Mary abrió la boca para protestar. Quería hablar con igual rotundidad. Las tierras eran hermosas, el castillo era la historia de Glenmora y Keir… No encontró ninguna palabra que pudiera convencer a *lady* Susan.

—No puedo irme. Mi matrimonio sirve para que la tierra de los MacFie no se divida —le dijo en lugar de convencerla de su amor, el cual no sabía si existía.

—Vayamos por partes —contestó con dulzura *lady* Susan—. Estaré a tu lado el tiempo que haga falta. De momento, intentemos salvar las tierras, y solo lo lograrás inclinando el afecto de Lorna hacía Hamilton.

—Eso lo decide Keir.

—Por lo que me has contado, él tiene predilección por ella. Si Lorna está decidida, él dará su brazo a torcer tarde o temprano.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Rose Mary con la esperanza de deshacerse de esa muchacha. No le tenía envidia ni tampoco le quería ningún mal. Tan solo deseaba que se fuera de Glenmora, que dejara de ocupar un sitio que no le pertenecía y que volviera a su tierra. Y si debía ser con Seger Hamilton, que así fuera. No veía nada reprochable en esa estratagema. Tal vez ella podría respirar sin tenerla delante cada día, y el recuerdo de que Lorna fue la primera elección de Keir se evaporaría.

CAPÍTULO 61

Keir caminaba despacio, con las manos a la espalda, dejando que el terreno marcara el ritmo. A su lado, Henry Hall observaba en silencio, como quien evalúa sin prisa. Eso le gustó. No había condescendencia en su mirada.

—Han respondido bien —dijo Henry al fin, señalando hacia el rebaño que pastaba más allá—. No todas las tierras se recuperan así de rápido.

Keir siguió su gesto. Las ovejas se movían con calma, contenidas dentro de un perímetro que por fin parecía firme.

El sol empezaba a elevarse, tiñendo el prado de un verde más intenso, casi luminoso, como si la tierra misma quisiera demostrar que aún podía dar algo más. Keir respiró hondo. El aire sabía a comienzo.

—Algunas ideas no fueron mías —añadió sin mirar a Henry.

El comerciante ladeó la cabeza.

—¿Ah, no? ¿Quién lo ha planeado?

Keir levantó la barbilla.

—Rose Mary. Fue ella quien sugirió dividir los pastos de esa forma, y usar los cercados móviles en las zonas más bajas.

Henry no pareció sorprendido de que el *laird* hubiera mencionado el nombre de su mujer. Solo esbozó una sonrisa.

—No me extraña. Ha crecido entre ovejas. Eso deja huella.

Keir no dijo nada, pero pensó en todo lo que no sabía de ella, en lo que había asumido sin preguntar, y en cómo, aun así, había estado allí.

—Es más práctica de lo que parece —murmuró.

Henry dejó escapar una breve risa.

—Las mujeres que sobreviven suelen serlo.

Keir suspiró. Había rezado todo este tiempo para que Rose Mary fuera de verdad una superviviente, una luchadora nata, y no se dejara vencer por la angustia como su madre. Por eso había escrito a *lady* Susan solicitando su visita, desesperado y preocupado por el estado de su esposa.

Caminaron un poco más, observando el terreno, las pendientes, las zonas aún problemáticas donde la tierra no terminaba de asentarse.

—Creo que podríamos hacer algo aquí —dijo Henry de pronto.

Keir alzó la vista.

—¿Algo cómo?

—Negocios.

La palabra no fue grandilocuente, pero sí clara.

Keir lo miró con más atención.

—¿De qué tipo?

Henry observó el horizonte.

—Intercambio de ganado, mejora de cría, inversiones en ciertas zonas que aún no están explotadas.

—Glenmora tiene potencial —se apresuró a decir Keir, esperanzado de encontrar una solución que no pasara por manos de Seger Hamilton.

—Dependerá de las condiciones —concluyó Henry.

—Por supuesto.

Sus miradas se cruzaron. Ya no eran solo dos hombres paseando, sino dos hombres midiendo posibilidades.

—Podríamos entendernos —dijo Henry.

Keir asintió.

—Eso parece.

El sonido de un caballo interrumpió el momento.

Como si su mente lo hubiera manifestado, Seger Hamilton apareció en la ladera. Su caballo avanzaba con paso seguro, ajeno al barro que aún marcaba algunas zonas.

—Vaya —dijo al llegar—, no sabía que las ovejas de Glenmora fueran tan interesantes para usted, señor Hall, cuando en Inglaterra tenemos las mejores.

Keir se quedó quieto, incapaz de corresponder con un saludo a ese maldito acreedor.

—Pues se equivoca. Escocia tiene potencial. —Henry inclinó la cabeza y miró de reojo a Keir. Había repetido sus palabras.

—¿Piensa invertir? —dijo Hamilton desmontando del caballo y se acercó a Henry a paso ligero y amenazante—. Con la Corona implicada es un tema delicado.

—La Corona tendrá lo suyo —respondió con tranquilidad el señor Hall—. De eso puedo encargarme.

Seger negó con la cabeza.

—No todo es tan sencillo.

—Rara vez lo es.

Keir observaba ese intercambio de indirectas en silencio, notando cómo la conversación se movía en un terreno más resbaladizo que el barro que pisaban. Había algo en la mirada de Seger, en ese brillo, en la forma en que elegía cada palabra, que no le gustaba. Estaba convencido de que esperaba una oportunidad para traicionarlo. Pero lo que le desquiciaba era no saber cómo y cuándo.

—Quizá deberíamos analizarlo con más calma —añadió Seger—. No conviene precipitarse en decisiones que afectan a tantas partes.

Henry sonrió.

—O quizá convenga no retrasarlas demasiado. Tal vez a usted le interese llegar a algún acuerdo y trasladarlo a la Corona, aunque esta no gane tanto como esperaba.

—Eso suena tentador —contestó Seger frotándose las manos—. Depende de lo que yo gane.

—Eso mismo me pregunto yo, señor Hamilton. Qué espera ganar exactamente.

Seger ladeó la cabeza.

—Lo que me corresponde.

—Curiosa elección de palabras —replicó Henry.

—No creo haber dicho nada curioso —respondió con acritud Seger.

—No. Supongo que no. —El señor Hall paseó la mirada por el valle—. Aunque resulta llamativo que un hombre tan preocupado por

las deudas de Glenmora haya mostrado tanto interés por otras propiedades vecinas.

El aire se tensó. Keir irguió la espalda, aunque no reaccionó de inmediato. Quería saber hasta donde estaba dispuesto a llegar Henry.

—Un hombre prudente siempre mira más allá de la cerca que tiene delante. —Seger sonrió condescendiente.

—Un hombre codicioso, también —dijo el comerciante.

Keir volvió despacio la cabeza hacia él. No esperaba aquello.

Seger soltó una risa breve.

—Tenga cuidado, señor Hall. Podría parecer que ha tomado partido.

—No tomo partido con facilidad —respondió Henry—. Pero suelo desconfiar de los hombres que confunden una inspección con una oportunidad.

Keir apretó la mandíbula, le sorprendió pensar que el señor Hall tal vez no había venido para facilitarle el camino al acreedor, como creyó en un principio al verlos llegar juntos al castillo como si fueran viejos amigos. Miró de reojo al protector de su mujer y se fijó en su ceño fruncido, parecía saber mucho más de lo que decía. ¿Qué escondía? No le gustaban los secretos y menos en su tierra, debería descubrir cuanto antes las intenciones de esos dos hombres.

CAPÍTULO 62

A la semana de llegar *lady* Susan el castillo parecía más luminoso, menos frío y la música envolvía las paredes de piedra. Keir había ordenado que no faltaran músicos tocando el violín durante las comidas principales, y tanto los Bruce, los Campbelll y los MacDougall se prestaron a recibir a los Hall.

—Saben que son importantes para usted, *lady* Glenmora —le había dicho Grizel una mañana mientras revisaban juntas el menú de aquel día.

Rose Mary sonrió como hacía tiempo que no sonreía cuando se miraba en el espejo. El conjunto elegido para ese día era una falda y una blusa de color terroso y, por encima, el tartán de cuadros de los MacFie. Lo acarició y suspiró. Se sintió cerca de esos colores que le recordaban a la tierra que tantas veces había cabalgado con Beira.

Durante esos días, el castillo parecía haber olvidado las desgracias y se había sumido en una festividad constante, donde no faltaban las veladas musicales, las cenas y los bailes a los que acudían hasta las familias más acaudaladas de Inverness

Seger Hamilton se había acercado a ella varias veces con la intención de hablar, pero ella había conseguido esquivarlo. Tenía sentimientos encontrados con ese hombre. No sabía si era un oportunista con buenas intenciones que quería ayudar a Glenmora y, a la vez, proporcionarse un buen retiro, o un cruel manipulador que solo velaba por los intereses de la Corona y que Rose Mary no acababa de entender.

Observó a Hamilton aquellos días y comprobó que siempre estaba ensimismado contemplando a Lorna, tal vez temeroso de que ella lo rechazara.

En una de esas veladas, la muchacha aceptó bailar con él y a Rose Mary le pareció que entre ellos existía cierta sintonía.

La ira que ese baile despertó en Keir fue suficiente para que *lady* Glenmora se convenciera de lo que había sospechado desde que oyó nombrar a esa joven. Ni siquiera habló sobre ello con Keir cuando acudieron a la alcoba matrimonial.

La llegada de *lady* Susan había trastocado la rutina de dormir juntos que se había instaurado hacía unos meses, después de su pérdida, y Keir volvió a atravesar el pasadizo secreto para descansar de nuevo en su despacho. A Rose Mary le gustaba dormirse con el respirar pausado de él, con su calor y su presencia, y lo echó de menos todas las noches, salvo aquella.

Miró a su esposo y entendió que los celos lo consumían, que pensaba en Lorna como algo que había perdido. Y que, con la chica de los MacLain en el castillo, no volvería a tener a Keir para ella sola.

Lo decidió mientras daba vueltas en la cama. Hablaría con el acreedor.

**

—Le estoy muy agradecido, *lady* Glenmora. No se arrepentirá. —El señor Hamilton besó la mano de Rose Mary y ella la retiró de inmediato.

—No se emocione tan deprisa —contestó mirando a un lado y a otro por si alguien los había visto—. Solo he sugerido un encuentro íntimo para que usted pueda hablar con la señorita MacLain y se conozcan. Lorna debe entender que sus intenciones son serias y honorables.

—Por supuesto. —Seger inclinó la cabeza.

Rose Mary se había acercado esa mañana a uno de los acompañantes del señor Hamilton y había requerido su presencia en los establos con una excusa poco convincente, que le costó verbalizar. Sin embargo, el esbirro del acreedor la cortó de inmediato y le dijo que se lo haría llegar a su señor.

—Júreme que se comportará, señor Hamilton, y no le pedirá que se case con usted al primer instante.

—¡Empieza a conocerme! Tal vez me he equivocado eligiendo esposa. —Seger sonrió de manera maliciosa.

Rose Mary se puso el dedo en los labios para hacerlo callar.

—No se apresure, hay tiempo. Tiene la excusa de permanecer en el castillo hasta que *lady* Susan y el señor Hall decidan marcharse, y eso no ocurrirá hasta que zanjemos el asunto. Primero debe enamorarla poco a poco, que vea lo que puede conseguir con esta unión.

—Me parece que se ha vuelto demasiado sentimental, *lady* Glenmora. Por lo que tengo entendido, usted se casó con el *laird* MacFie en un abrir y cerrar los ojos. Y no creo que fuera por amor, más bien, ¿acuerdo a primera vista?

Ese hombre era un insolente. Rose Mary abrió la boca. Beira relinchó.

—¿Este es su caballo? —Seger se acercó a la yegua e hizo ademán de acariciarle el lomo. La yegua enseñó los dientes.

—Es Beira, la reina del invierno —contestó Rose Mary altiva y preocupada por si Seger Hamilton también se encaprichaba de ella.

—Lástima que estemos en primavera, casi entrando en verano, y su poder haya perdido fuerza.

Lo dijo tan serio y mirando hacia Rose Mary que hasta creyó que se refería a ella. Si así fuera, significaba que la comparaba con alguien con influencia y autoridad. Algo de lo que escaseaba.

—Déjese de fruslerías. Esta tarde debe mostrar su mejor versión. Persuadiré a Lorna para que me acompañe al jardín y así usted podrá hablar con ella con tranquilidad.

—Tengo una idea más romántica. —Seger se tocó la punta de la nariz—. Durante la apuesta de sol debe antojarle un paseo a caballo. Seguro que la señorita MacLain aceptará acompañarla. Le hará ilusión que la haya tenido en cuenta. Hacia el norte hay un bosque con un claro donde a los pájaros les gusta hacer sus nidos y el aire se llena de su música.

Rose Mary entrecerró los ojos. Aquello no era lo que habían pactado.

Beira se reveló contra la caricia de Seger y se levantó sobre sus dos patas traseras.

Rose Mary tuvo miedo de que alguno de los mozos de cuadra los pillara juntos en el establo o, peor aún, Keir mismo, y eso podría ser fatal para su reputación y su matrimonio cuando lo que quería era lo contrario: cambiar el destino, reforzar su vínculo sin la presencia de Lorna.

—Está bien, a las seis. Sea puntual.

**

Rose Mary caminaba deprisa por los pasillos en busca de Lorna. Sus dedos rozaban la pared, siguiendo las irregularidades de la piedra como si en ellas pudiera encontrar una respuesta que no terminaba de formular. Todavía se preguntaba si ese encuentro era necesario. Si hacía bien en ir en contra de los deseos de su marido. Y entonces la vio antes de que ella se percatara de su presencia. Estaba en frente de una de las ventanas, con la mirada perdida en el exterior. La luz le daba de lado, marcando la palidez de su rostro.

Rose Mary se detuvo un segundo. La observó y le entró el pánico. Se dio media vuelta.

—¡*Lady* Glenmora! Justo a tiempo. Pensaba en usted —la llamó Lorna con una voz animada.

—Lorna —saludó Rose Mary.

El silencio se instaló entre ellas un instante, breve, cargado de todo lo que no se había dicho desde la llegada de Rose Mary al castillo.

—¿Paseamos? Me gustaría comentarle algo —le dijo la joven antes de que ella se lo propusiera.

Rose Mary asintió, acercándose un poco más. Percibió el leve aroma a cítricos de su ropa y aprovechó la coyuntura.

—Había pensado montar a Beira. ¿Me acompañas? Y deja de llamarme de usted. Hemos vivido muchas juntas. —Sonrió de una manera tan falsa que temió que la mentira se le dibujara en la frente.

Lorna bajó la mirada. Sus dedos jugaron con el borde de la tela de su manga, un gesto pequeño, casi infantil.

—Me parece bien —dijo al fin.

Rose Mary se extrañó de que no propusiera que las acompañara Skye, pero se veía que aquella tarde estaba de suerte.

Se quedaron en silencio un instante más, sin saber muy bien cómo cerrar aquel encuentro. El pasillo seguía igual: la luz dorada, la piedra, el aire inmóvil. Pero algo había cambiado. Rose Mary lo notó en la forma en que su pulso se aceleraba, en la sensación leve de anticipación que se mezclaba con la duda.

—Nos vemos en los establos —añadió, dando un paso atrás.

Lorna inclinó la cabeza.

—Allí estaré.

CAPÍTULO 63

El polvo flotaba en las caballerizas, dorado, lento, y cada sonido —el roce de una brida, el golpear de una herradura contra la piedra— parecía más nítido de lo habitual.

Rose Mary ya estaba allí cuando Lorna llegó. Tenía las manos ocupadas en la cincha, tirando con más fuerza de la necesaria, concentrada en el gesto como si de él dependiera algo más que la sujeción de la silla. Beira resopló, impaciente, y ella aflojó apenas la presión, murmurando palabras dulces en voz baja.

—Nunca supe domar a Beira. Está claro que debía ser tu yegua —dijo Lorna desde la entrada. Avanzó unos pasos y escogió uno de los otros caballos de la cuadra sin pensarlo demasiado y uno de los mozos se apresuró a ensillarlo.

—Me sorprende que no le hayas dicho a Skye que nos acompañara —le dijo Rose Mary para distender el ambiente tenso. Luego recapacitó; tal vez había metido la pata. La hermana del *laird* sería reacia a ese encuentro preparado con Seger Hamilton. O tal vez pondría el grito en el cielo por no haber contado en ella. Era tan volátil que no sabía a qué atenerse con esa muchacha.

—Hace un tiempo que tenía ganas de hablarle, es decir, de hablarte de algo a solas y no creo que a Skye le hiciera mucha gracia —empezó Lorna, sin levantar la vista.

La frase quedó atrapada en el aire cálido del establo.

La alarma en Rose Mary se activó.

—¿Desde cuándo? —preguntó, intentando mostrarse desinteresada.

Lorna dudó.

—No sabría decirlo con exactitud.

El mozo de cuadra entregó el caballo ensillado. Ambas mujeres montaron a sus respectivos corceles y salieron al campo.

Trotaban a paso ligero una al lado de la otra.

—Sé que usted, bueno tú, te has desvivido para romper nuestros respectivos compromisos y te lo agradezco —habló Lorna.

Rose Mary negó con la cabeza. Tampoco había sido para tanto. Alguna que otra monumental pelea con su marido que no había servido para nada.

—Y eso me ha hecho darme cuenta de que necesito tomar una decisión cuanto antes. No puedo estar viviendo en Glenmora, para siempre y dependiendo de la caridad del *laird* —continuó la muchacha.

Rose Mary apretó las riendas con fuerza al oír nombrar a su marido.

—¿Vas a aceptar el compromiso impuesto? —se asustó Rose Mary. En seguida empezó a elucubrar argumentos en contra de Aran y en favor de Seger Hamilton.

—Tengo sentimientos por otra persona —dijo bajando la cabeza.

Rose Mary suspiró.

—¿Él lo sabe?

—Creo que sí.

Rose Mary sonrió complacida. La verdad era que Seger y Lorna hacían buena pareja, al menos en el baile todos lo comentaban, a pesar de la furia de Keir. ¿Había sido allí cuando ella se dio cuenta de esos sentimientos?

—No deberías tener miedo —dijo Rose Mary, con una calma que no era del todo neutral—. Si alguien te interesa no debes desperdiciar ninguna oportunidad para hablar con él.

Lorna alzó la vista hacia el horizonte.

—No es tan sencillo.

—Nunca lo es. Pero no puedes quedarte quieta.

El cielo se cubrió de tonalidades suaves de gris y azul, con algunas nubes deshilachadas que dejaban pasar la luz. El ritmo de los caballos marcaba la conversación.

—¿Cómo es él? —preguntó Rose Mary al cabo de un rato.

Lorna tardó en responder.

—Distinto.

La palabra fue vaga.

—¿En qué sentido?

La joven esbozó una leve sonrisa.

—Es tenaz.

Rose Mary pensó en Seger Hamilton.

—¿Y eso es bueno?

—Para mí, sí —contestó la señorita MacLain con serenidad.

El bosque apareció ante ellas como una frontera suave, el cambio de luz marcando el paso de un mundo a otro. El olor a tierra húmeda se volvió más envolvente y los sonidos se amortiguaron bajo la cubierta de ramas.

Rose Mary conocía el camino. Lo había recorrido antes. Sabía dónde girar y dónde detenerse. Sin decirlo, guio a Lorna hacia el claro.

—A veces —dijo, mientras avanzaban—, solo se trata de descubrir lo que te hace sentir esa persona cuando la tienes al lado.

Lorna no respondió. Parecía meditar en sus palabras.

—Rose Mary —le dijo con un gesto amigable—, eres muy amable por tus palabras, y me gustaría sincerarme del todo contigo…

No llegó a oír eso tan importante que quería transmitirle porque se detuvo al ver a Seger Hamilton sobre su caballo, esperando.

Rose Mary frenó a Beira. Sintió una leve satisfacción, breve, casi imperceptible. Había hecho lo correcto. Estaba uniendo a dos personas que se amaban, o al menos tenía la esperanza de que eso ocurriera.

—Creo que este es un buen lugar —dijo, bajando la voz—. Para hablar.

Se giró hacia Lorna, y descubrió en la muchacha una expresión que no esperaba. El cambio en su rostro fue inmediato, casi violento, como si algo dentro de ella se cerrara de golpe. Sus manos tiraron de las riendas sin pensarlo, el caballo se encabritó nervioso por la brusquedad del gesto.

—No —susurró Lorna—. Keir me advirtió de esto. Pero nunca pensé que fueras tú la traidora —dijo mientras giraba a su caballo

que respondió al instante. Se lanzó hacia el borde del claro rompiendo la quietud del bosque con el sonido seco de las ramas y el golpeteo apresurado de los cascos.

—¡Lorna! —gritó Rose Mary, sin comprender del todo.

Seger no dudó. Se movió con una rapidez que no tenía nada de casual, espoleando su jamelgo tras ella.

No era un encuentro. Era una caza.

—¡Deténganse! —gritó Rose Mary, alzando la voz hacia ambos, con el corazón desbocado—. ¡Los dos! ¡Es mejor que lo hablemos de manera civilizada!

Pero sus palabras se perdieron absorbidas por el bosque, la velocidad y por algo que ya no podía controlarse. Espoleó a su propio caballo. El animal respondió, aunque con menos impulso. Rose Mary se inclinó hacia delante, forzando el ritmo, sintiendo el aire cortándole el rostro, el olor a tierra húmeda intensificarse con cada zancada.

—¡Lorna! —chilló.

No hubo respuesta. Solo el eco. Las ramas bajas rozaban sus hombros, las hojas se abrían a su paso, y durante unos segundos logró verlos, entre los troncos, como sombras en movimiento. Luego. Nada. El bosque se cerró.

Rose Mary tiró de las riendas, obligando a Beira a detenerse. La yegua resopló, agitada, mientras ella giraba sobre sí misma, buscando una señal, un rastro, algo que indicara hacia dónde habían ido. Vio las huellas marcadas en la tierra blanda, recientes, profundas. Dos caballos: Uno delante y otro detrás.

El sonido de su propia respiración le resultaba demasiado fuerte, como si el bosque entero pudiera oírla. Avanzó siguiendo el rastro, girando donde la tierra lo indicaba, dejando que la lógica sustituyera a la urgencia.

El corazón no se calmaba. Algo no encajaba. ¿Por qué Lorna la llamaba traidora cuando le había confesado hacía un instante sus sentimientos hacia Seger Hamilton? ¿Tal vez se sintió avergonzada? Esa muchacha era demasiado pudorosa.

El caballo de Lorna apareció de pronto. Solo y atado a una rama baja. Relinchó al verla, inquieto, golpeando el suelo con la pata.

Rose Mary percibió el frío subiéndole por la espalda.

—Lorna… —murmuró.

Se bajó del caballo con torpeza, acercándose al animal, tocándole el cuello para calmarlo. El cuero de la silla estaba aún tibio. Rose Mary dio un paso atrás. El pulso le golpeaba en las sienes. Tenía que volver, dar la alarma y buscar ayuda.

Al montar de nuevo a Beira, vio a uno de los esbirros de Seger Hamilton que avanzaba hacia ella entre los árboles, lento, seguro, con la espada alzada. La luz filtrada del bosque dibujaba destellos opacos en el metal y su rostro permanecía en sombra.

—Será mejor que no gritéis, *lady* Glenmora —dijo con una calma que helaba más que cualquier amenaza—. Pronto habrá pasado todo.

Rose Mary retrocedió un paso.

—¿Dónde está Lorna?

El hombre no respondió, continuó avanzando.

Beira se tensó, percibiendo el peligro antes que ella misma. Se movió, inquieta, retrocediendo y de pronto se alzó sobre las patas traseras, lanzando un relincho agudo que rompió el aire, como si quisiera atacar primero antes de que lo hiciera ese hombre.

—¡No! —gritó Rose Mary, perdiendo el equilibrio. El mundo se inclinó. El suelo desapareció.

El golpe fue seco. La cabeza contra la tierra. Un destello blanco. Solo el eco lejano de su propio grito, disolviéndose entre los árboles.

CAPÍTULO 64

El primer pensamiento que tuvo Rose Mary al despertar fue que el techo era demasiado bajo y olía a hierbas secas. El segundo fue que le dolía todo.

Luchó contra la luz mortecina que se colaba por las grietas de la madera, y tardó unos instantes en reconocer el interior de la cabaña de Morag: los manojos de lavanda y tomillo colgados de las vigas, el fuego bajo en la chimenea, la manta de lana áspera que alguien había colocado sobre ella con cuidado.

A la primera que vio fue a *lady* Susan sentada junto a ella en la cama, agarrada a su mano con el rostro pálido. Henry se mantenía de pie detrás, con esa expresión suya acostumbrado a calcular las consecuencias de las malas noticias. Aran tensó la mandíbula y desvió la mirada. Roy cruzó los brazos y fijó los ojos en el suelo. Keir permanecía arrodillado al otro lado de la cama sosteniendo su mano izquierda.

Rose Mary intentó incorporarse y el mundo se inclinó.

—No lo hagas, todavía —dijo Morag desde un rincón, sin alzar la voz—. Escuché los gritos desde aquí. Salí a ver qué ocurría y allí estabas, tendida entre la hierba. Beira te protegía.

Rose Mary se sintió culpable, y no supo qué decir ante la mirada atónita de aquel variopinto grupo. Respiró hondo el aire viciado de tomillo y abrió la boca.

—Se la ha llevado. —Tenía la garganta seca y le costó pronunciarlo.

—¿Qué sabes? —preguntó Aran, amenazante.

—¿Había alguien más contigo? —dijo Roy al mismo tiempo.

Keir se limitó a acuclillarse un poco más y, con un gesto que Rose Mary no esperaba —que nadie en aquella habitación esperaba,

a juzgar por el modo en que *lady* Susan abrió los ojos—, le acarició el cabello y besó su frente.

—El mozo nos ha dicho que te vio con Lorna. ¿Sabes qué le ha pasado? No estaba contigo cuando Morag te encontró y tampoco ha vuelto al castillo —le susurró.

—Seger Hamilton la ha secuestrado —confesó con lágrimas en los ojos.

Vio el momento exacto en que el rostro de Keir cambiaba. No fue violento, sino algo peor.

Rose Mary soltó el aire despacio, como si le costara un esfuerzo enorme, y cuando continuó lo hizo mirando el fuego, notando como el vacío la envolvía de nuevo.

—No era mi intención llegar a esto. ¡Solo quería que hablasen! Los dos sienten lo mismo. Y pensé... —Se detuvo. Cerró los ojos—. Pensé que podía ayudar.

—¿Ayudar? —La voz de Keir sonó extraña —. ¿Es así como llamas a una emboscada? Sospechaba que ese hombre tramaba algo, pero nunca creí que estuvieras involucrada. ¡Que fueras capaz de hacer una cosa así!

—Keir, no es el momento —lo intentó tranquilizar Aran.

—¡Has jugado con ella! —su marido se puso de pie—. Como si fuera una pieza en uno de tus malditos juegos de salón, algo que mover de un lado a otro para que el tablero te resulte más interesante.

—Yo… ¡No es justo! — dijo Rose demasiado alterada para pensar en las consecuencias de sus actos. Le molestó que la compraran con una de esas damas de alta cuna cuando ella era todo lo contrario.

—Debemos darnos prisa y buscar a Hamilton. —Aran agarró del brazo a su hermano—. Un hombre que actúa con calma no rapta a nadie cuando está a punto de anochecer, un hombre desesperado, sí.

—Aran tiene razón —dijo Henry. Se había acercado y Rose Mary reconoció en su postura la incomodidad que sentía—. Llevo semanas revisando ciertos asuntos. Números que no cuadraban. Movimientos de fondos que nadie había advertido. —Hizo una pausa—. El

consorcio financiero que representa vinculado a la Corona ya no confía en Hamilton. Se ha embolsado más de lo que le correspondía, y ya hay personas en Londres que lo saben, y que al parecer lo buscan. Envié una misiva de su paradero hace poco, pero no creo que llegue a tiempo.

—Dios mío —murmuró Rose Mary.

—¡Lorna es su última carta! —exclamó Roy, y su voz sonó tan grave que todos se volvieron—. Si la obliga a casarse con él, si consigue las tierras podrá presentarse como un hombre solvente, negociar lo que debe, y así evitar que lo envíen a prisión, el muy sinvergüenza... —Se detuvo. Tenía el rostro blanco, como papel mojado.

—La culpa ha sido mía —dijo *lady* Susan entre sollozos—. Yo confié en él. Lo introduje en los círculos adecuados. Le abrí las puertas que necesitaba porque me pareció un hombre correcto.

—Nos engañó a todos. —Henry interrumpió a su mujer poniendo una mano sobre su hombro.

—A mí no —replicó Keir.

La firmeza en su voz no dejaba espacio a discusión. Miró hacia su hermano y luego a su amigo.

—Debo recuperarla.

No era una promesa, sino una orden. Aran y Roy lo siguieron con urgencia.

El sonido de sus pasos desapareció rápido, sustituido por el del viento que se colaba por la puerta abierta, por el eco lejano de los caballos siendo ensillados a toda prisa.

Rose Mary se quedó en la cama, con la cabeza aún dolorida por el golpe.

Y una certeza que se asentaba lenta, implacable.

El *laird* había ido en busca de la mujer que amaba.

CAPÍTULO 65

Cuando Keir cruzó el arco, el patio estaba en silencio, como si el castillo contuviera la respiración al verlo regresar. No hubo vítores, solo susurros y miradas de turbación entre el servicio.

Roy accedió tras él, sosteniendo las riendas de su caballo con una firmeza que ocultaba mal el cansancio. Lorna iba a su lado, envuelta en una capa que no era suya, con el rostro pálido y los ojos demasiado abiertos, como si aún no hubiera terminado de regresar. Aran cerraba la marcha.

Keir bajó del caballo con un movimiento seco, el cuerpo tenso, la camisa pegada a la piel por el sudor y la humedad y una herida abierta en el antebrazo que no había tenido tiempo de limpiar. El mundo seguía moviéndose, los hombres trabajando la tierra, los animales pastando, pero él estaba como adormecido. La rabia había dado paso a la desazón que no se quitaba de encima, aunque hubiera vuelto a casa.

Skye fue la primera en recibirlos, acudió corriendo con el rostro desencajado y ayudó a la señorita MacLain a bajar del caballo. La abrazó como si hubiera recuperado a su hermana y Keir pensó que, de alguna forma, así era.

—Llévala dentro —le ordenó, señalando a Lorna sin mirarla—. Que Grizel la atienda personalmente.

La mujer salió al patio azorada.

—¿Ha habido batalla? —preguntó mirando la herida de Keir.

—Nada que no hayamos podido combatir y ganar.

—¿Dónde está Hamilton? — quiso saber Skye tensa y con el ceño fruncido.

—No está muerto, si eso es lo que temes —respondió Aran—. Lo hemos detenido. Los pocos hombres que quedan en las tierras de

los MacLain se han hecho cargo de él hasta que envíen soldados ingleses para llevárselo y juzgarlo, junto a los matones que siempre lo escoltaban y que compró por unos pocos chelines.

**

Keir se quitó la capa polvorienta y los guantes y dejó su espada encima de la mesa de su despacho. Bebió un vaso de *whisky* y respiró hondo. Recordó el momento en que localizaron a Seger Hamilton en una capilla cerca de las tierras de los MacLain y, tal y como sospechaba Roy, trataba de forzar a Lorna a dar un «sí, quiero» mientras ella se resistía. Los hombres que lo acompañaron no se dejaron apabullar por la ira y la destreza de los MacFie y lucharon cuerpo a cuerpo. No fue fácil contener a Hamilton, y se llevó algún que otro corte de su afilada espada. Pero, cuando por fin lo vio retenido y le escupió en la cara, se dio cuenta de que él no era su mayor enemigo. Sin Hamilton en la ecuación, su deuda quedaba todavía por resolver. ¿A quién enviarían entonces?

Subió las escaleras hasta llegar al dormitorio. Solo tenía ganas de hablar con Rose Mary, acallar la culpa que lo más seguro le carcomía por haber dejado que Seger se llevará a Lorna. Quería contarle que por fin las cosas cambiarían, sin embargo, no la encontró en sus aposentos, tampoco en la sala de bordar, ni en la cocina, ni en el jardín.

—¿Dónde está mi esposa, Grizel? ¿Todavía está en la cabaña de Morag?

La mujer parecía haberse quedado muda, y fue una criada quien habló.

—*Lady* Glenmora no está, mi señor, pero ha dejado una nota para usted en el despacho.

Keir se percató en ese instante de la inexistencia de la algarabía que provocaban los mellizos de los Hall y que tanto Henry como Susan también habían desaparecido.

No preguntó más. Los pasos resonaron, secos, irregulares, como si no encontraran el ritmo. Volvió a entrar en su despacho, empujó del todo la puerta hasta que golpeó la pared. Percibió lo que antes

no había hecho, el olor a lavanda tenue, casi desvanecido, de Rose, y debajo de la espada, una carta con su nombre. A un lado, se encontraba el anillo de bodas con el escudo de los MacFie que ella había llevado en su dedo todo el tiempo.

Se quedó allí, de pie, mirando el sobre. Sabía lo que era antes de tocarlo.

La tomó entre los dedos, pesaba poco. El sonido del papel al romperse fue lo único que se oyó en la habitación.

Leyó. Una vez. Y luego otra. A la cuarta, las letras ya estaban borrosas, pero se las sabía de memoria.

Keir:

Cuando leas estas líneas, ya me habré marchado.

No he tenido el valor de despedirme mirándote a los ojos y quizá por eso escribo, porque en el papel una puede decir la verdad sin interrumpirse, sin romperse antes de tiempo.

He pensado mucho en lo que debo hacer. No como tu esposa ni como *lady* Glenmora, sino como la mujer que soy cuando nadie la mira. Y desde ahí es desde donde te escribo.

Te devuelvo tu libertad.

He comprendido, aunque me haya costado verlo, que no puedo darte aquello que necesitas. No hablo solo de herederos, pero sé que eso pesa más de lo que ninguno de los dos ha querido admitir. Hablo de algo más profundo: de laseguridad y la paz que debería habitar en un matrimonio y que yo no he sabido sostener.

He intentado ser suficiente para ti, para el castillo y hasta para Glenmora, pero el lugar que ocupo no me pertenece. Siempre estuvo destinado a Lorna.

Desde niña he sentido que llegaba tarde a todo. Que aprendía cuando ya no era necesario. Que ofrecía lo que no bastaba. Y no quiero seguir mirándote con esa duda en el pecho. No quiero convertirme en una carga, en esa esposa que no amas y que la vida te ha impuesto.

Tú mereces una mujer que no tema el futuro. Que no se rompa en mitad del camino. Que pueda darte una familia sin que el miedo la consuma antes siquiera de intentarlo.

Lorna es esa mujer.

La he visto mirarte. Y te he visto desencajado por su ausencia. No te juzgo, solo reconozco lo que ven mis ojos, ahora despiertos. Con ella hay una posibilidad que conmigo ya no existe.

Si decides tomar ese camino, hazlo sin culpa.

Henry comprará tu deuda al consorcio financiero inglés. Ya les ha escrito una carta con esa intención. Por todas las molestias que te haya podido ocasionar con esta boda, que desde el principio no debió celebrarse. Cuando lleguemos a Woolriver, solicitará la nulidad.

No me debes nada.

Aunque me gustaría que supieras que lo que hubo entre nosotros no fue en vano, ni siquiera ahora. Porque, a pesar de todo, hubo momentos en los que fui feliz contigo, y eso es algo que me llevaré.

No te pido que me busques ni que me recuerdes más de lo necesario.

Solo que hagas de Glenmora aquello que sabes que puede ser. Que no te detengas por alguien que no ha sabido acompañarte hasta el final.

Yo encontraré mi lugar, o aprenderé a vivir sin él.

Adiós, Keir.

Rose Mary

Las palabras eran claras y firmes. Lo liberaba. Le daba permiso para casarse con otra, para tener hijos. Se culpaba a ella porque su matrimonio no había funcionado, cuando en realidad nunca habían convivido como tal.

«No puedo darte lo que necesitas». Eso era lo que ella expresaba en cada una de sus palabras, cuando en realidad había sido él quien no había sabido comprender cómo se debería de haber sentido en una tierra extraña, en una cultura diferente a la suya y con unas personas que no se lo pusieron fácil al principio.

Keir dejó que el papel se le escurriera de las manos. El aire no entraba bien en sus pulmones. Lo intentó. No pudo. Si quería volver a respirar con normalidad y quitarse de encima esa losa que le oprimía el pecho solo le quedaba una opción.

—Maldita sea… —murmuró con apenas un hilo de voz.

Se pasó una mano por el rostro, sintiendo la aspereza de la piel, el cansancio acumulado por toda una noche cabalgando, por la

tensión, el combate cuerpo a cuerpo con Hamilton.

Se giró y echó a andar por el pasillo hasta la puerta principal del castillo. Se le hizo eterno. Se cruzó con la misma criada que le había informado de la marcha de su esposa, llevaba un cesto lleno de ropa sucia que había recogido de las habitaciones.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue? —preguntó Keir con urgencia.

La chica dudó.

—Al amanecer.

Keir corrió hacia el establo. Se tropezó con Aran y Roy, que contemplaron intranquilos su rostro pálido.

—¿Qué ocurre? —preguntó su hermano.

—¡Ensillad! —exclamó.

No hizo falta más. Los hombres se movieron. Rápido. Sin preguntas.

Keir ya estaba cruzando el patio con el caballo cuando Roy y Aran lo siguieron al galope. Keir no miró atrás. Ni un segundo pasó por su mente lo que era mejor para Glenmora ni para sus tierras. Solo pensó en ella, y en que no iba a dejar que se marchara creyendo que nunca había sido suficiente.

CAPÍTULO 66

El carruaje avanzaba con un traqueteo constante, monótono e hipnótico.

El perfume discreto de Rose Mary se mezclaba con el polvo del camino que se colaba por las rendijas. Los mellizos dormían a su lado, uno con la cabeza apoyada en el otro, ajenos a todo, respirando con esa paz que solo tienen quienes aún no han aprendido a temer las decisiones. En frente, *lady* Susan y Henry Hall la miraban con el alivio en el rostro.

Rose Mary era incapaz de dormir. Tampoco podía respirar con tranquilidad. Se dijo que en cuanto dejaran las tierras de Glenmora atrás volvería a ser ella misma y que su pecho no se agitaría tanto como en esos momentos. La inquietud se colaba en cada uno de los poros de su piel.

Le había costado escribir la carta. *Lady* Susan la apremió a hacerlo. Solo unas líneas, le dijo, para que no creyeran que le había ocurrido un percance o la habían asaltado. Pero ella escribió algo más: lo que su corazón había callado hasta entonces, sus dudas, sus miedos, y esa sensación que la perseguía. Se había casado con Keir para encontrar un lugar que en Woolriver no sentía suyo, como si fuera siempre un personaje secundario de las novelas, a la sombra de sus amigas.

Le escribió diciendo que había experimentado la felicidad a ratos, y así era. En los momentos en los cuales olvidaba su origen, quién fue, quién se esperaba que llegara a ser.

El paisaje se deslizaba al otro lado de la ventanilla en tonos apagados: verdes suaves, grises húmedos, el cielo extendido como una promesa que no terminaba de cumplirse. Cada vez que el carruaje se inclinaba, su cuerpo se movía con él, sin resistencia.

—Llegaremos antes del anochecer a la posada de los Tres Molinos —dijo Henry, rompiendo el silencio con esa calma suya.

Lady Susan asintió.

—Será lo mejor. Los niños necesitan estirar las piernas.

Rose Mary no respondió. Miró sus manos quietas sobre el regazo. Vacías.

El sonido de los cascos de los caballos llegó primero. Eran más de un jinete.

El carruaje redujo la velocidad y el cochero gritó algo que no alcanzaron a entender. *Lady* Susan se tensó de inmediato, incorporándose, mientras Henry apartaba la cortina con un gesto brusco.

—¿Qué ocurre?

No hubo respuesta clara. Solo el sonido, más cerca y fuerte.

—¡Podrían ser bandoleros! —murmuró Henry, ya sin la calma anterior.

Rose Mary notó su estómago contrayéndose.

—¡Dile al cochero que apure a los caballos! —gritó asustada *lady* Susan a su marido.

Los niños despertaron por el vaivén del carruaje y empezaron a llorar.

El cochero arreó a los animales con la fusta para que corrieran veloces.

Rose Mary y *lady* Susan se agarraron de las manos asustadas.

Escucharon una especie de aullido.

—¡Rose!

Ella aspiró el aire y lo retuvo en sus pulmones unos segundos de más. Se inclinó hacia la ventanilla y apartó la cortina. Vio a Keir a caballo chillando su nombre una y otra vez.

—¿Paramos? —preguntó Henry.

Rose Mary negó con la cabeza. Y el señor Hall ordenó al cochero que espoleara más a los caballos.

Keir animó a su corcel con las riendas para que cabalgara con mayor velocidad.

El animal respiraba con fuerza. Su pecho subía y bajaba con violencia y el vapor escapaba de sus fosas nasales en nubes breves.

Keir estaba cubierto de polvo, de barro seco, con el cabello desordenado por el viento y la mirada fija en ella como si todo lo demás hubiera dejado de existir.

Rose Mary mantenía la cabeza fuera de la ventanilla mirando cómo se quedaba atrás.

—¡Detente! —vociferó él.

Rose Mary volvió a negar con la cabeza.

Keir se colocó al galope al lado del carruaje en la parte donde ella se asomaba.

—¡Por favor! — volvió a gritar—. ¡Necesito hablar contigo!

Lo seguían Roy y Aran. Parecían tres bandoleros a punto de asaltarlos.

Lady Susan se agarró a su marido cuando una de las ruedas chocó con una piedra. Por suerte no se desencajó y siguieron rodando con rapidez por la tierra del camino.

—¡Habla! —dijo ella sin intención de detenerse.

—¡He leído tu carta! —exclamó Keir clavando su mirada en ella.

Rose Mary se mantuvo firme.

—¡Entonces ya lo sabes todo!

—¡No lo sé! —dijo Keir con los ojos semicerrados por culpa del viento y la velocidad del caballo—. ¿Cómo has podido creer que quiero una vida que no sea contigo?

Ella sintió cómo el pulso le golpeaba en la garganta.

—¡Keir, es imposible! No lo hagas más difícil.

—¡Por favor, Rose Mary! —exclamó *lady* Susan — Debes saber que él nos escribió para que viniéramos. ¡No fue Hamilton, sino tu marido, preocupado por tu salud! —confesó su amiga aterrada por el vaivén del carruaje—. Decídete: ¿nos detenemos y hablas con él, o seguimos el camino y lo dejamos atrás? ¡Pero no las dos cosas!

La preocupación de Susan era evidente. Abrazaba a sus mellizos que habían recuperado la sonrisa al ver que era Keir quien les perseguía y no una cuadrilla de ladrones.

—¡Quiero salir cuanto antes de estas tierras! —dijo Rose Mary.

Henry se encogió de hombros y dio las órdenes oportunas al cochero.

Keir pareció por un momento perder velocidad, pero la recuperó enseguida y volvió a estar su altura.

—¡He pasado la mitad de mi vida haciendo lo que debía! Casándome por necesidad. Manteniendo estas tierras por obligación. Tomando decisiones que no dejaban espacio para nada más.

Keir hizo una pausa y Rose Mary tragó saliva. No iba a aminorar la marcha. Las palabras no significaban nada. Él solo quería decir la última como siempre, y su corazón no lo soportaría.

—Y cuando por fin tengo algo que quiero…—continuó Keir con el viento en contra, con el cansancio en la mirada, con la desesperación en los labios—, te vas.

Rose Mary sintió cómo algo se quebraba dentro de ella.

—¡No soy lo que necesitas! —protestó.

—¡Eres lo único que necesito! —dijo Keir alargando la mano.

—No puedo darte un heredero —añadió Rose Mary con la voz rota.

Keir negó.

—No me importa.

—Te importará.

—No. Porque eso no es lo que deseo. Solo te quiero a ti.

Para Rose Mary aquello no era suficiente. Cerró la cortina de la ventana y volvió a mirar sus manos vacías.

—Quiero a una mujer que se enfrenta a mí aunque tiemble. Que ve soluciones donde yo solo veo problemas. Que se rompe y, aun así, se levanta.

La voz de Keir llegaba amortiguada por el traqueteo, pero todos los del interior del carruaje lo oyeron alto y claro.

—¿Qué paza, mami? —preguntó Sarah todavía agarrada a su progenitora.

—Que Keir ama a Rose Mary —sonrió Susan.

—¡Quiero a la mujer que escribió esa carta creyendo que no era suficiente cuando es lo único que ha hecho que mi mundo tenga sentido! —La voz de Keir volvió a irrumpir con claridad.

Rose Mary sintió las lágrimas antes de que estas se deslizaran por su rostro.

Sacó medio cuerpo por la ventanilla.

—¡Te equivocas, no pertenezco a Glenmora!

—¡No voy a dejar que te marches pensando eso! —Keir seguía espoleando al caballo para que se mantuviera cerca de ella—. ¡Si quieres irte, tendrás que hacerlo sabiendo la verdad! ¡Te amo!

—Sarah también quere a Rozie… —canturreó la pequeña.

—¿Nos detenemos ya? —le preguntó *lady* Susan con una sonrisa

Ella titubeó. Esa palabra no había calado tan hondo como imaginaba. Decía amarla, pero no sabía si era porque el *laird* detestaba perder y quería retenerla junto a él a pesar de no estar predestinados o bien existía más. Aunque si era sincera consigo misma una nueva sensación nacía dentro de ella mientras su cuerpo no paraba de moverse de un lado a otro del interior del carruaje: que su alma estaba perdida sin Keir, pero nunca aceptaría quedarse a su lado porque tocaba, por lo que pudiera decir la gente, por lo que pensaran o por mitigar un escándalo. Necesitaba algo más certero.

—¿Por qué, Keir? ¿Por qué crees que me amas? —dijo chillando al viento.

Keir pareció dudar. Su cara de asombro fue evidente.

—¿No lo sabes? Tú eres Glenmora, tú eres mi hogar.

Las lágrimas de Rose Mary se agolparon en sus ojos, calentaron sus mejillas y besaron sus labios. Sacó medio cuerpo fuera, alzó los brazos para que el *laird* se acercara.

Era todo lo que había querido desde el principio. Saber quién era.

Keir la agarró al galope.

—¿Qué haces, Rose Mary? ¡Te vas a matar! —vociferó *lady* Susan con pánico.

—No es un buen ejemplo para los niños —la reprendió Henry mientras los mellizos saltaban y aplaudían.

Ya no necesitaba más. Se lanzó a los brazos de Keir, que la atrapó al vuelo mientras el caballo galopaba. Ella se apresuró a colocarse a horcajadas encima del animal, en frente de él. El corcel aminoró la marcha y el carruaje siguió veloz, sin que el cochero oyera las órdenes de *lady* Susan para que se detuviera.

Keir apoyó su frente en la suya.

—Nunca más, ¿me oyes? Jamás vuelvas a darme este susto.

Rose Mary se mordió el labio inferior.

—¿O si no qué? —le preguntó, traviesa.

—Tendré que secuestrarte —le contestó Keir con una sonrisa ladina.

Aunque ambos todavía respiraban agitados, eso no los detuvo. Sus labios se acercaron, como imantados, y chocaron con rabia y urgencia. Se devoraron allí mismo, sin importarles los silbidos y vítores de Roy y Aran.

—¡Viva los novios! —gritaron los hombres.

Keir descendió del caballo. Ayudó a Rose Mary para que pusiera los pies en el suelo, y acto seguido se arrodilló ante ella con el anillo de los MacFie en la mano.

—Rose Mary Miller, de Woolriver, aceptas ser mi esposa y estar a mi lado durante el resto de mis días sin que el amor, la obsesión y la locura que siento por ti se desvanezca nunca.

Rose Mary asintió.

—¿Estás segura? Mi amor es de los intensos. Cada día te llenaré de besos y te preguntaré si eres feliz a mi lado.

—Te amo, Keir —contestó Rose Mary al mismo tiempo que mantenía su mano derecha en el aire para que él le colocara el anillo —. Cada día corresponderé a tus caricias y te diré que soy la mujer más dichosa de la tierra solo por estar contigo, y por despertar en Glenmora.

—¡Por Glenmora! —exclamaron todos al unísono.

CAPÍTULO 67

El jardín de Glenmora brillaba como si el sol hubiera decidido quedarse pese a que era ya momento de dar paso a la luna. Antorchas clavadas en la tierra dibujaban un círculo, sus llamas danzaban al compás del viento, proyectando sombras largas sobre la hierba recién cortada. El aire se llenó de resina quemada, madera viva, al olor embriagador de las flores, y a celebración.

Rose Mary se detuvo un instante antes de avanzar. El suelo bajo sus pies era firme y húmedo, y la falda de su vestido rozaba la hierba con un susurro constante. No era el vestido de una dama inglesa. No del todo, había en él algo más sencillo, más libre. Marfil, sin exceso. Tejido que caía con naturalidad y el tartán con los colores de los MacFie.

Skye la observaba con una sonrisa abierta, incapaz de disimular la emoción. Lorna, a su lado, tenía los ojos brillantes, más serena de lo que Rose Mary la había visto en mucho tiempo. Roy la miró con ternura y ambos entrelazaron sus manos. Por fin la chica de los MacLain había confesado que a quien quería como esposo era a Roy Murray, y Keir no pudo oponerse a aquel compromiso que, según le contó en la intimidad, él también había barajado.

Vio a Aran desviar la mirada cuando Morag desfiló tras Rose Mary sosteniendo la cola del vestido. Grizel lloraba sin pudor. Y en una de las sillas blancas, donde se suponía que debía estar la familia de la novia, *lady* Susan junto a sus hijos la observó orgullosa al pasar frente a ella. Antes de detenerse en el altar del brazo de Henry Hall, la abrazó y sollozó desconsolada.

—Lo has conseguido. Tu sueño se ha cumplido —le susurró al oído.

Rose Mary respiró aliviada cuando se percató de que Keir estaba esperándola, vestido con su tartán de gala, con los colores profundos que el fuego intensificaba, el *plaid* cruzado sobre el hombro con esa elegancia natural y la camisa blanca, abierta en el cuello, que dejaba ver la piel tostada por el aire libre.

El sonido de la gaita comenzó entonces, profundo, llenando el espacio con una melodía que parecía haber estado allí siempre, como si la tierra misma la reconociera.

Cada paso la acercaba. No solo a él, a todo.

A lo que había sido, lo que había perdido, y lo que había decidido no soltar.

Cuando llegó frente a Keir, sus miradas se encontraron.

—Has tardado —bromeó él.

Rose Mary esbozó una sonrisa.

—Quería asegurarme de que merecía la pena.

Ambos sonrieron.

El pastor, un hombre mayor de voz firme dio un paso al frente. El ritual fue sencillo, como debía ser. Las manos entrelazadas y la tela del tartán rodeándolas, uniendo lo que ya no necesitaba explicación.

El fuego crepitaba a su alrededor, el viento movía las llamas y el mundo parecía reducido a ese círculo de luz donde todo tenía sentido.

Cuando Keir habló, no elevó la voz.

—No te prometo que será fácil.

Rose Mary sostuvo su mirada.

—No lo quiero fácil. Lo quiero contigo.

El silencio que siguió fue breve. Las manos se apretaron. El tartán se cerró.

Y, en ese gesto lleno de tradición, en esa unión que no necesitaba permiso de nadie más, se convirtieron en algo nuevo.

El beso fue apasionado, seguro, persistente.

El mundo volvió a Rose Mary en forma de aplausos, de risas, de lágrimas sin disimulo. Grizel abrazando a quien tuviera cerca. Skye riendo. Los mellizos corriendo antes de tiempo. Henry levantando una copa.

Rose Mary respiró con profundidad y sacó el aire con lentitud. Miró a su alrededor. Por primera vez en su vida no sintió que estuviera ocupando un sitio que no le correspondía. Tuvo la certeza de que ese era su lugar, que Glenmora la había elegido y que había llegado a casa.

EPÍLOGO

Rose Mary despertó exaltada. Notaba el calor de su marido en su espalda y sus manos agarrando sus pechos, midiendo su forma. Le pellizcó un pezón mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y ella gimió excitada.

—Cuidado, pueden oírnos —susurró Keir sin dejar de acariciar su cuerpo.

Bajó las manos hasta su vulva, se entretuvo con ese botón milagroso que tenía entre las piernas y lamió su cuello al mismo tiempo que jugaba con ella. La corriente, esa que siempre notaba Rose Mary cuando estaba cerca de él, se intensificó. Percibió el miembro abultado de él contra sus nalgas.

—¿Eres feliz? —le preguntó Keir sin parar de mover su mano, provocándole espasmos de placer.

Rose Mary volvió a gemir incapaz de procesar un pensamiento coherente.

—¿Eres feliz? —repitió Keir con esa voz grave y sensual que la volvía loca.

Ella asintió.

Él aproximó su erección y Rose Mary la agarró con los dedos. Necesitaba sentirla, llenarse de una vez. Keir retiró esa mano.

—Quiero oírte, que salga de tus labios, si no, no puedo darte lo que quieres.

—Te quiero a ti —dijo ella jadeante

—¿Por qué? —Keir le pellizcó el otro pezón.

—Porque me haces feliz — murmuró Rose Mary incapaz de resistirse a sus caricias.

Keir empezó a introducirse en ella lentamente, tentándola, dejando que se desquiciara por no tenerlo completo. Giró el rostro,

se besaron con furia, sus lenguas se buscaron, chocaron y combatieron feroces, hasta que al fin él entró en ella y llenó esa ansia y ese vacío que sentía sin él. Galoparon, bailaron, jugaron y rieron como dos espíritus que por fin se habían encontrado.

Terminaron exhaustos, sudorosos. Rose Mary tenía la tez sonrosada y los labios hinchados.

Keir la observó anhelante.

—Cada día estás más hermosa —le dijo.

Ella le beso el torso.

—¿Otra partida? —le dijo guiñando un ojo.

Keir no tuvo tiempo de contestar. Llamaron a la puerta.

—*Lady* Glenmora, las damas la esperan.

Rose Mary agrandó los ojos.

—¡Madre mía! ¡Llegó tarde! *Lady* Susan me va a matar.

—Quédate un ratito más conmigo. —Keir impidió que saliera de la cama—. Somos invitados en Woolriver. *Lady* Susan no se atreverá a amonestarte.

—Tú no la conoces. Ha preparado una sesión del club de damas en mi honor y no puedo faltar —contestó ella besando de nuevo los labios carnosos de su marido.

**

El salón de la mansión de *lady* Susan en Woolriver conservaba el aroma a té recién servido y a galletas dulces.

La luz de la mañana entraba por los ventanales, extendiéndose sobre las alfombras claras, los sillones dispuestos en círculo y sobre las manos enguantadas que sujetaban tazas y bordados como si nada hubiera cambiado desde su marcha.

Y, sin embargo, todo era distinto.

Rose Mary se detuvo un instante en el umbral, contemplando el lugar donde aprendió a observar antes que a hablar, a medir cada gesto, cada palabra y cada silencio.

En ese momento las voces se superponían. Las risas no se contenían. Las miradas no juzgaban, al menos, no de la misma forma.

—¡Por fin! —exclamó Kat, levantándose con esa energía suya que siempre parecía ir un paso por delante de los demás—. Empezábamos a pensar que Escocia te había robado para siempre.

—O que tú no querías volver —añadió Abby con una sonrisa que escondía más de lo que decía.

Se dejó abrazar por ambas, sintiendo el calor de su contacto, la cercanía, la familiaridad que no había desaparecido.

—He vuelto, pero no por mucho tiempo —dijo.

Herminia la observaba desde su asiento, con esa mirada aguda que parecía atravesar las apariencias sin esfuerzo.

—Ya no eres la misma. Glenmora te ha cambiado —comentó.

Rose Mary sonrió.

—No. Me ha descubierto.

La señora Crown se inclinó hacia delante, ajustándose el chal con gesto decidido.

—Eso era lo que queríamos.

El murmullo que siguió fue cálido, lleno de esa complicidad que solo nace cuando las mujeres dejan de competir y empiezan a sostenerse.

Abby se acercó de nuevo a ella del brazo de dos damas que Rose Mary recordaba haber visto en casa de *lord* Essex en Londres.

—¿Te acuerdas de Eliza y Adeline? ¿Mis amigas del orfanato?

Recordaba a la última, que enseguida le agradó. Era alta, de brazos y piernas largas y simpáticas pecas en el rostro. La había visto pasearse por las mesas en el salón clandestino donde se topó con Keir las pocas noches que pasó en Londres, hacía ya un año.

—Dicen que eres buena con los números y la mano derecha de *lord* Essex —se interesó Rose Mary. Desde que la vio por primera vez sentía una extraña fascinación por esa mujer—. ¡Es admirable! ¿Cómo lo lograste?

—Es una historia larga y complicada —contestó Adeline guiñándole un ojo.

—Además, ya no se dedica a ello, ¿verdad? —insinuó Abby.

—Bueno, hubo un pequeño percance y tuvimos que huir —dijo la muchacha con el misterio en el paladar.

Rose Mary sonrió, divertida

—¿Tuvimos? ¿En plural?

—*Lord* Essex y yo… —Adeline se sonrojó.

—Siempre me han gustado las historias peligrosas. Me encantaría que me la contaras alguna vez.

—No sé si te conviene conocer la verdad sobre Adeline —dijo Abby con un brillo especial en los ojos.

—¿Por qué? —sonrió ella—. No hay nada indecente que me pueda escandalizar. A estas alturas estoy curada de espantos.

—Algunas cosas es mejor callarlas —se apresuró Adeline—. Si sabes demasiado, hay personas que querrán silenciarte.

Todas se quedaron inmóviles ante aquella respuesta que hubiera encendido todas las alarmas en una mujer sensata, pero no en Rose Mary. Aquella chica pecosa tenía más secretos de los que hubiera creído posible y se moría por conocerlos.

Adeline se rio a carcajadas al ver las miradas inquietas que la rodeaban. Las demás damas le siguieron la corriente e imitaron su risa sin discernir si lo dicho era en serio o solo una broma cruel.

Rose Mary la invitó a que conversaran cuando la sesión hubiera terminado. Además, sabía por boca de Abby que hacía poco había visitado su antiguo orfanato y quería saber en qué condiciones estaba y si le recomendaba acudir a él.

Keir y ella habían hablado largo y tendido sobre la posibilidad de adoptar, dado que el ansiado heredero de Glenmora no llegaba. Pese a que a él eso no le preocupaba, Skye le había sorprendido con su bendición.

«Ve a visitar a tus amigas y vuelve con un sobrino o una sobrina, lo recibiremos con los brazos abiertos »

Más allá, *lady* Susan permanecía de pie, hablando con otras invitadas. Impecable, con su vestido a juego con su pelo rojo, las manos enguantadas y una expresión de orgullo. Cuando la miró, su mentora y presidenta del club asintió.

Rose Mary ocupó su lugar entre ellas. El círculo se cerró como siempre y, al mismo tiempo, como nunca. Hablaron de libros, de decisiones, de lo que habían perdido y de lo que habían elegido. Las

conversaciones derivaron en risas y confidencias, en esa voluntad nueva de quienes sabían que no necesitaban permiso.

Y entonces una violinista ocupó una esquina cerca del piano y otra dama se sentó en la banqueta y tocó las teclas. La música sonó suave al principio, para transformarse más adelante en una energía vibrante, feroz y cautivadora.

Una melodía que no pertenecía del todo a Woolriver, pero tampoco a Escocia. Era solo de ellas, de las damas del club.

—Bailemos —dijo *Lady* Kat, como si fuera una orden.

Nadie se negó.

Rose Mary se levantó. Sintió el movimiento de su cuerpo, el peso ligero en su vientre, el aire cálido en la piel. Las manos de sus amigas la buscaron, la rodearon, la arrastraron al centro sin resistencia. Y bailó. Atrás quedaron la dama, la criada, la hija del capataz, incluso *lady* Glenmora. Durante esos instantes solo fue una mujer libre.

Las risas llenaron el salón, los vestidos rotaron, los pasos se mezclaron sin orden ni necesidad de perfección. No había reglas, ni juicio, solo movimiento, solo vida.

Rose Mary giró sobre sí misma, entre música, telas y voces, comprendió que no eran simples damas reunidas en un salón. Eran mujeres que habían aprendido a elegirse, a desear sin remordimientos y a ocupar el lugar que siempre les había pertenecido.

.

Si esta historia te ha dejado con una sonrisa, puedes dejar tu opinión en Amazon. Para una autora independiente, cada reseña ayuda muchísimo.

¿De verdad vas a despedirte de Las Indecentes aquí?

Hay una historia que aún no te he contado.
La de Adeline.
La amiga inseparable de Abby Crown.
La que siempre estuvo ahí y la que guarda más secretos de los que imaginas.
Su historia no es inocente. No es sencilla.
Y desde luego no es lo que parece.

Si quieres seguir dentro de este universo sigue leyendo…

Los Timadores #1
La historia de Adeline empieza aquí.

